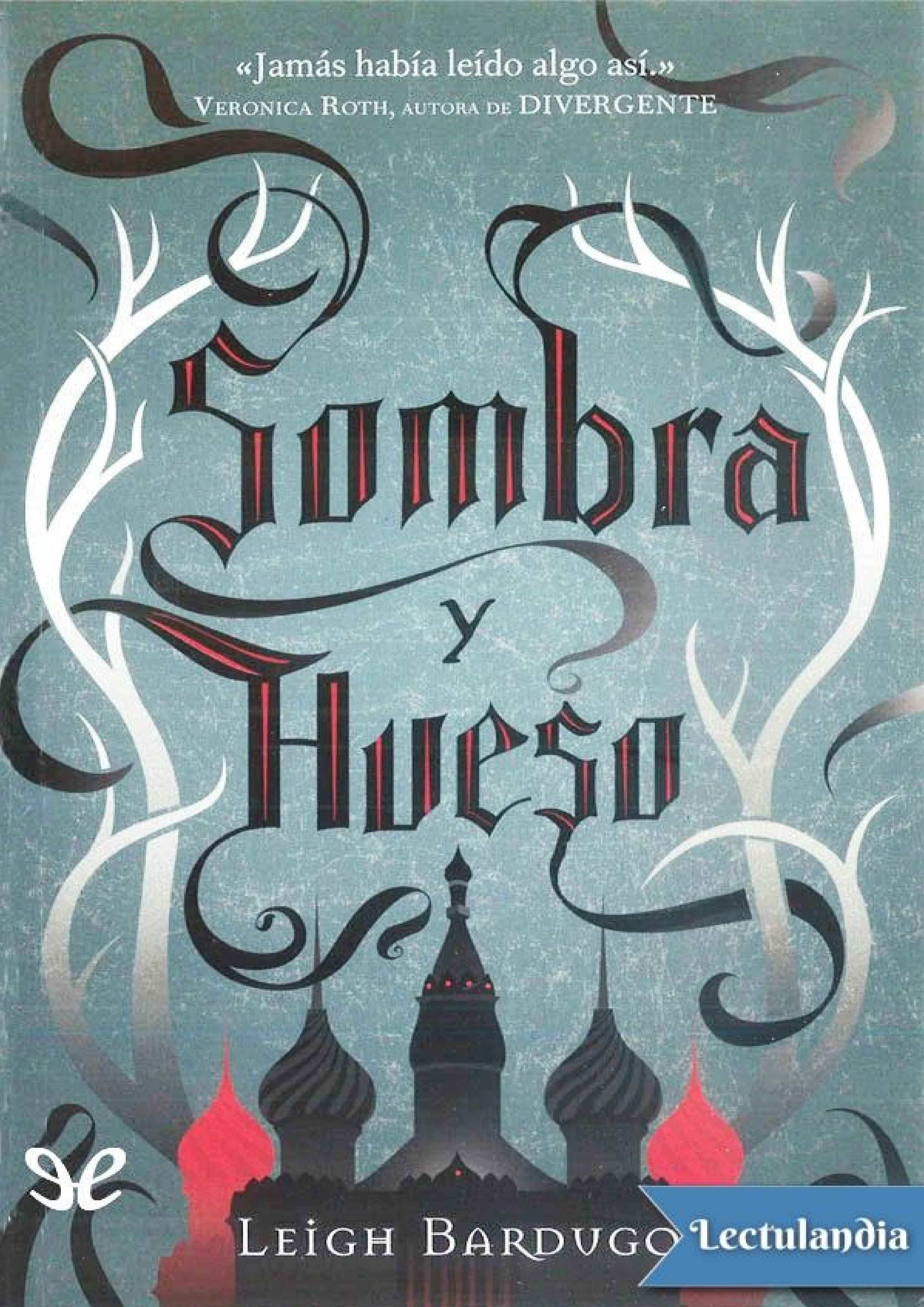

«Jamás había leído algo así.»
Veronica Roth, autora de DIVERGENTE
Sombra
y
Hueso
Leigh Bardugo
Lectulandia

Alina Starkov no espera mucho de la vida. Se quedó huérfana después de la guerra y lo único que tiene en el mundo es a su amigo Mal. A raíz de un ataque que recibe Mal al entrar en La Sombra, una oscuridad antinatural repleta de monstruos que ha aislado el país, Alina revela un poder latente que ni ella misma sabía que tenía.

Tras ese episodio, Alina es conducida a la fuerza hasta la corte real para ser entrenada como un miembro de los Grisha, un grupo de magos de élite comandado por un individuo misterioso que se hace llamar El Oscuro.

Lectulandia

Leigh Bardugo

Sombra y hueso

Grisha - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.12.2017

Título original: *Shadow and bone*
Leigh Bardugo, 2012
Traducción: Miguel Trujillo Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Laura Mixon.
Todos te extrañamos.

Sombra y Hueso

GRISHA

Soldados del Segundo Ejército

Maestros de la Pequeña Ciencia

CORPORALKI

(La Orden de los Vivos y los Muertos)

Mortificadores

Sanadores

ETHEREALKI

(La Orden de los Invocadores)

Vendavales

Inferni

Agitamareas

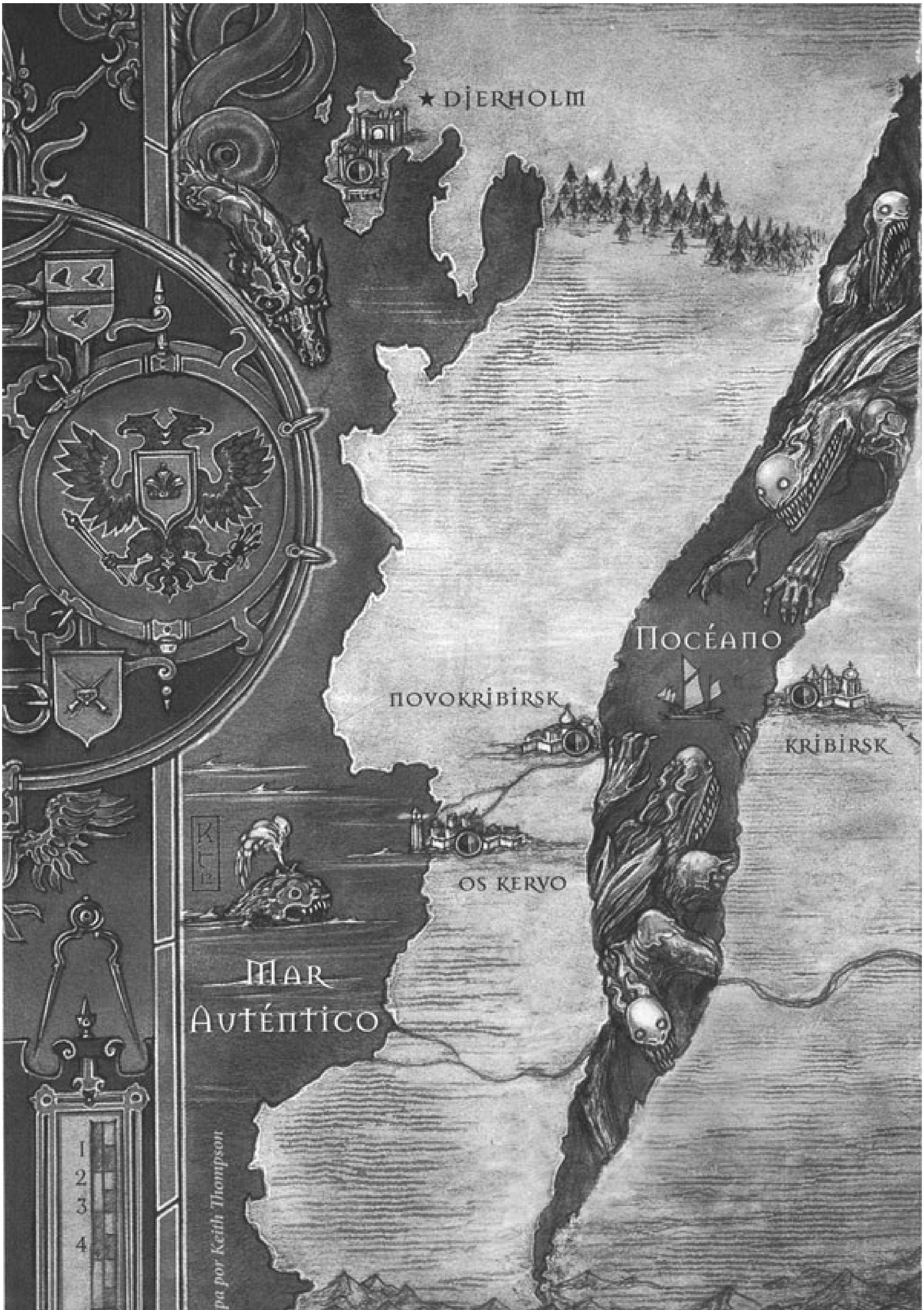
MATERIALKI

(La Orden de los Hacedores)

Durasts

Alkemi


FJERDA
PERMAFROST
CHERNAST
TSIBEYA
PETRAZOI
RYEVOST
RAVKA
LA VY
BALAKIREV
OS ALTA
POLIZNAYA
SIKURZOI
SHU HAN
5
10
15
20


DJERHOLM
Nocéano
NOVOKRIBIRSK
KRIBIRSK
OS KERVO
Mar
Auténtico
1
2
3
4
Mapa por Keith Thompson

Antes

os sirvientes los llamaban *malenchki*, pequeños fantasmas, porque eran los más jóvenes e insignificantes, y porque con ellos parecía que la casa del Duque estuviera encantada, llena de espíritus que se reían, mientras entraban y salían de las habitaciones a toda velocidad, o cuando se escondían en las despensas para escuchar a escondidas, o si se colaban en la cocina para robar los últimos melocotones del verano.

El niño y la niña habían llegado con unas semanas de diferencia, dos huérfanos más de las guerras fronterizas, refugiados de rostro sucio a los que habían tenido que sacar de entre los escombros de pueblos lejanos y llevar a la propiedad del Duque para que aprendieran a leer y escribir, y también un oficio. El chico era bajito y rechoncho, también tímido, aunque siempre sonreía. La chica era diferente, y ella lo sabía.

Acuclillada en la despensa de la cocina, escuchando el chismorreo de los adultos, oyó que el ama de llaves del Duque, Ana Kuya, decía:

—Es muy fea. Ningún niño debería tener ese aspecto. Pálida y agria, como un vaso de leche echada a perder.

—¡Y tan delgaducha! —respondió la cocinera—. Nunca se termina la cena.

Agachado tras la chica, el chico se volvió hacia ella y susurró:

—¿Por qué no comes?

—Porque todo lo que cocina sabe a barro.

—A mí me sabe bien.

—Tú te comerías cualquier cosa.

Volvieron a pegar las orejas en la abertura de las puertas de la despensa.

Un momento después, el chico susurró:

—Yo no creo que seas fea.

—¡Shhh! —siseó ella. Pero, oculta por las profundas sombras de la despensa, sonrió.

En verano, soportaban largas horas de tareas seguidas de horas aún más largas de clases en aulas sofocantes. Cuando el calor era excesivo, se escapaban al bosque para robar nidos de pájaros o nadar en un pequeño arroyo embarrado, o pasaban horas tumbados en el prado, observando el sol que pasaba sobre ellos lentamente, preguntándose dónde construirían su granja de leche y si tendría dos vacas blancas o tres. En invierno, el Duque se marchaba a su casa en Os Alta, y según los días se hacían más cortos y fríos, los profesores se relajaban en sus tareas, pues preferían sentarse junto al fuego y jugar a las cartas o beber *kvas*. Aburridos y atrapados en el interior, los chicos mayores repartían palizas con mayor frecuencia, por lo que el niño y la niña se escondían en las habitaciones en desuso de la propiedad, preparando trampas para los ratones y tratando de mantener el calor.

El día que llegaron los Examinadores Grisha, el chico y la chica estaban sentados sobre el marco de la ventana de una habitación polvorienta en el piso de arriba, esperando echar un vistazo a la diligencia del correo. En su lugar, vieron un trineo, una troika arrastrada por tres caballos negros, que entraba en la propiedad a través de las puertas de piedra blanca. Observaron su avance silencioso a través de la nieve hasta la puerta principal del Duque.

Emergieron tres figuras con elegantes gorros de piel y pesadas *keftas* de lana: una de color carmesí, otra de un azul muy oscuro, y otra de un vibrante púrpura.

—¡Grisha! —susurró la chica.

—¡Rápido! —dijo el chico.

En un instante, se quitaron los zapatos y salieron corriendo en silencio por el pasillo. Se deslizaron por la sala de música vacía y se escondieron tras una columna en una galería con vistas a la sala de estar donde a Ana Kuya le gustaba recibir a los invitados.

El ama de llaves ya estaba allí, con un vestido negro que le daba aspecto de pájaro, sirviendo té del samovar, con el largo llavero tintineando en su cadera.

—Entonces, ¿solo son dos este año? —preguntó una voz grave de mujer.

Miraron por entre la barandilla del balcón a la estancia que había debajo. Dos de los Grisha estaban sentados junto al fuego: un apuesto hombre vestido de azul y una mujer con túnica roja y aspecto altivo y refinado. El tercero, un joven hombre rubio, se paseaba por la habitación, estirando las piernas.

—Sí —confirmó Ana Kuya—. Un niño y una niña, los más jóvenes de aquí con diferencia. Creemos que tienen unos ocho años.

—¿Creemos? —repitió el hombre de azul.

—Cuando los padres han muerto…

—Lo entendemos —replicó la mujer—. Por supuesto, somos grandes

admiradores de su institución. Ojalá más miembros de la nobleza se interesaran por la gente común.

—Nuestro Duque es un gran hombre —dijo Ana Kuya.

En el balcón, el chico y la chica asintieron sabiamente. Su benefactor, el Duque Keramsov, era un célebre héroe de guerra y amigo del pueblo. Al volver del frente, había convertido su propiedad en un orfanato y un hogar para las viudas de guerra. Les decían que rezaran por él cada noche.

—¿Y cómo son esos niños? —inquirió la mujer.

—La niña tiene talento para dibujar. El niño se siente como en casa en el prado y en el bosque.

—Pero ¿cómo *son*? —repitió la mujer.

Ana Kuya apretó sus labios marchitos.

—¿Cómo son? Son indisciplinados, respondones, demasiado dependientes el uno del otro. Ellos…

—Están escuchando cada palabra que decimos —señaló el hombre joven de púrpura.

El chico y la chica se estremecieron, sorprendidos. Estaba mirando directamente hacia su escondite. Se encogieron tras la columna, pero era demasiado tarde.

La voz de Ana Kuya sonó como un látigo:

—¡Alina Starkov! ¡Malyen Oretsev! ¡Bajad aquí ahora mismo!

A regañadientes, Alina y Mal bajaron por la estrecha escalera en espiral que había al final de la galería. Al llegar abajo, la mujer de rojo se levantó de su asiento e hizo un gesto para que se acercaran.

—¿Sabéis quiénes somos? —preguntó. Su cabello era de color gris acero, y su rostro hermoso a pesar de las arrugas.

—¡Sois brujos! —dijo Mal bruscamente.

—¿Brujos? —gruñó ella. Se giró hacia Ana Kuya—. ¿Es eso lo que enseñáis en esta escuela? ¿Supersticiones y mentiras?

Ana Kuya se ruborizó, avergonzada. La mujer de rojo se volvió hacia Mal y Alina, echando chispas por sus oscuros ojos.

—No somos brujos. Somos practicantes de la Pequeña Ciencia. Mantenemos este país y este reino a salvo.

—Igual que el Primer Ejército —dijo Ana Kuya muy bajo, con un matiz inconfundible en la voz.

La mujer de rojo se tensó, pero tras un momento añadió:

—Igual que el Ejército del Rey.

El hombre joven de púrpura sonrió y se arrodilló frente a los niños.

—Cuando las hojas cambian de color, ¿lo llamáis magia? —preguntó amablemente—. ¿Y cuando os cortáis la mano y se cura? Y cuando ponéis una olla con agua al fuego y esta hierve, ¿también es magia?

Mal sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos.

Sin embargo, Alina frunció el ceño y dijo:

—Cualquiera puede hervir agua.

Ana Kuya suspiró exasperada, pero la mujer de rojo rio.

—Tienes mucha razón. Cualquiera puede hervir agua, pero no todos son capaces de dominar la Pequeña Ciencia. Por eso hemos venido a examinaros. —Se giró hacia Ana Kuya—. Ahora, déjanos.

—¡Esperad! —exclamó Mal—. ¿Qué pasará si somos Grisha? ¿Qué nos pasará?

La mujer de rojo bajó la mirada hacia ellos.

—Si, por algún casual, *uno* de vosotros es Grisha, entonces el afortunado irá a una escuela especial donde los Grisha aprenden a usar sus talentos.

—Tendréis las mejores ropas, la mejor comida, cualquier cosa que vuestro corazón desee —añadió el hombre de púrpura—. ¿Os gustaría?

—Es la mejor forma de servir a vuestro Rey —dijo Ana Kuya, todavía merodeando junto a la puerta.

—Eso es muy cierto —afirmó la mujer de rojo, complacida y dispuesta a hacer las paces.

Los niños se miraron y, como los adultos no les estaban prestando mucha atención, no se fijaron en que la chica apretó la mano del chico, ni en la mirada que cruzaron. El Duque hubiera reconocido esa mirada. Había pasado largos años en las devastadas fronteras del norte, donde las aldeas eran asediadas constantemente y los campesinos luchaban sin mucha ayuda ni del Rey ni de nadie. Había visto a una mujer, descalza e impávida en su puerta, enfrentándose a una fila de bayonetas. Conocía la mirada de una persona que defendía su hogar sin nada salvo una piedra en la mano.

CAPÍTULO 1

e pie al borde de una carretera llena de gente, bajé la mirada hasta los ondulados campos y las granjas abandonadas del Valle Tula, y vi la Sombra por primera vez. Mi regimiento estaba a dos semanas de marcha del campamento militar de Poliznaya, y aunque el sol del otoño era cálido me estremecí dentro de mi abrigo mientras observaba la niebla que yacía como una mancha sucia en el horizonte.

Un pesado hombro me golpeó por detrás. Tropecé y casi me caí de cara sobre el barro de la carretera.

—¡Eh! —gritó el soldado—. ¡Ten cuidado!

—¿Por qué no tienes cuidado tú con tus pies de elefante? —solté, y me produjo cierta satisfacción el gesto de sorpresa que cruzó su ancho rostro. La gente, especialmente los hombres grandes con rifles grandes, no esperan que una flacucha como yo les conteste. Siempre se quedan un poco aturdidos.

El soldado se recuperó rápidamente y me lanzó una mirada envenenada mientras se ajustaba la mochila a la espalda. Después desapareció en la caravana de caballos, hombres, carros y vagones que bajaban desde la cima de la colina hasta el valle que había abajo.

Aligeré el paso, tratando de mirar por encima del gentío. Había perdido de vista la bandera amarilla del carro de los cartógrafos hacía horas, y sabía que me había quedado muy atrás.

Mientras caminaba, aspiré los aromas verdes y dorados del bosque en otoño, mientras la suave brisa soplaba a mi espalda. Estábamos en la Vy, la ancha carretera que tiempo atrás conducía desde Os Alta hasta las acaudaladas ciudades portuarias de la costa occidental de Ravka. Pero eso era antes de la Sombra.

En algún lugar entre el gentío, alguien estaba cantando. *¿Cantando? ¿Qué idiota se pone a cantar de camino a la Sombra?* Volví a echar una ojeada a esa mancha en el horizonte y tuve que reprimir un escalofrío. Había visto la Sombra en muchos

mapas, un tajo oscuro que había separado a Ravka de su única salida al mar, dejándola aislada. A veces la mostraban como una mancha, y otras, como una nube sombría y sin forma. Y luego estaban los mapas que tan solo mostraban la Sombra como un lago largo y estrecho, llamándolo por su otro nombre, el Nocéano, un nombre pensado para tranquilizar a los soldados y mercaderes y así fomentar las travesías.

Resoplé. Puede que lograran engañar a algún mercader seboso, pero a mí me servía de poco consuelo.

Retiré mi atención de la siniestra neblina que se cernía en la distancia y bajé la mirada hasta las granjas en ruinas del Tula. El valle había sido una de las zonas más ricas de Ravka. Un día fue un lugar donde los granjeros atendían sus cosechas y las ovejas pastaban en verdes campos. Al siguiente, un tajo negro había aparecido en el paisaje, una franja de oscuridad casi impenetrable que crecía cada año y estaba infestada de horrores. Nadie sabía adonde habían ido los granjeros con sus rebaños, sus cosechas, sus hogares y sus familias.

Para, me dije con firmeza. *Solo estás empeorando las cosas. La gente lleva años cruzando la Sombra… aunque normalmente con muchísimas bajas*. Respiré hondo para calmarme.

—No te desmayes en medio de la carretera —dijo una voz cerca de mi oreja al tiempo que un fuerte brazo aterrizaba sobre mis hombros y me daba un apretón. Levanté la mirada para ver el familiar rostro de Mal, cuya sonrisa alcanzaba sus brillantes ojos azules mientras él se adaptaba a mi paso—. Vamos. Un pie enfrente del otro. Ya sabes cómo se hace.

—Estás interfiriendo con mi plan.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Desmayarme, ser pisoteada y acabar con horribles heridas por todas partes.

—Parece un plan brillante.

—Ah, pero si estoy horriblemente mutilada no seré capaz de cruzar la Sombra.

Mal asintió lentamente.

—Ya veo. Puedo tirarte debajo de un carro, si eso ayuda.

—Lo pensaré —refunfuñé, pero me estaba poniendo de mejor humor. Pese a todos mis esfuerzos, Mal seguía teniendo ese efecto en mí. Y no era la única. Una rubia muy guapa pasó junto a nosotros y saludó con la mano, lanzándole a Mal una mirada coqueta por encima del hombro.

—Eh, Ruby —la llamó él—. ¿Nos vemos luego?

La chica se rio y fue corriendo hacia el gentío. Mal esbozó una amplia sonrisa hasta que me vio poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? Pensaba que Ruby te caía bien.

—Resulta que no tenemos mucho de lo que hablar —dije secamente. En realidad sí que me había caído bien Ruby, al principio. Cuando Mal y yo dejamos el orfanato en Keramzin para entrenar en el servicio militar de Poliznaya, me ponía nerviosa lo

de conocer gente nueva, pero a muchas chicas les emocionaba la idea de ser amigas mías, y Ruby siempre fue una de las más entusiastas. Esas amistades duraron hasta que me di cuenta de que el único interés que ellas tenían en mí era mi cercanía con Mal.

Lo observé estirar ampliamente los brazos y levantar la mirada hacia el cielo otoñal, con aspecto de total satisfacción. Me di cuenta con asco de que incluso caminaba con más energía.

—¿Qué pasa contigo? —susurré con furia.

—Nada —replicó él, sorprendido—. Me siento genial.

—Pero ¿cómo puedes estar tan… animado?

—¿Animado? No estoy animado. No sé a qué te refieres

—Ah, ¿no? Entonces, ¿de qué va todo esto? —pregunté, agitando una mano hacia él—. Parece que vas de camino a una cena estupenda en lugar de a tu posible muerte y desmembramiento.

Mal se rio.

—Te preocupas demasiado. El Rey ha enviado un grupo entero de pirómanos Grisha para cubrir los esquifes, y también a algunos de esos espeluznantes Mortificadores. Nosotros tenemos los rifles —añadió, golpeando el que llevaba a la espalda—. Estaremos bien.

—Un rifle no será de mucha ayuda si el ataque es de los malos.

Mal me miró desconcertado.

—¿Qué te pasa últimamente? Estás aún más gruñona de lo habitual, y tienes un aspecto horrible.

—Gracias —gemí—. No he estado durmiendo muy bien.

—¿Y cuál es la novedad?

Tenía razón, por supuesto. Nunca había dormido bien, pero esos últimos días había sido incluso peor. Los Santos sabían que tenía muchas razones para no querer ni acercarme a la Sombra, razones que compartían todos los desafortunados miembros de nuestro regimiento que habían sido elegidos para cruzar. Pero había algo más, un profundo sentimiento de intranquilidad que no era capaz de expresar con palabras.

Miré a Mal. Hubo un tiempo en el que se lo podía contar todo.

—Tengo… una sensación extraña.

—Deja de preocuparte tanto. Puede que nos pongan con Mikhael en el esquife. Los volcra en cuanto vean esa enorme barriga sudada nos dejarán en paz.

De pronto, me asaltó un recuerdo: Mal y yo, sentados codo con codo en una silla de la biblioteca del Duque, pasando las páginas de un gran libro encuadernado en piel. Habíamos encontrado la ilustración de un volcra: garras alargadas y sucias, alas membranosas, e hileras de dientes afilados como cuchillas listos para darse un festín de carne humana. Eran ciegos por haber pasado generaciones viviendo y cazando en la Sombra, pero según la leyenda podían oler la sangre humana a kilómetros de

distancia. Yo había señalado la página para preguntar:

—¿Qué está sujetando?

Aún podía oír el susurro de Mal en mi oreja.

—Creo… Creo que es un pie.

Habíamos cerrado el libro antes de salir corriendo y gritando hacia la seguridad de la luz del sol.

Sin darme cuenta, había dejado de caminar, congelada en donde estaba, incapaz de librarme del recuerdo. Cuando Mal se dio cuenta de que no seguía con él, soltó un gran suspiro de resignación y caminó hacia mí. Colocó las manos sobre mis hombros y me sacudió un poco.

—Estaba de broma. Nadie va a comerse a Mikhael.

—Lo sé —dije, mirándome las botas—. Eres muy gracioso.

—Venga ya, Alina. Estaremos bien.

—No puedes saberlo.

—Mírame —dijo, y yo me obligué a levantar mis ojos hasta los suyos—. Sé que tienes miedo, y yo también lo tengo. Pero vamos a conseguirlo, y vamos a estar bien. Como siempre. ¿Vale?

Sonrió, y mi corazón palpitó con fuerza en mi pecho.

Me froté con el pulgar la cicatriz que cruzaba la palma de mi mano derecha y tomé aliento, temblorosa.

—Vale —acepté a regañadientes, y sentí que le devolvía la sonrisa de forma sincera.

—¡Los ánimos de la dama han sido restaurados! —gritó Mal—. ¡El sol puede volver a brillar!

—Oh, ¿por qué no te callas?

Me giré para darle un puñetazo, pero, antes de poder hacerlo, me cogió y me levantó del suelo. Un ruido de pezuñas y gritos partió el aire. Mal me arrastró hasta un lado de la carretera mientras un enorme carruaje negro pasaba rugiendo, y la gente se dispersó para evitar ser arrollados por las retumbantes pezuñas de cuatro caballos negros. Junto al cochero que blandía un látigo se encontraban dos soldados con abrigos de color carbón.

El Oscuro. Su carruaje negro y el uniforme de su guardia personal eran inconfundibles.

Otro carruaje, esta vez lacado en rojo, pasó retumbando junto a nosotros a un ritmo mucho más pausado.

Levanté la mirada hacia Mal, con el corazón latiendo frenéticamente por lo cerca que había estado.

—Gracias —susurré. De pronto, Mal pareció darse cuenta de que sus brazos seguían rodeándome. Los quitó y retrocedió apresuradamente. Me limpié el polvo del abrigo, esperando que no se percatara del rubor de mis mejillas.

Un tercer carruaje pasó junto a nosotros, lacado en azul, y una chica se asomó por

la ventana. Tenía el pelo negro y rizado, y llevaba un gorro de piel de zorro plateado. Echó un vistazo a la multitud que la observaba y, como era de esperar, sus ojos se detuvieron en Mal.

Acabas de quedarte embobada con él, me reprendí. ¿Por qué no habría de hacerlo una hermosa Grisha?

Los labios de la chica se curvaron en una pequeña sonrisa mientras sostenía la mirada de Mal, observándolo por encima del hombro hasta que el carruaje se perdió a lo lejos. Él se la quedó mirando como un tonto, y con la boca ligeramente abierta.

—Cierra la boca antes de que se te meta algún bicho —solté.

Mal pestañeó, aún con aspecto aturdido.

—¿Has visto eso? —bramó una voz. Me giré y vi a Mikhael acercándose a zancadas, con una expresión de asombro casi cómica. Mikhael era un enorme pelirrojo de cara ancha y un cuello aún más ancho. Tras él, Dubrov, esbelto y moreno, se apresuraba a seguirle el paso. Los dos eran rastreadores de la unidad de Mal y nunca estaban muy lejos de él.

—Pues claro que lo he visto —replicó Mal, cuya expresión de atontamiento se desvaneció en una sonrisa arrogante. Puse los ojos en blanco.

—¡Te estaba mirando! —gritó Mikhael, dándole unas palmadas en la espalda. Mal se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, pero su sonrisa se ensanchó.

—Sí que lo hizo —dijo con suficiencia.

Dubrov se movía con nerviosismo.

—Dicen que las chicas Grisha pueden hechizarte.

Yo resoplé, y Mikhael me miró como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

—Eh, Palillo —saludó, y me dio un golpecito en el brazo. Fruncí el ceño ante el mote, pero ya se había vuelto de nuevo hacia Mal—. ¿Sabes? La chica se quedará en el campamento —le contó con malicia.

—He oído que la tienda de los Grisha es tan grande como una catedral —añadió Dubrov.

—Con un montón de recovecos oscuros —dijo Mikhael, y movió las cejas.

Mal soltó un grito de alegría. Sin mirarme ni una vez más, los tres se alejaron a grandes pasos, dando voces y empujándose entre ellos.

—Encantada de veros, chicos —murmuré en voz baja. Me ajusté la tira de la bandolera a los hombros y continué andando por la carretera, hasta que me uní a los rezagados que bajaban por la colina para ir a Kribirsk. No me molesté en darme prisa. Probablemente me reprenderían cuando llegara por fin a la Tienda de los Documentos, pero ya no había nada que pudiera hacer.

Me froté el brazo donde Mikhael me había golpeado. *Palillo*. Odiaba ese mote. *No me llamabas Palillo cuando estabas borracho de kvas y tratando de toquetearme en la fogata de primavera, patán miserable*, pensé con rencor.

No había mucho que ver en Kribirsk. De acuerdo con el Cartógrafo Jefe, había

sido una ciudad dormitorio los días antes de la Sombra, poco más que una plaza principal polvorienta y una posada para los agotados viajeros de la Vy. Pero ahora se había convertido en una especie de ciudad portuaria en ruinas, expandiéndose alrededor de un campamento militar permanente y los muelles secos donde los esquifes de arena esperaban para transportar a los pasajeros a través de la oscuridad hacia Ravka Occidental. Pasé por tabernas, bares y lo que seguramente fueran burdeles destinados a satisfacer a las tropas del Ejército del Rey. Había tiendas que vendían rifles y arcos, lámparas y antorchas, todo el equipamiento necesario para un viaje a través de la Sombra. La pequeña iglesia con sus paredes encaladas y relucientes cúpulas bulbiformes se encontraba sorprendentemente bien mantenida. *O quizás no sea tan sorprendente*, pensé. Cualquiera que planeara viajar a través de la Sombra haría bien en detenerse a rezar.

Encontré el camino hasta donde se alojaban los topógrafos, deposité mi equipaje sobre un catre, y me apresuré a ir a la Tienda de los Documentos. Para mi alivio, no vi por ningún sitio al Cartógrafo Jefe, por lo que pude colarme dentro sin que nadie se diera cuenta.

Al entrar en la tienda de lona blanca, sentí que me relajaba por primera vez desde que vi la Sombra. La Tienda de los Documentos era básicamente la misma en cada campamento que había visto, llena de luces brillantes y filas de mesas de dibujo donde los artistas y topógrafos se inclinaban sobre su trabajo. Tras el ruido y los empujones del viaje, había algo reconfortante en el crujido del papel, el olor de la tinta y los suaves rasguños de los plumones y pinceles.

Saqué mi cuaderno de bocetos del bolsillo de mi abrigo y me senté en una mesa de trabajo junto a Alexei, que se giró hacia mí y susurró con irritación:

—¿Dónde has estado?

—A punto de ser arrollada por el carruaje del Oscuro —respondí mientras cogía un trozo de papel limpio y hojeaba mis bocetos tratando de encontrar uno adecuado para copiar. Alexei y yo éramos ayudantes de los cartógrafos y, como parte de nuestro entrenamiento, teníamos que entregar dos bocetos o dibujos terminados al final de cada día.

Alexei tomó aliento con brusquedad.

—¿En serio? ¿Lo has visto de verdad?

—En realidad, estuve muy ocupada tratando de no morir.

—Hay formas peores de palmarla —fue su respuesta, y vio el boceto de un valle rocoso que estaba a punto de comenzar a copiar—. Puf. Ese no. —Hojeó mi cuaderno hasta llegar a la cresta de una montaña y le dio un golpecito con el dedo—. Este.

Apenas tuve tiempo de acercar la pluma al papel antes de que el Cartógrafo Jefe entrara en la tienda y se abalanzara por el pasillo, observando nuestro trabajo mientras pasaba.

—Espero que ese sea el segundo boceto que empiezas, Alina Starkov.

—Sí —mentí—. Sí, lo es.

En cuanto el Cartógrafo pasó de largo, Alexei susurró:

—Háblame del carruaje.

—Tengo que terminar mis bocetos.

—Toma —dijo exasperado, deslizando hacia mí uno de los suyos.

—Sabrá que es tuyo.

—No es muy bueno. Seguro que puedes hacerlo pasar por uno de los tuyos.

—Ese es mi Alexei —refunfuñé, pero no le devolví el boceto. Era uno de los ayudantes con más talento, y él lo sabía.

Alexei me sacó hasta el último detalle sobre los tres carruajes Grisha. Me sentía agradecida por el boceto, así que hice lo que pude para satisfacer su curiosidad mientras terminaba el dibujo de la cresta de la montaña y medía con el pulgar algunos de los picos más altos.

Para cuando terminamos, ya estaba anocheciendo. Entregamos nuestro trabajo y caminamos hasta la tienda comedor, donde esperamos en fila a que un cocinero sudoroso nos sirviera unas cucharadas de estofado turbio. Después nos sentamos junto a algunos de los otros topógrafos.

Me pasé toda la cena en silencio, escuchando a Alexei y los demás intercambiar cotilleos sobre el campamento y charlar sobre la travesía del día siguiente. Alexei insistió en que volviera a contar la historia de los carruajes Grisha, que fue recibida con la mezcla habitual de fascinación y temor que recibía cualquier mención del Oscuro.

—No es humano —dijo Eva, otra ayudante; tenía unos bonitos ojos verdes que no lograban apartar la atención de su nariz de cerdito—. Ninguno de ellos lo es.

Alexei resopló.

—Por favor, Eva, ahórranos tus supersticiones.

—Para empezar, fue un Oscuro el que creó la Sombra.

—¡Eso fue hace cientos de años! —protestó Alexei—. Y ese Oscuro estaba totalmente loco.

—El de ahora es igual de malo.

—Ignorante —dijo Alexei, desestimando sus palabras con un gesto de la mano. Eva lo miró ofendida y le dio la espalda pausadamente para hablar con sus amigos.

Me quedé callada. Yo era más ignorante que Eva, a pesar de sus supersticiones. Solo sabía leer y escribir gracias a la caridad del Duque, pero Mal y yo teníamos un acuerdo no verbal por el que no mencionábamos Keramzin.

Como si hubieran estado esperando, un estruendoso estallido de risas me sacó de mis pensamientos. Miré por encima del hombro. Mal era el centro de atención de una ruidosa mesa de rastreadores.

Alexei siguió mi mirada.

—¿Cómo os hicisteis amigos vosotros dos?

—Crecimos juntos.

—No parece que tengáis mucho en común.

Me encogí de hombros.

—Supongo que es fácil tener cosas en común cuando eres un niño.

Como la soledad, el recuerdo de unos padres que estábamos destinados a olvidar, y el placer de saltarnos las tareas para jugar en nuestro prado.

Alexei parecía tan escéptico que tuve que reírme.

—No siempre fue el Increíble Mal, experto rastreador y seductor de chicas Grisha.

Alexei se quedó boquiabierto.

—¿Ha seducido a una chica Grisha?

—No, pero estoy segura de que lo hará —murmuré.

—Entonces, ¿cómo era?

—Era bajito y rechoncho, y le daba miedo bañarse —dije con satisfacción.

Alexei lo miró.

—Supongo que las cosas cambian.

Me froté la cicatriz de la palma con el pulgar.

—Supongo que sí.

Limpiamos los platos y salimos de la tienda comedor a la fría noche. Dimos un rodeo de camino a los barracones para pasar junto al campamento de los Grisha. El pabellón Grisha realmente era del tamaño de una catedral, cubierto de seda negra, con banderines azules, rojos y púrpura ondeando en las alturas. Escondidas en algún lugar tras él se encontraban las tiendas del Oscuro, custodiadas por Corporalki Mortificadores y la guardia personal del Oscuro.

Cuando Alexei se hartó de mirar, nos pusimos en marcha de vuelta a nuestros aposentos. Él se quedó callado y comenzó a hacer crujir los nudillos, y yo sabía que ambos estábamos pensando en la travesía del día siguiente. A juzgar por el humor sombrío de los barracones, no éramos los únicos. Algunos ya estaban en sus catres, durmiendo (o intentándolo), mientras que otros estaban apiñados junto a las lámparas, hablando en voz baja. Algunos estaban sentados sosteniendo a sus iconos, rezando a sus Santos.

Desenrollé mi petate sobre un catre estrecho, me quité las botas y colgué el abrigo. Después me metí retorciéndome entre las mantas forradas de piel y miré hacia el techo, esperando a quedarme dormida. Estuve así mucho tiempo, hasta que todas las lámparas se extinguieron y los sonidos de conversación dieron paso a suaves ronquidos y los roces de los cuerpos.

Al día siguiente, si todo iba según lo planeado, cruzaríamos sin peligro hasta Ravka Occidental, y vería por primera vez el Mar Auténtico. Allí, Mal y los otros rastreadores cazarían lobos rojos, zorros marinos y otras preciadas criaturas que solo se encontraban en el oeste. Yo me quedaría con los cartógrafos en Os Kervo para finalizar mi entrenamiento y ayudar a registrar mediante dibujos cualquier información que lográramos averiguar en la Sombra. Después, por supuesto, tendría que volver a atravesar la Sombra para volver a casa, pero era difícil pensar en algo

tan lejano.

Seguía completamente despierta cuando lo oí. *Tap, tap*. Pausa. *Tap*. Y otra vez: *tap, tap*. Pausa. *Tap*.

—¿Qué está pasando? —murmuró Alexei, adormilado, desde el catre más cercano al mío.

—Nada —susurré, levantándome y poniéndome las botas.

Cogí mi abrigo y salí de los barracones tan silenciosamente como pude. Al abrir la puerta oí una risita, y una voz femenina habló desde algún lugar de la oscura habitación:

—Si es ese rastreador, dile que entre a darme calor.

—Si quiere contagiarse de algo, estoy segura de que serás su primera opción —dije con dulzura, y me interné en la noche.

El frío aire me daba punzadas en las mejillas, y enterré la barbilla en el cuello de mi abrigo, deseando haberme detenido para coger la bufanda y los guantes. Mal estaba sentado en la desvencijada escalera, dándome la espalda. Más allá, vi a Mikhael y Dubrov pasándose una botella bajo las brillantes luces del sendero.

Fruncí el ceño.

—Por favor, dime que no me has despertado para informarme de que vas a ir a la tienda Grisha. ¿Qué quieres, consejos?

—No estabas durmiendo. Estabas despierta, preocupada.

—Error. Estaba planeando cómo colarme en el pabellón Grisha para ligarme a algún Corporalnik guapo.

Mal se rio, y yo titubeé junto a la puerta. Esa era la parte más difícil de estar con él, además de las torpes acrobacias que le obligaba a hacer a mi corazón. Odiaba esconder cuánto daño me producían las tonterías que hacía, pero odiaba aún más la idea de que se enterara. Pensé en darme la vuelta y volver al interior, pero en lugar de eso me tragué los celos y me senté junto a él.

—Espero que me hayas traído algo bonito —dije—. Los Secretos de Seducción de Alina no son baratos.

Él sonrió.

—¿Puedes apuntármelo en la cuenta?

—Supongo. Pero solo porque sé que eres de fiar.

Escudriñé la oscuridad y observé a Dubrov mientras bebía de la botella y después daba un bandazo hacia delante. Mikhael estiró el brazo para estabilizarlo, y los sonidos de sus risas flotaron hasta nosotros por el aire nocturno.

Mal sacudió la cabeza y suspiró.

—Siempre intenta seguirle el ritmo a Mikhael. Seguramente acabará vomitándome en las botas.

—Lo tienes bien merecido —repliqué—. Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Cuando comenzamos el servicio militar un año antes, Mal me visitaba casi cada noche, pero llevaba meses sin venir.

Él se encogió de hombros.

—No sé. Parecías muy abatida en la cena.

Me sorprendía que se hubiera dado cuenta.

—Estaba pensando en la travesía —respondí con cuidado. No era exactamente una mentira. Me aterrorizaba entrar en la Sombra, y estaba claro que Mal no tenía que saber que Alexei y yo habíamos estado hablando de él—. Pero me conmueve que te intereses.

—Eh —dijo él con una sonrisa— me preocupo por ti.

—Si tienes suerte, un volcra me comerá para desayunar mañana y no tendrás que inquietarte más.

—Sabes que estaría perdido sin ti.

—Tú no has estado perdido en la vida —me burlé. Yo era la que hacía los mapas, pero Mal era capaz de encontrar el norte con los ojos vendados sin despeinarse siquiera.

Me golpeó el hombro con el suyo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Claro —asentí, pero no lo sabía. En realidad no.

Nos sentamos en silencio, observando las vaharadas que producía nuestro aliento en el aire helado.

Mal se miró la punta de los zapatos y dijo:

—Supongo que yo también estoy nervioso.

Le di un codazo y contesté con una confianza que no sentía:

—Si pudimos con Ana Kuya, podremos con unos cuantos volcra.

—Si no recuerdo mal, la última vez que nos cruzamos con Ana Kuya te dio un par de bofetones y nos mandó a limpiar los establos.

Hice una mueca de dolor.

—Estoy intentando tranquilizarte. Al menos podrías fingir que lo estoy consiguiendo.

—¿Sabes qué es lo más raro? —susurró—. A veces la echo de menos.

Hice lo que pude para esconder mi asombro. Habíamos pasado más de diez años de nuestras vidas en Keramzin, pero normalmente me daba la impresión de que Mal quería olvidarlo todo sobre ese lugar, tal vez incluso a mí. Allí había sido otro refugiado perdido, otro huérfano que se sentía agradecido por cada bocado de comida, cada par de botas usadas. En el ejército, se había ganado su propio lugar, un lugar donde nadie tenía por qué saber que había sido un niño abandonado.

—Yo también —admití—. Podríamos escribirle.

—Podríamos —dijo él.

De pronto, estiró el brazo y me cogió la mano. Traté de ignorar la pequeña sacudida que me atravesó.

—Mañana a esta hora estaremos sentados en el puerto de Os Kervo, mirando el océano y bebiendo *kvas*.

Miré a Dubrov, que se balanceaba hacia delante y hacia atrás, y sonreí.

—¿Y Dubrov?

—Solo tú y yo —dijo Mal.

—¿En serio?

—Siempre seremos solo tú y yo, Alina.

Por un momento, parecía que fuera verdad. El mundo era ese escalón, ese círculo de luz que arrojaba la lámpara, nosotros dos suspendidos en la oscuridad.

—¡Venga! —bramó Mikhael desde el camino.

Mal se sobresaltó como un hombre al que sacaran de su sueño. Me dio un último apretón en la mano antes de soltarla.

—Tengo que irme —dijo, con su sonrisa despreocupada ya en su lugar—. Intenta dormir un poco. —Dio unos saltitos desde las escaleras y salió corriendo para unirse a sus amigos—. ¡Deséame suerte! —gritó por encima del hombro.

—Buena suerte —contesté automáticamente, y después quise darme una patada. *¿Buena suerte? Que te lo pases muy bien, Mal. Espero que encuentres a una Grisha muy guapa, que os enamoréis perdidamente, y que tengáis un montón de bebés preciosos y asquerosamente especiales*.

Me quedé paralizada en el escalón, observándolos desaparecer por el sendero, sintiendo aún la cálida presión de la mano de Mal sobre la mía. Bueno, pensé mientras me ponía en pie. *Quizás se caiga a una zanja por el camino*.

Volví con lentitud hasta los barracones, cerré la puerta firmemente, y me acurruqué agradecida en mi catre.

¿Saldría del pabellón esa chica Grisha de pelo negro para encontrarse con Mal? Alejé ese pensamiento. No era asunto mío y, en realidad, no quería saberlo. Mal nunca me había mirado como miró a esa chica, ni siquiera como miraba a Ruby, y nunca lo haría. Pero el hecho de que siguiéramos siendo amigos era más importante que todo eso.

¿*Durante cuánto tiempo*? dijo una voz fastidiosa dentro de mi cabeza. Alexei tenía razón: las cosas cambian. Mal había cambiado a mejor. Se había vuelto más guapo, más valiente, más atrevido. Y yo me había vuelto… más alta. Suspiré y me di la vuelta. Quería creer que Mal y yo siempre seríamos amigos, pero tenía que enfrentarme al hecho de que seguíamos caminos distintos. Tumbada en la oscuridad, esperando a que llegara el sueño, me pregunté si esos caminos simplemente seguirían alejándonos más y más, y si llegaría el día en que volveríamos a ser extraños el uno para el otro.

CAPÍTULO 2

a mañana pasó volando: el desayuno, un viaje breve a la Tienda de los Documentos para hacerme con más tinta y papel, y después el caos del muelle seco. Me quedé allí con el resto de los topógrafos, esperando nuestro turno para embarcar en una pequeña flota de esquifes de arena. Tras nosotros, Kribirsk se estaba despertando. Enfrente estaba la extraña y ondulante oscuridad de la Sombra.

Los animales eran muy ruidosos y se asustaban con demasiada facilidad como para viajar por el Nocéano, por lo que las travesías se llevaban a cabo en esquifes de arena, trineos lisos con enormes velas que les permitían deslizarse casi sin hacer ruido por las grisáceas arenas muertas. Los esquifes estaban cargados de grano, madera y algodón en bruto, pero en el viaje de vuelta estarían repletos de azúcar, rifles, y toda clase de bienes terminados que llegaban a través de los puertos marítimos de Ravka Occidental. Mirando la cubierta del esquife, equipada con poco más que una vela y una barandilla desvencijada, lo único que podía pensar era que no ofrecía ningún lugar donde esconderse.

Junto al mástil de cada trineo, flanqueados por soldados bien armados, se encontraban dos Etherealki Grisha, la Orden de Invocadores, en *keftas* de color azul oscuro. Los bordados plateados de los puños y dobladillos de sus túnicas indicaban que eran Vendavales, los Grisha que podían elevar o disminuir la presión del aire e insuflar las velas de los esquifes con viento para llevarnos por los largos kilómetros de la Sombra.

Junto a las barandillas estaban alineados unos soldados armados con rifles, supervisados por un oficial de gesto adusto. Entre ellos había más Etherealki, pero sus túnicas azules llevaban los puños rojos que indicaban que podían invocar fuego.

A una señal del capitán del esquife, el Cartógrafo Jefe nos llevó a mí, a Alexei y al resto de ayudantes al esquife para unirnos a los demás pasajeros. Después ocupó su lugar detrás de los Vendavales junto al mástil, donde los ayudaría a navegar a través

de la oscuridad. Llevaba una brújula en la mano, pero no le serviría de mucho una vez estuviéramos en la Sombra. Mientras nos apiñábamos en cubierta, vi a Mal junto a los rastreadores al otro lado del esquife. Ellos también estaban armados con rifles. Tras ellos había una hilera de arqueros, que llevaban carcajes a la espalda cargados de flechas con puntas de acero Grisha. Toqué el mango del cuchillo del ejército que llevaba en el cinturón. No me daba mucha confianza.

El capataz que se encontraba en el muelle soltó un grito, y un grupo de hombres fornidos comenzó a empujar los esquifes hacia la arena incolora que marcaba los límites de la Sombra. Se apresuraron a volver hacia atrás, como si esa arena pálida y muerta les fuera a quemar los pies.

Entonces llegó nuestro turno, y con una súbita sacudida el esquife se tambaleó hacia delante, chirriando contra el suelo mientras los trabajadores portuarios lo empujaban. Me agarré de la barandilla para estabilizarme, con el corazón latiendo a toda prisa. Los Vendavales alzaron los brazos. Las velas se hincharon de golpe con un fuerte chasquido, y el esquife salió disparado en dirección a la Sombra.

Al principio fue como atravesar una gruesa cortina de humo, pero ni había calor ni olía a fuego. Los sonidos fueron disminuyendo y el mundo entero pareció quedarse en silencio. Observé los esquifes por delante de nosotros, deslizándose en la oscuridad, desapareciendo de mi vista, uno tras otro. Me di cuenta de que ya no podía ver la proa de nuestro esquife, y luego de que ni siquiera podía ver mi propia mano sobre la barandilla. Miré por encima del hombro. El mundo viviente había desaparecido. La oscuridad cayó sobre nosotros, negra, ingrávida y absoluta. Estábamos en la Sombra.

Era como encontrarse al final de todo. Me sujeté con fuerza a la barandilla, sintiendo la madera que se clavaba en mi mano, agradecida por su solidez. Me concentré en eso y en la sensación de mis dedos dentro de las botas, aferrándose a la cubierta. A mi derecha, oía la respiración de Alexei.

Traté de pensar en los soldados con sus rifles y en los *pyros* Grisha de túnicas azules. Nuestra esperanza de cruzar la Sombra consistía en atravesarla en silencio y sin que nos descubrieran; así que no sonaría ningún disparo ni se invocaría ningún fuego, pero su presencia me reconfortaba de todos modos.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, con los esquifes arrastrándose hacia delante y el rechinar de sus cascos en la arena como único sonido. Pareció que fueran minutos, pero podían haber sido horas. *Vamos a estar bien*, pensé. *Vamos a estar bien*. Entonces noté la mano de Alexei buscando la mía. Me agarró la muñeca.

—¡Escucha! —susurró, con la voz ronca por el terror. Al principio solo oía su respiración entrecortada y el siseo constante del esquife. Entonces, en algún lugar en la oscuridad, oí otro sonido, débil pero implacable: el rítmico batir de unas alas.

Cogí el brazo de Alexei con una mano y agarré el mango de mi cuchillo con la otra. Mi corazón latía con fuerza, y mis ojos se esforzaban por ver algo en la oscuridad, lo que fuera. Oí que amartillaban pistolas y preparaban las flechas.

Alguien gritó:

—¡Preparaos!

Esperamos, escuchando el sonido de los aleteos en el aire, cada vez más alto conforme nos acercábamos, como los tambores de un ejército que se aproximara. Pensé que sentía el viento golpeándome la mejilla según se acercaban más y más en círculos.

—¡Fuego!

La orden sonó seguida del estallido de los fusiles y un silbido explosivo cuando las oleadas de fuego Grisha estallaron desde cada uno de los esquifes.

Entrecerré los ojos ante la repentina claridad, esperando a que se me ajustara la visión. A la luz del fuego, los vi. Se suponía que los volcra se movían en bandadas pequeñas, pero eran… no docenas, sino cientos, cerniéndose en el aire alrededor del esquife, descendiendo en picado. Eran más terroríficos que nada que hubiera visto en cualquier libro, que cualquier monstruo que pudiera haber imaginado. Sonaron disparos. Los arqueros lanzaron sus flechas, y los chillidos de los volcra rasgaron el aire, agudos y terribles.

Se abalanzaron sobre nosotros. Oí un grito estridente y observé horrorizada como levantaban a un soldado por los aires mientras pataleaba y se retorcía. Alexei y yo nos agachamos pegados a la barandilla, aferrándonos a nuestros endebles cuchillos y murmurando plegarias mientras el mundo se disolvía en una pesadilla. A nuestro alrededor, los hombres gritaban, la gente chillaba, los soldados combatían a esas enormes bestias aladas que se retorcían, y la oscuridad antinatural de la Sombra quedó rota aquí y allá por las llamaradas de fuego dorado Grisha.

Entonces un chillido desgarró el aire a mi lado. Ahogué un grito cuando me arrebataron el brazo de Alexei de un tirón. Con la luz de un chorro de fuego, lo vi aferrándose a la barandilla con una mano. Vi su boca aullando, sus ojos muy abiertos y aterrorizados, y la monstruosidad que lo sujetaba en su reluciente abrazo gris, con las alas batiendo el aire mientras lo levantaba por los pies, con las gruesas garras profundamente clavadas en su espalda, ya empapadas de su sangre. Los dedos de Alexei se resbalaron sobre la barandilla. Yo me abalancé hacia él y le agarré el brazo.

—¡Aguanta! —grité.

Entonces la llamarada se desvaneció, y en la oscuridad sentí los dedos de Alexei separarse de los míos.

—¡Alexei! —grité.

Sus chillidos se desvanecieron en medio de los sonidos de la batalla mientras el volcra se lo llevaba hacia la oscuridad. Otro brote de fuego iluminó el cielo, pero ya no estaba.

—¡Alexei! —chillé, inclinándome sobre la barandilla—. ¡Alexei!

La respuesta llegó con un fuerte aleteo cuando otro volcra se abalanzó hacia mí. Retrocedí bruscamente, esquivando su agarre por los pelos, aferrando el cuchillo frente a mí con manos temblorosas. El volcra se lanzó hacia delante, con la luz del

fuego reflejándose en sus ojos ciegos y lechosos, y la enorme boca llena de hileras de dientes negros, afilados y torcidos. Vi un destello de pólvora por el rabillo del ojo, oí el disparo de un rifle, y el volcra trastabilló, aullando de furia y dolor.

—¡Muévete!

Era Mal, con el rifle en la mano y la cara manchada de sangre. Me agarró el brazo y me arrastró tras él.

El volcra seguía persiguiéndonos, desgarrando la cubierta al pasar, con una de las alas colgando en un ángulo torcido. Mal estaba tratando de recargar a la luz del fuego, pero el volcra era demasiado rápido. Corrió hacia nosotros, atacando con las zarpas, y sus uñas desgarraron el pecho de Mal, que gritó de dolor.

Agarré el ala rota del volcra y le clavé el cuchillo hasta el fondo entre los hombros. Sentí su carne viscosa bajo mis manos. La criatura chilló y se revolcó hasta librarse de mí. Caí hacia atrás, golpeando la cubierta con fuerza. Se lanzó hacia mí en un frenesí de rabia, chascando las enormes mandíbulas.

Se oyó otro disparo. El volcra tropezó y cayó en una montaña grotesca, chorreando sangre negra por la boca. A pesar de la escasa luz, vi a Mal bajar el rifle. Su camisa rota estaba oscura debido a la sangre.

El rifle se le deslizó de entre los dedos mientras él se balanceaba y caía de rodillas, para después derrumbarse sobre la cubierta.

—¡Mal! —Llegué junto a él en un instante, y presioné su pecho con las manos en un intento desesperado por detener la hemorragia—. ¡Mal! —sollocé, con las mejillas llenas de lágrimas.

El aire estaba cargado con el olor de la sangre y la pólvora. A nuestro alrededor oía disparos de rifles, gente que lloraba… y el obsceno sonido de algo que se alimentaba. Las llamaradas de los Grisha eran más débiles, más esporádicas, y, lo peor de todo, me percaté de que el esquife había dejado de moverse. Ya está, pensé desesperada. Me agaché sobre Mal, sin dejar de presionar la herida. Respiraba con dificultad.

—Ahí vienen —jadeó.

Alcé la mirada y vi, en el débil resplandor del fuego Grisha, dos volcra que bajaban en picado hacia nosotros.

Me agaché junto a Mal, protegiendo su cuerpo con el mío. Sabía que era inútil, pero no podía hacer más. Olí el fétido hedor de los volcra, sentí las ráfagas de aire provocadas por sus alas. Presioné mi frente junto a la de Mal y lo oí susurrar:

—Nos vemos en el prado.

Algo brotó dentro de mí, a causa de la furia, la desesperanza, la certeza de mi propia muerte. Sentí la sangre de Mal bajo mis manos, vi el dolor en la cara que tanto quería. Un volcra lanzó un chillido de triunfo y hundió las garras en mi espalda. El dolor laceró mi cuerpo.

Y el mundo se volvió blanco.

Cerré los ojos cuando una repentina explosión de luz cruzó mis ojos. Parecía

llenar mi cabeza, cegándome, ahogándome. De algún lugar por encima de mí, oí un horrible chillido. Sentí que las garras del volcra aflojaban su agarre, sentí el golpe cuando caí hacia delante y mi cabeza se encontró con la cubierta, y después no sentí nada en absoluto.

CAPÍTULO 3

esperté sobresaltada. Podía sentir una ráfaga de aire sobre mi piel, y abrí los ojos para ver lo que parecían unas oscuras nubes de humo. Estaba de espaldas, en la cubierta del esquife. Me llevó solo un momento darme cuenta de que las nubes se disipaban, dando paso a unas volutas oscuras, y, entre ellas, asomaba el brillante sol del otoño. Cerré los ojos de nuevo, sintiendo oleadas de alivio. *Estamos saliendo de la Sombra*, pensé. *De algún modo, lo hemos conseguido*. ¿De verdad? Los recuerdos del ataque del volcra me ahogaron de forma terrorífica. ¿Dónde estaba Mal?

Traté de sentarme y noté una punzada de dolor en los hombros. La ignoré y me levanté. De pronto vi frente a mi cara el cañón de un rifle.

—Aleja esa cosa de mí —solté, apartándolo a un lado.

El soldado volvió a apuntarme con el rifle amenazadoramente.

—Quédate donde estás —ordenó.

Lo observé, aturdida.

—¿Qué pasa contigo?

—¡Está despierta! —gritó por encima del hombro. Se le unieron dos soldados armados más, el capitán del esquife y una Corporalnik. Sentí pánico al ver que los puños de su *kefta* roja estaban bordados en negro. ¿Qué quería de mí una Mortificadora?

Miré a mi alrededor. Un Vendaval seguía junto al mástil, con los brazos alzados, dirigiéndonos hacia delante con un fuerte viento y un único soldado a su lado.

En algunos lugares, la cubierta estaba resbaladiza por la sangre. Se me revolvió el estómago al recordar el horror de la batalla. Un Corporalnik Sanador se encontraba atendiendo a los heridos. ¿Dónde estaba Mal?

Había soldados y Grisha junto a la barandilla, ensangrentados y chamuscados, y eran bastantes menos que cuando habíamos salido. Todos me observaban cautelosamente. Sentí que mi miedo aumentaba, al darme cuenta de que los soldados

y la Corporalnik en realidad estaban vigilándome. Como a una prisionera.

—Mal Oretsev —dije—. Es un rastreador, le hirieron durante el ataque. ¿Dónde está? —Nadie dijo nada—. Por favor —supliqué—. ¿Dónde está?

El esquife encalló con una sacudida, y el capitán gesticuló hacia mí con su rifle.

—Levanta.

Pensé en no levantarme hasta que me dijeran lo que le había pasado a Mal, pero un vistazo a la Mortificadora me hizo reconsiderarlo. Me puse en pie, haciendo una mueca por el dolor que sentía en el hombro, y me tambaleé cuando el esquife comenzó a moverse de nuevo, empujado por los trabajadores del puerto. Instintivamente alargué el brazo para estabilizarme, pero el soldado al que toqué se encogió y se alejó de mí como si ardiera. Conseguí equilibrarme, pero mi mente daba vueltas.

El esquife volvió a detenerse.

—En marcha —ordenó el capitán.

Los soldados me apuntaron con el rifle para hacerme salir del esquife. Pasé junto a los otros supervivientes, plenamente consciente de sus miradas curiosas y asustadas, y vi que el Cartógrafo Jefe hablaba visiblemente nervioso con un soldado. Quería parar para contarle lo que le había pasado a Alexei, pero no me atreví.

Al poner pie en el puerto seco, me sorprendió ver que habíamos vuelto a Kribirsk. Ni siquiera habíamos atravesado la Sombra. Me estremecí. Mejor estar cruzando el campamento con un rifle en la espalda que seguir en el Nocéano.

Pero no mucho mejor, pensé con ansiedad.

Mientras los soldados me conducían por la calle principal, la gente interrumpía su trabajo para mirarnos boquiabiertos. Mi mente zumbaba en busca de respuestas, pero no encontraba nada. ¿Había hecho algo mal en la Sombra? ¿Había roto algún tipo de protocolo militar? Y, sobre todo, ¿cómo habíamos salido de la Sombra? Me latían las heridas cerca del hombro. Lo último que recordaba era el terrible dolor de las garras del volcra atravesándome la espalda, y el potente estallido de luz. ¿Cómo habíamos sobrevivido?

Esos pensamientos abandonaron mi mente cuando nos acercamos a la Tienda de los Oficiales. El capitán hizo que los guardias se detuvieran y se dirigió a la entrada.

La Corporalnik le agarró de un brazo para detenerlo.

—Esto es una pérdida de tiempo. Deberíamos proceder inmediatamente a…

—Quítame las manos de encima, torturadora —soltó el capitán, y se liberó de una sacudida.

Por un momento la Corporalnik se lo quedó mirando con ojos amenazantes, pero después sonrió fríamente e hizo una reverencia.

—Da, kapitan.

Sentí que el vello de los brazos se me erizaba.

El capitán desapareció en el interior de la tienda. Esperamos. Miré nerviosa a la Corporalnik, que aparentemente había olvidado su conflicto con el capitán y volvía a

escudriñarme. Era joven, puede que más joven que yo, pero eso no le había impedido enfrentarse a un oficial superior. ¿Por qué habría de hacerlo? Podía matar al capitán en el acto sin alzar siquiera un arma. Me froté los brazos, tratando de acabar con el frío que sentía.

La entrada de la tienda se abrió, y quedé horrorizada al ver que el capitán salía seguido por un adusto Coronel Raevsky. ¿Qué podía haber hecho yo que requiriera la presencia de un oficial superior?

El coronel me observó con severidad en su ajado rostro.

—¿Qué eres?

—Ayudante Cartógrafa Alina Starkov. Cuerpo Real de Topógrafos…

—¿*Qué* eres? —me cortó.

Pestañeé.

—Soy… Soy cartógrafa, señor.

Ravesky frunció el ceño. Llamó a uno de los soldados y le susurró algo que hizo que este fuera corriendo de vuelta al puerto.

—Vamos —dijo lacónicamente.

Sentí el golpe del cañón del rifle en mi espalda y caminé hacia delante. Tenía un muy mal presentimiento sobre a dónde me llevaban. *No puede ser*, pensé desesperada. *No tiene sentido*. Pero según la enorme tienda negra se iba alzando más y más grande ante nosotros, no había duda de a dónde nos dirigíamos.

La entrada a la tienda Grisha estaba custodiada por dos Corporalki Mortificadores y *oprichniki* vestidos de color carbón, los soldados de élite que constituían la guardia personal del Oscuro. Los *oprichniki* no eran Grisha, pero daban tanto miedo como ellos.

La Corporalnik del esquife habló con los guardias frente a la tienda, y después ella y el Coronel Ravesky desaparecieron en su interior. Esperé, con el corazón latiendo a toda velocidad, consciente de los susurros y las miradas a mi espalda. Mi ansiedad aumentaba.

En lo alto, cuatro banderas ondeaban en la brisa: una azul, una roja, una púrpura, y, por encima de ellas, la negra. La noche anterior, Mal y sus amigos habían estado bromeando sobre intentar meterse en la tienda, preguntándose qué podrían encontrar en su interior. Y ahora parecía que sería yo quien lo descubriera. ¿*Dónde está Mal*? Ese pensamiento seguía volviendo a mí, el único pensamiento claro en mi cabeza. Tras lo que pareció una eternidad, la Corporalnik volvió y asintió en dirección al capitán, que me condujo al interior de la tienda Grisha.

Por un momento, todo mi miedo desapareció, eclipsado por la belleza que me rodeaba. Las paredes interiores de la tienda estaban cubiertas por cascadas de seda color bronce que reflejaba la luz de los candelabros que brillaban en lo alto. Los suelos estaban cubiertos de exquisitas alfombras y pieles. Junto a las paredes, unas mamparas de seda brillante separaban los compartimentos donde los Grisha se apiñaban vestidos con sus vibrantes keftas. Algunos hablaban de pie, otros estaban

recostados sobre cojines, bebiendo té. Dos se inclinaban sobre un tablero de ajedrez. Oí que alguien punteaba las cuerdas de una balalaika en algún lugar. La casa del Duque era bonita, pero tenía una melancólica belleza de habitaciones polvorientas y pintura descascarillada, el eco de algo que alguna vez había sido grande. La tienda Grisha no se parecía a nada que hubiera visto antes, era un lugar vivo y lleno de poder y riqueza.

Los soldados me condujeron a través de un largo pasillo alfombrado, al final pude ver un pabellón negro sobre una tarima alzada. Una oleada de curiosidad se extendió por la tienda mientras pasábamos. Hombres y mujeres Grisha dejaban de hablar para mirarme boquiabiertos; algunos hasta se levantaron para ver mejor.

Cuando llegamos a la tarima, la habitación se quedó en completo silencio, y yo estaba segura de que todos debían de oír el corazón que me martilleaba en el pecho. Frente al pabellón negro, unos cuantos ministros suntuosamente vestidos que llevaban el águila doble del Rey y un grupo de Corporalki estaban apiñados alrededor de una larga mesa cubierta de mapas. En la cabecera de la mesa había una silla de respaldo alto, del ébano más negro y con elaborados tallados. Sobre ella había reclinada una figura con una *kefta* negra, con la barbilla descansando sobre una mano pálida. Solo un Grisha vestía de negro, solo uno tenía *permitido* vestir de negro. El Coronel Raevsky estaba junto a él, hablando en voz demasiado baja como para que yo lo oyera.

Lo miré, dividida entre el miedo y la fascinación. *Es muy joven*, pensé. Este Oscuro llevaba dirigiendo a los Grisha desde antes de mi nacimiento, pero el hombre sentado en la tarima por encima de mí no parecía mucho mayor que yo. Tenía un rostro afilado y hermoso, un revoltijo de espeso pelo negro, y unos ojos de color gris claro que brillaban como el cuarzo. Se contaba que los Grisha más poderosos tenían vidas largas, y los Oscuros eran los más poderosos de todos. Pero me parecía injusto de algún modo, y recordé las palabras de Eva: *No es humano. Ninguno lo es*.

Una risa aguda y tintineante sonó desde la muchedumbre que se había formado junto a mí en la base de la tarima. Reconocí a la hermosa chica de azul, la del carruaje de los Etherealki que se había mostrado tan interesada en Mal. Le susurró algo a su amiga de pelo castaño, y ambas volvieron a reírse. Me ardieron las mejillas al imaginar el aspecto que debía de tener con mi abrigo roto y raído, después de un viaje al interior de la Sombra y una batalla con una bandada de volcra hambrientos. Aun así, alcé la barbilla y miré a la chica directamente a los ojos. *Ríete todo lo que quieras,* pensé sombríamente. *Sea lo que sea lo que has dicho, he oído cosas peores*. Me sostuvo la mirada durante un momento, y después desvió los ojos. Disfruté de un breve instante de satisfacción antes de que la voz del Coronel Raevsky me devolviera a la realidad de mi situación.

—Traedlos —ordenó. Me giré y vi más soldados que dirigían un grupo de personas apaleadas y confundidas al interior de la tienda y a través del pasillo. Entre ellos, distinguí al soldado que había estado junto a mí cuando los volcra atacaron, y

también al Cartógrafo Jefe, cuyo abrigo normalmente impecable estaba rasgado y sucio. Había miedo en su rostro. Mi angustia aumentó al darme cuenta de que eran los supervivientes del esquife, a quienes habían traído ante el Oscuro como testigos. ¿Qué había sucedido en la Sombra? ¿Qué pensaban que había hecho?

Me quedé sin aliento al reconocer a los rastreadores en el grupo. Primero vi a Mikhael, cuyo desgreñado pelo rojo se balanceaba por encima de los demás sobre su grueso cuello. Apoyándose en él, con las vendas sobresaliendo por debajo de la camisa ensangrentada, se encontraba Mal, muy pálido y con aspecto de estar muy cansado. Se me aflojaron las piernas y me llevé la mano a la boca para reprimir un sollozo.

Mal estaba vivo. Quería abrirme camino entre la multitud para rodearlo con los brazos, pero lo único que podía hacer era permanecer ahí de pie mientras el alivio me inundaba. Fuera lo que fuera lo que había pasado, estaríamos bien. Habíamos sobrevivido a la Sombra, y también sobreviviríamos a esa locura.

Volví a mirar la tarima y mi júbilo se apagó. El Oscuro me estaba mirando directamente. Seguía escuchando al Coronel Raevsky, en una postura tan relajada como antes, pero sus ojos estaban fijos en mí de forma intensa. Dirigió la atención de nuevo al coronel y me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Cuando el sucio grupo de supervivientes alcanzó la base de la tarima, el Coronel Raevsky ordenó:

—*Kapitan*, informe.

El capitán se puso firme y respondió con voz inexpresiva:

—Aproximadamente treinta minutos después de iniciar la travesía, fuimos atacados por una gran bandada de volcra. Nos tenían acorralados, y estábamos sufriendo numerosas bajas. Yo estaba luchando a estribor. En ese momento, vi… —El soldado dudó, y cuando volvió a hablar su voz sonaba menos segura—. No sé qué vi exactamente. Un estallido de luz. Más brillante que la luz del mediodía, más aún. Era como mirar al sol.

La multitud estalló en murmullos. Los supervivientes del esquife asentían, y me di cuenta de que yo también lo hacía. Yo también había visto el estallido de luz. El soldado volvió a ponerse firme antes de continuar.

—Los volcra se dispersaron y la luz desapareció. Ordené que volviéramos al puerto inmediatamente.

—¿Y la chica? —preguntó el Oscuro.

Con una fría puñalada de miedo, me di cuenta de que hablaba de mí.

—No vi a la chica, *moi soverenyi*.

El Oscuro alzó una ceja y se volvió hacia los otros supervivientes.

—¿Quién vio lo que pasó? —Su voz era fría, distante, casi sin interés.

Los supervivientes comenzaron a discutir entre susurros. Entonces, lenta y tímidamente, el Cartógrafo Jefe dio un paso hacia delante. Sentí una punzada de lástima por él. Nunca lo había visto tan desaliñado. Su escaso pelo castaño apuntaba

en todas direcciones, y sus dedos se aferraban nerviosamente a su abrigo roto.

—Dinos lo que viste —ordenó Raevsky.

El Cartógrafo se lamió los labios.

—Es… Estábamos siendo atacados —explicó temblorosamente—. Había luchas por todas partes. Mucho ruido. Mucha sangre… A uno de los chicos, Alexei, se lo llevaron. Fue terrible, terrible…

Sus manos revoloteaban como dos pájaros asustados. Yo fruncí el ceño. Si el Cartógrafo había visto que atacaban a Alexei, ¿por qué no había tratado de ayudar? El anciano se aclaró la garganta.

—Estaban por todas partes. Vi que uno iba tras ella

—¿Quién? —preguntó Raevsky.

—Alina… Alina Starkov, una de mis ayudantes.

La hermosa chica de azul sonrió con suficiencia y se inclinó para susurrarle algo a su amiga. Apreté la mandíbula. Era bonito saber que los Grisha seguían manteniendo su esnobismo incluso mientras oían el relato de un ataque volcra.

—Continúa —presionó Raevsky.

—Vi que iba tras ella y el rastreador —dijo el Cartógrafo, haciendo un gesto en dirección a Mal.

—¿Dónde estabas tú? —pregunté enfadada. La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera pensarlo mejor. Todos los rostros se giraron hacia mí, pero no me importó—. Viste al volcra atacándonos. Viste a esa cosa llevándose a Alexei. ¿Por qué no nos ayudaste?

—No había nada que pudiera hacer —se defendió, con los brazos muy extendidos —. Estaban por todas partes. ¡Era un caos!

—¡Alexei podría seguir con vida si hubieras movido tu culo huesudo para ayudarnos!

Hubo un gemido ahogado y unas risitas entre la muchedumbre. El Cartógrafo enrojeció violentamente y yo me arrepentí al instante. Si me libraba de esta, iba a estar metida en un buen lío.

—¡Suficiente! —bramó Raevsky—. Díganos lo que vio, Cartógrafo.

La muchedumbre quedó en silencio y el Cartógrafo volvió a lamerse los labios.

—El rastreador cayó, y ella estaba junto a él. Esa cosa, el volcra, fue directa a por ellos. Vi que saltaba encima de la chica, y después… ella se iluminó.

Los Grisha estallaron en exclamaciones de incredulidad y burla. Algunos se rieron. Si no hubiera estado tan asustada y confusa, podría haber sentido la tentación de unirme a ellos. Quizás no debería haber sido tan dura con él, pensé al mirar al desaliñado Cartógrafo. Está claro que el pobre hombre ha debido darse un golpe en la cabeza durante el ataque.

—¡Lo vi! —gritó por encima del escándalo—. ¡La luz salía de ella!

Algunos de los Grisha lo estaban abucheando abiertamente, pero otros gritaban que lo dejaran hablar. El Cartógrafo miró desesperado a los otros supervivientes en

busca de apoyo, y, para mi sorpresa, vi que algunos de ellos asentían. ¿Es que se habían vuelto todos locos? ¿En serio pensaban que yo había espantado a los volcra?

—¡Eso es absurdo! —dijo una voz entre el gentío. Era la hermosa chica de azul —. ¿Qué está insinuando, anciano? ¿Qué nos ha encontrado a una Invocadora de Sol?

—No estoy insinuando nada —protestó él—. ¡Solo estoy diciendo lo que vi!

—No es imposible —replicó un Grisha fornido. Llevaba la *kefta* púrpura de un Materialnik, miembro de la Orden de los Hacedores—. Hay historias…

—No seas ridículo —rio la chica con voz desdeñosa—. ¡A este hombre lo han trastornado los volcra!

La multitud estalló en una acalorada discusión.

De pronto, me sentía muy cansada. La espalda me palpitaba donde el volcra me había clavado las zarpas. No sabía qué creían haber visto el Cartógrafo o el resto de personas del esquife. Solo sabía que todo era una especie de error terrible, y que, cuando acabara esa farsa, sería yo quien quedara como una estúpida. Me estremecí al pensar en las burlas que aguantaría cuando todo aquello terminara. Y aún así esperaba que terminara pronto.

—Callaos. —El Oscuro apenas pareció alzar la voz, pero la orden atravesó la multitud y cayó el silencio.

Reprimí un escalofrío. Quizá todo aquello no le parecía tan divertido. Tan solo esperaba que no me culpara por ello. El Oscuro no era conocido por su misericordia. Quizás debía preocuparme menos por las burlas y más por que me exiliaran a Tsibeya. O peor. Eva dijo que una vez el Oscuro había ordenado a un Corporalnik Sanador que sellara la boca de un traidor permanentemente. Los labios del hombre quedaron unidos hasta que murió de hambre. Entonces, Alexei y yo nos habíamos reído, tomándonoslo como otra de las absurdas historias de Eva. Pero ya no estaba tan segura.

—Rastreador —dijo suavemente el Oscuro—, ¿qué viste tú?

Todos los presentes se giraron a la vez hacia Mal, que me miró con inquietud y después volvió a mirar al Oscuro.

—Nada. No vi nada.

—La chica estaba justo a tu lado. —Mal asintió—. Tienes que haber visto algo.

Mal volvió a mirarme, con la mirada cargada de preocupación y cansancio. Nunca lo había visto tan pálido, y me pregunté cuánta sangre habría perdido. Sentí un brote de furia desesperada. Estaba gravemente herido. Debería estar descansando, y no aquí respondiendo preguntas ridículas.

—Tan solo dinos lo que recuerdas, rastreador —ordenó Raevsky.

Mal se encogió ligeramente de hombros e hizo una mueca por el dolor de sus heridas.

—Estaba tirado en cubierta. Alina estaba junto a mí. Vi que el volcra se lanzaba en picado, y sabía que iba a por nosotros. Dije algo y…

—¿Qué dijiste? —la fría voz del Oscuro atravesó la habitación.

—No me acuerdo —respondió Mal. Reconocí la tensión en sus mandíbulas y supe que estaba mintiendo. Sí que se acordaba—. Olí al volcra, lo vi abalanzándose hacia nosotros. Alina gritó y después no pude ver nada. El mundo de repente estaba… brillando.

—Entonces, ¿no viste de dónde venía la luz? —preguntó Ravesky.

—Alina no… No puede… —Mal sacudió la cabeza—. Venimos del mismo… pueblo. —Noté la pequeña pausa cuando estuvo a punto de decir «orfanato»—. Si pudiera hacer algo así, lo sabría.

El Oscuro miró a Mal durante un largo momento y después dirigió los ojos de nuevo hacia mí.

—Todos tenemos nuestros secretos —dijo.

Mal abrió la boca como para decir algo más, pero el Oscuro alzó una mano para silenciarlo. La furia cruzó los rasgos de Mal, pero cerró la boca con los labios apretados en una línea seria. El Oscuro se levantó de su silla. Hizo un gesto y los soldados retrocedieron para dejarme sola frente a él. La tienda de pronto parecía siniestramente silenciosa. Lentamente, bajó los escalones.

Tuve que luchar contra el impulso de alejarme de él cuando se detuvo frente a mí.

—Y, ¿qué dices tú, Alina Starkov? —preguntó con amabilidad.

Tragué saliva. Tenía la garganta seca y mi corazón latía bruscamente, pero sabía que tenía que hablar. Tenía que hacerle entender que no tenía nada que ver con todo aquello.

—Ha habido algún tipo de error —dije con voz ronca—. Yo no he hecho nada. No sé cómo hemos sobrevivido.

El Oscuro pareció pensar en ello, y después cruzó los brazos e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Bueno —dijo con voz perpleja—, me gusta pensar que estoy al tanto de todo lo que pasa en Ravka, y creo que si tuviera a una Invocadora del Sol viviendo en mi propio país, lo sabría. —Unos suaves murmullos de asentimiento se alzaron desde la multitud, pero él los ignoró, observándome de cerca—. Pero *algo* poderoso detuvo a los volcra y salvó los esquifes del Rey.

Hizo una pausa y esperó, como si pensara que yo iba a resolverle ese misterio.

Levanté la barbilla tercamente.

—Yo no he hecho nada —dije—. Nada de nada.

La comisura de la boca del Oscuro se crispó, como si estuviera reprimiendo una sonrisa. Sus ojos me recorrieron de la cabeza a los pies, y de ahí de nuevo hasta la cabeza. Me sentía como algo extraño y reluciente, una curiosidad que hubiera aparecido en la orilla de un lago y que él pudiera apartar a un lado con su bota.

—¿Tu memoria es tan mala como la de tu amigo? —preguntó, señalando a Mal con la cabeza.

—Yo no… —titubeé. ¿Qué recordaba? Terror. Oscuridad. Dolor. La sangre de Mal. Su vida escapándosele a través de mis manos. La furia que me invadió al pensar

en mi propia impotencia.

—Extiende el brazo —ordenó el Oscuro.

—¿Qué?

—Ya hemos desperdiciado bastante tiempo. Extiende el brazo.

Una fría puñalada de miedo me atravesó. Miré a mi alrededor, con pánico, pero nadie iba a ayudarme. Los soldados miraban hacia delante con rostro pétreo. Los supervivientes del esquife parecían asustados y cansados. Los Grisha me evaluaban con curiosidad. La chica de azul sonreía con arrogancia. El rostro pálido de Mal parecía aún más blanco, pero no encontré ninguna respuesta en sus ojos preocupados.

Temblando, extendí el brazo izquierdo.

—Súbete la manga.

—Yo no he hecho nada.

Pretendía decirlo en alto, proclamarlo, pero mi voz sonó bajita y asustada. El Oscuro me miró, expectante. Me subí la manga.

Extendió los brazos y sentí una oleada de terror al ver sus palmas llenándose de algo negro que se arremolinaba y se enroscaba por el aire, como tinta vertida en agua.

—Ahora —dijo con la misma voz suave y desenfadada, como si estuviéramos sentados tomando té, como si no estuviera temblando frente a él—, veamos lo que puedes hacer.

Juntó las manos y hubo un sonido como un trueno. Jadeé al ver la ondulante oscuridad que surgía de sus manos unidas, derramándose en una negra oleada sobre mí y la multitud.

Estaba ciega. La habitación había desaparecido. Todo había desaparecido. Grité de terror al sentir los dedos del Oscuro cerrarse alrededor de mi muñeca desnuda. De pronto, mi miedo retrocedió. Seguía ahí, encogiéndose como si fuera un animal en mi interior, pero había sido arrinconado por algo tranquilizador, firme y poderoso, algo vagamente familiar.

Sentí que una llamada me atravesaba y, para mi sorpresa, noté que algo dentro de mí se alzaba para responder. Lo empujé a un lado, aplastándolo. De algún modo sabía que si esa cosa se liberaba, me destruiría.

—¿No hay nada? —murmuró el Oscuro. Me di cuenta de lo cerca que estaba de mí en la oscuridad. Mi mente aterrorizada se aferró a sus palabras. *No hay nada. Eso es, nada. Nada de nada. ¡Ahora, déjame!*

Y, para mi alivio, la cosa que forcejeaba dentro de mí pareció detenerse, dejando sin respuesta la llamada del Oscuro.

—No tan rápido —susurró él. Sentí que algo frío presionaba la parte interior de mi antebrazo. En el momento en que me di cuenta de que era un cuchillo, el filo me cortó la piel.

El dolor y el miedo me atravesaron. Grité. La cosa que había dentro de mí fue hasta la superficie, rugiendo, acudiendo rápidamente a la llamada del Oscuro. No pude detenerme. Respondí. El mundo explotó en una cegadora luz blanca. La

oscuridad quedó hecha añicos como si fuera cristal. Por un momento, vi las caras de la multitud, con las bocas abiertas por la impresión mientras la tienda se llenaba de la brillante luz del sol y el aire se ondulaba debido al calor. Entonces el Oscuro me soltó, y con su tacto se fue esa peculiar sensación de seguridad que me había poseído. La radiante luz desapareció, y en su lugar regresó la habitual iluminación de las velas, pero todavía podía sentir el cálido e inexplicable brillo del sol en mi piel.

Mis piernas fallaron y el Oscuro me atrapó y me sujetó contra su cuerpo con un brazo sorprendentemente fuerte.

—Supongo que tienes solo aspecto de ratón —susurró en mi oreja, y después hizo señas a uno de sus guardias personales—. Llévatela —dijo, entregándome al *oprichnik*, que extendió el brazo para que me apoyara en él. Sentí que me sonrojaba ante la indignidad de que me pasaran de uno a otro como un saco de patatas, pero estaba demasiado agitada y confusa como para protestar. La sangre corría por mi brazo a causa del corte que me había hecho el Oscuro.

—¡Iván! —gritó. Un Mortificador muy alto corrió hasta su lado desde la tarima —. Acompáñala a mi carruaje. La quiero rodeada por una guardia armada en todo momento. Llévala al Pequeño Palacio y no te detengas para nada. —Iván asintió—. Y que un Sanador se ocupe de sus heridas.

—¡Espera! —protesté, pero el Oscuro ya se estaba alejando. Le agarré el brazo, ignorando el jadeo que soltaron los Grisha que nos miraban—. Ha habido algún error. Yo no… No… —Mi voz se apagó mientras él se giraba lentamente hacia mí, y sus ojos de piedra se detuvieron en la mano que agarraba su manga. La solté, pero no me iba a rendir tan fácilmente—. No soy lo que tú crees —susurré, desesperada.

El Oscuro se acercó a mí.

—Creo que no tienes la menor idea de lo que eres —dijo con voz tan baja que solo yo pude oírla. Después, asintió en dirección a Iván—. ¡Vamos!

El Oscuro me dio la espalda y caminó rápidamente hasta la tarima, donde le rodearon consejeros y ministros, todos hablando alto y rápido.

Iván me cogió el brazo bruscamente.

—Venga.

—Iván —le advirtió el Oscuro—, vigila tu tono. Ahora es una Grisha.

El hombre enrojeció ligeramente e hizo una pequeña reverencia, pero siguió agarrándome el brazo con firmeza mientras me llevaba por el pasillo.

—Tienes que escucharme —jadeé mientras luchaba por seguir el ritmo de sus grandes zancadas—. No soy Grisha. Soy cartógrafa. Ni siquiera soy una buena cartógrafa.

Iván me ignoró.

Miré a mi espalda, buscando entre la multitud. Mal estaba discutiendo con el capitán del esquife. Como si sintiera mis ojos en él, levantó la mirada y se encontró con la mía. Podía ver mi propio miedo y confusión reflejados en su pálido rostro. Quería gritarle algo, correr hacia él, pero un instante después había desaparecido,

engullido por el gentío.

CAPÍTULO 4

ágrimas de frustración anegaron mis ojos mientras Iván me arrastraba fuera de la tienda, hacia el sol del atardecer. Me arrastró a través de una colina baja en dirección a la carretera donde esperaba el carruaje negro del Oscuro, rodeado de un círculo de Grisha Etherealki a caballo y flanqueado por filas de caballería armada. Dos de los guardias del Oscuro vestidos de gris esperaban junto a la puerta del carruaje junto a una mujer y un hombre de pelo claro. Ambos vestían el rojo de los Corporalki.

—Entra —ordenó Iván. Después, pareciendo recordar las instrucciones del Oscuro, añadió—: por favor.

—No —contesté.

—¿Qué?

Iván parecía verdaderamente sorprendido. Los otros Corporalki estaban atónitos.

—¡No! —repetí—. No voy a ir a ningún sitio. Ha habido algún error…

Iván me cortó agarrándome el brazo con más fuerza.

—El Oscuro no comete errores —dijo apretando los dientes—. Entra en el carruaje.

—No quiero…

Iván bajó la cabeza hasta que su nariz estuvo a tan solo unos centímetros de la mía y prácticamente escupió:

—¿Crees que me importa lo que tú quieras? En unas horas, todos los espías fjerdanos y los asesinos Shu Han sabrán lo que sucedió en la Sombra, y vendrán a por ti. Nuestra única oportunidad es llevarte a Os Alta, tras los muros del palacio, antes de que se sepa lo que eres. Ahora, entra en el carruaje.

Me empujó a través de la puerta y me siguió al interior, sentándose frente a mí, molesto. Los otros Corporalki se le unieron, seguidos por los guardias oprichniki, que se sentaron junto a mí uno a cada lado.

—Entonces, ¿soy la prisionera del Oscuro?

—Estás bajo su protección.

—¿Qué diferencia hay?

La expresión de Iván era inescrutable.

—Reza por no descubrirlo nunca.

Fruncí el ceño y me desplomé sobre el asiento acolchado, y después solté un gruñido de dolor. Había olvidado mis heridas.

—Ocúpate de ella —ordenó Iván a la Corporalnik. Sus puños estaban bordados con el gris de los Sanadores.

La mujer cambió de sitio con uno de los oprichniki para poder sentarse a mi lado.

Uno de los soldados metió la cabeza por la puerta.

—Estamos listos —dijo.

—Bien —replicó Iván—. Permaneced alerta y en movimiento.

—Solo nos detendremos para cambiar de caballo. Si paramos antes, sabrás que algo va mal.

El soldado desapareció, cerrando la puerta tras él. El cochero no dudó: con un grito y el chasquido de un látigo, el carruaje dio una sacudida hacia delante. Sentí un pánico frío. ¿Qué me estaba pasando? Pensé en abrir la puerta del carruaje y salir corriendo, pero ¿adonde iría? Estábamos rodeados de hombres armados en medio de un campamento militar. Y, aunque no fuera así, ¿adonde podría ir?

—Por favor, quítate el abrigo —dijo la mujer que había junto a mí.

—Tengo que ver tus heridas.

Me planteé negarme, pero ¿de qué serviría? Me quité el abrigo con cierta incomodidad y dejé que la Sanadora me levantara la camisa con cuidado por los hombros. Los Corporalki eran la Orden de los Vivos y los Muertos. Traté de concentrarme en la parte de los vivos, pero nunca me había curado un Grisha y cada músculo de mi cuerpo estaba tenso por el miedo.

Sacó algo del pequeño morral que llevaba y un penetrante olor químico llenó el carruaje. Me encogí de dolor cuando me limpió las heridas y clavé los dedos en mis rodillas. Cuando terminó, sentí un cálido hormigueo entre mis hombros. Me mordí el labio con fuerza. La necesidad de rascarme la espalda era casi insoportable. Finalmente, se detuvo y volvió a colocarme bien la camisa. Moví los hombros con cautela: el dolor había desaparecido.

—Ahora, el brazo —dijo.

Casi me había olvidado del corte que me había hecho el Oscuro con su cuchillo, pero tenía la muñeca y la mano pegajosas por la sangre. Limpió el corte y después levantó mi brazo hacia la luz.

—Intenta permanecer inmóvil —indicó—, o te quedará cicatriz.

Hice lo que pude, pero el bamboleo del carruaje lo ponía difícil. La sanadora pasó la mano lentamente sobre la herida. Sentí que la piel palpitaba con el calor. El brazo comenzó a picarme mucho, y, mientras yo observaba impresionada, mi carne comenzó a brillar y moverse: los dos lados del corte se soldaron y la piel se selló.

El picor cesó y la Sanadora volvió a sentarse. Me toqué el brazo. Había una cicatriz ligeramente abultada donde antes estaba el corte, pero eso era todo.

—Gracias —dije, sobrecogida. La Sanadora asintió.

—Dale tu *kefta* —le ordenó Iván.

La mujer frunció el ceño, pero dudó tan solo un momento antes de quitarse la *kefta* roja y entregármela.

—¿Para qué necesito esto? —pregunté.

—Tú cógela —gruñó Iván.

Tomé la *kefta* de la Sanadora. Ella mantuvo el rostro impasible, pero yo sabía que le dolía separarse de ella.

Antes de poder decidir si debía o no ofrecerle mi abrigo manchado de sangre, Iván dio unos golpecitos en el techo y el carruaje comenzó a reducir la velocidad. La Sanadora ni siquiera esperó a que se detuviera por completo antes de abrir la puerta y saltar al exterior.

Iván cerró la puerta. El *oprichnik* volvió a colocarse a mi lado, y nos pusimos en marcha una vez más.

—¿Adonde ha ido? —pregunté.

—De vuelta a Kribirsk —respondió Iván—. Iremos más rápido con menos peso.

—Tú pareces más pesado que ella —murmuré.

—Ponte la *kefta* —ordenó.

—¿Por qué?

—Porque está hecha de tela acorazada de los Materialki. Puede resistir el fuego de un rifle.

Me lo quedé mirando. ¿Era eso posible? Había historias de Grisha que soportaban disparos directos y sobrevivían a lo que deberían haber sido heridas letales. Nunca me las había tomado en serio, pero quizás la obra de los Hacedores fuera la explicación de aquellos cuentos de viejas.

—¿Todos lleváis estas cosas? —dije mientras me ponía la *kefta*.

—Cuando estamos en el campo —respondió un *oprichnik*. Estuve a punto de dar un respingo. Era la primera vez que alguno de los guardianes hablaba.

—Intenta que no te disparen en la cabeza —añadió Iván con una sonrisa condescendiente.

Lo ignoré. La *kefta* era demasiado grande para mí. Me producía una sensación agradable y desconocida, y el forro de piel se ajustaba a mi cuerpo con calidez. Me mordí el labio. No parecía justo que los oprichniki y los Grisha llevaran ese tejido y los soldados normales no. ¿Lo llevarían también nuestros oficiales?

El carruaje cogió velocidad. En el tiempo que le había llevado a la Sanadora hacer su trabajo, ya había comenzado a anochecer, y ya habíamos dejado atrás Kribirsk. Me incliné hacia delante, tratando de ver por la ventana, pero el mundo exterior estaba desdibujado por el crepúsculo. Sentí que las lágrimas volvían a incordiarme, y pestañeé para librarme de ellas. Unas horas antes, había sido una chica asustada de

camino a lo desconocido, pero al menos sabía quién y qué era. Con un espasmo, pensé en la Tienda de los Documentos. Los otros cartógrafos podrían estar trabajando ahora. ¿Estarían lamentándose por Alexei? ¿Estarían hablando de mí y de lo que había sucedido en la Sombra?

Me aferré al arrugado abrigo del ejército que había amontonado sobre mi regazo. Seguro que todo esto era un sueño, alguna demente alucinación provocada por los terrores de la Sombra. No podía estar llevando de verdad la *kefta* de una Grisha, sentada en el carruaje del Oscuro, el mismo carruaje que casi me había atropellado tan solo un día antes.

Alguien encendió una lámpara en el interior del carruaje, y la titilante luz me permitió ver mejor el lujoso interior. Los asientos estaban acolchados con grueso terciopelo negro. En las ventanas de cristal estaba tallado el símbolo del Oscuro: dos círculos superpuestos, el sol eclipsado.

Frente a mí, los dos Grisha me estudiaban con abierta curiosidad. Sus *keftas* rojas eran de la más fina lana, generosamente bordadas en negro y forradas con pelaje también negro. El Mortificador de pelo rubio era desgarbado y tenía una cara larga y melancólica. Iván era más alto, más ancho, con pelo marrón ondulado y la piel bronceada por el sol. Ahora que me molestaba en mirarlo, tenía que admitir que era guapo. *Y, además, lo sabe. Es un matón grandote y guapo*.

Me movía sin parar en mi asiento, incómoda por sus miradas. Miré por la ventana, pero no había nada que ver salvo la creciente oscuridad y mi propio reflejo pálido. Volví a mirar a los Grisha y traté de reprimir mi irritación. Seguían mirándome embobados. Me recordé que esos hombres podían hacer que me explotara el corazón en el pecho, pero al final no pude soportarlo.

—No hago trucos de magia, ¿sabéis? —solté.

—Lo de la tienda fue un buen truco —replicó Iván. Yo puse los ojos en blanco.

—Bueno, prometo que si tengo intención de hacer algo emocionante, os avisaré primero, así que podéis… echaros una siesta o lo que sea.

Iván parecía ofendido. Sentí una punzada de miedo, pero el Corporalnik rubio soltó una risotada.

—Soy Fedyor —dijo—, y este es Iván.

—Lo sé —respondí. Después, imaginando la mirada reprobatoria de Ana Kuya, añadí—: Encantada de conoceros.

Intercambiaron una mirada jocosa. Yo los ignoré y volví a retorcerme en mi asiento, tratando de ponerme cómoda. No era fácil con dos soldados bien armados ocupando la mayor parte del espacio.

El carruaje pasó por un bache y dio un bote.

—¿Es seguro viajar por la noche? —pregunté.

—No —replicó Fedyor—, pero sería mucho más peligroso detenernos.

—¿Porque ahora hay gente detrás de mí? —dije con sarcasmo.

—Si no los hay ahora, los habrá pronto.

Resoplé. Fedyor alzó las cejas y dijo:

—Durante cientos de años, la Sombra ha estado haciendo el trabajo de nuestros enemigos, cerrando nuestros puertos, ahogándonos, debilitándonos. Si de verdad eres una Invocadora del Sol, puede que tu poder sea la clave para abrir la Sombra… o quizá incluso destruirla. Fjerda y Shu Han no se quedarán sentados viendo cómo eso sucede.

Lo miré boquiabierta. ¿Qué esperaba de mí esa gente? ¿Y qué me harían cuando se dieran cuenta de que no podía ayudarlos?

—Esto es ridículo —murmuré.

Fedyor me miró de arriba abajo y sonrió ligeramente.

—Tal vez —dijo.

Fruncí el ceño. Estaba dándome la razón, pero aun así me sentía insultada.

—¿Cómo lo has escondido? —preguntó Iván abruptamente.

—¿Qué?

—Tu poder —dijo con impaciencia—. ¿Cómo lo has escondido?

—No lo he escondido. No sabía que lo tenía.

—Eso es imposible.

—Pues aquí estamos —dije amargamente.

—¿No te examinaron?

Un débil recuerdo centelleó en mi mente: tres figuras con capa en el salón de Keramzin, una mujer con frente altiva.

—Claro que me examinaron.

—¿Cuándo?

—Cuando tenía ocho años.

—Eso es muy tarde —comentó Iván—. ¿Por qué tus padres no hicieron que te examinaran antes?

Porque estaban muertos, pensé, pero no lo dije. Y nadie prestaba mucha atención a los huérfanos del Duque Keramsov. Me encogí de hombros.

—No tiene ningún sentido —gruñó Iván.

—¡Eso es lo que he estado tratando de deciros! —Me incliné hacia delante, mirando a Iván y Fedyor con desesperación. No soy lo que creéis que soy. No soy Grisha. Lo que pasó en la Sombra… No sé lo que pasó, pero no fui yo.

—¿Y qué pasó en la tienda Grisha? —preguntó Fedyor con calma.

—No puedo explicarlo, pero no fui yo. El Oscuro hizo algo cuando me tocó.

Iván se rio.

Él no *hizo* nada. Es un amplificador.

—¿Un qué? —Fedyor e Iván intercambiaron otra mirada—. Olvídalo —solté—. Me da igual.

Iván se metió la mano por el cuello de su vestimenta y sacó algo que colgaba de una delgada cadena de plata. Me la acercó para que yo la examinara.

La curiosidad podía conmigo, y me incliné hacia delante para verla mejor. Parecía

un racimo de uñas negras y afiladas.

—¿Qué son?

—Mi amplificador —respondió Iván con orgullo—. Las uñas de la garra delantera de un oso de Sherborn. Lo maté yo mismo al dejar la escuela y unirme al servicio del Oscuro. —Volvió a reclinarse en su asiento y se volvió a meter la cadena por dentro de la ropa.

—Un amplificador aumenta el poder de un Grisha —explicó Fedyor—. Pero el poder ya tiene que estar allí.

—¿Todos los Grisha lo tienen? —pregunté.

Fedyor se puso rígido.

—No —dijo—. Los amplificadores son poco comunes, y difíciles de obtener.

—Solo los Grisha preferidos del Oscuro los tienen —añadió Iván con suficiencia. Me arrepentía de haberlo preguntado.

—El Oscuro es un amplificador viviente —dijo Fedyor—. Eso es lo que sentiste.

—¿Como las garras? ¿Ese es su poder?

—*Uno* de sus poderes —corrigió Iván.

Me ceñí más la *kefta*, sintiendo frío de repente. Recordé la seguridad que me había inundado cuando me tocó el Oscuro, y la sensación extrañamente familiar de una llamada que retumbaba dentro de mí, una llamada que exigía respuesta. Me había dado miedo, pero también había sido estimulante. En ese momento, todo mi temor y mis dudas habían sido reemplazados por una especie de certeza absoluta. Yo no era nadie, una refugiada de una aldea sin nombre, una chica flacucha y patosa que se precipitaba sola por la creciente oscuridad. Pero cuando el Oscuro cerró los dedos alrededor de mi muñeca, me sentí diferente, como algo más. Cerré los ojos y traté de concentrarme, traté de recordar esa sensación de certeza, traté de que ese poder firme y perfecto cobrara vida con un centelleo. Pero no sucedió nada.

Suspiré y abrí los ojos. Iván parecía divertirse mucho, y mis ganas de darle una patada eran casi irresistibles.

—Vais a acabar muy decepcionados —murmuré.

—Por tu bien, espero que te equivoques —replicó Iván.

—Por el bien de todos —añadió Fedyor.

Perdí la noción del tiempo. La noche y el día pasaron al otro lado de las ventanas del carruaje. Estuve la mayor parte del tiempo mirando el paisaje, buscando puntos de referencia que resultaran algo familiares. Esperaba que fuéramos por carreteras secundarias, pero en lugar de eso permanecimos en la Vy, y Fedyor explicó que el Oscuro había optado por la velocidad en lugar de por el sigilo. Esperaba que me encontrara a salvo tras los muros dobles de Os Alta antes de que el rumor de mis poderes se extendiera entre los espías y asesinos enemigos que trabajaban dentro de las fronteras de Ravka.

Íbamos a un ritmo brutal. Ocasionalmente nos deteníamos para cambiar de caballos y se me permitía estirar las piernas. Cuando lograba dormir, mis sueños estaban plagados de monstruos.

Una vez desperté sobresaltada con el corazón latiéndome muy fuerte, y me encontré con Fedyor observándome. Iván estaba dormido junto a él, roncando.

—¿Quién es Mal? —preguntó.

Me di cuenta de que debía de haber estado hablando en sueños. Avergonzada, miré a los guardias oprichniki que me flanqueaban. Fuera, el sol de la tarde brillaba a través de un bosquecillo de abedules mientras pasábamos a su lado.

—Nadie —dije—. Un amigo.

—¿El rastreador?

Asentí.

—Estaba conmigo en la Sombra. Me salvó la vida.

—Y tú se la salvaste a él.

Abrí la boca para protestar, pero me detuve. ¿Había salvado a Mal? El pensamiento me hacía estremecer.

—Es un gran honor —continuó Fedyor—, salvar una vida. Has salvado muchas.

—No suficientes —murmuré, pensando en la mirada aterrorizada de Alexei cuando lo arrastraron a la oscuridad. Si tenía ese poder, ¿por qué no había sido capaz de salvarlo? ¿O a cualquiera de los otros que habían muerto en la Sombra? Miré a Fedyor.

—Si realmente crees que salvar una vida es un honor, ¿por qué no te conviertes en Sanador en lugar de Mortificador?

Fedyor observó el paisaje en movimiento.

—De todos los Grisha, los Corporalki sin duda tienen el adiestramiento más difícil. Somos los que más tenemos que entrenar y estudiar. Cuando todo terminó, sentía que podía salvar más vidas como Mortificador.

—¿Como asesino? —pregunté, sorprendida.

—Como soldado —corrigió él, y se encogió de hombros. Después añadió con una sonrisa triste—: ¿Matar o curar? Todos tenemos nuestros dones. —Abruptamente, su expresión cambió. Se sentó recto y le dio un golpe a Iván en un lado—. ¡Despierta!

El carruaje se había detenido. Miré a mi alrededor, confundida.

—¿Estamos…? —comencé, pero el guardia que tenía a mi lado me tapó la boca con la mano y se llevó un dedo a los labios.

La puerta del carruaje se abrió y un soldado metió la cabeza.

—Hay un árbol caído en medio de la carretera —explicó—, pero podría ser una trampa. Permaneced alerta y…

No llegó a terminar la frase. Sonó un disparo y cayó hacia delante, con una bala en la espalda. De pronto, el aire se llenó de gritos de pánico y el terrible sonido del fuego de rifle cuando una lluvia de balas alcanzó el carruaje.

—¡Agáchate! —gritó el guardia a mi lado, escudando mi cuerpo con el suyo

mientras Iván quitaba de en medio al soldado muerto y cerraba la puerta.

—Fjerdanos —dijo el guardia, mirando al exterior.

Iván se giró hacia Fedyor y el guardia junto a mí.

—Fedyor, ve con él. Ocúpate de este lado; nosotros nos ocuparemos del otro. Defended el carruaje a toda costa.

Fedyor se sacó del cinturón un cuchillo grande y me lo entregó.

—Quédate cerca del suelo y en silencio.

Los Grisha esperaron junto con los guardias, agachados junto a las ventanas, y a una señal de Iván saltaron de ambos lados del carruaje, cerrando las puertas tras ellos. Me senté en el suelo, aferrando la pesada empuñadura del cuchillo, con las rodillas en el pecho y la espalda contra la base del asiento. Oía sonidos de lucha en el exterior, metal contra metal, gruñidos y gritos, caballos relinchando. El carruaje tembló cuando un cuerpo se estampó contra la ventana. Vi con horror que se trataba de uno de mis guardias. Su cuerpo dejó detrás una mancha roja en el cristal cuando se deslizó hasta quedar fuera de mi vista.

La puerta del carruaje se abrió de golpe y apareció la cara de un hombre con una barba salvaje y amarillenta. Me lancé al otro lado del carruaje, empuñando el cuchillo frente a mí. Le ladró algo a sus compatriotas en su extraña lengua fjerdana y trató de cogerme la pierna. Mientras le pegaba una patada, la puerta que tenía detrás se abrió y estuve a punto de caerme sobre otro hombre barbudo. Me cogió por debajo de los brazos y me sacó bruscamente del carruaje mientras yo aullaba y lanzaba tajos con el cuchillo.

Debí de darle, porque soltó una maldición y aflojó el agarre. Luché por ponerme en pie y salí corriendo. Estábamos en una cañada boscosa donde la Vy se estrechaba para pasar entre dos colinas inclinadas. A mi alrededor, los soldados y los Grisha estaban luchando con hombres barbudos. Los árboles estallaban en llamas al ser alcanzados por el fuego Grisha. Vi a Fedyor extender las manos y el hombre que tenía delante se desplomó en el suelo, agarrándose el pecho, con un hilo de sangre saliendo de la boca.

Corrí sin rumbo y comencé a trepar por la colina más cercana, jadeando mientras los pies me resbalaban por las hojas caídas que cubrían la superficie. Subí solo hasta la mitad antes de que alguien me placara desde atrás. Caí hacia delante, y el cuchillo salió volando cuando extendí las manos para amortiguar la caída.

Me giré y di patadas al hombre de barba amarillenta que me estaba cogiendo las piernas. Miré hacia el valle con desesperación, pero los soldados y los Grisha que había abajo estaban luchando por sus vidas, claramente superados en número e incapaces de acudir en mi ayuda. Forcejeé y me revolqué, pero el fjerdano era demasiado fuerte. Se subió encima de mí, utilizando las rodillas para sujetarme los brazos a ambos lados del cuerpo, y cogió su cuchillo.

—Voy a destriparte aquí mismo, bruja —gruñó con fuerte acento fjerdano.

En ese momento, oí un ruido de cascos y mi atacante giró la cabeza para mirar a

la carretera. Un grupo de jinetes entraron rugiendo en la cañada, con *keftas* rojas y azules, y manos que lanzaban fuego y relámpagos. El jinete que los lideraba iba vestido de negro.

El Oscuro se bajó de su montura y extendió los brazos, y después los juntó con un estruendo. Franjas de oscuridad salieron de entre sus manos unidas, serpenteando por la cañada hasta encontrar a los asesinos fjerdanos, después, se deslizaron por sus cuerpos para envolver sus caras en sombras rabiosas. Gritaron. Algunos soltaron las espadas; otros las agitaron a ciegas.

Observé con una mezcla de asombro y temor mientras los luchadores ravkanos tomaban ventaja, liquidando con facilidad a los hombres ciegos e indefensos.

El hombre barbudo que tenía encima murmuró algo que no comprendí. Supuse que sería una plegaria. Estaba mirando paralizado al Oscuro, y su terror era palpable. Aproveché la oportunidad.

—¡Estoy aquí! —llamé en dirección a la cañada. El Oscuro giró la cabeza y levantó las manos.

—¡*Nej*! —gritó el fjerdano, con el cuchillo levantado—. ¡No necesito ver para clavarte un cuchillo en el corazón!

Contuve el aliento. En la cañada cayó el silencio, roto solo por los gemidos de los hombres moribundos. El Oscuro bajó las manos.

—Te habrás dado cuenta de que estás rodeado —informó con una voz calmada que viajaba entre los árboles.

La mirada del asesino fue de derecha a izquierda, y después hacia arriba, a la cima de la montaña, donde emergían los soldados ravkanos con los rifles preparados. El fjerdano miró a su alrededor frenéticamente, y el Oscuro avanzó unos pasos por la cuesta.

—¡Ni un paso más! —chilló el hombre. El Oscuro se detuvo.

—Entrégamela y te dejaré huir hasta tu rey.

El asesino soltó una risita demente.

—Ah, no, ah, no. No lo creo —dijo, sacudiendo la cabeza y manteniendo en alto sobre mi corazón palpitante el cuchillo, con un filo cruel que brillaba al sol—. El Oscuro no perdona vidas. —Bajó la mirada hacia mí. Sus pestañas eran de un rubio claro, casi invisibles—. No te tendrá —canturreó con suavidad—. No se hará con la bruja. No se hará también con este poder. —Alzó el cuchillo en alto y gritó—: *¡Skirden Fjerda!*

El cuchillo bajó en un arco brillante. Giré la cabeza y entrecerré los ojos, aterrorizada, y mientras lo hacía vi que el Oscuro lanzaba el brazo hacia delante, cortando el aire frente a él. Oí otro ruido como de trueno, y después… nada.

Abrí los ojos lentamente y contemplé el horror ante mí. Abrí la boca para gritar, pero no salió sonido alguno. El hombre que tenía encima había sido cortado en dos. Su cabeza, su hombro derecho y su brazo estaban tirados sobre el suelo del bosque, y su mano seguía sujetando el cuchillo. El resto de él se balanceó sobre mí unos

segundos, y unas oscuras volutas de humo se desvanecieron en el aire, junto a la herida que recorría su torso cercenado. Después, lo que quedaba de él cayó hacia delante.

Encontré mi voz y grité. Me arrastré hacia atrás, alejándome del cuerpo mutilado, incapaz de ponerme en pie, incapaz de apartar la mirada de la horrible escena, y mi cuerpo temblaba sin control.

El Oscuro se apresuró a subir la colina y se arrodilló junto a mí, tapando la vista del cadáver.

—Mírame —indicó. Traté de concentrarme en su cara, pero solo podía ver el cuerpo cercenado del asesino, su sangre derramándose sobre las hojas empapadas.

—¿Qué… qué le has hecho? —pregunté con voz temblorosa.

—Lo que tenía que hacer. ¿Puedes ponerte en pie?

Asentí, temblando. Él me cogió las manos y me ayudó a levantarme. Cuando mi mirada volvió a deslizarse hacia el cadáver, me tomó la barbilla y dirigió mis ojos hacia él.

—Mírame a mí —ordenó. Asentí y traté de mantener los ojos clavados en el Oscuro mientras me conducía hacia la base de la colina y les daba órdenes a sus hombres—. Despejad el camino. Necesito veinte jinetes.

—¿Y la chica? —preguntó Iván.

—Montará conmigo —replicó el Oscuro.

Me dejó junto a su caballo mientras iba a deliberar con Iván y sus capitanes. Me alivió ver a Fedyor con ellos. Se agarraba el brazo, pero por lo demás no parecía haber sufrido daños. Le di unas palmadas al caballo en un flanco sudoroso y aspiré el limpio olor a cuero de la silla, tratando de reducir el ritmo de mi corazón y de ignorar lo que sabía que yacía detrás de mí en la colina.

Unos minutos después, los soldados y los Grisha montaron en sus caballos. Varios hombres habían terminado de apartar el árbol del camino, y otros estaban marchándose a caballo con el maltrecho carruaje.

—Es un señuelo —explicó el Oscuro, a mi lado—. Nosotros iremos por los caminos del sur; es lo que deberíamos haber hecho desde el principio.

—Así que cometes errores —solté sin pensar. Él se detuvo mientras se ponía los guantes y yo apreté los labios, nerviosa—. No quería decir que…

—Por supuesto que cometo errores —dijo. Su boca se curvó en una media sonrisa —. Pero no a menudo.

Se subió la capucha y me ofreció la mano para ayudarme a subir al caballo. Dudé un momento. Estaba frente a mí, un jinete oscuro de capa negra, con los rasgos ocultos por las sombras. La imagen del hombre mutilado apareció en mi mente, y se me revolvió el estómago.

—Hice lo que tenía que hacer, Alina —repitió, como si me hubiera leído el pensamiento.

Lo sabía. Me había salvado la vida. Y, ¿qué otra opción tenía? Le di la mano y

dejé que el Oscuro me ayudara a subir a la silla. Él montó detrás de mí y golpeó al caballo con el pie para que comenzara a trotar.

Mientras dejábamos la cañada, sentí que la realidad de lo que acababa de suceder me embargaba.

—Estás temblando —dijo.

—No estoy acostumbrada a que la gente intente matarme.

—¿En serio? Yo ya ni llevo la cuenta.

Me giré para mirarlo. El rastro de una sonrisa seguía ahí, pero no estaba completamente segura de que estuviera bromeando. Me giré y dije:

—Y yo acabo de ver a un hombre cortado por la mitad.

Traté de mantener la voz despreocupada, pero no podía esconder el hecho de que seguía temblando.

El Oscuro se pasó las riendas a una mano y se quitó uno de los guantes. Me envaré al sentir que deslizaba su palma desnuda bajo mi pelo y la dejaba sobre mi nuca. Mi sorpresa dio paso a la calma mientras esa misma sensación de poder y seguridad fluía a través de mí. Con una mano en mi cabeza, dio un golpe al caballo para que fuera a medio galope. Cerré los ojos tratando de no pensar y, enseguida, a pesar del movimiento del caballo, a pesar de los terrores del día, caí en un sueño inquieto.

CAPÍTULO 5

os siguientes días pasaron como un borrón de incomodidad y agotamiento. Permanecimos alejados de la Vy, yendo por carreteras secundarias y estrechos caminos de caza, moviéndonos tan rápido como el terreno montañoso y a menudo traicionero nos permitía. Perdí todo sentido de dónde estábamos y cuánto habíamos avanzado.

Tras el primer día, el Oscuro y yo habíamos montado por separado, pero descubrí que siempre sabía dónde se encontraba en la fila de jinetes. No me dijo ni una palabra y, mientras las horas y los días pasaban, comencé a preocuparme de haberlo ofendido de algún modo. (Aunque, con lo poco que habíamos hablado, no estaba segura de cómo había podido hacerlo). Ocasionalmente lo pillaba mirándome, con ojos fríos e inescrutables.

Nunca había sido una jinete especialmente buena, y el ritmo del Oscuro estaba comenzando a hacer mella en mí. No importaba hacia qué lado me moviera en la silla, siempre me dolía alguna parte del cuerpo. Me quedé mirando lánguidamente las orejas del caballo, que se movían con nerviosismo, y traté de no pensar en mis piernas ardientes o en la pulsación que sentía en la parte inferior de la espalda. La quinta noche, cuando nos detuvimos para acampar en una granja abandonada, quería bajar de mi caballo saltando de felicidad, pero estaba tan rígida que acabé deslizándome torpemente hasta el suelo. Le di las gracias al soldado que se ocupó de mi montura y bajé lentamente por una pequeña colina hasta donde oía el suave borboteo de un arroyo.

Me arrodillé junto a la orilla con piernas temblorosas y me lavé manos y cara con el agua fría. El aire había cambiado durante los últimos días, y el azul brillante del cielo de otoño estaba dando paso a un lúgubre gris. Los soldados parecían pensar que llegaríamos a Os Alta antes de que el tiempo cambiara de verdad. ¿Y después, qué? ¿Qué me pasaría cuando llegáramos al Pequeño Palacio? ¿Qué sucedería cuando no

pudiera hacer las cosas que querían que hiciera? No era sensato decepcionar al Rey, o al Oscuro. Dudaba que me enviaran de vuelta al regimiento con una palmadita en la espalda. Me pregunté si Mal seguiría en Kribirsk. Si sus heridas habían sanado, puede que ya lo hubieran enviado a cruzar la Sombra de nuevo o a alguna otra misión. Recordé su rostro desapareciendo entre la multitud en la tienda Grisha. Ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirme.

Estaba anocheciendo, y estiré los brazos tratando de librarme del pesimismo que sentía. *Probablemente sea lo mejor, me dije. De todos modos, ¿cómo me habría despedido de Mal? Gracias por ser mi mejor amigo y hacer mi vida soportable. Ah, y siento haber estado un tiempo enamorada de ti. ¡No te olvides de escribir!*

—¿De qué te ríes?

Me giré, escudriñando la noche. La voz del Oscuro parecía salir flotando de entre las sombras. Caminó hasta el arroyo y se agachó en la orilla para echarse agua en la cara y en su cabello moreno.

—¿Y bien? —preguntó, levantando la mirada hacia mí.

—De mí misma —admití.

—¿Tan graciosa eres?

—Desternillante.

El Oscuro me examinó bajo las luces que quedaban del crepúsculo. Tenía la inquietante sensación de que me estaba estudiando. Salvo por un poco de polvo en su *kefta*, no parecía que nuestro viaje lo hubiera afectado demasiado. Me picaba la piel de vergüenza al percatarme fuertemente de mi *kefta* rota y demasiado larga, mi pelo sucio y el moratón que había dejado en mi mejilla el asesino fjerdano. ¿Me estaba mirando y lamentándose de su decisión de haberme llevado con él? ¿Estaba pensando que había cometido otro de sus errores poco frecuentes?

—No soy Grisha —dije abruptamente.

—La evidencia sugiere lo contrario —replicó él, sin preocupación alguna—. ¿Qué te hace estar tan segura?

—¡Mírame!

—Te estoy mirando.

—¿Te parezco una Grisha?

Los Grisha eran guapos. No tenían granos, ni aburrido pelo marrón, ni brazos flacuchos. Él sacudió la cabeza y se levantó.

—No lo entiendes en absoluto —dijo, y comenzó a subir por la colina.

—¿Me lo vas a explicar?

—No, ahora no.

Estaba tan furiosa que quería darle un golpe en la cabeza. Si no lo hubiera visto cortar a un hombre por la mitad, puede que lo hubiera hecho. En su lugar, me conformé con fulminar con la mirada el espacio entre sus hombros mientras lo seguía hacia arriba.

Los hombres del Oscuro habían limpiado el suelo del granero en ruinas de la

granja, y habían encendido una hoguera. Uno de ellos había cazado un urogallo y lo estaba asando sobre las llamas. No era mucha comida al compartirla entre todos, pero el Oscuro no quería enviar a sus hombres a cazar al bosque.

Me senté junto al fuego y me comí en silencio mi pequeña porción. Al terminar, dudé tan solo un segundo antes de limpiarme los dedos en mi *kefta* ya sucia. Probablemente fuera la cosa más bonita que hubiera llevado y fuera a llevar jamás, y había algo en ver el tejido manchado y roto que me hacía sentir muy rastrera.

A la luz del fuego, vi a los *oprichniki* sentados con los Grisha. Algunos ya se habían alejado del fuego para ir a la cama. Otros se encargaban de la primera guardia. Los demás estaban sentados hablando mientras las llamas menguaban, pasándose un frasco. El Oscuro estaba entre ellos. Me fijé en que no había tomado más que su ración de urogallo, y ahora se sentaba junto a sus soldados en el frío suelo, un hombre a quien solo el Rey superaba en poder.

Debió de sentir que lo observaba, porque se giró para mirarme, y sus ojos de granito resplandecían a la luz del fuego. Enrojecí. Para mi consternación, se levantó para sentarse junto a mí, y me ofreció el frasco. Dudé y después tomé un sorbo, haciendo una mueca por el sabor. Nunca me había gustado el *kvas*, pero los profesores de Keramzin lo bebían como si fuera agua. Una vez, Mal y yo habíamos robado una botella. La paliza que nos llevamos cuando nos pillaron no fue nada en comparación con lo horriblemente enfermos que estuvimos.

Sin embargo, quemaba al bajar, y la calidez era bienvenida. Tomé otro sorbo y le devolví el frasco.

—Gracias —dije con una tosecita.

Él bebió mirando al fuego, y después dijo:

—De acuerdo. Pregúntame.

Pestañeé en su dirección, sorprendida. No estaba segura de por dónde comenzar. Mi agotada mente se hallaba rebosante de preguntas, zumbando en un estado entre el pánico, el cansancio y la incredulidad desde que habíamos abandonado Kribirsk. No estaba segura de tener la energía necesaria para formular un pensamiento, y cuando abrí la boca, la pregunta que salió de ella me sorprendió.

—¿Cuántos años tienes?

Él me miró, perplejo.

—No lo sé exactamente.

—¿Cómo puedes no saberlo?

El Oscuro se encogió de hombros.

—¿Cuántos años tienes tú exactamente?

Le lancé una mirada de amargura. No sabía la fecha de mi nacimiento. A todos los huérfanos de Keramzin se nos daba el cumpleaños del Duque en honor a nuestro benefactor.

—Bueno, entonces, ¿cuántos años tienes, más o menos?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque he oído historias sobre ti desde que era niña, pero no pareces mucho mayor que yo —respondí con honestidad.

—¿Qué clase de historias?

—Lo típico —dije, algo enfadada—. Si no quieres responderme, dímelo y ya está.

—No quiero responderte.

—Ah.

El Oscuro suspiró.

—Ciento veinte —dijo—. Más o menos.

—¿Qué? —chillé. Los soldados que estaban sentados al otro lado nos miraron—. Eso es imposible —añadí en voz más baja.

Él miró a las llamas.

—Cuando un fuego arde, consume la madera. La devora, y deja solo ceniza. El poder Grisha no funciona así.

—¿Cómo funciona?

—Usar nuestro poder nos hace más fuertes. Nos alimenta en lugar de consumirnos. La mayoría de los Grisha tienen vidas largas.

—Pero no ciento veinte años.

—No —admitió—. La duración de la vida de un Grisha es proporcional a su poder. Cuanto mayor sea este, más larga será su vida. Y cuando el poder se amplifica…

Dejó de hablar, encogiéndose de hombros.

—Y tú eres un amplificador viviente. Como el oso de Iván.

Una ligera sonrisa se asomó por la comisura de su boca.

—Como el oso de Iván.

Se me ocurrió algo poco agradable.

—Pero, eso significa…

—Que mis huesos o algunos de mis dientes harían muy poderoso a otro Grisha.

—Pues eso da mucho miedo. ¿No te preocupa ni un poquito?

—No —dijo simplemente—. Ahora, responde tú a mi pregunta. ¿Qué clase de historias te han contado sobre mí?

Me moví en mi sitio, incómoda.

—Bueno… Nuestros profesores nos dijeron que habías fortalecido el Segundo Ejército reuniendo Grisha de fuera de Ravka.

—No tuve que reunirlos. Ellos vinieron a mí. Otros países no tratan a los Grisha tan bien como Ravka —replicó sombríamente—. Los fjerdanos nos queman como si fuéramos brujas, y los de Kerch nos venden como esclavos. Los de Shu Han nos cortan en pedacitos tratando de encontrar la fuente de nuestro poder. ¿Qué más?

—Dijeron que tú eras el Oscuro más fuerte desde hace generaciones.

—No te he pedido que me hagas cumplidos.

Toqueteé un hilo suelto en la manga de mi *kefta*. Él me observó expectante.

—Bueno —dije—, había un sirviente anciano que trabajaba en la propiedad…

—Continúa —indicó—. Cuéntame.

—Dijo… dijo que los Oscuros nacían sin alma. Que solo algo verdaderamente malvado podría haber creado la Sombra. —Miré su rostro frío y añadí rápidamente —. Pero Ana Kuya lo envió a hacer las maletas y nos dijo que solo eran supersticiones de campesinos.

El Oscuro suspiró.

—Dudo que ese sirviente fuera el único que pensara eso.

No dije nada. No todo el mundo pensaba como Eva o aquel anciano sirviente, pero llevaba en el Primer Ejército bastante tiempo como para saber que la mayoría de los soldados normales no confiaban en los Grisha ni sentían ninguna lealtad hacia el Oscuro.

—Mi tátara-tátara-tátara-tatarabuelo fue el Hereje Negro, el Oscuro que creó la Sombra —dijo tras un momento—. Fue un error, un experimento nacido de su avaricia, tal vez de su maldad. No lo sé. Pero cada Oscuro que lo ha sucedido ha tratado de deshacer el daño que le hizo a nuestro país, y yo no soy distinto. —Se giró hacia mí, con expresión seria, mientras la luz del fuego jugaba con las líneas perfectas de sus facciones—. Me he pasado la vida buscando una forma de arreglar las cosas. Tú eres el primer atisbo de esperanza que he tenido en mucho tiempo.

—¿Yo?

—El mundo está cambiando, Alina. Los mosquetes y los rifles son solo el principio. He visto las armas que están desarrollando en Kerch y Fjerda. La época de los Grisha está llegando a su fin.

Era un pensamiento terrible.

—Pero… ¿qué pasa con el Primer Ejército? Tienen rifles, tienen armas.

—¿De dónde crees que vienen sus rifles y su munición? Cada vez que cruzamos la Sombra, perdemos vidas. Una Ravka dividida no sobrevivirá a la nueva era. Necesitamos nuestros puertos y nuestros muelles. Y solo tú puedes devolvérnoslos.

—¿Cómo? —imploré—. ¿Cómo se supone que puedo hacerlo?

—Ayudándome a destruir la Sombra.

Sacudí la cabeza.

—Estás loco. Esto es una locura.

Miré el cielo nocturno a través de las grietas en el techo del granero. Estaba lleno de estrellas, pero solo podía ver la oscuridad infinita entre ellas. Me imaginé en el silencio muerto de la Sombra, ciega, asustada, sin nada que me protegiera salvo mi supuesto poder. Pensé en el Hereje Negro. Había creado la Sombra, un Oscuro igual que el que estaba observándome tan de cerca a la luz del fuego.

—¿Y qué pasa con eso que le hiciste? —pregunté antes de que pudiera perder el valor—. Al fjerdano.

Él volvió a mirar al fuego.

—Se llama el Corte. Requiere un gran poder y una gran concentración es algo que pocos Grisha pueden hacer.

Me froté los brazos, tratando de mantener a raya el frío que se había apoderado de mí. Él me miró, y después volvió a mirar al fuego.

—Si lo hubiera cortado con una espada, ¿hubiera sido mejor?

¿Lo hubiera sido? Había visto incontables horrores los últimos días. Pero, incluso después de las pesadillas de la Sombra, la imagen que se había quedado conmigo, que se aparecía en mis sueños y me perseguía hasta que me despertaba, era la del cuerpo cercenado del hombre barbudo, balanceándose en la tenue luz antes de desmoronarse sobre mí.

—No lo sé —dije en voz baja.

Algo pasó por su cara, algo que parecía furia, o tal vez incluso dolor. Sin una palabra más, se levantó para alejarse de mí.

Lo observé desaparecer en la oscuridad y de pronto me sentí culpable. *No seas tonta, me castigué. Es el Oscuro. Es el segundo hombre más poderoso de Ravka. ¡Tiene ciento veinte años! No has herido sus sentimientos*. Pero me acordé de su mirada, de la vergüenza que había en su voz al hablar del Hereje Negro, y no pude deshacerme de la sensación de que había fracasado en alguna clase de prueba.

Dos días más tarde, justo después del amanecer, atravesamos la enorme puerta y los famosos muros dobles de Os Alta.

Mal y yo habíamos entrenado no muy lejos de allí, en el fuerte militar de Poliznaya, pero nunca habíamos estado dentro de la ciudad. Os Alta estaba reservada para los más ricos, para las casas de los militares y oficiales del gobierno, sus familias, sus mujeres y todos los negocios de los que se encargaban.

Sentí una punzada de decepción al pasar junto a las tiendas con los postigos cerrados, un enorme mercado donde unos pocos vendedores ya estaban organizando sus puestos, y unas filas abarrotadas de casas estrechas. Llamaban a Os Alta la ciudad de los sueños. Era la capital de Ravka, hogar de los Grisha y del Gran Palacio del Rey. Pero, en realidad, parecía tan solo una versión más grande y sucia del pueblo mercantil de Keramzin.

Todo cambió en cuanto llegamos al puente. Cruzaba un ancho canal donde unos pequeños botes se mecían en el agua. Al otro lado, alzándose entre la niebla, blanca y brillante, se encontraba la otra Os Alta. Mientras cruzábamos el puente vi que este podía levantarse para convertir el canal en un foso gigante que separaba la ciudad de los sueños que había delante del habitual caos de la ciudad mercantil que teníamos detrás.

Cuando alcanzamos el otro lado del canal, fue como si hubiéramos llegado a otro mundo. Dondequiera que mirara veía fuentes y plazas, verdes parques y anchos bulevares bordeados por filas perfectas de árboles. Aquí y allá veía luces en los pisos bajos de las enormes casas, donde se encendían los fuegos de las cocinas y empezaba el trajín del día.

Las calles comenzaron a ascender, y cuanto más subíamos más grandes e imponentes eran las casas, hasta que finalmente llegamos hasta otro muro y otras puertas, estas forjadas de oro reluciente y adornadas con el águila doble del Rey. A lo largo del muro había hombres fuertemente armados en sus puestos, un sombrío recordatorio de que a pesar de toda su belleza, Os Alta seguía siendo la capital de un país que llevaba mucho tiempo en guerra.

Las puertas se abrieron.

Enfilamos un ancho camino pavimentado con grava brillante y bordeado por filas de árboles elegantes. A izquierda y derecha, perdiéndose en la distancia, vi ornamentados jardines con ricos tonos verdes y cubiertos por la niebla de las primeras horas de la mañana. Por encima de todo, sobre una serie de terrazas de mármol y fuentes de oro, se alzaba el Gran Palacio, el hogar de invierno del Rey de Ravka.

Cuando finalmente llegamos hasta la enorme fuente de águilas dobles que se encontraba en su base, el Oscuro dirigió su caballo hacia el mío.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Le lancé una ojeada, y después volví a mirar la elaborada fachada. Era el edificio más grande que había visto en mi vida, con terrazas llenas de estatuas; sus tres pisos brillaban con una fila tras otra de relucientes ventanas, cada una bien ornamentada con lo que sospechaba que era oro de verdad.

—Es muy… ¿grande? —dije con cuidado.

Él me miró, con una sonrisita jugueteando en sus labios.

—A mí me parece el edificio más feo que he visto en la vida —declaró, e hizo avanzar a su caballo.

Seguimos un camino que se curvaba tras el palacio y se adentraba profundamente en sus terrenos, pasando por un laberinto de setos, un jardín con un templo con columnas en el centro, y un enorme invernadero con las ventanas empañadas por la condensación. Después atravesamos un poblado grupo de árboles, lo bastante grande como para que pareciera un bosque pequeño, y pasamos por un largo y oscuro pasillo donde las ramas formaban un techo denso y entretejido sobre nosotros.

Se me puso el vello de los brazos de punta. Tenía la misma sensación que cuando cruzamos el canal, la sensación de traspasar la frontera entre dos mundos.

Cuando salimos del túnel a la débil luz del sol, bajé la mirada por una suave pendiente y vi un edificio que no se parecía a nada que hubiera visto jamás.

—Bienvenida al Pequeño Palacio —dijo el Oscuro.

Era un nombre extraño, porque aunque era más pequeño que el Gran Palacio, el «Pequeño» Palacio seguía siendo enorme. Se alzaba sobre los árboles que lo rodeaban como algo tallado en un bosque encantado, un racimo de oscuros muros de madera y cúpulas doradas. Cuando nos acercamos, vi que cada centímetro estaba cubierto de intrincadas tallas de pájaros y flores, vides que se enredaban y mágicas bestias.

Un grupo de sirvientes vestidos de color carbón esperaban en las escaleras.

Desmonté, y uno de ellos se apresuró a tomar mi caballo, mientras que otros abrían unas enormes puertas dobles. Cuando las atravesamos, no pude resistir la tentación de estirar la mano para tocar las exquisitas tallas. Tenían incrustaciones de madreperla, de modo que brillaban a la luz de la mañana. ¿Cuántas manos, cuántos años habían sido empleados para crear un lugar así?

Atravesamos una cámara de entrada y llegamos a una enorme habitación hexagonal con cuatro largas mesas dispuestas en forma de cuadrado en el centro. Nuestras pisadas resonaron en el suelo de piedra, y una gigantesca cúpula de oro parecía flotar sobre nosotros a una altura imposible.

El Oscuro llevó a un lado a una de las sirvientas, una mujer mayor con vestido color carbón, y le habló entre susurros. Después me dirigió una pequeña reverencia y fue a zancadas hasta el otro lado de la habitación, seguido por sus hombres.

Sentí un ramalazo de fastidio. El Oscuro no me había dicho mucho tras aquella noche en el granero, y no me había dado ni una pista de lo que podía esperar una vez llegáramos. Pero no tenía el valor ni la energía de correr tras él, así que seguí dócilmente a la mujer de gris por otras puertas dobles que daban a una de las torres más pequeñas.

Cuando vi todas las escaleras, quise echarme a llorar. *Podría preguntar si puedo quedarme aquí, en medio del pasillo,* pensé tristemente. En lugar de eso, puse la mano sobre la tallada barandilla y me obligué a subir, a pesar de que mi cuerpo agarrotado se quejaba con cada escalón. Cuando llegamos arriba, tenía ganas de celebrarlo tirándome en el suelo para echarme una siesta, pero la sirvienta echó a caminar por el pasillo. Cruzamos una puerta tras otra, hasta que finalmente llegamos a una cámara donde nos esperaba otra criada uniformada.

Vi vagamente una habitación grande, con pesadas cortinas doradas, un fuego ardiendo en una chimenea con hermosos azulejos; pero yo solo tenía ojos para la enorme cama con dosel.

—¿Necesita algo? ¿Quiere comer? —preguntó la mujer, pero yo sacudí la cabeza. Solo quería dormir—. Muy bien —dijo, y asintió en dirección a la criada, que hizo una reverencia y desapareció por el pasillo—. Entonces, la dejaré descansar. Asegúrese de echar el cerrojo.

Yo pestañeé.

—Como precaución —añadió, y salió por la puerta, que cerró suavemente tras ella.

¿Precaución contra qué?, me pregunté, pero estaba demasiado cansada como para pensar en ello. Eché el cerrojo, me despojé de la *kefta* y las botas y me desplomé en la cama.

CAPÍTULO 6

oñé que estaba de nuevo en Keramzin, deslizándome por los oscuros pasillos con calcetines en los pies, tratando de encontrar a Mal. Podía oírlo llamándome, pero su voz no parecía acercarse nunca. Finalmente llegué hasta el piso superior, a la puerta de la antigua habitación azul donde nos gustaba sentarnos en la ventana para mirar nuestro prado. Oí que Mal reía. Abrí la puerta de golpe… y grité. Había sangre por todas partes. El volcra estaba en la ventana y, mientras se giraba hacia mí y abría sus enormes mandíbulas, vi que tenía unos ojos grises de cuarzo.

Desperté de golpe, con el corazón palpitándome con fuerza, y miré a mi alrededor aterrorizada. Por un momento no pude recordar dónde estaba, y después gruñí y volví a dejarme caer sobre las almohadas.

Estaba empezando a quedarme dormida de nuevo cuando alguien comenzó a llamar a la puerta.

—Lárgate —murmuré desde debajo de las sábanas, pero el golpeteo sonó con más fuerza. Me senté, sintiendo que mi cuerpo entero chillaba rebelándose. Me dolía la cabeza, y cuando traté de ponerme en pie mis piernas no querían cooperar—. ¡De acuerdo! ¡Ya voy! —grité, y el golpeteo se detuvo. Fui hasta la puerta dando traspiés y moví la mano hacia el cerrojo, pero entonces dudé—. ¿Quién es?

—No tengo tiempo para esto —soltó una voz femenina al otro lado de la puerta —. Abre. ¡Ahora!

Me encogí de hombros. Que me mataran, me secuestraran o lo que quisieran. Mientras no tuviera que montar a caballo o subir escaleras, no me quejaría.

Apenas había quitado el cerrojo cuando la puerta se abrió de golpe y entró una chica alta, inspeccionando la habitación y después a mí con ojo crítico. Posiblemente fuera la persona más guapa que había visto jamás. Su cabello ondulado era de un caoba intenso, sus ojos grandes y dorados; y su piel tan suave e inmaculada que parecía que sus perfectos pómulos hubieran sido tallados en mármol. Llevaba una

kefta de color crema bordada en oro y decorada con el pelaje rojizo de un zorro.

—Por todos los Santos —dijo, recorriéndome con la mirada—. ¿Te has bañado alguna vez? ¿Qué le ha pasado a tu cara?

Enrojecí violentamente y mi mano voló hasta el moratón en mi mejilla.

Había pasado casi una semana desde que había dejado el campamento, y mucho más desde que me había bañado o cepillado el pelo. Estaba cubierta de suciedad, sangre y olor a caballo.

—Yo…

Pero la chica ya estaba gritando órdenes a las sirvientas que la habían seguido a la habitación.

—Preparad un baño, que sea caliente. Necesitaré mi equipo y que le quitéis esas ropas.

Las sirvientas se abalanzaron sobre mí y comenzaron a toquetearme los botones.

—¡Eh! —grité, apartando sus manos de mí. La Grisha puso los ojos en blanco.

—Sujetadla si tenéis que hacerlo.

Las sirvientas duplicaron sus esfuerzos.

—¡Parad! —grité, alejándome de ellas. Dudaron, mirándonos a la chica y a mí. La verdad es que nada sonaba mejor que un baño caliente y un cambio de ropa, pero no iba a dejar que una tirana pelirroja me mangoneara—. ¿Qué está pasando? ¿Quién eres?

—No tengo tiem…

—¡Pues saca tiempo! —solté— He viajado más de trescientos kilómetros a caballo. Llevo una semana sin dormir una noche entera, y han estado a punto de matarme dos veces. Así que, antes de hacer nada más, me vas a contar quién eres y por qué es tan importante quitarme la ropa.

La pelirroja tomó aliento profundamente y dijo muy despacio, como si le estuviera hablando a un niño:

—Me llamo Genya. En menos de una hora serás presentada ante el Rey, y mi trabajo es hacer que tengas un aspecto decente.

Mi enfado se evaporó. ¿Iba a conocer al Rey?

—Oh —dije dócilmente.

—Sí, «oh». Entonces, ¿empezamos?

Asentí en silencio, y Genya dio una palmada. Las sirvientas entraron en acción, quitándome la ropa y arrastrándome hasta el baño. La noche anterior llegué demasiado cansada como para fijarme, pero entonces, aunque estaba temblando y aterrorizada ante la perspectiva de tener que conocer a un rey, me maravillé por los pequeños azulejos de bronce que se extendían sobre cada superficie y por la bañera de cobre que las sirvientas estaban llenando de agua humeante. Junto a la bañera, la pared estaba cubierta de un mosaico de conchas y caparazones relucientes.

—¡Dentro, dentro! —dijo una de las sirvientas, dándome un empujón. Me metí en la bañera. El agua estaba tan caliente que dolía, pero lo aguanté en lugar de intentar

entrar lentamente. La vida militar me había curado hacía mucho de la mayor parte de mi pudor, pero ser la única persona desnuda en la habitación era muy distinto, especialmente cuando todas estaban lanzándome miradas de curiosidad.

Solté un chillido cuando una de las sirvientas me cogió la cabeza y comenzó a lavarme el pelo con furia. Otra se inclinó sobre la bañera y comenzó a frotarme las uñas.

Cuando me acostumbré, el calor del agua supuso un agradable alivio para mi cuerpo dolorido. Llevaba más de un año sin darme un baño caliente, y jamás había soñado siquiera que pudiera haber una bañera así. Estaba claro que ser Grisha tenía sus beneficios. Podría haberme pasado una hora simplemente chapoteando. Pero, en cuanto me remojaron un poco y me frotaron a fondo, una sirvienta me cogió del brazo y ordenó:

—¡Fuera, fuera!

Salí de la bañera a regañadientes, y dejé que las mujeres me secaran bruscamente con gruesas toallas. Una de las más jóvenes dio un paso hacia delante con un pesado albornoz de terciopelo y me llevó hasta la habitación. Después ella y las otras salieron por la puerta, dejándome sola con Genya.

La observé cautelosamente. Había abierto las cortinas y arrastrado una mesa y una silla de madera elaboradamente talladas junto a las ventanas.

—Siéntate —ordenó. Su tono me molestaba, pero la obedecí.

Había un pequeño cofre abierto junto a su mano, y el contenido estaba desparramado por encima de la mesa: tarros de cristal llenos de lo que parecían bayas, hojas y polvos de colores. No tuve ocasión de investigar más, pues Genya me tomó de la barbilla, observó mi rostro de cerca y giró mi mejilla magullada hacia la luz de la ventana. Tomó aliento y paseó los dedos por mi piel. Noté la misma sensación de picor que había experimentado cuando la Sanadora se ocupó de mis heridas de la Sombra.

Pasaron unos largos minutos mientras apretaba los puños para evitar rascarme. Después Genya se alejó y el picor remitió. Me entregó un espejito de mano dorado: el moratón había desaparecido completamente. Presioné la piel, vacilante, pero no dolía.

—Gracias —dije, soltando el espejo y comenzando a levantarme, pero Genya me obligó a sentarme de nuevo.

—¿Adonde te crees que vas? No hemos terminado.

—Pero…

—Si el Oscuro solo quisiera curarte, habría enviado a un Sanador.

—¿No eres Sanadora?

—No voy de rojo, ¿verdad? —replicó ella, con un deje de amargura en la voz. Hizo un gesto en dirección a sí misma—. Soy Confeccionadora.

Estaba confundida. Me di cuenta de que nunca antes había visto a un Grisha con *kefta* blanca.

—¿Vas a hacerme un vestido?

Genya soltó un resoplido de exasperación.

—¡No me refiero a la ropa! Mira —dijo, pasándose sus largos y gráciles dedos por la cara—. No pensarás que nací con este aspecto, ¿verdad?

Observé la suave perfección marmórea de los rasgos de Genya mientras lo comprendía con una oleada de indignación.

—¿Quieres cambiarme la cara?

—Cambiarla no. Solo… darte un nuevo toque.

Fruncí el ceño. Sabía qué aspecto tenía. De hecho, era terriblemente consciente de mis defectos, pero no necesitaba que una Grisha impresionante me los indicara. Y lo peor era que el Oscuro la hubiera enviado para eso.

—Olvídalo —dije, poniéndome en pie de un salto—. Si al Oscuro no le gusta mi aspecto, es su problema.

—¿A ti te gusta tu aspecto? —preguntó Genya con lo que parecía ser verdadera curiosidad.

—No especialmente —solté—. Pero mi vida se ha vuelto lo bastante confusa sin necesidad de ver la cara de una extraña en el espejo.

—No es así como funciona —explicó Genya—. No puedo hacer grandes cambios, solo pequeños. Suavizar tu piel. Hacer algo con ese pelo castaño que tienes. Yo me he perfeccionado, pero he tenido toda la vida para hacerlo.

Quise discutir, pero realmente era perfecta.

—Fuera.

Genya inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándome.

—¿Por qué te estás tomando esto como si fuera personal?

—¿Tú no lo harías?

—No tengo ni idea. Yo siempre he sido guapa.

—¿Y también humilde?

Se encogió de hombros.

—Sí, soy guapa, pero eso no significa mucho entre los Grisha. Al Oscuro no le importa tu aspecto, sino lo que seas capaz de hacer.

—Entonces, ¿por qué te ha enviado?

—Porque al Rey le encanta la belleza y el Oscuro lo sabe. En la corte del Rey, las apariencias lo son todo. Si vas a ser la salvación de toda Ravka… bueno, te convendría tener el aspecto adecuado para el papel.

Crucé los brazos y miré por la ventana. Fuera, el sol brillaba sobre un pequeño lago con una diminuta isla en el centro. No tenía ni idea de la hora que era ni de cuánto había dormido.

Genya caminó hacia mí.

—No eres fea, ¿sabes?

—Gracias —repliqué secamente, todavía mirando hacia los terrenos boscosos.

—Solo pareces un poco…

—¿Cansada? ¿Enferma? ¿Flacucha?

—Bueno —dijo ella razonablemente—, tú misma has dicho que llevas días de duro viaje, y…

Suspiré.

—Este es mi aspecto habitual. —Descansé la cabeza sobre el frío cristal, sintiendo que la rabia y la vergüenza desaparecían. ¿Por qué estaba luchando? Si era honesta conmigo misma, la perspectiva de lo que ofrecía Genya era tentadora—. Está bien. Hazlo.

—¡Gracias! —exclamó ella, dando una palmada. La miré con aspereza, pero no había sarcasmo en su voz ni en su expresión. Me di cuenta de que estaba aliviada. El Oscuro le había encargado una tarea, y me pregunté lo que podría haberle pasado si me hubiera negado. Dejé que me condujera de nuevo a la silla.

—Simplemente, no te pases —pedí.

—No te preocupes —me tranquilizó—. Seguirás pareciendo tú, solo que con unas pocas horas más de sueño. Soy muy buena.

—Ya lo veo —dije, y cerré los ojos.

—No pasa nada. Puedes mirar. —Me entregó el espejo dorado—. Pero no hables más. Y quédate quieta.

Alcé el espejo y observé mientras los fríos dedos de Genya descendían lentamente sobre mi frente. El rostro me picaba, y observé con creciente asombro mientras sus manos viajaban por mi piel. Cada imperfección, cada rasguño y cada defecto parecía desaparecer bajo sus dedos. Colocó los pulgares bajo mis ojos.

—¡Oh! —exclamé con sorpresa cuando los oscuros círculos que me habían acompañado desde la infancia desaparecieron.

—No te emociones tanto —advirtió Genya—. Es temporal. —Cogió una de las rosas de la mesa y arrancó un pétalo de un rosa pálido. Lo sostuvo contra mi mejilla y el color sangró desde el pétalo hasta mi piel, dejándome con lo que parecía un bonito rubor. Después sostuvo un nuevo pétalo junto a mis labios y repitió el proceso—. Solo dura unos días —me informó—. Ahora, el pelo.

Sacó del cofre un largo peine hecho de hueso, junto con un frasco lleno de algo brillante.

—¿Es oro de verdad? —pregunté, asombrada.

—Pues claro —dijo ella, levantando un mechón de mi soso pelo castaño. Esparció algunas de las láminas de oro por mi coronilla y, mientras me pasaba el peine por el pelo, el oro pareció disolverse en hilos relucientes. Cuando terminaba con cada sección, se enroscaba el pelo entre los dedos, dejándolo caer en ondas.

Finalmente, dio un paso atrás con una sonrisa petulante.

—Mejor, ¿verdad?

Me examiné en el espejo. Mi pelo brillaba. Mis mejillas tenían un rubor rosado. Seguía sin ser guapa, pero no podía negar la mejoría. Me preguntaba qué diría Mal si pudiera verme, pero aparté el pensamiento de mi mente.

—Sí —admití a regañadientes.

Genya soltó un suspiro lastimero.

—Realmente es lo mejor que puedo hacer por ahora.

—Gracias —dije ásperamente, pero ella me guiñó un ojo y sonrió.

—Además, no quieres atraer demasiado la atención del Rey.

Su voz era ligera, pero sus facciones se ensombrecieron cuando cruzó la habitación a zancadas y abrió la puerta para que las sirvientas volvieran a entrar. Me llevaron tras un biombo de ébano con estrellas de madreperla incrustadas que parecía un cielo nocturno. En un momento, estaba vestida con una túnica limpia y pantalones, suaves botas de cuero, y un abrigo gris. Me di cuenta con decepción de que no era más que una versión limpia de mi uniforme del ejército. Hasta había un pequeño parche de cartógrafo con una rosa de los vientos en la manga derecha. Mi rostro debió de reflejar lo que sentía.

—¿No es lo que esperabas? —preguntó Genya, divertida.

—Pensaba…

Pero ¿qué pensaba? ¿En serio pensaba que me merecía las túnicas Grisha?

—El Rey espera ver a una chica humilde sacada de entre las filas de su ejército, un diamante en bruto. Si apareces con una *kefta*, pensará que el Oscuro te ha estado ocultando.

—¿Por qué iba a ocultarme el Oscuro?

Genya se encogió de hombros.

—Para tener más influencia o algún beneficio. ¿Quién sabe? Pero el Rey es… Bueno, ya verás cómo es el Rey.

Me dio un vuelco el estómago. Estaba a punto de conocer al Rey. Traté de recomponerme, pero mientras Genya me sacaba por la puerta y me conducía por el pasillo, mis piernas temblaban y parecían de plomo.

Cerca de la base de las escaleras, susurró:

—Si alguien pregunta, solo te he ayudado a vestirte. Se supone que no debo trabajar con los Grisha.

—¿Por qué no?

—Porque la ridícula Reina y su aún más ridícula corte piensan que no es justo.

La miré boquiabierta. Insultar a la Reina podría considerarse alta traición, pero Genya no parecía preocupada.

Cuando entramos en la enorme sala abovedada, vi que estaba repleta de Grisha con túnicas carmesí, púrpura y azul oscuro. La mayoría de ellos parecían tener alrededor de mi edad, pero algunos más mayores estaban reunidos en una esquina. A pesar de sus cabellos plateados y sus rostros arrugados, todos eran impresionantemente atractivos. De hecho, todos en la habitación poseían una belleza desconcertante.

—Puede que la Reina tenga razón —murmuré.

—Ah, esto no es obra mía —replicó ella.

Fruncí el ceño. Si estaba diciendo la verdad, era una evidencia más de que aquel

no era mi sitio.

Alguien nos había visto entrar, y el silencio cayó mientras todos los ojos se clavaban en mí.

Un Grisha alto de pecho amplio, con túnica roja, se adelantó. Tenía la piel muy bronceada y parecía exudar buena salud. Hizo una amplia reverencia y dijo:

—Soy Sergei Beznikov.

—Yo soy…

—Ya sé quién eres, por supuesto —me interrumpió, y sus dientes blancos centellearon—. Ven, te presentaré. Irás con nosotros.

Me cogió por el hombro y comenzó a dirigirme hacia un grupo de Corporalki.

—Es una Invocadora, Sergei —dijo una chica de *kefta* azul con rizos castaños largos y sueltos—. Irá con nosotros.

Hubo murmullos de asentimiento por parte de los otros Etherealki tras ella.

—Marie —dijo Sergei con una falsa sonrisa—, no es posible que estés sugiriendo que entre en la sala como una Grisha de una orden menor.

La piel de alabastro de Marie se llenó de manchas repentinamente, y varios de los Invocadores se pusieron en pie.

—¿Tengo que recordarte que el propio Oscuro es un Invocador?

—¿Así que ahora te consideras a la altura del Oscuro?

Marie balbució y, tratando de que hubiera paz, intervine:

—¿Por qué no voy con Genya y ya está?

Hubo risitas en voz baja.

—¿Con la Confeccionadora? —preguntó Sergei, con aspecto horrorizado.

Lancé una mirada a Genya, que se limitó a sonreír y sacudir la cabeza.

—Su lugar está entre nosotros —protestó Marie, y todos comenzaron a discutir a nuestro alrededor.

—Irá conmigo —dijo una voz grave, y el silencio se adueñó de la habitación.

CAPÍTULO 7

e giré y vi al Oscuro de pie bajo una arcada, flanqueado por Iván y algunos otros Grisha a los que reconocí del viaje. Marie y Sergei se apresuraron a retroceder. El Oscuro inspeccionó la multitud y dijo:

—Nos esperan.

En un instante, la habitación se llenó de actividad cuando los Grisha se levantaron y comenzaron a pasar por las grandes puertas dobles que conducían al exterior. Se colocaron en una larga fila de a dos. Primero los Materialki, luego los Etherealki y finalmente los Corporalki, de modo que los Grisha de mayor rango entrarían los últimos en la sala del trono.

Sin saber muy bien qué hacer, me quedé donde estaba, observando a la multitud. Busqué a Genya con la mirada, pero parecía haber desaparecido. Un momento después, el Oscuro estaba junto a mí. Miré su pálido perfil, la mandíbula afilada, los ojos de granito.

—Pareces más descansada —dijo.

Me irrité. No estaba cómoda con lo que Genya había hecho, pero estando en una habitación llena de hermosos Grisha tenía que admitir que me sentía agradecida por ello. Seguía sin tener un aspecto como para que aquel fuera mi sitio, pero hubiera estado mucho peor sin la ayuda de Genya.

—¿Hay otros Confeccionadores? —pregunté.

—Genya es única —respondió, echándome un vistazo—. Como nosotros.

Ignoré la emoción que me embargó ante la palabra *nosotros* y dije:

—¿Por qué no va con el resto de los Grisha?

—Genya debe atender a la Reina.

—¿Por qué?

—Cuando las habilidades de Genya comenzaron a manifestarse, podía haberla hecho elegir entre ser una Hacedora o una Corporalnik. En su lugar, cultivé su

peculiar habilidad y la convertí en un regalo para la Reina.

—¿Un regalo? ¿Entonces un Grisha no es mejor que un sirviente?

—Todos servimos a alguien —dijo, y me sorprendió el tono severo de su voz. Después añadió—: El Rey esperará una demostración.

Sentí como si me hubieran bañado en agua helada.

—Pero no sé cómo…

—No espero que lo sepas —atajó con calma, adelantándose cuando los últimos Corporalki de túnicas rojas desaparecieron a través de la puerta.

Salimos al camino de grava, bajo las últimas luces de la tarde. Me costaba respirar, y me sentía como si estuviera yendo a mi ejecución. Tal vez sea así, pensé con un brote de temor.

—Esto no es justo —susurré furiosa—. No sé lo que el Rey piensa que puedo hacer, pero no es justo que me saques ahí y esperes que… logre algo.

—Será mejor que no esperes justicia por mi parte, Alina. No es una de mis especialidades.

Me lo quedé mirando. ¿Qué se suponía que tenía que interpretar de eso? Él bajó la mirada hasta mí.

—¿De verdad piensas que te he traído por todo el camino hasta aquí para dejarte en ridículo? ¿Para dejarnos en ridículo a los dos?

—No —admití.

—Y está completamente fuera de tus manos ahora, ¿verdad? —dijo mientras atravesábamos el oscuro túnel de ramas. Eso también era verdad, aunque no resultara particularmente reconfortante. No tenía otra opción salvo confiar en que él supiera lo que hacía. De pronto tuve un pensamiento desagradable.

—¿Vas a volver a cortarme? —pregunté.

—Dudo que tenga que hacerlo, pero al final dependerá de ti.

Eso no me tranquilizaba.

Traté de calmarme y de ralentizar el latido de mi corazón, pero, antes de que pudiera darme cuenta, habíamos atravesado los jardines y estábamos subiendo los blancos escalones de mármol que llevaban al Gran Palacio. Mientras atravesábamos un espacioso vestíbulo de entrada y un largo pasillo lleno de espejos y decorado con oro, pensé en lo distinto que era ese lugar del Pequeño Palacio. Dondequiera que mirara veía mármol y oro, altísimas paredes de blanco y azul pálido, relucientes arañas de luces, criados vestidos de librea, pulidos suelos de parqué dispuestos en elaborados diseños geométricos. La belleza no faltaba, pero había algo agotador en la extravagancia que tenía todo. Siempre había asumido que los campesinos hambrientos de Ravka y los soldados con pocos suministros eran resultado de la Sombra, pero mientras caminábamos junto a un árbol de jade embellecido con hojas de diamante, ya no estaba tan segura.

La sala del trono tenía tres pisos de alto, y cada ventana relucía con águilas dobles de oro. Una alfombra larga de un azul pálido recorría toda la longitud de la estancia y

acababa donde los miembros de la corte deambulaban junto a un trono en alto. Muchos de los hombres llevaban trajes militares, pantalones negros y abrigos blancos cargados de medallas y bandas. Las mujeres estaban relucientes con sus vestidos de seda líquida con mangas abombadas y escotes pronunciados. Flanqueando el pasillo alfombrado se encontraban los Grisha, dispuestos según las distintas órdenes.

El silencio cayó y todos los rostros se giraron hacia mí y el Oscuro. Caminamos lentamente hasta el trono de oro. Mientras nos acercábamos, el Rey se enderezó, tenso por la emoción. Parecía tener unos cuarenta y tantos años, y era esbelto, de hombros redondeados y grandes ojos acuosos, además lucía un pálido bigote. Llevaba un traje militar completo, con una delgada espada al lado y el estrecho pecho cubierto de medallas. Junto a él, en la tarima alzada, había un hombre con una barba larga y oscura. Vestía toga de sacerdote, pero tenía el pecho adornado por un águila doble dorada.

El Oscuro me apretó suavemente el brazo para advertirme de que estábamos parando.

—Su alteza, *moi tsar* —dijo con claridad—. Alina Starkov, la Invocadora del Sol.

Se oyeron murmullos entre la multitud. No estaba segura de si debía inclinar la cabeza o hacer una reverencia. Ana Kuya había insistido en que todos los huérfanos supiéramos cómo recibir a los pocos invitados nobles del Duque, pero por alguna razón no me parecía correcto hacer una reverencia con pantalones militares. El Rey me salvó de meter la pata cuando gesticuló impacientemente para que nos acercáramos.

—¡Venid, venid! ¡Tráemela!

El Oscuro y yo caminamos hasta la base de la tarima.

El Rey me escudriñó. Frunció el ceño, y su labio inferior sobresalió ligeramente.

—Es muy vulgar —dijo. Enrojecí y me mordí la lengua. El Rey tampoco es que fuera nada del otro mundo. Prácticamente no tenía barbilla, y, al mirarlo de cerca, podía ver los capilares rotos de su nariz—. Muéstramelo —ordenó.

Mi estómago se contrajo. Miré al Oscuro. Había llegado el momento. Él asintió en mi dirección y extendió los brazos. Cayó un tenso silencio mientras sus manos se llenaron de oscuridad, remolinos de negrura que sangraban en el aire. Unió las manos con un resonante estallido, y algunos miembros de la multitud soltaron gritos nerviosos cuando la oscuridad cubrió la habitación.

Esa vez estaba mejor preparada para la oscuridad que me engulló, pero daba miedo de todos modos. Instintivamente estiré el brazo, buscando algo a lo que agarrarme. El Oscuro me cogió el brazo y deslizó su mano desnuda sobre la mía. Sentí que me atravesaba la misma certeza poderosa y después la llamada del Oscuro, pura y persuasiva, exigiendo una respuesta. Con una mezcla de pánico y alivio, sentí que algo se alzaba dentro de mí. Esa vez no traté de oponer resistencia, sino que dejé que siguiera su camino.

La luz inundó la sala del trono, empapándonos de calidez y destrozando la

oscuridad como si fuera cristal negro. La corte rompió en aplausos. La gente lloraba y se abrazaba. Una mujer se desmayó. El Rey aplaudía más que nadie. Se alzó de su trono y aplaudió fuertemente, con expresión exultante.

El Oscuro me soltó la mano y la luz se desvaneció.

—¡Magnífico! —exclamó el Rey—. ¡Es un milagro! —Bajó los escalones de la tarima, con el sacerdote barbudo siguiéndolo en silencio, y tomó mi mano con la suya para llevársela a los labios húmedos—. Mi querida muchacha. Mi querida, queridísima muchacha. —Pensé en lo que había dicho Genya sobre las atenciones del Rey y sentí repelús, pero no me atrevía a apartar la mano. Sin embargo, pronto me soltó y le dio una palmada al Oscuro en la espalda—. Milagroso, sencillamente milagroso. Ven, tenemos que hacer planes inmediatamente.

Mientras el Rey y el Oscuro se alejaban para hablar, el sacerdote se acercó a mí.

—Un auténtico milagro —dijo, mirándome con alarmante intensidad. Sus ojos eran tan marrones que casi parecían negros, y despedía un débil olor a moho e incienso. *Como una tumba*, pensé con un escalofrío. Me sentí agradecida cuando se deslizó de nuevo hasta el lado del Rey.

Enseguida me rodearon hombres y mujeres excelentemente vestidos, todos queriendo conocerme y tocarme la mano o la manga. Se amontonaron a mi alrededor, empujándose y atropellándose para acercarse más. Justo cuando sentí que volvía a entrarme el pánico, Genya apareció junto a mí, pero mi alivio fue breve.

—La Reina desea conocerte —me murmuró al oído. Me condujo a través de la multitud hasta una estrecha puerta lateral que llevaba al vestíbulo, y después hasta una enjoyada sala de estar donde se encontraba la Reina recostada en un diván, acunando en el regazo a un perro que husmeaba con su cara arrugada.

La Reina era hermosa, con el lustroso cabello rubio en un recogido perfecto, y sus delicadas facciones eran frías y preciosas. Pero también había algo un poco extraño en su rostro. Sus iris parecían demasiado azules, su pelo, demasiado dorado, y su piel demasiado suave. Me pregunté cuánto habría trabajado Genya en ella.

Estaba rodeada de damas ataviadas con exquisitos vestidos de color rosa y azul pálido, y sus pronunciados escotes estaban bordados con hilo dorado y pequeñas perlas de río. Y aun así, todas palidecían frente a Genya con su sencilla *kefta* de algodón color crema, y su cabello que ardía como una llama.

—*Moya tsaritsa* —dijo Genya, haciendo una pronunciada y grácil reverencia—. La Invocadora del Sol.

Esta vez, tuve que tomar una decisión. Hice una pequeña reverencia y oí unas risitas nerviosas de las damas.

—Encantador —dijo la Reina—. Detesto la pretensión. —Me costó toda mi fuerza de voluntad no resoplar ante eso—. ¿Vienes de una familia Grisha?

Miré nerviosamente a Genya, que asintió para darme apoyo.

—No —repliqué, y después añadí con rapidez—, *moya tsaritsa*.

—¿Una campesina, pues? —Asentí—. Tenemos mucha suerte con nuestra gente

—añadió, y las damas asintieron entre murmullos—. Tu familia debe ser informada de tu nuevo estatus. Genya enviará a un mensajero.

La Confeccionadora asintió e hizo otra pequeña reverencia. Pensé en asentir junto a ella, pero no estaba segura de querer comenzar a mentirle a la realeza.

—De hecho, su alteza, me crié en el orfanato del Duque Keramsov.

Las damas se agitaron por la sorpresa, y hasta Genya parecía asombrada.

—¡Una huérfana! —exclamó la Reina, que sonó encantada—. ¡Qué maravilla!

Yo no estaba segura de que la muerte de mis padres fuera ninguna maravilla, pero a falta de nada mejor que decir, balbucí:

—Gracias, *moya tsaritsa*.

—Todo esto debe de resultarte muy extraño. Cuida de que la vida en la corte no te corrompa como ha hecho con otros —dijo, y sus marmóreos ojos azules se deslizaron hasta Genya. El insulto era inconfundible, pero la expresión de la Grisha no delató nada, hecho que no pareció complacer a la Reina. Nos hizo marchar con un movimiento de sus dedos cubiertos de anillos—. Podéis iros.

Mientras Genya me conducía de vuelta al vestíbulo, me pareció oírla murmurar «vieja bruja». Pero, antes de que pudiera decidir si preguntarle o no por lo que había dicho la Reina, el Oscuro apareció y nos condujo por un pasillo vacío.

—¿Cómo te ha ido con la Reina? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondí con honestidad—. Lo decía todo con mucha amabilidad, pero me miraba todo el tiempo como si fuera algo que hubiera escupido su perro.

Genya se rio, y los labios del Oscuro se movieron en lo que casi era una sonrisa.

—Bienvenida a la corte —dijo.

—No estoy segura de si me gusta.

—A nadie le gusta —admitió—. Pero todos fingimos muy bien.

—El Rey parece encantado —señalé.

—El Rey es un crío.

Me quedé boquiabierta y miré a mi alrededor con nerviosismo, preocupada por si alguien nos había oído. Para esta gente cometer alta traición eran tan natural como respirar. Genya no parecía ni remotamente trastornada por las palabras del Oscuro.

El Oscuro debió de percatarse de mi incomodidad, porque dijo:

—Pero hoy, lo has convertido en un crío muy feliz.

—¿Quién era el hombre barbudo que estaba con el Rey? —pregunté, deseosa de cambiar de tema.

—¿El Apparat?

—¿Es un sacerdote?

—Más o menos. Algunos dicen que es un fanático, y otros que es un fraude.

—¿Y tú?

—Yo digo que resulta de utilidad. —Se giró hacia Genya—. Creo que ya le hemos pedido suficiente a Alina por hoy. Llévala de vuelta a sus aposentos y que le

tomen medidas para su *kefta*. Comenzará con la instrucción mañana.

Genya hizo una pequeña reverencia y puso la mano en mi brazo para dirigirme. Yo estaba abrumada por la emoción y el alivio. Mi poder (mi poder, todavía no parecía real) había vuelto a aparecer, y había evitado que hiciera el ridículo. Había superado mi presentación ante el Rey y mi audiencia con la Reina. Y me iban a dar una *kefta* de Grisha.

—Genya —añadió el Oscuro a nuestra espalda—, la *kefta* será negra.

Genya tomó aliento tras un sobresalto. Yo miré su cara de impresión y después al Oscuro, que ya se estaba girando para marcharse.

—¡Espera! —lo llamé antes de poder refrenarme. El Oscuro se detuvo y clavó sus ojos color pizarra en los míos—. Si… si puede ser, preferiría tener una túnica azul, el azul de los Invocadores.

—¡Alina! —exclamó Genya, claramente horrorizada, pero el Oscuro alzó una mano para silenciarla.

—¿Por qué? —preguntó con expresión inescrutable.

—Ya me siento como si no perteneciera a este lugar. Creo que sería más fácil si no recibiera… tratos especiales.

—¿Tan ansiosa estás de ser como todos los demás?

Levanté la barbilla. Estaba claro que no lo aprobaba, pero no iba a amedrentarme.

—No quiero llamar aún más la atención.

El Oscuro me miró durante un largo instante. No sabía si estaba pensando en lo que le había dicho o si estaba tratando de intimidarme, pero apreté los dientes y le devolví la mirada.

Asintió abruptamente.

—Como desees —concedió—. Tu *kefta* será azul.

Y, sin una palabra más, nos dio la espalda y desapareció por el pasillo.

Genya me miraba espantada.

—¿Qué? —pregunté a la defensiva.

—Alina —dijo ella lentamente—, a ningún otro Grisha se le ha permitido jamás llevar los colores del Oscuro.

—¿Crees que está enfadado?

—¡Eso no importa! Hubiera sido una señal de tu posición, de la consideración del Oscuro. Te hubiera colocado muy por encima de todos los demás.

—Bueno, pues yo no quiero estar por encima de todos los demás.

Genya levantó las manos con exasperación y me tomó por el codo para llevarme a través del palacio hasta la entrada principal. Dos sirvientes de librea abrieron las grandes puertas doradas para nosotros. De golpe me percaté de que iban de blanco y oro, los mismos colores de la *kefta* de Genya, los colores de un sirviente. No era de extrañar que pensara que estaba loca por rechazar la oferta del Oscuro. Y tal vez tuviera razón.

El pensamiento se quedó conmigo durante el largo camino de vuelta al Pequeño

Palacio a través de los jardines. El crepúsculo estaba cayendo, y los sirvientes estaban encendiendo las lámparas que bordeaban el camino de grava. Para cuando subimos las escaleras que llevaban a mi habitación, sentía nudos en el estómago.

Me senté junto a la ventana y contemplé los jardines. Mientras, Genya llamó a una sirvienta y le encargó buscar a una modista y pedir una bandeja con la cena. Pero, antes de hacer marchar a la chica, se giró hacia mí.

—¿Tal vez prefieras esperar y cenar con los Grisha más tarde? —preguntó.

Yo negué con la cabeza. Estaba demasiado cansada y abrumada como para pensar siquiera en estar de nuevo entre una multitud de personas.

—¿Podrías quedarte? —le pregunté. Ella dudó—. No tienes que hacerlo, claro —añadí rápidamente—. Seguro que querrás comer con todos los demás.

—En absoluto. Cena para dos, entonces —dijo imperiosamente, y la sirvienta se apresuró a marcharse. Genya cerró la puerta y caminó hasta el tocador, donde comenzó a colocar los objetos que había encima: un peine, un cepillo, una pluma y un frasco de tinta. No reconocí ninguno de los objetos, pero alguien debía de haberlos llevado a la habitación para que los usara.

Todavía de espaldas a mí, Genya dijo:

—Alina, debes entender que, cuando comiences a entrenar mañana… Bueno, los Corporalki no comen con los Invocadores. Los Invocadores no comen con los Hacedores, y…

Me puse a la defensiva inmediatamente.

—Mira, si no quieres quedarte a cenar, te prometo que no me pondré a llorar sobre la sopa.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No es eso, para nada! Solo estoy tratando de explicarte cómo funcionan las cosas.

—Olvídalo.

Genya soltó un resoplido de frustración.

—No lo entiendes. Es un gran honor que me pidas cenar contigo, pero los demás Grisha podrían no aprobarlo.

—¿Por qué?

Genya suspiró y se sentó en una de las sillas talladas.

—Porque soy la mascota de la Reina. Porque no consideran que lo que hago tenga valor alguno. Muchas razones.

Me pregunté cuáles serían las otras razones y también si tendrían algo que ver con el Rey. Pensé en los sirvientes que había en cada puerta del Gran Palacio, todos vestidos de blanco y oro. ¿Cómo debía sentirse Genya, aislada de su propia gente, pero sin ser un verdadero miembro de la corte?

—Es extraño —dije al cabo de un rato—. Siempre he pensado que ser guapa te hace la vida mucho más fácil.

—Ah, así es —asintió ella, y rio. Yo no pude evitarlo y me reí también.

Nos interrumpió un golpe en la puerta, y pronto la modista nos tuvo ocupadas con

pruebas de ropa y medidas. Cuando hubo terminado y comenzó a recoger sus telas y sus agujas, Genya susurró:

—Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes? Todavía podrías…

Pero yo la corté.

—Azul —dije con firmeza, aunque el estómago volvió a darme un vuelco.

La modista se marchó y nosotras dirigimos nuestra atención a la cena. La comida era menos extraña de lo que había supuesto, la clase de cena que comíamos cuando había alguna celebración en Keramzin: crema dulce de guisantes, codorniz asada con miel, e higos frescos. Descubrí que estaba más hambrienta que nunca, y tuve que resistir la tentación de limpiar mi plato con la lengua.

Genya mantuvo un flujo constante de conversación durante la cena, principalmente sobre cotilleos de los Grisha. No conocía a ninguna de las personas de las que hablaba, pero agradecía no tener que hablar yo, así que asentía y sonreía cuando era necesario. Cuando los últimos sirvientes se marcharon, llevándose nuestros platos con ellos, no pude reprimir un bostezo, y Genya se puso en pie.

—Vendré por la mañana para llevarte a desayunar; te costará un poco aprender a moverte por aquí. El Pequeño Palacio es un poco laberíntico —explicó, y sus labios perfectos se curvaron en una sonrisa traviesa—. Deberías tratar de descansar. Mañana conocerás a Baghra.

—¿Baghra?

Genya esbozó una sonrisa malvada.

—Oh, sí. Es una verdadera joya.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, se despidió con un gesto de la mano y salió por la puerta. Me mordí el labio. ¿Qué me esperaba exactamente al día siguiente?

Cuando la puerta se cerró tras Genya, sentí que me invadía la fatiga. El entusiasmo de pensar que quizás mi poder fuera real, la emoción de haber conocido al Rey y a la Reina, y las extrañas maravillas del Gran Palacio y el Pequeño Palacio habían mantenido mi agotamiento a raya, pero ahora había regresado… y, con él, una enorme y repetitiva sensación de soledad.

Me desvestí, colgué cuidadosamente mi uniforme en la percha que había tras el biombo salpicado de estrellas y coloqué mis brillantes botas nuevas debajo. Froté la cuidada lana del abrigo entre mis dedos, esperando encontrar alguna sensación de familiaridad, pero algo fallaba: la prenda estaba demasiado rígida, demasiado nueva. De pronto eché de menos mi vieja capa sucia.

Me puse un camisón de suave algodón blanco y me lavé la cara. Mientras me secaba, me vi reflejada en el espejo sobre el lavabo. Quizás fuera por la luz, pero me pareció que tenía un aspecto mejor que cuando Genya había terminado de trabajar conmigo. Tras un momento me di cuenta de que me había quedado boquiabierta observándome en el espejo y tuve que sonreír. Para ser una chica que odiaba mirarse, corría el riesgo de volverme vanidosa.

Me subí a la alta cama, me deslicé entre las pesadas sedas y pieles, y soplé la lámpara para apagarla. En la distancia oí una puerta que se cerraba, voces que daban las buenas noches, los sonidos del Pequeño Palacio yendo a dormir. Miré a la oscuridad. Nunca antes había tenido una habitación para mí sola. En Keramzin dormía en una vieja sala de retratos que habían reconvertido en dormitorio, rodeada de incontables chicas. En el ejército, había dormido en los barracones o las tiendas con los demás topógrafos. Mi nueva habitación parecía enorme y vacía. En el silencio, todos los eventos del día me vinieron a la mente, y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Quizás me despertaría al día siguiente para encontrarme con que había sido todo un sueño, que Alexei seguía vivo y Mal no tenía ninguna herida, que nadie había tratado de matarme, que nunca había conocido al Rey o a la Reina, ni visto al Apparat, o sentido la mano del Oscuro en mi nuca. Quizás me despertara con el olor de las hogueras ardiendo, a salvo en mi propia ropa, en mi pequeño catre, y le podría hablar a Mal de este sueño, extraño y terrorífico, pero tan bonito.

Me froté el pulgar por la cicatriz que tenía en la palma y oí la voz de Mal que decía: «Estaremos bien, Alina. Siempre lo estamos».

—Eso espero, Mal —le susurré a mi almohada, y di rienda suelta a las lágrimas hasta quedarme dormida.

CAPÍTULO 8

ras una noche inquieta, me desperté temprano y no pude volver a dormirme. Había olvidado cerrar las cortinas al irme a la cama, y la luz del sol entraba por las ventanas. Pensé en levantarme para cerrarlas e intentar volver a dormirme, pero no tenía la energía suficiente. No estaba segura de si eran el miedo y la preocupación los que me habían mantenido en movimiento y dando vueltas, o si era el lujo tan poco familiar de dormir en una cama de verdad después de tantos meses durmiendo en catres tambaleantes o sin nada salvo un petate entre el suelo y yo.

Me estiré y alargué el brazo para pasar un dedo por los pájaros y flores intrincadamente tallados en el poste de la cama. Por encima de mí, el dosel se abría para revelar un techo pintado de colores llamativos, con un elaborado patrón de hojas, flores y pájaros volando. Mientras lo miraba, contando las hojas de una corona de enebro y comenzando a quedarme dormida de nuevo, alguien golpeó suavemente la puerta. Salí de entre las pesadas mantas y deslicé los pies en las zapatillas forradas de piel que había junto a la cama.

Cuando abrí la puerta, una sirvienta estaba esperando con ropa, un par de botas y una *kefta* azul oscuro bajo el brazo. Apenas tuve tiempo de darle las gracias antes de que hiciera una reverencia y desapareciera.

Cerré la puerta y puse las botas y la ropa sobre la cama. Colgué cuidadosamente la nueva *kefta* sobre el biombo. Me limité a mirarla durante un rato. Me había pasado la vida con ropa heredada de huérfanos mayores, y después con el uniforme reglamentario del Primer Ejército. Desde luego, nunca había tenido nada hecho solo para mí. Y nunca había soñado siquiera que llevaría la *kefta* de un Grisha.

Me lavé la cara y me cepillé el pelo. No estaba segura de cuándo llegaría Genya, por lo que no sabía si tenía tiempo de darme un baño. Me moría por una taza de té, pero no tenía el valor de llamar a un sirviente. Finalmente, me quedé sin nada que hacer.

Comencé por la pila de ropa que había sobre la cama: unos bombachos de una tela con la que jamás me había encontrado, que parecía ajustarse y moverse como una segunda piel, una larga blusa de fino algodón con un ceñidor azul oscuro, y unas botas. Pero llamarlas botas no parecía adecuado. Yo tenía botas. Estas eran algo completamente distinto, hechas del cuero negro más suave, y se ceñían perfectamente a mis pantorrillas. Eran ropas extrañas, similares a lo que llevaban los campesinos y los granjeros, pero los tejidos eran más finos y caros de lo que cualquier campesino podía permitirse.

Cuando acabé de vestirme, eché un vistazo a la *kefta*. ¿De verdad me la iba a poner? ¿De verdad iba a ser una Grisha? No parecía posible.

Solo es un abrigo, me reprendí.

Tomé aire profundamente, descolgué la *kefta* del biombo, y me la puse. Era más ligera de lo que parecía, y, como el resto de la ropa, me encajaba a la perfección. Abroché los pequeños botones ocultos de la parte delantera y retrocedí para tratar de mirarme en el espejo de encima del lavabo. La *kefta* era de un profundo azul medianoche, y caía casi hasta mis pies. Las mangas eran anchas, y, aunque se parecía mucho a un abrigo, era tan elegante que me sentía como si llevara un vestido. Después me fijé en los bordados de las mangas. Como todos los Grisha, los Etherealki indicaban su especialidad dentro de su orden mediante el color del bordado: azul pálido para los Agitamareas, rojo para los Inferni y plata para los Vendavales. Mis puños estaban bordados en oro. Recorrí los hilos relucientes con los dedos, sintiendo una punzada de ansiedad, y casi salté cuando oí un golpe en la puerta.

—Muy guapa —dijo Genya cuando le abrí—. Pero habrías estado mejor de negro.

Hice lo más elegante que se me ocurrió, le saqué la lengua, y después me apresuré a seguirla mientras ella se alejaba por el pasillo y bajaba las escaleras. Me condujo hasta la misma sala abovedada donde nos habíamos reunido la tarde anterior para la procesión. No estaba ni remotamente igual de llena, pero aun así había un animado zumbido de conversaciones. En las esquinas, los Grisha se arremolinaban junto a los samovares y se apoltronaban en los divanes, al calor de las estufas con elaborados azulejos. Otros desayunaban en las cuatro largas mesas dispuestas en forma de cuadrado en el centro de la habitación. Nuevamente, pareció caer el silencio cuando entramos, pero en esa ocasión la gente al menos fingió seguir con sus conversaciones mientras pasábamos.

Dos chicas con túnicas de Invocadoras se abalanzaron sobre nosotras. Reconocí a Marie por su discusión con Sergei el día anterior.

—¡Alina! —dijo—. Ayer no nos presentaron adecuadamente. Soy Marie, y esta es Nadia. —Hizo un gesto en dirección a la chica de mejillas rosadas que tenía a su lado, y esta me sonrió enseñando los dientes. Marie enlazó su brazo con el mío, dándole la espalda a Genya deliberadamente—. ¡Ven a sentarte con nosotras!

Fruncí el ceño y abrí la boca para protestar, pero Genya sacudió la cabeza y dijo:

—Adelante. Tu lugar está entre los Etherealki. Te recogeré después del desayuno para enseñarte esto.

—Nosotras podemos enseñarle… —comenzó Marie.

—Para enseñarte esto, *tal como ha ordenado el Oscuro* —la cortó Genya. Marie enrojeció.

—¿Quién eres, su criada?

—Algo así —replicó Genya, y se fue para servirse una taza de té.

—Está muy subida —dijo Nadia, inhalando ligeramente.

—Cada día peor —añadió Marie. Después se giró hacia mí y sonrió—. ¡Debes de estar muriéndote de hambre!

Me llevó hasta una de las mesas alargadas, y, cuando nos acercamos, dos sirvientes se adelantaron para apartarnos las sillas.

—Nosotros nos sentamos aquí, a la derecha del Oscuro —explicó Marie, con voz orgullosa, haciendo un gesto hacia el resto de la mesa, donde se encontraban más Grisha con *keftas* azules—. Los Corporalki se sientan allí —añadió, mirando desdeñosamente a la mesa que había frente a la nuestra, donde un Sergei con el ceño fruncido desayunaba junto a otras personas de túnicas rojas.

Se me ocurrió que si nosotros estábamos a la derecha del Oscuro, los Corporalki estaban igual de cerca de él pero a la izquierda, aunque no lo mencioné.

La mesa del Oscuro estaba vacía, y la única señal de su presencia era una gran silla de ébano. Cuando pregunté si desayunaría con nosotros, Nadia sacudió la cabeza vigorosamente.

—¡Oh, no! Casi nunca come con nosotros.

Alcé las cejas. Tanto rollo con quién se sentaba más cerca del Oscuro, ¿y después él no se presentaba?

Frente a nosotros había platos con pan de centeno y arenques adobados, y tuve que reprimir las náuseas. Odiaba el arenque. Afortunadamente, había bastante pan, y, según vi con asombro, ciruelas partidas que debían de venir de un invernadero. Un sirviente nos trajo té caliente de uno de los grandes samovares.

—¡Azúcar! —exclamé cuando colocó un pequeño cuenco frente a mí.

Marie y Nadia intercambiaron una mirada y yo enrojecí. El azúcar había estado racionado en Ravka durante los últimos cien años, pero al parecer no era ninguna novedad en el Pequeño Palacio.

Otro grupo de Invocadores se nos unió y, tras unas breves presentaciones, comenzaron a hacerme preguntas.

¿De dónde era? Del norte. (Mal y yo nunca mentíamos sobre nuestro lugar de procedencia. Simplemente no contábamos la verdad completa).

¿De verdad era cartógrafa? Sí.

¿En serio me habían atacado los fjerdanos? Sí.

¿A cuántos volcra había matado? Ninguno.

Todos parecieron algo decepcionados por esa última respuesta, especialmente los chicos.

—¡Pero yo he oído que mataste a cientos de ellos cuando el esquife fue atacado! —protestó un chico llamado Ivo con las elegantes facciones de un visón.

—Pues no lo hice —dije, y después reflexioné—. Al menos, creo que no lo hice. Yo… me desmayé un poquito.

Ivo parecía horrorizado.

—¿Te *desmayaste*?

Me sentí infinitamente agradecida cuando noté unos golpecitos en el hombro y vi que Genya había venido a rescatarme.

—¿Vamos? —preguntó, ignorando a los demás. Me despedí entre balbuceos y escapé con rapidez, consciente de que sus miradas nos seguían hasta el otro lado de la habitación—. ¿Qué tal el desayuno?

—Horrible.

Genya hizo un sonido de asco.

—¿Arenque y centeno? —preguntó. Yo me refería más bien al interrogatorio pero me limité a asentir con la cabeza. Ella arrugó la nariz—. Repugnante.

La miré con sospecha.

—¿Qué has comido tú?

Genya miró hacia atrás para asegurarse de que no había nadie que pudiera oírla y susurró:

—Una de las cocineras tiene una hija con unos granos horribles. Me ocupé de ellos, y ahora me envía las mismas pastas que preparan cada mañana para el Gran Palacio. Están deliciosas.

Sonreí y sacudí la cabeza. Quizá los otros Grisha menospreciaran a Genya, pero ella tenía su propia clase de poder e influencias.

—Pero no digas nada sobre el tema —añadió—. Al Oscuro le gusta mucho la idea de que todos comamos los sanos alimentos de los campesinos, no sea que olvidemos que somos *verdaderos* ravkanos.

Contuve un resoplido. El Pequeño Palacio era una visión de cuento de hadas de la vida de un sirviente, y no se parecía a la verdadera Ravka más que los brillos y el oro de la corte real. Los Grisha parecían obsesionados con emular la vida de los sirvientes, hasta en la ropa que llevábamos bajo las *keftas*. Pero había algo un poco estúpido en comer «los sanos alimentos de los campesinos» de platos de porcelana bajo una cúpula de oro auténtico. Y, ¿qué campesino no escogería las pastas por encima del arenque adobado?

—No diré ni una palabra —prometí.

—¡Estupendo! Si te portas bien conmigo, puede que las comparta —dijo guiñando un ojo—. Bien, estas puertas llevan hasta la biblioteca y las salas de estudio —explicó, haciendo un gesto hacia unas enormes puertas dobles que teníamos enfrente—. Puedes ir por ahí para volver a tu habitación —explicó, señalando a la

derecha—, y por ahí para ir al Gran Palacio —añadió, señalando las puertas dobles de la izquierda. Comenzó a llevarme en dirección a la biblioteca.

—¿Y qué hay ahí? —pregunté, asintiendo en dirección a las puertas dobles cerradas que había tras la mesa del Oscuro.

—Si esas puertas se abren, presta atención. Llevan a la sala del consejo del Oscuro y a sus aposentos.

Al mirar más de cerca las puertas profusamente talladas, distinguí el símbolo del Oscuro oculto entre la maraña de enredaderas y animales que corrían. Me obligué a apartar la mirada y me apresuré a seguir a Genya, que ya estaba yendo hacia la sala abovedada.

La seguí por un pasillo hasta otro par de enormes puertas dobles. Esas estaban talladas para parecer la cubierta de un libro antiguo, y cuando Genya las abrió, yo ahogué un grito.

La biblioteca tenía dos pisos de altura, y sus paredes estaban repletas de libros desde el suelo hasta el techo. Había un balcón por todo el segundo piso, y la cúpula estaba hecha de cristal, de modo que toda la sala relucía con la luz de la mañana. Junto a las paredes había algunas sillas de lectura y pequeñas mesas. En el centro de la habitación, justo debajo de la reluciente cúpula de cristal, había una mesa redonda rodeada por un banco circular.

—Tendrás que venir aquí para clases de historia y teoría —explicó Genya, conduciéndome alrededor de la mesa y a lo largo de la habitación—. Terminé con todo eso hace años… qué aburrimiento. —Rio—. Cierra la boca. Pareces una trucha.

Cerré la boca, pero eso no me impidió mirar a mi alrededor con asombro. Siempre creí que la biblioteca del Duque era enorme, pero comparada con aquel lugar parecía una casucha. Todo Keramzin parecía desgastado y descolorido comparado con la belleza del Pequeño Palacio, pero por alguna razón me entristecía pensar así. Me pregunté qué verían los ojos de Mal.

Bajé el ritmo de mis pasos. ¿Se permitiría a los Grisha tener invitados? ¿Podría venir Mal a visitarme a Os Alta? Tenía labores que cumplir con el regimiento, pero si pudiera ir… El Pequeño Palacio no parecía tan intimidante cuando pensaba en recorrer sus pasillos con mi mejor amigo.

Salimos de la biblioteca a través de otro par de puertas dobles y entramos en un pasillo oscuro. Genya giró hacia la izquierda, pero yo miré a la derecha del pasillo y vi a dos Corporalki que salían de un enorme par de puertas lacadas en rojo. Nos miraron con hostilidad antes de desaparecer entre las sombras.

—Vamos —susurró Genya, agarrándome del brazo para empujarme en la dirección contraria.

—¿Adonde llevan esas puertas? —pregunté.

—A las salas de anatomía.

Me recorrió un escalofrío. Los Corporalki. Sanadores… y Mortificadores. Tenían que practicar en algún lugar, pero odiaba pensar lo que podían conllevar sus

prácticas. Me apresuré a alcanzar a Genya. No quería que me pillaran sola cerca de aquellas puertas rojas.

Al final del pasillo, nos detuvimos frente a unas puertas hechas de madera clara, exquisitamente talladas con pájaros y flores abiertas. Las flores tenían diamantes amarillos en el centro, y los pájaros ojos que parecían de amatista. Los mangos de las puertas estaban forjados de forma que se asemejaban a dos manos perfectas. Genya tomó una y abrió la puerta.

Los talleres de los Hacedores estaban posicionados para aprovechar lo mejor posible la clara luz del este, y las paredes estaban compuestas casi por completo de ventanas. Las habitaciones brillantemente iluminadas me recordaban un poco a la Tienda de los Documentos, pero en lugar de atlas, pilas de papel y frascos de tinta, las grandes mesas de trabajo estaban llenas de telas, trozos de cristal, finas madejas de oro y acero, y pedazos de roca extrañamente retorcidos. En una esquina, había terrarios llenos de exóticas flores, insectos y, como pude ver con un escalofrío, serpientes.

Los Materialki, con sus *kefta* púrpura oscuro, estaban sentados, encorvados sobre su trabajo, pero levantaron la mirada para observarme mientras pasábamos. En una mesa, dos Hacedoras estaban trabajando en una masa derretida de lo que pensé que podría convertirse en acero Grisha, y su mesa estaba repleta de trozos de diamantes y tarros llenos de gusanos de seda. En otra mesa, un Hacedor con un paño atado sobre la nariz y la boca estaba midiendo un líquido negro y espeso que apestaba a brea. Genya me condujo pasando de largo junto a todos ellos hasta donde un Hacedor se encorvaba sobre unos pequeños discos de cristal. Era pálido, delgado como un junco, y necesitaba un corte de pelo urgentemente.

—Hola, David —dijo Genya. Él alzó la mirada, pestañeó, hizo un brusco asentimiento y volvió a su trabajo. Genya suspiró—. David, esta es Alina. —Él gruñó —. La Invocadora del Sol —añadió Genya.

—Son para ti —dijo él sin levantar la mirada. Yo miré los discos.

—Oh, eh… ¿gracias?

No sabía muy bien qué más decir, pero cuando miré a Genya, ella se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—*Adiós, David* —dijo pausadamente. Él gruñó. Genya me tomó del brazo y me llevó al exterior hasta una galería de madera con forma de arco que se alzaba sobre el césped—. No te lo tomes como algo personal. David es un gran herrero. Puede hacer una hoja tan afilada que corte la carne como si fuera agua, pero si no estás hecha de metal o de cristal, no le interesas.

Su voz era casual, pero tenía un matiz extraño, y, cuando la miré, vi que tenía unas brillantes manchas de color en sus pómulos perfectos. Miré a través de las ventanas hasta donde todavía podía ver la espalda huesuda de David y su pelo marrón revuelto. Sonreí. Si una criatura tan maravillosa como Genya podía enamorarse de un Hacedor flacucho y aplicado, puede que yo aún tuviera alguna esperanza.

—¿Qué? —preguntó al fijarse en mi sonrisa.

—Nada, nada.

Ella me miró entornando los ojos con expresión de sospecha, pero yo mantuve la boca cerrada. Seguimos la galería junto a la pared oriental del Pequeño Palacio, pasando a través de más ventanas que daban a los talleres de los Hacedores. Después doblamos una esquina y las ventanas desaparecieron. Genya aceleró el ritmo.

—¿Por qué no hay ninguna ventana? —pregunté.

Ella miró con nerviosismo los sólidos muros. Eran la única parte del Pequeño Palacio que había visto que no estaba cubierta de tallados.

—Estamos al otro lado de las salas de anatomía de los Corporalki.

—¿No necesitan luz para… hacer su trabajo?

—Tienen tragaluces en el tejado, como la cúpula de la biblioteca. Lo prefieren de ese modo, para estar a salvo junto a sus secretos.

—Pero ¿qué hacen ahí? —pregunté, no muy segura de querer saber la respuesta.

—Solo los Corporalki lo saben. Pero hay rumores de que han estado trabajando con los Hacedores en unos nuevos… experimentos.

Me estremecí, y sentí alivio cuando doblamos otra esquina y volvieron a aparecer ventanas. A través de ellas vi habitaciones como la mía, y me di cuenta de que estaba observando los dormitorios de la parte inferior. Me sentía agradecida de que me hubieran dado una habitación en el tercer piso. Habría estado bien no tener que subir todos esos escalones, pero ahora que tenía mi propia habitación por primera vez, me alegraba que la gente no pudiera entrar en ella a través de la ventana.

Genya señaló el lago que había visto desde mi habitación.

—Ahí es a donde vamos —explicó, señalando las pequeñas estructuras blancas que salpicaban la orilla—. Los pabellones de los Invocadores.

—¿Vamos a ir hasta ahí?

—Es el lugar más seguro para que los tuyos practiquen. Lo último que necesitamos es que un Inferni emocionado queme el palacio entero hasta los cimientos.

—Ah. No lo había pensado.

—Eso no es nada. Los Hacedores tienen otro lugar lejos de la ciudad donde trabajan en polvos explosivos. Puedo organizado para llevarte también hasta ahí —añadió con una sonrisa malévola.

—Paso.

Bajamos por unas escaleras hasta un camino de grava y nos dirigimos al lago. Mientras nos aproximábamos, otro edificio se hizo visible en la orilla más alejada. Para mi sorpresa, vi grupos de niños corriendo y gritando a su alrededor. Niños de rojo, azul y púrpura. Una campana sonó, y todos dejaron de jugar para volver al interior.

—¿Una escuela? —pregunté. Genya asintió.

—Cuando se descubre el talento de un Grisha, se trae al niño para entrenarlo. Es

donde casi todos nosotros aprendimos la Pequeña Ciencia.

Volví a pensar en las tres figuras que se habían alzado sobre mí en la sala de estar de Keramzin. ¿Por qué esos Examinadores Grisha no habían descubierto mis habilidades años atrás? Era difícil imaginar cómo habría sido mi vida si lo hubieran hecho. Habría sido atendida por los sirvientes en lugar de trabajar mano a mano con ellos en las tareas. Jamás habría tenido que convertirme en cartógrafa ni aprender a dibujar un mapa. Y, ¿qué podría haber significado eso para Ravka? Si hubiera aprendido a utilizar mi poder, tal vez la Sombra ya fuera una cosa del pasado. Mal y yo jamás habríamos tenido que enfrentarnos a los volcra. De hecho, era probable que nos hubiéramos olvidado el uno del otro hacía mucho tiempo.

Miré a la escuela por encima del agua.

—¿Qué pasa cuando terminan?

—Se convierten en miembros del Segundo Ejército. A la mayoría se los envía a las mansiones a servir a las familias nobles, o a servir al Primer Ejército en los frentes del norte o del sur, o cerca de la Sombra. Los mejores son elegidos para permanecer en el Pequeño Palacio, para terminar su educación y unirse al servicio del Oscuro.

—¿Y qué pasa con sus familias? —pregunté.

—Se les recompensa generosamente. La familia de un Grisha nunca tiene carencias.

—No me refiero a eso. ¿Nunca vas a tu casa a visitar a los tuyos?

Genya se encogió de hombros.

—No he visto a mis padres desde que tenía cinco años. Este es mi hogar.

Miré a Genya con su *kefta* blanca y dorada, no me convencía. Había vivido en Keramzin casi toda mi vida, pero nunca había sentido que fuera mi hogar. Y, aunque hubiera pasado un año, me pasó lo mismo con el Ejército del Rey. Estar junto a Mal, a su lado, era el único hogar auténtico que había tenido, e incluso ese no había durado. A pesar de su belleza, puede que Genya y yo no fuéramos tan diferentes después de todo.

Cuando llegamos a la orilla del lago, pasamos junto a los pabellones de piedra, pero Genya no se detuvo hasta que llegamos a un camino que comunicaba la orilla con el bosque.

—Ya estamos —dijo.

Miré el camino. Escondida entre las sombras, pude vislumbrar una pequeña casita de piedra, oculta por los árboles.

—No puedo ir contigo. Tampoco es que quiera —añadió. Volví a mirar el camino y un pequeño escalofrío me recorrió la columna vertebral. Genya me miró con lástima—. Baghra no es tan mala una vez te acostumbras a ella. Pero será mejor que no llegues tarde.

—Vale —repliqué apresuradamente, y me alejé por el camino.

—¡Buena suerte! —gritó Genya detrás de mí.

La cabaña de piedra era redonda, y observé con recelo que no parecía tener

ventanas. Subí los pocos escalones que llevaban hasta la puerta y llamé. Como nadie contestó, volví a llamar y esperé. No estaba muy segura de qué hacer. Miré hacia el camino, pero Genya había desaparecido hacía mucho. Volví a llamar, y después reuní coraje y abrí la puerta.

El calor me golpeó como una ráfaga, y al instante comencé a sudar dentro de mi ropa nueva. Mientras mis ojos se ajustaban a la escasa claridad, conseguí distinguir una estrecha cama, una palangana y un fogón con una tetera encima. En el centro de la habitación había dos sillas y un fuego que rugía en una estufa.

—Llegas tarde —dijo una voz severa. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie en la pequeña habitación. Entonces una de las sombras se movió, y a mi casi me dio un infarto—. Cierra la puerta, niña. Se está escapando el calor. —Yo obedecí—. Bien, vamos a echarte un vistazo.

Quería darme la vuelta y salir corriendo en dirección contraria, pero me dije a mí misma que dejara de actuar como una estúpida. Me obligué a caminar hasta el fuego, y la sombra emergió desde detrás de la estufa para mirarme a la luz de las llamas.

Mi primera impresión fue que se trataba de una mujer imposiblemente anciana, pero, al mirarla de cerca, no comprendí por qué había pensado eso. La piel de Baghra era suave y estaba tensa sobre los afilados ángulos de su rostro. Tenía la espalda recta, y su cuerpo era enjuto como el de un acróbata suli. Su cabello, negro como el carbón, no tenía nada de gris. Sin embargo, la luz del fuego le daba a sus facciones el espeluznante aspecto de una calavera, todo huesos que sobresalían y profundas cavidades. Llevaba una vieja *kefta* de un color indeterminado, y con una mano esquelética sujetaba un bastón de cabeza plana que parecía haber sido tallado de una madera plateada y petrificada.

—Así que eres tú la Invocadora del Sol —dijo en una voz baja y gutural—. La que ha venido a salvarnos a todos. ¿No eres demasiado delgaducha para salvar a nadie? —Yo me moví en mi sitio, incómoda—. ¿Y bien, niña? ¿Eres muda?

—No —conseguí decir.

—Supongo que ya es algo. ¿Por qué no te examinaron de pequeña?

—Lo hicieron.

—Uhm —dijo, y después su expresión cambió. Me miró con unos ojos tan sombríos e insondables que un escalofrío se propagó por mi cuerpo, a pesar del calor de la habitación—. Espero que seas más fuerte de lo que pareces, niña —añadió severamente. Sacó una mano huesuda de la manga de su túnica y me sujetó la muñeca con fuerza—. Ahora, veamos lo que puedes hacer.

CAPÍTULO 9

ue un completo desastre. Cuando Baghra me agarró la muñeca con su mano huesuda, me di cuenta al instante de que era una amplificadora, como el Oscuro. Sentí la misma sacudida de seguridad que me inundaba, y la luz estalló en la habitación, brillando sobre las paredes de piedra de la cabaña. Pero, cuando me liberó y me dijo que invocara el poder por mi cuenta, fue inútil. Me riñó, me animó, y una vez incluso me golpeó con su bastón.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con una chica que no puede invocar su propio poder? —gruñó—. Hasta los niños pueden hacer eso.

Deslizó su mano nuevamente hasta mi muñeca, y sentí esa cosa dentro de mí que se alzaba, forcejeando por salir a la superficie. Accedí a ella, la abracé, para asegurarme de que podía sentirla. Después Baghra me soltó y el poder se me escapó de entre las manos, hundiéndose como una roca. Finalmente, la mujer me echó con un gesto asqueado de la mano.

El día no mejoró. Me pasé el resto de la mañana en la biblioteca, donde me dieron una enorme pila de libros sobre teoría e historia Grisha, y me informaron de que solo era una fracción de lo que tenía que leer. Durante el almuerzo busqué a Genya, pero no la encontraba por ningún sitio. Me senté en la mesa de los Invocadores, y enseguida se abalanzaron sobre mí.

Picoteé de mi plato mientras Marie y Nadia me atosigaban a preguntas sobre mi primera lección, dónde estaba mi habitación, si quería ir con ellas a la *banya* aquella noche. Cuando se dieron cuenta de que no iban a sacarme demasiado, se giraron hacia los otros Etherealki para hablar sobre sus clases. Mientras yo sufría con Baghra, los otros Grisha estudiaban teoría avanzada, idiomas y estrategia militar. Aparentemente, todo eso era para prepararlos para cuando abandonaran el Pequeño Palacio el siguiente verano. La mayoría viajarían hasta la Sombra o a los frentes del norte o del sur para asumir posiciones de mando en el Segundo Ejército. Pero el

mayor honor era que te pidieran viajar con el Oscuro, como hacía Iván.

Hice lo que pude por prestar atención, pero mi mente no dejaba de volver a la desastrosa clase con Baghra.

En un momento dado me di cuenta de que Marie debía de haberme preguntado algo, porque tanto ella como Nadia me estaban mirando.

—Lo siento, ¿qué?

Intercambiaron una mirada.

—¿Quieres venir con nosotras a los establos? —preguntó Marie—. ¿Para el entrenamiento de combate?

¿Entrenamiento de combate? Miré el horario que me había dado Genya. Tras el almuerzo, estaban las palabras «Entrenamiento de combate, Botkin, Establos occidentales». Así que ese día aún podía ir a peor.

—Claro —acepté aturdida, y me levanté con ellas. Los sirvientes se apresuraron a apartarnos las sillas y retirar los platos. Dudaba que alguna vez fuera a acostumbrarme a que me sirvieran así.

—*Ne brinite* —dijo Marie con una risita.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada.

—To će biti labavno.

Nadia rio.

—Ha dicho: «No te preocupes. Será divertido». Es dialecto suli. Marie y yo lo estudiamos por si acaso nos envían al oeste.

—Ah.

—*Shi si yuyan Suli* —dijo Sergei, mientras pasaba a nuestro lado a grandes zancadas para salir de la sala abovedada—. Significa «El suli es una lengua muerta» en shu.

Marie frunció el ceño, y Nadia se mordió el labio.

—Sergei está estudiando shu —susurró Nadia.

—Lo he pillado —respondí.

Marie se pasó el resto del camino hasta los establos quejándose sobre Sergei y los otros Corporalki, y debatiendo acerca de los méritos del suli sobre el shu. El suli era mejor para las misiones en el noroeste, mientras que el shu implicaba que tendrías que traducir documentos diplomáticos. Sergei era un idiota que estaría mejor aprendiendo a comerciar en Kerch. Marie hizo una breve pausa para señalar la *banya*, un elaborado sistema de baños de vapor y piscinas de agua fría cobijado por un bosquecillo de abedules junto al Pequeño Palacio, y después se lanzó inmediatamente a despotricar sobre los egoístas Corporalki que acaparaban los baños cada noche.

Puede que el entrenamiento de combate no fuera tan malo. Desde luego, Marie y Nadia me estaban dando ganas de golpear algo.

Mientras cruzábamos el césped del oeste, tuve la repentina sensación de que alguien me estaba observando. Levanté la mirada y vi una figura que estaba de pie lejos del camino, casi escondida entre las sombras de un grupo de árboles bajos. La

larga túnica marrón y la barba negra sucia eran inconfundibles, y aún desde la distancia pude sentir la espeluznante intensidad de la mirada del Apparat. Me apresuré a alcanzar a Marie y Nadia, pero sentí que su mirada me seguía, y cuando volví a mirar hacia atrás el hombre seguía ahí.

Las salas de entrenamiento estaban cerca de los establos. Eran salas grandes, vacías y bien iluminadas, con suelos de tierra apisonada y armas de todo tipo alineadas en las paredes. Nuestro instructor, Botkin Yul-Erdene, no era Grisha, sino un antiguo mercenario de Shu Han que había luchado en guerras de todos los continentes para cualquier ejército que pudiera permitirse costear su particular don para la violencia. Tenía pelo gris desgreñado y una horrorosa cicatriz que le atravesaba el cuello donde alguien había intentado cortarle la garganta. Me pasé las siguientes dos horas maldiciendo a esa persona por no haber preparado un entrenamiento más sencillo.

Botkin comenzó con ejercicios de resistencia, y nos hizo correr por los terrenos de palacio. Yo hice lo posible por mantener el ritmo, pero seguía siendo tan débil y patosa como siempre, así que enseguida me quedé atrás.

—¿Esto es lo que enseñan en Primer Ejército? —se burló con su fuerte acento shu mientras yo subía a traspiés por una colina.

Me faltaba demasiado el aliento como para responder.

Cuando volvimos a las salas de entrenamiento, los otros Invocadores se pusieron por parejas para combatir, y Botkin insistió en ponerse conmigo. La siguiente hora fue un borrón de dolorosos golpes y puñetazos.

—¡Bloquea! —gritó, haciéndome retroceder de un golpe— ¡Más rápido! ¿Tal vez niña gusta que le peguen?

El único consuelo era que no se nos permitía utilizar nuestras habilidades Grisha en las salas de entrenamiento, por lo que al menos me libraba de la vergüenza de revelar que no sabía invocar mi poder.

Cuando estaba tan cansada y dolorida que pensé en tumbarme y dejar que me siguiera pegando, Botkin dio por finalizada la clase. Pero, antes de que saliéramos por la puerta, dijo:

—Mañana niña viene antes, entrena con Botkin.

Me costó un gran esfuerzo no ponerme a lloriquear.

Para cuando llegué a mi habitación dando traspiés y me bañé, lo único que quería era meterme entre las sábanas y esconderme, pero me obligué a volver a la sala abovedada para cenar.

—¿Dónde está Genya? —le pregunté a Marie cuando me senté en la mesa de los Invocadores.

—Come en el Gran Palacio.

—Y también duerme allí —añadió Nadia—. A la Reina le gusta asegurarse de que está siempre disponible.

—Y al Rey también.

—¡Marie! —protestó Nadia, pero soltó una risita. Yo las miré boquiabierta.

—¿Queréis decir que…?

—Es solo un rumor —explicó Marie, pero intercambió una mirada cómplice con Nadia.

Pensé en los labios húmedos del Rey, en los capilares rotos de su nariz, y la hermosa Genya con sus colores de sirvienta. Aparté el plato. El poco apetito que tenía había desaparecido.

La cena pareció durar eternamente. Tomé una taza de té poco a poco y soporté otra ronda de inacabable charla de los Invocadores. Me estaba preparando para excusarme y escapar de vuelta a mi habitación cuando las puertas que había tras la mesa del Oscuro se abrieron y el silencio cayó en la sala.

Iván salió y caminó hasta la mesa de los Invocadores, al parecer ignorante de las miradas de los otros Grisha.

Con un vuelco en el estómago, me di cuenta de que estaba caminando directamente hacia mí.

—Ven conmigo, Starkov —dijo cuando llegó, y después añadió en tono de burla—: por favor.

Aparté mi silla y me levanté, y de pronto notaba las piernas débiles. ¿Le había dicho Baghra al Oscuro que no tenía ninguna oportunidad? ¿Le había dicho Botkin lo mala que había sido en el entrenamiento? Los Grisha me observaban atentamente, y Nadia estaba literalmente boquiabierta.

Seguí a Iván a través de la sala silenciosa y a través de las puertas de ébano. Me condujo por un pasillo y a través de otra puerta, adornada con el símbolo del Oscuro. Era fácil adivinar que me encontraba en la sala de guerra. No había ventanas, y las paredes estaban cubiertas de enormes mapas de Ravka. Los mapas habían sido fabricados al modo antiguo, con tinta caliente sobre pellejo de animal. En otras circunstancias, podría haber permanecido horas estudiándolos, pasando los dedos por las montañas que se levantaban y los ríos que se retorcían. En su lugar, me quedé de pie con las manos apretadas en puños sudorosos mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho.

El Oscuro estaba sentado al final de una mesa alargada, leyendo una montaña de papeles. Levantó la mirada cuando entramos, y sus ojos de cuarzo relucieron a la luz de la lámpara.

—Alina —dijo—. Por favor, siéntate.

Hizo un gesto en dirección a la silla que tenía junto a él. Yo dudé. No sonaba enfadado.

Iván desapareció a través de la puerta y la cerró tras él. Yo tragué saliva con fuerza y crucé la habitación para sentarme en el asiento que me había ofrecido el Oscuro.

—¿Cómo ha ido tu primer día?

Yo volví a tragar.

—Bien —grazné.

—¿Seguro? —preguntó, pero sonreía ligeramente—. ¿También Baghra? Puede ser un algo dura.

—Algo —logré decir.

—¿Estás cansada? —Asentí—. ¿Echas de menos tu hogar?

Me encogí de hombros. Era extraño decir que echaba de menos los barracones del Primer Ejército.

—Un poco, supongo.

—Mejorará —dijo. Me mordí el labio. Eso esperaba. No estaba segura de cuántos días más como ese podría soportar—. Para ti será más difícil. Un Etherealnik rara vez trabaja solo. Los Inferni van en parejas, y los Vendavales se emparejan con los Agitamareas. Pero tú eres única en tu especie.

—Cierto —repliqué con cansancio. No estaba de humor para oír lo especial que era. Él se puso en pie.

—Ven conmigo.

Mi corazón volvió a latir con fuerza, y el Oscuro me guio al exterior de la sala de guerra y a través de otro pasillo.

Señaló una estrecha puerta poco llamativa en la pared.

—Ve por la derecha y llegarás directamente hasta los dormitorios. Pensé que querrías evitar el vestíbulo principal.

Me lo quedé mirando.

—¿Eso era todo? —solté abruptamente—. ¿Solo querías preguntarme por mi día?

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué esperabas?

Me sentía tan aliviada que se me escapó una risita.

—No tengo ni idea. ¿Tortura? ¿Interrogatorio? ¿Una reprimenda?

Él frunció el ceño ligeramente.

—No soy un monstruo, Alina, a pesar de lo que hayas oído.

—No quería decir eso —repliqué con rapidez—. Es solo… que no sabía qué esperar.

—¿Salvo lo peor?

—Es un viejo hábito —expliqué. Sabía que debía detenerme ahí, pero no podía evitarlo. Tal vez no estaba siendo justa, pero él tampoco—. ¿Por qué no debería tenerte miedo? Eres el Oscuro. No estoy diciendo que vayas a tirarme a una zanja o a meterme en un barco a Tsibeya, pero desde luego que podrías. Puedes cortar a la gente por la mitad. Creo que es justo estar un poco intimidada.

Me estudió durante un largo momento, y yo deseé fervientemente haber mantenido la boca cerrada. Pero después una media sonrisa cruzó su cara.

—Puede que tengas razón —dijo, y parte del miedo se esfumó. Después preguntó repentinamente—: ¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

Estiró el brazo y me cogió la mano. Sentí la maravillosa sensación de seguridad que me invadía.

—Frotarte el pulgar por la palma.

—Oh —reí con nerviosismo. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo—. Es otro viejo hábito.

Me giró la mano y la examinó a la débil luz del pasillo. Pasó su pulgar por la pálida cicatriz que me recorría la palma. Sentí un escalofrío.

—¿Dónde te la hiciste?

—Yo… En Keramzin.

—¿Donde creciste?

—Sí.

—¿El rastreador también es un huérfano?

Tomé aliento de golpe. ¿Leer la mente era otro de sus poderes? Pero entonces recordé que Mal había testificado en la tienda Grisha.

—Sí.

—¿Es bueno?

—¿Qué? —Me estaba costando concentrarme. El pulgar del Oscuro seguía moviéndose hacia delante y hacia atrás, recorriendo la cicatriz de mi palma.

—Rastreando. ¿Es bueno?

—El mejor —dije con honestidad—. Los sirvientes de Keramzin decían que podía sacar conejos de las piedras.

—A veces me pregunto en qué medida entendemos realmente nuestros propios dones —reflexionó. Después me soltó la mano y abrió la puerta. Se apartó a un lado y se inclinó ligeramente—. Buenas noches, Alina.

—Buenas noches —logré decir. Crucé el umbral hasta el estrecho pasillo. Un momento después, oí el sonido de una puerta que se cerraba detrás de mí.

CAPÍTULO 10

la mañana siguiente, me dolía tanto el cuerpo que apenas logré salir de la cama, pero me levanté y volví a repetirlo todo otra vez. Y otra. Y otra. Cada día era peor y más frustrante que el anterior, pero no me detuve. No podía. Ya no era cartógrafa, y si no lograba convertirme en Grisha, ¿qué sería de mí?

Pensé en las palabras del Oscuro aquella noche bajo el techo roto. *Tú eres el primer atisbo de esperanza que he tenido en mucho tiempo*.

Creía que yo era la Invocadora del Sol. Creía que podía ayudarlo a destruir la Sombra. Y si podía, ningún soldado, mercader o rastreador tendría que volver a cruzar el Nocéano jamás.

Pero, según se arrastraban los días, la idea comenzó a parecerme más y más absurda.

Pasaba largas horas en la cabaña de Baghra, aprendiendo ejercicios de respiración y manteniendo dolorosas posturas que supuestamente debían ayudarme con la concentración. Me dio libros para leer, tés para beber, y muchos golpes con su bastón, pero nada ayudaba.

—¿Debería cortarte, niña? —gritaba de frustración—. ¿Debería pedirle a un Inferni que te quemara? ¿Debería hacer que te lanzaran de vuelta a la Sombra para que sirvieras de comida a esas abominaciones?

Mis fracasos diarios con Baghra solo eran comparables a las torturas a las que me sometía Botkin. Me hacía correr por todos los terrenos del palacio, por el bosque, subiendo y bajando colinas hasta que me derrumbaba. Me obligaba a realizar ejercicios de combate y de caída hasta que mi cuerpo se llenaba de moratones y las orejas me dolían debido a sus constantes quejas: demasiado lenta, demasiado débil, demasiado flacucha.

—¡Botkin no puede hacer casa con ramas tan pequeñas! —me gritó, dándome un apretón en la parte superior del brazo—. ¡Come algo!

Pero no tenía hambre. El apetito que desarrollé tras mi encuentro con la muerte en la Sombra había desaparecido, y la comida había perdido todo su sabor. Dormía mal, a pesar de mi lujosa cama, y me sentía como si los días pasaran entre tropiezos. El trabajo de Genya se había disipado y mis mejillas volvían a estar cetrinas, mi pelo apagado y débil, y las ojeras habían vuelto.

Baghra creía que mi falta de apetito e incapacidad de dormir estaban relacionadas con mi fracaso a la hora de invocar mi poder.

—¿Acaso no es más difícil caminar con los pies atados? ¿O hablar con una mano tapándote la boca? —decía—. ¿Por qué malgastas toda tu fuerza en luchar contra tu propia naturaleza?

No lo hacía. O creía que no lo hacía, ya no estaba segura de nada. Había sido frágil y débil toda mi vida. Cada día había supuesto un esfuerzo. Si Baghra tenía razón, todo eso cambiaría cuando por fin dominara mi talento Grisha, asumiendo que alguna vez lo hiciera. Hasta entonces, estaba encallada.

Sabía que los otros Grisha hablaban sobre mí. A los Etherealki les gustaba practicar juntos cerca del lago, experimentando nuevas formas de utilizar el viento, el agua y el fuego. No podía arriesgarme a que descubrieran que no era capaz siquiera de invocar mi propio poder, así que ponía excusas para no unirme a ellos, hasta que finalmente dejaron de invitarme.

Por las tardes se sentaban en la sala abovedada, bebiendo té o *kvas*, planeando excursiones a Balakirev o a alguno de los otros pueblos cercanos a Os Alta para el fin de semana. Pero, como el Oscuro seguía preocupado por los intentos de asesinato, yo tenía que echarme atrás. Me alegraba tener esa excusa. Cuanto más tiempo pasara con los Invocadores, más oportunidades habría de que me descubrieran.

Rara vez veía al Oscuro, y cuando lo veía era desde lejos, yendo o viniendo, enfrascado en conversaciones con Iván o con los consejeros militares del Rey. Supe por los otros Grisha que no solía estar en el Pequeño Palacio, sino que pasaba la mayor parte de su tiempo viajando entre la Sombra y la frontera del norte, o en el sur, donde los grupos de asalto de Shu Han atacaban los asentamientos antes de que llegara el invierno. Cientos de Grisha estaban estacionados por toda Ravka, y él era responsable de todos ellos.

Jamás me dijo una palabra, y rara vez me miraba. Yo estaba segura de que era porque sabía que no estaba mostrando ninguna mejoría, que su Invocadora del Sol podría resultar ser un completo fracaso después de todo.

Cuando no estaba sufriendo en manos de Baghra o Botkin, estaba sentada en la biblioteca, rodeada de libros de teoría Grisha. Pensaba que entendía los fundamentos básicos de lo que hacían los Grisha (*lo que hacíamos*, me corregí). Cualquier cosa en el mundo podía dividirse en las mismas partículas diminutas. Lo que parecía magia era realmente un Grisha manipulando la materia en sus niveles más fundamentales.

Marie no creaba fuego. Invocaba elementos combustibles en el aire a nuestro alrededor, y necesitaba un pedernal que produjera la chispa que haría arder ese

combustible. El acero Grisha no estaba dotado de magia, sino de la habilidad de los Hacedores, que no necesitaban calor ni toscas herramientas para manipular el metal.

Pero, aunque entendiera lo que hiciéramos, no estaba tan segura de cómo lo hacíamos. El principio fundamental de la Pequeña Ciencia era que «los iguales se atraen», pero después se complicaba. El *odinakovost* era la «esencia» de algo, lo que hacía que fuera igual a todo lo demás. El *etovost* era la «disparidad» de algo, lo que hacía que fuera distinto a todo lo demás. El *odinakovost* conectaba a los Grisha con el mundo, pero era el *etovost* lo que les daba afinidad con algo, como el aire, la sangre o, en mi caso, la luz. Ahí fue cuando mi cabeza comenzó a dar vueltas.

Otra cosa que se me quedó grabada fue la palabra que utilizaban los filósofos para describir a la gente que nacía sin dones Grisha: *otkazat'sya*, «los abandonados». Era sinónimo de «huérfanos».

Una tarde, me estaba esforzando por leer un pasaje que describía las ayudas de los Grisha en las rutas de comercio cuando sentí la presencia de alguien detrás de mí. Levanté la mirada y me encogí en la silla. El Apparat se me estaba acercando, con sus negras pupilas iluminadas con peculiar intensidad.

Miré a mi alrededor. La biblioteca estaba vacía a excepción de nosotros y, a pesar del sol que atravesaba el techo de cristal, sentí un escalofrío.

Se sentó en una silla junto a mí, con un revuelo de su túnica mohosa, y el húmedo olor a tumba me envolvió. Traté de respirar a través de la boca.

—¿Estás disfrutando de tus estudios, Alina Starkov?

—Mucho —mentí.

—Me alegro. Pero espero que recuerdes alimentar el alma tanto como la mente. Soy el consejero espiritual de todos los que habitan entre las paredes de este palacio. Si estás preocupada o afligida, espero que no dudes en acudir a mí.

—De acuerdo. Lo haré.

—Bien, bien —dijo, y sonrió revelando una boca de dientes amarillos y torcidos, con encías negras como las de un lobo—. Quiero que seamos amigos. Es muy importante que seamos amigos.

—Por supuesto.

—Me alegraría mucho que aceptaras un regalo por mi parte —añadió, y metió la mano entre los pliegues de su túnica marrón para sacar un pequeño libro encuadernado en cuero rojo.

¿Cómo era posible que fuera tan escalofriante que te regalaran algo?

Con temor, me incliné hacia delante y tomé el libro de su mano larga y llena de venas azules. El título estaba grabado en oro sobre la cubierta: *Istorii Sankt'ya*.

—*¿Las vicias de los Santos?*

Él asintió.

—Hubo un tiempo en que se regalaba este libro a todos los niños Grisha cuando

venían a estudiar al Pequeño Palacio.

—Gracias —dije, perpleja.

—Los campesinos aman a sus Santos. Ansían milagros. Pero, a pesar de ello, no aman a los Grisha. ¿A qué crees que se debe?

—No he pensado en ello —respondí. Abrí el libro. Alguien había escrito mi nombre en la parte interior de la cubierta. Pasé unas cuantas páginas. *Sankt Petyr de Brevno*. *Sankt Ilya en cadenas*. *Sankta Lizabeta*. Cada capítulo comenzaba con una ilustración a página completa bellamente dibujada con tintas de colores brillantes.

—Creo que es porque los Grisha no sufren como sufren los Santos, como sufre la gente.

—Quizás —dije distraídamente.

—Pero tú has sufrido, ¿verdad, Alina Starkov? Y creo que… sí. Creo que sufrirás más.

Levanté la cabeza. Pensaba que me estaba amenazando, pero sus ojos estaban llenos de una extraña simpatía que era aún más terrorífica.

Volví a mirar el libro sobre mi regazo. Mi dedo se había detenido en una ilustración de *Sankta Lizabeta* cuando murió, descuartizada en un campo de rosas. Su sangre formaba un río entre los pétalos. Cerré el libro y me puse en pie.

—Debería irme.

El Apparat se levantó, y por un momento pensé que intentaría detenerme.

—No te gusta tu regalo.

—No, no. Es muy bonito. Gracias. No quiero llegar tarde —balbuceé.

Atravesé con rapidez las puertas de la biblioteca, y no respiré con tranquilidad hasta que estuve de vuelta en la habitación. Metí el libro de los Santos en el cajón inferior de mi tocador y lo cerré de golpe.

¿Qué quería de mí el Apparat? ¿Eran sus palabras una amenaza? ¿O alguna clase de advertencia?

Respiré hondo, y una oleada de fatiga y confusión me invadió. Echaba de menos el sencillo ritmo de la Tienda de los Documentos, la reconfortante monotonía de mi vida como cartógrafa, cuando no se esperaba de mí más que unos cuantos dibujos y una mesa de trabajo ordenada. Echaba de menos el familiar olor de las tintas y el papel.

Y, sobre todo, echaba de menos a Mal.

Le había escrito cada semana, enviando las cartas a nuestro regimiento, pero no había recibido ninguna respuesta. Sabía que el correo podía ser poco fiable y que su unidad podría haberse ido de la Sombra o incluso estar en la Ravka occidental, pero seguía esperando tener noticias de él pronto. Había desechado la idea de que me visitara en el Pequeño Palacio. Por mucho que lo echara de menos, no podía soportar el pensamiento de que supiera que encajaba en mi nueva vida tanto como en la antigua.

Cada noche, mientras subía las escaleras en dirección a mi dormitorio tras otro

día doloroso y sin sentido, me imaginaba la carta que me estaría esperando sobre el tocador, y aceleraba el paso. Pero los días pasaban y no llegó ninguna carta.

Ese día no fue distinto. Recorrí con la mano la superficie vacía del tocador.

—¿Dónde estás, Mal? —susurré. Pero no había nadie que pudiera responder.

CAPÍTULO 11

uando pensaba que las cosas no podían ir peor, lo hicieron. Estaba desayunando en la sala abovedada cuando las puertas principales se abrieron de golpe y entró un grupo de Grisha desconocidos. No les presté mucha atención. Los Grisha al servicio del Oscuro siempre iban y venían por el Pequeño Palacio, a veces para recuperarse de las heridas recibidas en los frentes del norte o del sur, y a veces para ir a otras misiones.

Entonces, Nadia jadeó.

—Oh, no —gimió Marie.

Levanté la mirada y el estómago me dio un vuelco al reconocer a la chica de pelo negro que había encontrado a Mal tan fascinante en Kribirsk.

—¿Quién es? —susurré, observándola deslizarse entre los otros Grisha, saludando, mientras su aguda risa reverberaba en la bóveda dorada.

—Zoya —murmuró Marie—. Estaba un año por delante de nosotras en la escuela, y era horrible.

—Piensa que es mejor que nadie —añadió Naia.

Alcé las cejas. Si el pecado de Zoya era el esnobismo, Marie y Nadia no tenían ningún derecho a juzgarla.

Marie suspiró.

—Lo peor es que tiene algo de razón. Es una Vendaval increíblemente poderosa, una gran luchadora, y mírala.

Me fijé en los bordados plateados de los puños de Zoya, la brillante perfección de su cabello negro, sus grandes ojos azules enmarcados por pestañas imposiblemente largas. Era casi tan hermosa como Genya. Pensé en Mal y sentí una punzada de puros celos. Pero después me di cuenta de que Zoya había estado en la Sombra. Si Mal y ella habían… Bueno, quizás ella supiera si él seguía allí, si estaba bien. Aparté mi plato. La idea de preguntarle a Zoya sobre Mal me provocaba náuseas.

Como si pudiera sentir mi mirada, Zoya se fue desde donde estaba hablando con

unos pasmados Corporalki y se deslizó hasta la mesa de los Invocadores.

—¡Marie! ¡Nadia! ¿Cómo estáis?

Ellas se levantaron para abrazarla, con enormes sonrisas falsas en el rostro.

—¡Estás increíble, Zoya! ¿Qué tal? —dijo Marie con entusiasmo.

—¡Te hemos echado mucho de menos! —chilló Nadia.

—Y yo a vosotras —replicó Zoya—. Estoy tan contenta de haber vuelto al Pequeño Palacio. No podéis ni imaginar lo ocupada que me ha mantenido el Oscuro. Pero estoy siendo maleducada, creo que no conozco a vuestra amiga.

—¡Oh! —exclamó Marie—. Lo siento mucho. Es Alina Starkov, la Invocadora del Sol —me presentó con algo de orgullo.

Yo me puse en pie, incómoda, y Zoya me abrazó.

—Es un *gran* honor conocer por fin a la Invocadora del Sol —dijo en voz alta. Pero, mientras me abrazaba, susurró—: Apestas a Keramzin.

Me puse rígida, y ella me soltó con una sonrisa en sus labios perfectos.

—Os veré luego —dijo, despidiéndose con la mano—. Me muero por un baño.

Y, tras eso, salió de la sala abovedada por las puertas dobles que llevaban a los dormitorios.

Yo me quedé allí, aturdida, con las mejillas ardiendo. Sentía que todos debían de estar mirándome, pero nadie parecía haber oído lo que había dicho Zoya.

Sus palabras me acompañaron el resto del día, a través de otra clase desastrosa con Baghra y un interminable almuerzo durante el que Zoya no paró de hablar sobre el viaje desde Kribirsk, el estado de los pueblos que había junto a la Sombra, y los exquisitos grabados *lubok* que había visto en una de las aldeas de campesinos. Puede que fuera mi imaginación, pero parecía que me miraba directamente cada vez que pronunciaba la palabra «campesino». Mientras hablaba, la luz se reflejaba en el pesado brazalete de plata que brillaba en su muñeca. Estaba adornado con lo que parecían trozos de hueso. Me di cuenta de que se trataba de un amplificador.

Las cosas fueron de mal en peor cuando Zoya apareció en nuestra clase de combate. Botkin le dio un abrazo, la besó en ambas mejillas y empezó a charlar con ella en shu. ¿Había algo que no supiera hacer aquella chica?

Iba con su amiga de rizos castaños, a quien recordaba de la tienda Grisha. Se rieron y susurraron mientras yo tropezaba al hacer los ejercicios con los que Botkin comenzaba cada clase. Cuando nos separamos para combatir, no me sorprendió que Botkin me emparejara con Zoya.

—Es pupila estrella —dijo él, sonriendo con orgullo—. Ayudará a niña.

—Seguro que la Invocadora del Sol no necesita mi ayuda —replicó Zoya con una sonrisa petulante.

La observé con cautela. No estaba segura de por qué esa chica me odiaba tanto, pero ya había tenido suficiente por un día.

Nos colocamos en posición de combate, y Botkin dio la señal para que empezáramos.

Conseguí bloquear el primer golpe de Zoya, pero no el segundo. Me golpeó con fuerza en la mandíbula, y mi cabeza cayó hacia atrás, pero intenté recuperarme.

Se acercó a mí y lanzó un puñetazo hacia mis costillas. Pero algo del entrenamiento de Botkin debía de habérseme quedado durante las últimas semanas. Finté hacia la derecha y esquivé el golpe.

Ella flexionó la espalda y se movió en círculos. Por el rabillo del ojo vi que los otros Invocadores habían dejado de combatir y nos estaban observando.

No debería haberme distraído. El siguiente puñetazo de Zoya me golpeó con fuerza en la tripa. Jadeé en busca de aliento, y ella volvió a atacar con el codo. Logré esquivarlo, más por suerte que por habilidad.

Ella aprovechó su ventaja y se lanzó hacia delante, y ese fue su error. Yo era débil y lenta, pero Botkin me había enseñado a utilizar la fuerza de mi oponente. Me aparté a un lado y, cuando se acercó, enganché mi pierna alrededor de su tobillo. Zoya cayó al suelo con fuerza.

Los otros Invocadores estallaron en aplausos. Pero, antes de que pudiera siquiera procesar mi victoria, Zoya se sentó, con expresión furiosa, y su brazo cortó el aire. Sentí que algo me levantaba del suelo y caí hacia atrás por los aires, hasta golpear la pared de madera de la sala de entrenamiento. Oí que algo se rompía, y me quedé sin aliento mientras me deslizaba hasta el suelo.

—¡Zoya! —rugió Botkin—. No usas poder. No en esta sala. ¡Nunca en esta sala!

Me di cuenta vagamente de que los otros Invocadores se congregaban a mi alrededor, y Botkin llamó a un Sanador.

—Estoy bien —intenté decir, pero no pude conseguir el aliento suficiente. Me quedé tumbada sobre la tierra, resollando. Cada vez que intentaba respirar, el dolor atravesaba mi lado izquierdo. Llegó un grupo de sirvientes, pero, cuando me subieron a la camilla, me desmayé.

Marie y Nadia me contaron el resto cuando fueron a visitarme a la enfermería. Un Sanador había disminuido mi ritmo cardíaco hasta que caí en un sueño profundo, y después me arregló la costilla rota y los moratones que me había provocado Zoya.

—¡Botkin estaba furioso! —exclamó Marie—. Nunca lo había visto tan enfadado. Echó a Zoya de la sala de entrenamiento. Parecía que le iba a pegar él mismo.

—Ivo dice que vio a Iván llevarla a través de la sala abovedada hasta la sala del consejo del Oscuro, y cuando salió estaba llorando.

Bien, pensé con satisfacción. Pero, cuando me acordé de mí tirada sobre la tierra, sentí una ardiente oleada de vergüenza.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté mientras trataba de sentarme. Mucha gente me había ignorado o mirado por encima del hombro, pero Zoya parecía odiarme de verdad.

Marie y Nadia se me quedaron mirando como si me hubiera roto el cráneo y no las costillas.

—¡Porque está celosa! —explicó Nadia.

—¿De mí? —pregunté con incredulidad.

Marie puso los ojos del blanco.

—No puede soportar la idea de que tú seas la favorita del Oscuro.

Me reí, y después hice una mueca por la punzada de dolor que noté en el costado.

—Dudo mucho que sea su favorita.

—Pues claro que lo eres. Zoya es poderosa, pero no es más que otra Vendaval. Tú eres la Invocadora del Sol.

Las mejillas de Nadia enrojecieron mientras lo decía, y sabía que no me estaba imaginando el matiz de envidia de su voz. Pero ¿hasta dónde llegaba esa envidia? Marie y Nadia hablaban como si odiaran a Zoya, pero luego le sonreían. Me pregunté qué dirían de mí cuando yo no estaba cerca.

—¡Quizás la degrade! —chilló Marie.

—¡Quizás la envíe a Tsibeya! —cacareó Nadia.

Un Sanador apareció de entre las sombras para hacerlas callar y echarlas de ahí. Ellas prometieron visitarme al día siguiente.

Debí de haberme quedado dormida, porque, cuando me desperté unas horas más tarde, la enfermería se encontraba a oscuras. La habitación estaba inquietantemente silenciosa, con las otras camas desocupadas, y el único sonido era el suave tictac de un reloj.

Me levanté. Todavía me sentía dolorida, pero resultaba difícil creer que me había roto una costilla tan solo unas horas antes. Tenía la boca seca, y notaba el comienzo de un dolor de cabeza. Me arrastré fuera de la cama para servirme un vaso de agua de la jarra que había al lado. Después abrí la ventana y respiré hondamente el aire nocturno.

—Alina Starkov.

Di un salto y me giré.

—¿Quién está ahí? —resollé.

El Apparat emergió de entre las alargadas sombras que había junto a la puerta.

—¿Te he sobresaltado? —preguntó.

—Un poco —admití. ¿Cuánto tiempo había permanecido ahí de pie? ¿Me había estado observando mientras dormía?

Pareció deslizarse silenciosamente hacia mí a través de la habitación, arrastrando su andrajosa túnica por el suelo de la enfermería. Retrocedí un paso involuntariamente.

—Me apenó mucho oír lo de tu accidente —dijo—. El Oscuro debería vigilar mejor a sus cargos.

—Estoy bien.

—¿Lo estás? —preguntó, examinándome a la luz de la luna—. No pareces estar bien, Alina Starkov. Y es esencial que estés bien.

—Solo estoy un poco cansada.

Se acercó más. Su peculiar olor flotó sobre mí, esa extraña mezcla de incienso y

moho, y el aroma de la tierra removida. Pensé en el cementerio de Keramzin, las lápidas torcidas, las campesinas plañendo junto a las nuevas tumbas. De pronto fui muy consciente de que la enfermería estaba vacía. ¿Seguía cerca el Corporalnik Sanador? ¿O se había ido en busca de una copa de *kvas* y una cama cálida?

—¿Sabías que en algunas de las aldeas fronterizas están haciendo altares en tu honor? —murmuró el Apparat.

—Oh, sí. La gente está sedienta de esperanza, y los pintores de iconos están haciendo un gran negocio gracias a ti.

—¡Pero yo no soy una Santa!

—Eres una bendición, Alina Starkov. Una bendición —dijo, y se acercó aún más. Podía ver los oscuros pelos apelmazados de su barba, su revoltijo de dientes manchados—. Te estás volviendo peligrosa, y te volverás aún más peligrosa.

—¿Yo? —susurré—. ¿Para quién?

—Hay algo más poderoso que cualquier ejército. A veces es lo bastante fuerte como para derrocar reyes, incluso a los Oscuros. ¿Sabes lo que es? —preguntó. Yo sacudí la cabeza, alejándome de él unos centímetros—. La fe —dijo soltando aliento, y sus ojos negros brillaban salvajes—. La fe.

Trató de alcanzarme con la mano. Yo toqueteé la mesilla de noche y tiré al suelo el vaso de agua, que se rompió con gran estrépito. Unos apresurados pasos se aproximaron por el pasillo. El Apparat retrocedió, fundiéndose entre las sombras.

La puerta se abrió de golpe y entró un Sanador, con la *kefta* roja ondeando tras él.

—¿Estás bien?

Abrí la boca, sin saber qué decir, pero el Apparat ya se había deslizado silenciosamente por la puerta.

—Yo… Lo siento. He roto un vaso.

El Sanador llamó a un sirviente para que limpiara el desastre. Me llevó de vuelta a la cama y sugirió que tratara de descansar. Pero, tan pronto como se hubo ido, me senté y encendí la lámpara que había junto a la cama.

Me temblaban las manos. Quería pensar que lo que había dicho el Apparat eran tonterías, pero no podía. No si la gente realmente estaba rezándole a la Invocadora del Sol, no si estaban esperando que los salvara. Recordé las funestas palabras del Oscuro bajo el techo roto del granero. *La época de los Grisha está llegando a su fin*. Pensé en los volcra, en las vidas que se perdían en la Sombra. *Una Ravka dividida no sobrevivirá a la nueva era*. No solo le estaba fallando al Oscuro, a Baghra o a mí misma. Le estaba fallando a toda Ravka.

Cuando Genya fue a verme a la mañana siguiente, le hablé de la visita del Apparat, pero ella no parecía preocupada por lo que había dicho ni por su extraño comportamiento.

—Es espeluznante —admitió—, pero inofensivo.

—No es inofensivo. Deberías haberlo visto. Parecía completamente loco.

—No es más que un sacerdote.

—Pero ¿por qué estaba aquí?

Genya se encogió de hombros.

—Quizás el Rey le pidió que rezara por ti.

—No pienso quedarme aquí esta noche. Quiero dormir en mi habitación, tras una puerta con cerradura.

Genya aspiró por la nariz y miró a nuestro alrededor, a la enfermería vacía.

—Bueno, con eso sí que puedo estar de acuerdo. Yo tampoco querría quedarme aquí —dijo, y después me miró—. Estás horrible —añadió con su habitual tacto—. ¿Por qué no me dejas arreglarte un poco?

—No.

—Tan solo déjame librarte de esas ojeras.

—¡No! —repetí obstinadamente—. Pero necesito un favor.

—¿Debería ir a por mi equipo? —preguntó deseosa.

La miré con el ceño fruncido.

—No esa clase de favor. Un amigo mío fue herido en la Sombra. Le… le he escrito, pero no sé si le habrán llegado mis cartas —expliqué. Sentí que me ruborizaba y me apresuré a continuar—. ¿Podrías averiguar si está bien y a dónde lo han mandado? No sé a quién más preguntar, y como siempre estás en el Gran Palacio, pensé que quizás podrías ayudarme.

—Pues claro, pero… bueno, ¿has estado comprobando las listas de caídos?

Asentí con un nudo en la garganta. Genya se fue a por papel y pluma para que pudiera escribirle el nombre de Mal.

Suspiré y me froté los ojos. No sabía cómo interpretar el silencio de Mal. Comprobaba las listas de caídos cada semana, con el corazón latiéndome con fuerza y el estómago revuelto, aterrorizada ante la posibilidad de ver su nombre. Y, cada semana, agradecía a los Santos que Mal siguiera sano y salvo, aunque no se molestara en escribirme.

¿Qué significaba aquello? El corazón me dio un doloroso vuelco. Quizás Mal se alegraba de que me hubiera ido, se alegraba de haberse librado de viejas amistades y obligaciones. *O tal vez esté en la cama de algún hospital y tú te estás comportando como una chiquilla,* me reprendí.

Genya regresó y yo escribí el nombre de Mal, su regimiento y el número de la unidad. Ella dobló el papel y se lo metió en la manga de su *kefta*.

—Gracias —dije con voz ronca.

—Estoy segura de que estará bien —replicó, apretándome la mano con amabilidad—. Ahora, túmbate para que pueda arreglar esas ojeras.

—¡Genya!

—Túmbate o puedes olvidarte del favorcillo.

Me quedé boquiabierta.

—Eres diabólica.

—Soy maravillosa.

La fulminé con la mirada, y después me recosté sobre la almohada.

Cuando Genya se hubo marchado, lo organicé todo para regresar a mi dormitorio. Al Sanador no le hizo mucha gracia, pero yo insistí. Ya casi no me dolía nada, y no iba a pasar otra noche en esa enfermería vacía ni de broma.

Cuando regresé a mi habitación, tomé un baño y traté de leer uno de mis libros de teoría, pero no podía concentrarme. Temía el momento de volver a las clases al día siguiente, temía otra lección inútil con Baghra.

Las miradas y los cotilleos sobre mí habían disminuido un poco desde que había llegado al Pequeño Palacio, pero no tenía ninguna duda de que tras mi pelea con Zoya habrían vuelto.

Mientras me levantaba y me estiraba, me vi reflejada en el espejo que había sobre el tocador. Crucé la habitación para examinar mi rostro en él.

Las oscuras ojeras habían desaparecido, pero sabía que volverían en unos pocos días. Y no había mucha diferencia. Tenía el mismo aspecto de siempre: cansada, flacucha, enferma. Nada parecido a una auténtica Grisha. El poder estaba ahí, en algún lugar dentro de mí, pero no podía alcanzarlo, y no sabía por qué. ¿Por qué era yo diferente? ¿Por qué mi poder había tardado tanto tiempo en manifestarse? Y, ¿por qué no era capaz de invocarlo por mi cuenta?

Vi reflejadas en el espejo las pesadas cortinas doradas de las ventanas, las paredes bellamente decoradas, la luz del fuego que se reflejaba en los azulejos de la chimenea. Zoya era horrible, pero también tenía razón. No pertenecía a ese hermoso mundo, y, si no encontraba la forma de utilizar mi poder, jamás lo haría.

CAPÍTULO 12

a mañana siguiente no fue tan mala como me esperaba. Zoya ya se encontraba en la sala abovedada cuando yo entré. Estaba sola al final de la mesa de los Invocadores, desayunando en silencio. No levantó la mirada cuando Marie y Nadia me saludaron, y yo también hice lo que pude por ignorarla.

Saboreé cada paso que me llevaba hasta el lago. El sol brillaba, notaba el aire frío en mis mejillas, y no tenía ganas de entrar en la sofocante casita sin ventanas de Baghra. Pero, cuando subí los escalones hasta su puerta, oí voces alzadas.

Dudé, y después llamé a la puerta con suavidad. Las voces se silenciaron abruptamente y, tras un momento, abrí la puerta y eché un vistazo al interior. El Oscuro estaba junto a la estufa de azulejos de Baghra, con rostro furioso.

—Lo siento —dije, y comencé a salir por la puerta.

—Entra, niña —soltó Baghra—. No dejes que se vaya el calor.

Cuando entré y cerré la puerta, el Oscuro me saludó inclinándose levemente.

—¿Cómo estás, Alina?

—Bien —logré decir.

—¡Bien! —se carcajeó Baghra—. ¡Que está bien! No puede iluminar ni un pasillo, pero está bien.

Hice una mueca, deseando que la tierra me tragara.

—Déjala en paz —dijo el Oscuro para mi sorpresa. Los ojos de Baghra se estrecharon.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

El Oscuro suspiró y se pasó las manos por su pelo negro, exasperado. Cuando me miró, tenía una sonrisa triste en los labios y el pelo revuelto.

—Baghra tiene su propia manera de hacer las cosas.

—¡No seas condescendiente conmigo, chico! —replicó ella, y su voz restalló como un látigo. Para mi sorpresa, el Oscuro se irguió más y después frunció el ceño,

como si se estuviera controlando.

—No me reprendas, anciana —dijo con voz baja y peligrosa.

Una furiosa energía atravesó la habitación. ¿En dónde me había metido? Pensé en escabullirme por la puerta y dejar que terminaran la discusión que había interrumpido, pero Baghra volvió a hablar.

—El chico está pensando en conseguirte un amplificador. ¿Qué piensas tú de eso, niña?

Era tan extraño que llamaran «chico» al Oscuro que me costó un momento entender lo que quería decir. Pero, cuando lo hice, me invadieron la esperanza y el alivio. ¿Un amplificador? ¿Por qué no había pensado antes en ello? ¿Por qué no habían pensado antes en ello? Baghra y el Oscuro eran capaces de ayudarme a invocar mi poder porque eran amplificadores humanos, así que, ¿por qué no tener un amplificador propio, como las uñas de oso de Iván, o el colmillo de foca que había visto colgando del cuello de Marie?

—¡Creo que es genial! —exclamé, más alto de lo que pretendía.

Baghra emitió un sonido de indignación. El Oscuro le lanzó una mirada afilada, pero se giró hacia mí.

—Alina, ¿alguna vez has oído hablar de la manada de Morozova?

—Por supuesto que sí —se burló Baghra—. También habrá oído hablar de los unicornios y de los dragones de Shu Han.

La furia cruzó las facciones del Oscuro, pero pareció controlarse.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Alina? —preguntó amablemente.

—Por… por supuesto —tartamudeé.

Baghra volvió a resoplar, pero el Oscuro la ignoró y me tomó del hombro para conducirme al exterior de la casita, cerrando la puerta firmemente tras él. Tras avanzar un poco por el camino, soltó un gran suspiro y volvió a pasarse las manos por el pelo.

—Esa mujer… —murmuró. Era difícil no reírme—. ¿Qué? —preguntó cautelosamente.

—Nunca te había visto tan… alterado.

—Baghra tiene ese efecto en la gente.

—¿También fue tu profesora?

Una sombra cruzó su rostro.

—Sí. Entonces, ¿qué sabes acerca de la manada de Morozova?

Me mordí el labio.

—Solo, bueno, ya sabes…

Él suspiró.

—¿Solo historias infantiles? —preguntó. Yo me encogí de hombros en señal de disculpa—. No pasa nada. ¿Qué recuerdas de esas historias?

Recordé la voz de Ana Kuya en los dormitorios por la noche.

—Eran ciervos blancos, criaturas mágicas que solo aparecían durante el

crepúsculo.

—No son más mágicos que nosotros, pero son antiguos y muy poderosos.

—¿Son reales? —pregunté con incredulidad. No mencioné que últimamente no me sentía mágica ni poderosa en absoluto.

—Eso creo.

—Pero Baghra no.

—Normalmente, mis ideas le parecen ridículas. ¿Qué más recuerdas?

—Bueno —dije con una risita—. En las historias de Ana Kuya, podían hablar, y si un cazador los capturaba y les perdonaba la vida, concedían deseos.

El se rio. Era la primera vez que escuchaba su risa, un bonito sonido oscuro que se propagó por el aire.

—Bueno, esa parte desde luego no es cierta.

—¿Pero el resto sí?

—Los Reyes y los Oscuros han estado buscando la manada de Morozova durante siglos. Mis cazadores aseguran que han descubierto señales de su existencia, aunque nunca han visto a las criaturas en sí.

—¿Y los crees?

Su mirada color pizarra era fría y penetrante.

—Mis hombres no me mienten.

Sentí un escalofrío que me recorría la columna. Sabiendo lo que el Oscuro era capaz de hacer, yo tampoco estaría muy dispuesta a mentirle.

—De acuerdo —dije con inquietud.

—Si se pudiera capturar al ciervo de Morozova, sus astas podrían convertirse en un amplificador.

Estiró el brazo para tocarme la clavícula, y ese breve contacto bastó para que sintiera una oleada de seguridad a través de mí.

—¿Un collar? —pregunté, tratando de imaginarlo, notando todavía el roce de sus dedos en la base de mi garganta. El asintió.

—El amplificador más poderoso jamás conocido.

Me quedé boquiabierta.

—¿Y quieres dármelo a mí?

Él volvió a asentir.

—¿No sería más fácil conseguir una garra o un colmillo, o, no sé, cualquier otra cosa?

Él sacudió la cabeza.

—Si queremos tener alguna esperanza de destruir la Sombra, necesitamos el poder del ciervo.

—Pero, si tuviera uno con el que practicar…

—Sabes que no funciona de ese modo.

—Ah, ¿no?

Él frunció el ceño.

—¿No has estado leyendo tus libros de teoría?

Le lancé una mirada antes de contestar.

—Hay mucha teoría.

Para mi sorpresa, él sonrió.

—Se me olvida que eres nueva en esto.

—Pues a mí no —murmuré.

—¿Es eso malo?

Para mi vergüenza, sentí un nudo en la garganta, y tragué con fuerza.

—Baghra debe de haberte dicho que no puedo invocar ni un rayo de sol por mi cuenta.

—Sucederá, Alina. Yo no estoy preocupado.

—¿No lo estás?

—No. Y, aunque lo estuviera, una vez tengamos al ciervo, no importará.

Sentí un arrebato de frustración. Si un amplificador podía convertirme en una Grisha de verdad, no quería esperar por unas astas mitológicas. Quería uno, y lo quería ya.

—Si nadie ha encontrado la manada de Morozova en todo este tiempo, ¿qué te hace pensar que la encontrarás ahora? —pregunté.

—Porque esto es lo que tenía que pasar. El ciervo estaba destinado a ti, Alina. Puedo sentirlo. —Me miró. Su pelo seguía revuelto, y bajo la brillante luz de la mañana parecía más guapo y humano de lo que jamás lo había visto—. Supongo que te estoy pidiendo que confíes en mí.

¿Qué se suponía que tenía que decir? Realmente, no tenía elección. Si el Oscuro quería que tuviera paciencia, tendría que tener paciencia.

—Vale —dije finalmente—. Pero que sea rápido.

Volvió a reír, y noté un agradable rubor en las mejillas. Después su expresión se volvió seria.

—Te he estado esperando durante mucho tiempo, Alina —declaró—. Tú y yo vamos a cambiar el mundo.

Reí con nerviosismo.

—No soy de las que cambian el mundo.

—Tú espera —replicó con suavidad, y cuando me miró con esos ojos de cuarzo gris, mi corazón dio un vuelco. Pensaba que iba a decir algo más, pero retrocedió abruptamente con mirada turbada—. Buena suerte con tus clases —añadió. Después hizo una pequeña reverencia y giró sobre sus talones para subir el camino hasta la orilla del lago, pero solo había dado unos pocos pasos cuando volvió a girarse hacia mí—. Alina. Sobre el ciervo…

—¿Si?

—Por favor, guárdatelo para ti. La mayoría de la gente cree que es solo una historia infantil, y odiaría que me tomaran por tonto.

—No diré nada —prometí.

Hizo un asentimiento y, sin una palabra más, se alejó a grandes zancadas. Contemplé cómo se marchaba. Me sentía un poco aturdida, y no sabía por qué.

Cuando levanté la mirada, Baghra me estaba observando desde el porche de su cabaña. Enrojecí sin ninguna razón. Ella resopló y también me dio la espalda.

Tras mi conversación con el Oscuro, aproveché la primera oportunidad que tuve para visitar la biblioteca. Ninguno de mis libros de teoría mencionaba al ciervo, pero encontré una referencia a Ilya Morozova, uno de los primeros y más poderosos Grisha.

Había mucha información sobre los amplificadores. Los libros dejaban muy claro el hecho de que un Grisha solo podía tener un amplificador en toda su vida, y, una vez que un Grisha poseía un amplificador, no podía pasar a ser propiedad de ningún otro. «*El Grisha posee el amplificador, pero el amplificador también posee al Grisha. Una vez se hace, no puede haber otro. Se crea una conexión y se forma un lazo*».

La razón no me quedaba completamente clara, pero parecía que tenía que ver con el poder de los Grisha.

«El caballo tiene la velocidad. El oso tiene la fuerza. El pájaro la capacidad de volar. Ninguna criatura tiene todos estos dones, y así el mundo se mantiene en equilibrio. Los amplificadores son parte de este equilibrio, y no una forma de trastocarlo; por lo que todo Grisha hará bien en recordar esto o se tendrá que enfrentar a las consecuencias».

Otro filósofo había escrito: «*¿Por qué un Grisha solo puede poseer un amplificador? Responderé en su lugar a esta pregunta: ¿Qué es infinito? El universo y la avaricia de los hombres*».

Sentada bajo la cúpula de cristal de la biblioteca, pensé en el Hereje Negro. El Oscuro había dicho que la Sombra había sido una consecuencia de la avaricia de su antepasado. ¿Era a eso a lo que se referían los filósofos al hablar de las consecuencias? Por primera vez, se me ocurrió que la Sombra era el único lugar donde el Oscuro estaba indefenso, donde sus poderes no significaban nada. Los descendientes del Hereje Negro habían sufrido por su ambición. Sin embargo, no podía evitar pensar que era Ravka quien había sido obligada a pagar con sangre.

El otoño se convirtió en invierno, y los vientos fríos desnudaron las ramas de los jardines del palacio. Nuestra mesa seguía repleta de fruta fresca y flores de los invernaderos Grisha, que tenían su propio clima. Pero ni las jugosas ciruelas ni las moradas uvas sirvieron para mejorar mi apetito.

Había pensado que, de algún modo, mi conversación con el Oscuro podría cambiar algo dentro de mí. Quería creer en lo que me había dicho, y, junto al lago, casi lo había hecho. Pero nada había cambiado. Seguía sin poder invocar sin la ayuda de Baghra. Todavía no era una auténtica Grisha.

Al mismo tiempo, ya no me sentía tan mal por ello. El Oscuro me había pedido

que confiara en él, y si él creía que el ciervo era la respuesta, mi única opción era esperar que estuviera en lo cierto. Seguía evitando practicar con los otros Invocadores, pero dejé que Marie y Nadia me llevaran a la *banya* un par de veces, y a uno de los ballets del Gran Palacio. Incluso dejé que Genya me diera algo de color en las mejillas.

Mi nueva actitud enfurecía a Baghra.

—¡Ya ni siquiera lo intentas! —gritaba—. ¿Estás esperando a que un ciervo mágico venga a salvarte? ¿A tener un bonito collar? Podrías esperar menos tiempo a que un unicornio pusiera la cabeza en tu regazo, estúpida.

Cuando comenzaba a despotricar contra mí, yo simplemente me encogía de hombros. Tenía razón. Estaba cansada de intentarlo y fracasar. No era como los otros Grisha, y ya era hora de que lo aceptara. Además, una pequeña parte rebelde dentro de mí disfrutaba al ponerla de los nervios.

No sabía qué castigo había recibido Zoya, pero siguió ignorándome. Se le prohibió la entrada a las salas de entrenamiento, y había oído que volvería a Kribirsk tras la fiesta de invierno. Ocasionalmente, la pillaba fulminándome con la mirada o tapándose la boca con la mano mientras se reía con su grupito de amigas Invocadoras, pero traté de no dejar que me afectara.

Aun así, no podía deshacerme de la sensación de que estaba fracasando. Cuando llegaron las primeras nevadas, me encontré al despertar con una *kefta* nueva que me esperaba en la puerta. Estaba hecha de una pesada lana azul medianoche y tenía una capucha forrada con espeso pelaje dorado. Me la puse, pero era difícil no sentirme como una farsante.

Tras picotear el desayuno, hice el familiar recorrido hasta la casita de piedra de Baghra. Los caminos de gravilla, libres de nieve gracias a los Inferni, brillaban bajo el débil sol invernal. Ya casi había llegado hasta el lago cuando una sirvienta me alcanzó.

Me entregó un trozo de papel doblado e hizo una reverencia antes de volver a alejarse por el camino. Reconocí la letra de Genya.

La unidad de Malyen Oretsev ha sido destinada a la avanzadilla de Tsibeya durante seis semanas. Figura como sano. Puedes escribirle a la atención de su regimiento.

Los embajadores de Kerch están llenando de regalos a la Reina. Ostras, zarapitos en hielo seco (asquerosos), ¡y dulces de almendras! Te llevaré algunos por la noche.

G.

Mal estaba en Tsibeya. Estaba a salvo, vivo y lejos de la batalla, probablemente cazando para el invierno.

Debería sentirme agradecida. Debería estar contenta.

Puedes escribirle a la atención de su regimiento. Llevaba meses escribiendo a la atención de su regimiento.

Pensé en la última carta que le había enviado.

Querido Mal:

No he tenido noticias tuyas, así que supongo que te habrás casado con alguna volcra que hayas conocido y que estaréis viviendo felizmente en la Sombra, donde no hay ni luz ni papel para poder escribir. O puede que tu nueva esposa se haya comido tus manos.

Había llenado la carta de descripciones de Botkin, el perro que husmeaba de la Reina, y la curiosa fascinación de los Grisha por las costumbres de los campesinos. Le había hablado de la hermosa Genya, de los pabellones junto al lago y de la maravillosa cúpula de cristal de la biblioteca. Le había hablado de la misteriosa Baghra, de las orquídeas del invernadero y los pájaros pintados encima de mi cama. Pero no le había hablado del ciervo de Morozova ni del hecho de que era un verdadero desastre como Grisha, ni de que seguía echándolo de menos cada día.

Tras terminar, dudé antes de garabatear rápidamente al final: *No sé si habrás recibido mis otras cartas. Este lugar es más bonito de lo que puedo describir, pero lo cambiaría por pasar una tarde tirando piedras contigo al estanque de Trivka. Por favor, responde*.

Pero, si había recibido mis cartas, ¿qué había hecho con ellas? ¿Se había molestado siquiera en abrirlas? ¿Había suspirado avergonzado cuando llegaron la quinta, la sexta y la séptima?

Me encogí. Por favor, responde, Mal. Por favor, Mal, no me olvides.

Patético, pensé, frotándome unas lágrimas furiosas.

Miré el lago, que estaba comenzando a congelarse. Pensé en el arroyo que atravesaba la propiedad del Duque Keramsov. Cada verano, Mal y yo habíamos esperado a que el arroyo se congelara para poder patinar sobre él.

Arrugué la nota de Genya en el puño. No quería pensar más en Mal. Deseaba poder borrar cada recuerdo de Keramzin. Y, sobre todo, deseaba correr a mi habitación y hartarme de llorar, pero no podía. Tenía que pasar otra mañana desastrosa y sin sentido con Baghra.

Me tomé mi tiempo en bajar por el camino, y después subí los escalones hasta la casita de la mujer y abrí la puerta.

Como era habitual, estaba sentada al lado del fuego, calentando su cuerpo huesudo junto a las llamas. Me senté de golpe en la silla que tenía enfrente y esperé. Ella soltó una risa que parecía un ladrido.

—¿Así que hoy estás enfadada, niña? ¿Por qué estás enfadada? ¿Estás harta de esperar por tu ciervo blanco mágico? —preguntó. Yo crucé los brazos y no dije nada —. Habla, niña.

Otro día, hubiera mentido, le hubiera dicho que estaba bien, que estaba cansada. Pero supongo que había sobrepasado mi límite, porque solté con furia:

—Estoy harta de todo esto. Estoy harta de desayunar centeno y arenque. Estoy harta de llevar esta estúpida *kefta*. Estoy harta de que Botkin me apalee, y estoy harta

de ti.

Pensaba que se pondría furiosa, pero en lugar de eso se me quedó mirando. Con la cabeza ladeada y los ojos negros brillando a la luz del fuego, parecía una especie de gorrión malvado.

—No —dijo lentamente—. No. No es eso. Hay algo más. ¿Qué es? ¿Es que la pobre niñita echa de menos su casa?

—¿Qué casa? —resoplé.

—Dímelo tú, niña. ¿Qué tiene de malo tu vida aquí? Ropa nueva, una cama cómoda, comida caliente, la oportunidad de ser el juguete del Oscuro.

—No soy su juguete.

—Pero quieres serlo —se mofó—. No te molestes en tratar de mentirme. Eres como todos los demás, he visto cómo lo mirabas.

Me ardían las mejillas, y pensé en golpear a Baghra en la cabeza con su propio bastón.

—Miles de chicas venderían a su propia madre por estar en tu lugar, y tú mírate, deprimida y enfurruñada como una cría. Así que dime, niña. ¿Por qué sufre tu triste corazoncito?

Tenía razón, por supuesto. Sabía muy bien que echaba de menos a mi mejor amigo, pero no se lo iba a decir.

Me puse en pie, apartando la silla hacia atrás con estrépito.

—Esto es una pérdida de tiempo.

—¿Lo es? ¿Qué más tienes que hacer con tu tiempo? ¿Mapas? ¿Ir a por tinta para algún viejo cartógrafo?

—Ser cartógrafo no tiene nada de malo.

—Claro que no. Y ser un lagarto tampoco tiene nada de malo. Salvo que hayas nacido para ser un halcón.

—Ya he tenido suficiente —gruñí, y le di la espalda. Estaba al borde de las lágrimas, y me negaba a llorar frente a esa vieja malvada.

—¿Adonde vas? —llamó con voz burlona—. ¿Qué te espera ahí fuera?

—¡Nada! —le grité—. ¡Nadie!

Tan pronto como lo dije, la verdad de las palabras me golpeó tan fuerte que me dejó sin respiración. Agarré el pomo de la puerta, de pronto me sentí mareada.

En ese momento, me llegó el recuerdo de los Examinadores Grisha.

Estoy en la sala de estar de Keramzin. Un fuego arde en la chimenea, y el fornido hombre de azul me tiene sujeta y me está alejando de Mal. Siento que los dedos de Mal se desligan cuando separan su mano de la mía.

El hombre joven de púrpura coge a Mal y lo arrastra hasta la biblioteca, cerrando la puerta tras él. Yo pateo y me revuelco, y puedo oír a Mal gritando mi nombre.

El otro hombre me sujeta. La mujer de rojo desliga la mano por mi muñeca, y de pronto siento una oleada de pura certera que me atraviesa.

Dejo de resistirme. Una llamada me atraviesa. Algo en mí se levanta para responder.

No puedo respirar. Es como estar forcejeando desde el fondo de un lago, a punto de romper la superficie, con los pulmones doloridos en busca de aire.

La mujer de rojo me observa de cerca, estrechando los ojos.

Oigo la voz de Mal a través de la puerta de la biblioteca. Alina, Alina.

Entonces lo comprendo. Comprendo que somos distintos el uno del otro. Terrible e irrevocablemente distintos.

Alina. ¡Alina!

Tomo mi decisión. Me aferró a la cosa que tengo dentro de mí y la fuerzo a esconderse.

—¡Mal! —grito, y comienzo a forcejear una vez más.

La mujer de rojo intenta seguir sujetándome la muñeca, pero yo me retuerzo y lloriqueo hasta que finalmente me libera.

Me apoyé contra la puerta de la casita de Baghra, temblando. La mujer de rojo había sido un amplificador. Por eso la llamada del Oscuro me había resultado familiar. Pero, de algún modo, había logrado resistirme a ella.

Por fin lo comprendía.

Antes de Mal, Keramzin había sido un lugar de terror, largas noches llorando en la oscuridad, niños mayores que me ignoraban, habitaciones frías y vacías. Pero entonces Mal llegó y todo eso cambió. Los oscuros pasillos se convirtieron en lugares donde esconderse y jugar. Los solitarios bosques se convirtieron en lugares que explorar. Keramzin se convirtió en nuestro palacio, en nuestro reino, y yo ya no tenía miedo.

Pero los Examinadores Grisha me habrían sacado de Keramzin. Me habrían alejado de Mal, y él había sido lo único bueno que tenía en el mundo. Así que había tomado mi decisión. Había forzado a mi poder a esconderse y lo mantuve ahí cada día, con toda mi energía y mi voluntad, sin darme cuenta siquiera. Había utilizado cada parte de mí para mantener ese secreto.

Recordaba estar junto a la ventana con Mal, observando a los Grisha marcharse en su troika, lo cansada que me había sentido. A la mañana siguiente, me desperté con ojeras. Me habían acompañado desde entonces.

¿*Y ahora*?, me pregunté, presionando la frente contra la fría madera de la puerta, con todo el cuerpo temblando.

Ahora Mal me había abandonado.

La única persona en el mundo que de verdad me conocía había decidido que yo no merecía el esfuerzo de unas pocas palabras. Pero seguía aferrándome a él. A pesar de todos los lujos del Pequeño Palacio, a pesar de mis poderes recién descubiertos, a pesar de su silencio, seguía aferrándome a él.

Baghra tenía razón. Pensaba que estaba haciendo un gran esfuerzo, pero, profundamente, alguna parte de mí solo quería ir a casa con Mal. Alguna parte de mí

esperaba que todo hubiera sido un error, que el Oscuro se diera cuenta de ello y me enviara de vuelta al regimiento, que Mal se diera cuenta de cuánto me había echado de menos, que envejeciéramos juntos en nuestro prado. Mal había avanzado, pero yo seguía estando asustada de esas tres figuras misteriosas, aferrándome con fuerza a su mano.

Era hora de soltarla. Ese día en la Sombra, Mal me había salvado la vida, y yo le había salvado la suya. Tal vez ese tenía que ser el final de nuestra vida juntos.

El pensamiento me llenaba de dolor, dolor por los sueños que habíamos compartido, por el amor que había sentido, por la chica esperanzada que ya no sería jamás. El dolor me inundó, disolviendo un nudo que ni siquiera sabía que estaba ahí. Cerré los ojos, sintiendo las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas, y entré en contacto con la cosa que había mantenido escondida dentro de mí durante tanto tiempo. *Lo siento*, le susurré.

Siento haberte dejado tanto tiempo en la oscuridad.

Lo siento, pero ahora estoy preparada.

La llamé, y la luz respondió. La sentí precipitarse hacia mí desde todas direcciones, por encima del lago, escabullándose sobre las cúpulas doradas del Pequeño Palacio, bajo la puerta y a través de las paredes de la cabaña de Baghra. La sentí por todas partes. Abrí las manos y la luz brotó a través de mí, llenando la habitación, iluminando las paredes de piedra, la vieja estufa de azulejos, y cada ángulo de la extraña cara de Baghra. Me rodeó, ardiente, más poderosa y más pura que nunca porque era toda mía. Quería reírme, cantar, gritar. Por fin había algo que me pertenecía enteramente y por completo.

—Bien —dijo Baghra, entornando los ojos ante la luz—. Ahora podemos comenzar.

CAPÍTULO 13

sa misma tarde, me uní a los otros Etherealki junto al lago e invoqué mi poder para ellos por primera vez. Envié una capa de luz destellante a través del agua, dejando que se deslizara sobre las olas que había invocado Ivo. No tenía aún el mismo control que los demás, pero me las arreglé. De hecho, fue fácil.

De pronto, muchas cosas parecían fáciles. No estaba cansada todo el tiempo, ni me quedaba sin aire al subir las escaleras. Dormía profundamente y sin pesadillas cada noche, y me despertaba como nueva. La comida fue una revelación: cuencos de gachas con montañas de azúcar y nata, platos de rayas fritas en mantequilla, gruesas ciruelas y melocotones del invernadero, el sabor claro y amargo del *kvas*. Era como si aquel momento en la casita de Baghra hubiera sido mi primer aliento real y hubiera despertado a una nueva vida.

Dado que ninguno de los otros Grisha sabía que había tenido tantos problemas al invocar, todos se quedaron un poco desconcertados por mi cambio. No di ninguna explicación, y Genya me contó algunos de los rumores más divertidos.

—Marie e Ivo creen que los fjerdanos te habían pegado alguna enfermedad.

—Pensaba que los Grisha no enfermaban.

—¡Exacto! Por eso suena tan siniestro. Pero, al parecer, el Oscuro te curó alimentándote de su propia sangre y un extracto de diamantes.

—Eso es asqueroso —dije, riendo.

—Ah, eso no es nada. De hecho, Zoya intentó hacer correr el rumor de que estabas poseída.

Me reí aún más fuerte.

Mis clases con Baghra seguían siendo difíciles, y nunca las disfrutaba realmente. Pero disfrutaba de cualquier oportunidad de utilizar mi poder, y sentía que estaba haciendo progresos. Al principio, estaba asustada cada vez que me preparaba para invocar la luz, temerosa de que no se encontrara ahí y volviera a estar como al

principio.

—No es algo ajeno a ti —soltó Baghra—. No es un animal que se oculta de ti, o que elige si acudirá o no a tu llamada. ¿Le pides a tu corazón que lata o a tus pulmones que respiren? Tu poder te sirve porque ese es su propósito, porque *no puede hacer nada que no sea servirte*.

A veces sentía que había una sombra en las palabras de Baghra, una segunda intención que quería que entendiera. Pero el trabajo que hacía ya era lo suficientemente difícil sin tratar de adivinar los secretos de una vieja amargada.

Me dirigía con fuerza, empujándome a expandir mi alcance y mi control. Me enseñó a concentrar mi poder en pequeños estallidos brillantes, penetrantes rayos ardientes, y largas cascadas sostenidas. Me forzaba a invocar la luz una vez, y otra, y otra, hasta que casi no tenía que buscarla. Me hizo ir a su casa de noche para practicar cuando era casi imposible que encontrara ninguna luz que invocar. Cuando finalmente produje con orgullo un débil hilo de luz, ella golpeó el suelo con el bastón.

—¡No es suficiente! —gritó.

—Estoy haciendo lo que puedo —murmuré, exasperada.

—¡Bah! —escupió—. ¿Te crees que al mundo le importa que hagas lo que puedas? Vuélvelo a hacer, y hazlo bien.

Mis lecciones con Botkin fueron la auténtica sorpresa. De niña, había corrido y jugado con Mal en el bosque y en los campos, pero nunca había sido capaz de mantener su ritmo. Siempre había sido muy enfermiza y frágil, me cansaba fácilmente. Pero cuando comencé a comer y dormir regularmente por primera vez en mi vida, todo eso cambió. Botkin me sometió a brutales entrenamientos de combate y carreras aparentemente interminables a través de los terrenos del palacio, pero descubrí que disfrutaba de algunos de los desafíos. Me gustaba aprender lo que podía hacer ese cuerpo nuevo y más fuerte que tenía.

Dudaba que alguna vez fuera capaz de vencer al viejo mercenario, pero los Hacedores habían ayudado a allanar el terreno. Habían creado un par de guantes de cuero sin dedos que estaban cubiertos de espejitos, los misteriosos discos de cristal que David me había enseñado ese primer día en los talleres. Con un giro de muñeca, podía deslizar un espejo entre los dedos y, con el permiso de Botkin, practiqué para hacer que reflejaran destellos de luz hasta los ojos de mis oponentes. Trabajé con ellos hasta que casi parecían naturales entre mis manos, como extensiones de mis propios dedos.

Botkin seguía arisco y criticón, y aprovechaba cualquier oportunidad para llamarme inútil, pero alguna que otra vez me parecía vislumbrar un matiz de aprobación en sus curtidas facciones.

Avanzado el invierno, me apartó a un lado tras una larga lección en la que hasta había conseguido golpearlo en las costillas, y él me lo había agradecido con un fuerte puñetazo en la mandíbula.

—Toma —dijo, entregándome un pesado cuchillo con una funda de cuero y acero

—. Tenlo siempre contigo.

Impresionada, me di cuenta de que no era un cuchillo corriente: era acero Grisha.

—Gracias —logré decir.

—«Gracias», no —replicó, dándose unos golpecitos en la fea cicatriz que tenía en la garganta—. Acero se gana.

El invierno me parecía distinto a como había sido antes. Me pasaba las tardes soleadas patinando en el lago, o yendo en trineo por los terrenos del palacio con los otros Invocadores. Las tardes de nieve las pasábamos en la sala abovedada, agrupados junto a las estufas de azulejos, bebiendo *kvas* y atiborrándonos de dulces. Celebramos la fiesta de *Sankt Nikolai* con enormes cuencos de sopa con bolitas de masa y *kutya* hecha con miel y semillas de amapola. Algunos de los otros Grisha se fueron del palacio para ir a montar en trineo y hacer excursiones en trineos tirados por perros en los campos cubiertos de nieve que rodeaban Os Alta, pero por razones de seguridad yo seguía confinada en los terrenos del palacio.

No me importaba. Ya me sentía más cómoda con los Invocadores, pero dudaba que alguna vez me lo fuera a pasar bien con Marie y Nadia. Estaba mucho más contenta sentada en mi habitación con Genya, bebiendo té y cotilleando junto al fuego. Me encantaba escuchar todos los rumores de la corte, y las historias de las opulentas fiestas en el Gran Palacio eran aún mejores. Mi historia favorita era la de la tarta gigantesca que un conde había regalado al Rey, y el enano que había salido de ella para entregarle a la *tsaritsa* un ramo de nomeolvides.

Al final de la estación, el Rey y la Reina organizaban una fiesta formal para celebrar el fin del invierno a la que asistirían todos los Grisha. Genya aseguraba que esa era la fiesta más lujosa. Todas las familias de nobles y altos oficiales de la corte estarían allí, junto a los héroes militares, los dignatarios extranjeros, y el *tsarevitch*, el primogénito del Rey y heredero del trono. Una vez había visto al Príncipe de la Corona montando un caballo capón blanco del tamaño de una casa por los terrenos del palacio. Era casi guapo, pero tenía la barbilla débil del Rey y unos ojos de párpados tan caídos que era difícil saber si estaba cansado, o tan solo sumamente aburrido.

—Probablemente estuviera borracho —dijo Genya, removiendo su té—. Se pasa todo el tiempo cazando, con los caballos y bebiendo. Vuelve loca a la Reina.

—Bueno, Ravka está en guerra. Creo que debería preocuparse más por los asuntos del estado.

—Oh, a ella le da igual eso. Solo quiere que encuentre una esposa en lugar de vagar por el mundo, gastando montañas de oro en comprar ponis.

—¿Qué hay del otro? —pregunté. Sabía que el Rey y la Reina tenían un hijo más joven, pero en realidad nunca lo había visto.

—*¿Sobachka?*

—No puedes llamar «cachorro» a un príncipe real —reí.

—Así es como lo llama todo el mundo —replicó, y bajó la voz—. Y hay rumores

de que no es hijo legítimo.

Casi me atraganto con el té.

—¡No!

—Solo la Reina lo sabe con seguridad. De todos modos, es una especie de oveja negra. Insistió en hacer el servicio militar en la infantería, y después trabajó de aprendiz con un armero.

—¿Nunca está en la corte?

—No desde hace años. Creo que está estudiando construcción naval o algo igual de aburrido. Probablemente se llevaría bien con David —añadió amargamente.

—¿Y de qué habláis vosotros dos? —pregunté con curiosidad. Seguía sin comprender la fascinación de Genya por el Hacedor. Ella suspiró.

—Lo habitual. Vida. Amor. El punto de fundición de la mena de hierro. —Se enrolló un rizo de brillante pelo rojo en el dedo, y sus mejillas se ruborizaron con un bonito color rosado—. En realidad es muy gracioso cuando se relaja.

—¿En serio?

Ella se encogió de hombros.

—Eso *creo*.

Le di unos golpecitos tranquilizadores en la mano.

—Ya recapacitará. Tan solo es tímido.

—Quizás debería tumbarme sobre una mesa del taller y esperar a ver si me suelda algo.

—Creo que así es como empiezan la mayoría de las grandes historias de amor.

Ella se rio, y yo sentí un repentino fogonazo de culpa. Genya hablaba muy fácilmente de David, pero yo nunca le confiaba nada sobre Mal.

Eso es porque no hay nada que confiarle, me recordé duramente, y añadí más azúcar a mi té.

Una tarde tranquila, cuando los otros Grisha se habían aventurado fuera de Os Alta, Genya me convenció para colarnos en el Gran Palacio, y nos pasamos horas mirando la ropa y los zapatos del vestidor de la Reina. Genya insistió en que me probara un vestido de seda de color rosa pálido salpicado de perlas de río, y cuando me vistió y me colocó frente a uno de los enormes espejos de oro, tuve que mirar dos veces.

Había aprendido a evitar los espejos. Nunca me mostraban lo que quería ver, pero la chica que había junto a Genya en el reflejo era una extraña. Tenía mejillas rosadas, pelo brillante y… curvas. Podía haberla mirado durante horas. De pronto deseé que el viejo Mikhael pudiera verme. «*Palillo*», *¿eh?*, pensé con suficiencia.

Genya me miró a los ojos a través del reflejo y sonrió.

—¿Para esto me has arrastrado hasta aquí? —pregunté con una ceja levantada.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir.

—Tan solo pensaba que querrías echarte un buen vistazo, eso es todo.

Tragué saliva, avergonzada, y le di un abrazo impulsivo.

—Gracias —susurré. Después le di un empujoncito—. Ahora quítate de en medio. Es imposible que me sienta guapa contigo a mi lado.

Nos pasamos el resto de la tarde probándonos vestidos y mirándonos en el espejo, dos actividades que nunca hubiera pensado que me gustarían. Perdimos la noción del tiempo, y Genya tuvo que ayudarme a sacarme un vestido de baile de color aguamarina para volver a ponerme la *kefta* y apresurarme a bajar al lago para mi lección nocturna con Baghra. Llegué tarde aunque fui corriendo, y ella estaba furiosa.

Mis lecciones nocturnas con Baghra siempre eran las más difíciles, pero aquella noche fue particularmente dura.

—¡Control! —gritó cuando la débil ola de luz que había invocado parpadeó sobre la orilla—. ¿Dónde está tu concentración?

En la cena, pensé, pero no lo dije. Genya y yo habíamos estado tan entretenidas con las distracciones del vestidor de la Reina que se nos había olvidado comer, y mi estómago estaba rugiendo.

Me centré y la luz brotó con más fuerza, cubriendo el lago helado.

—Mejor —dijo—. Deja que la luz haga el trabajo por ti. Los semejantes se atraen.

Traté de relajarme y dejar que la luz se atrajera a sí misma. Para mí sorpresa, explotó por encima del hielo, iluminando la islita que había en el centro del lago.

—¡Más! —exigió Baghra—. ¿Qué te está deteniendo?

Escarbé con más fuerza y el círculo de luz aumentó hasta pasar la isla y bañar el lago entero y la escuela que había en la orilla de enfrente de modo resplandeciente. Aunque había nieve en el suelo, el aire a nuestro alrededor brillaba con fuerza con el calor pesado del verano. Mi cuerpo vibraba de poder. Era estimulante, pero sentía que me cansaba, rozando el límite de mis habilidades.

—¡Más! —gritó Baghra.

—¡No puedo! —protesté.

—¡Más! —repitió, y había una urgencia en su voz que sonaba como una alarma dentro de mí y hacía flaquear mi concentración. La luz tembló y se escapó de mi alcance. Traté de recuperarla, pero se alejó de mí, zambullendo de nuevo en la oscuridad la escuela, después la isla, y después la orilla.

—No es suficiente. —Su voz me sobresaltó. El Oscuro emergió de entre las sombras hasta el camino iluminado por las lámparas.

—Podría serlo —replicó Baghra—. Has visto lo fuerte que es. Ni siquiera la estaba ayudando. Dale un amplificador y verás lo que es capaz de hacer.

El Oscuro sacudió la cabeza.

—Tendrá el ciervo.

Baghra frunció el ceño.

—Eres un estúpido.

—Me han llamado cosas peores. Y casi siempre has sido tú.

—Esto es un disparate. Debes reconsiderarlo.

El rostro del Oscuro se enfrió.

—¿Debo? Tú ya no me das órdenes, anciana. Sé lo que tengo que hacer.

—Podría sorprenderte —intervine. El Oscuro y Baghra se giraron para mirarme. Era casi como si hubieran olvidado que estaba ahí—. Baghra tiene razón. Sé que puedo hacerlo mejor, puedo esforzarme más.

—Has estado en la Sombra, Alina. Sabes a qué te enfrentas.

De pronto me sentía terca.

—Sé que cada día me vuelvo más fuerte. Si me das una oportunidad…

El Oscuro volvió a sacudir la cabeza.

—No puedo correr esa clase de riesgo. No cuando el futuro de Ravka está en juego.

—Lo entiendo —dije, aturdida.

—¿De verdad?

—Sí —asentí—. Sin el ciervo de Morozova, soy prácticamente inútil.

—Ah, así que no es tan estúpida como parece —se carcajeó Baghra.

—Márchate —ordenó el Oscuro con sorprendente ferocidad.

—Sufriremos todos por tu orgullo, chico.

—No voy a volver a pedírtelo.

Baghra le lanzó una mirada de indignación, y después se giró sobre sus talones y fue por el camino hasta su cabaña.

Cuando cerró de un portazo, el Oscuro me examinó a la luz de la lámpara.

—Tienes buen aspecto —comentó.

—Gracias —murmuré, y aparté la mirada. Quizás Genya podría enseñarme a aceptar un cumplido.

—Si vas a volver al Pequeño Palacio, iré contigo.

Durante un rato, paseamos en silencio junto a la orilla del lago, pasando por los pabellones de piedra desiertos. Al otro lado del hielo, veía las luces de la escuela.

—¿Hay alguna noticia sobre el ciervo? —tuve que preguntar finalmente. Él apretó los labios.

—No. Mis hombres piensan que la manada puede haber cruzado hasta Fjerda.

—Oh —dije, tratando de ocultar mi decepción.

Él se detuvo abruptamente.

—No creo que seas inútil, Alina.

—Lo sé —dije, mirándome la punta de las botas—. No soy inútil, pero tampoco soy útil precisamente.

—Ningún Grisha es lo bastante poderoso como para enfrentarse a la Sombra. Ni siquiera yo.

—Lo entiendo.

—Pero no te gusta.

—¿Debería gustarme? Si no puedo ayudar a destruir la Sombra, entonces, ¿para qué sirvo exactamente? ¿Para hacer picnics a medianoche? ¿Para calentarte los pies en invierno?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—¿Picnics a medianoche?

No pude devolverle la sonrisa.

—Botkin me dijo que el acero Grisha hay que ganárselo. No es que no agradezca todo esto… lo hago, de verdad. Pero no creo que me haya ganado nada.

Él suspiró.

—Lo siento, Alina. Te pedí que confiaras en mí, pero no te di motivos.

Parecía tan agotado que sentí remordimientos al instante.

—No es eso…

—Es cierto. —Respiró hondo y se pasó una mano por el cuello—. Tal vez Baghra tenga razón, por mucho que odie admitirlo.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Casi siempre parece que nada te afecta. ¿Por qué ella te irrita tanto?

—No lo sé.

—En fin, creo que es buena para ti.

Él se sobresaltó por la sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque es la única por aquí que no te tiene miedo ni está tratando de impresionarte constantemente.

—¿Tú estás tratando de impresionarme?

—Por supuesto —me reí.

—¿Siempre dices exactamente lo que estás pensando?

—Ni la mitad de las veces.

Entonces él también se rio, y yo recordé cuánto me gustaba ese sonido.

—Supongo que debo considerarme afortunado entonces.

—De todos modos, ¿cuál es el poder de Baghra? —pregunté, al ocurrírseme por primera vez. Era una amplificadora como el Oscuro, pero él también tenía su propio poder.

—No estoy seguro. Creo que era una Agitamareas, pero no hay nadie por aquí lo bastante viejo como para recordarlo —dijo, y bajó la mirada hasta mí. El aire frío le había sonrojado las mejillas, y la luz de la lámpara se reflejaba en sus ojos grises—. Alina, si te dijera que sigo creyendo que lograremos encontrar al ciervo, ¿pensarías que estoy loco?

—¿Por qué debería importarte lo que pensara?

Él parecía verdaderamente confundido.

—No lo sé. Pero me importa.

Y, entonces, me besó.

Sucedió tan repentinamente que apenas tuve tiempo para reaccionar. Un instante

estaba mirando sus ojos color pizarra, y al siguiente, sus labios estaban presionando los míos. Sentí que esa familiar sensación de seguridad fluía a través de mí mientras mi cuerpo cantaba con repentina calidez y mi corazón latía frenéticamente. Entonces, tan repentinamente como antes, se alejó de mí. Parecía tan sorprendido como yo.

—No pretendía… —dijo.

En ese momento, oímos pasos e Iván dobló la esquina. Se inclinó ante el Oscuro y después ante mí, pero capté una sonrisilla de suficiencia en sus labios.

—El Apparat se está impacientando —declaró.

—Una de sus características menos atractivas —respondió el Oscuro con suavidad. La expresión de sorpresa se había desvanecido de su rostro. Se inclinó ante mí, completamente sosegado, y sin una mirada más él e Iván me dejaron en la nieve.

Me quedé ahí durante un largo momento, y después emprendí el camino de vuelta al Pequeño Palacio, aturdida. *¿Qué ha pasado?* Me toqué los labios con los dedos. *¿En serio acaba de besarme el Oscuro?* Evité la sala abovedada y fui directamente a mi habitación, pero una vez llegué no sabía qué hacer. Pedí que me trajeran la cena en una bandeja y me senté a picotear mi comida. Estaba desesperada por hablar con Genya, pero ella dormía cada noche en el Gran Palacio, y no tenía el coraje de ir a tratar de encontrarla. Finalmente, me rendí y decidí bajar a la sala abovedada.

Marie y Nadia habían regresado de su excursión en trineo y estaban sentadas junto al fuego, bebiendo té. Me conmocionó ver a Sergei sentado junto a Marie, con el brazo entrelazado al de ella. *Tal vez haya algo en el aire*, pensé con asombro.

Me senté a tomar té con ellos, preguntándoles por el día y su viaje al campo, pero me costaba mantenerme pendiente de la conversación. Mis pensamientos no dejaban de volar hasta la sensación de los labios del Oscuro sobre los míos, y el aspecto que tenía a la luz de la lámpara, espirando vaharadas blancas en el frío aire nocturno, con esa expresión de aturdimiento en el rostro.

Sabía que no sería capaz de dormir, así que cuando Marie sugirió ir a la banya, decidí unirme a ellos. Ana Kuya siempre nos había dicho que la *banya* era cosa de bárbaros, una excusa para que los campesinos bebieran *kvas* y se comportaran lascivamente. Pero estaba comenzando a darme cuenta que la vieja Ana era un poco esnob.

Me senté donde el vapor tanto tiempo como pude soportar el calor, y después me lancé a la nieve chillando con los demás, tras lo cual corrí al interior para repetir otra vez. Me quedé allí hasta bien pasada la medianoche, riendo y resollando mientras trataba de aclarar mi cabeza.

Cuando llegué hasta mi habitación, caí sobre la cama, con la piel húmeda y rosada, y el pelo mojado y enredado. Estaba sonrojada y notaba los huesos como de gelatina, pero mi mente seguía zumbando. Me concentré e invoqué una oleada de luz cálida, la hice bailar sobre el techo pintado, y dejé que el firme flujo de poder calmara mis nervios. Entonces el recuerdo del beso del Oscuro me atravesó y acabó con mi concentración, dispersando mis pensamientos y haciendo que mi corazón cayera en

picado, como un pájaro llevado por corrientes de aire inciertas.

La luz se hizo añicos, dejándome en la oscuridad.

CAPÍTULO 14

medida que el invierno iba llegando a su fin, las conversaciones se fueron centrando en la fiesta del Rey y la Reina en el Gran Palacio. Se esperaba que los Invocadores Grisha hicieran una demostración de sus poderes para entretener a los nobles, y se empleaba mucho tiempo en decidir quién actuaría y qué espectáculo sería el más impresionante.

—No lo llames «actuar» —advirtió Genya—. El Oscuro no lo soporta. Piensa que la fiesta de invierno es una gran pérdida de tiempo para los Grisha.

Pensé que podía tener razón. Los talleres de los Materialki zumbaban día y noche con pedidos desde el palacio de telas, joyas y fuegos artificiales. Los Invocadores pasaban horas en los pabellones de piedra puliendo sus «demostraciones». Dado que Ravka estaba en guerra y lo había estado desde hacía más de un siglo, todo parecía un poco frívolo. Sin embargo, como yo no había ido a muchas fiestas, me dejaba enredar en las conversaciones sobre sedas, bailes y flores.

Baghra no tenía paciencia conmigo. Si perdía la concentración aunque fuera tan solo un momento, me golpeaba con su bastón y decía: «¿Soñando con bailar con tu príncipe oscuro?».

Yo la ignoraba, pero muchas veces tenía razón. A pesar de todos mis esfuerzos, pensaba en el Oscuro. Había vuelto a desaparecer, y Genya me había contado que se había ido al norte. Los otros Grisha especulaban que tendría que aparecer en la fiesta de invierno, pero nadie podía estar seguro. Una y otra vez estuve a punto de contarle a Genya lo del beso, pero siempre me detenía justo cuando tenía las palabras en la punta de la lengua.

Estás siendo ridícula, me reprendí severamente. *No ha significado nada. Probablemente besará a muchas chicas Grisha. Y, ¿por qué tendría el Oscuro algún interés en ti cuando hay gente como Genya y Zoya por aquí?* Pero, si todo eso era cierto, no quería saberlo. Mientras mantuviera la boca cerrada, el beso sería un

secreto que compartía con el Oscuro, y quería que siguiera siendo así. Al mismo tiempo, algunos días me costaba toda mi fuerza de voluntad no ponerme de pie en medio del desayuno y gritar que el Oscuro me había besado.

Si Baghra estaba decepcionada conmigo, eso era nada comparado con mi propia decepción. Por mucho que me esforzara, mis limitaciones estaban siendo bastante obvias. Al final de cada lección, no dejaba de oír al Oscuro decir «No es suficiente», y sabía que tenía razón. Él quería destruir el tejido mismo de la Sombra, hacer desaparecer la marea negra del Nocéano, y yo, simplemente, no era lo bastante fuerte para lograrlo. Había leído lo suficiente como para comprender que las cosas eran así. Todos los Grisha tenían poderes limitados, incluido el Oscuro. Pero él había dicho que yo iba a cambiar el mundo, y era difícil aceptar que tal vez no estuviera a la altura.

El Oscuro había desaparecido, pero el Apparat parecía estar en todas partes. Merodeaba por los pasillos y junto al camino que llevaba al lago. Pensaba que tal vez quisiera volver a acorralarme, pero yo no quería escucharlo despotricar sobre la fe y el sufrimiento. Tenía cuidado para que nunca me pillara a solas.

El día de la fiesta del invierno, se me eximió de asistir a clase, pero fui a ver a Botkin de todos modos. Estaba demasiado nerviosa por mi papel en la demostración y la posibilidad de volver a ver al Oscuro como para quedarme sentada en la habitación. Estar con los otros Grisha no ayudaba. Marie y Nadia hablaban constantemente sobre sus nuevas *kefta* de seda y las joyas que tenían intención de llevar, mientras que David y los otros Hacedores no dejaban de abordarme para hablar de los detalles de la demostración. Por tanto, evité la sala abovedada y fui a las salas de entrenamiento junto a los establos.

Botkin me hizo ensayar y entrenar con los espejos. Sin ellos, estaba prácticamente indefensa contra él. Pero, con los guantes puestos, casi podía valerme por mí misma. O eso creía. Cuando la lección terminó, Botkin admitió que había estado conteniéndose.

—No debo golpear a chica en cara cuando va a fiesta —dijo, encogiéndose de hombros—. Botkin será más justo mañana.

Gruñí ante la perspectiva.

Cené rápidamente en la sala abovedada y después, antes de que nadie pudiera acorralarme, me apresuré a subir a mi habitación, pensando en mi preciosa bañera. La *banya* era divertida, pero ya había tenido suficientes baños comunitarios en el ejército, y la privacidad seguía pareciéndome todo un descubrimiento.

Cuando acabé de darme un baño largo y lujoso, me senté junto a las ventanas para que se me secara el pelo mientras observaba la noche caer sobre el lago. Pronto, las lámparas que bordeaban el largo camino hasta el palacio quedarían iluminadas, y los nobles llegarían en sus espléndidos carruajes, cada uno más ornamentado que el anterior. Sentí un pequeño cosquilleo de emoción. Unos meses antes, habría aborrecido una noche como esta: una actuación, jugar a los disfraces con cientos de

personas guapas con ropa bonita. Seguía estando nerviosa, pero pensaba que hasta podría ser… divertido.

Miré el pequeño reloj que había sobre la chimenea y fruncí el ceño. Se suponía que una sirvienta tenía que venir a llevarme mi nueva *kefta* de seda, pero si no llegaba pronto iba a tener que llevar la de lana, o pedirle algo prestado a Marie.

En cuanto pensé eso, oí un golpe en la puerta. Pero era Genya, cuya alta figura estaba envuelta en seda color crema con recargados bordados dorados. Su pelo rojo estaba recogido en un alto moño sobre su cabeza, para mostrar mejor los enormes diamantes que colgaban de sus orejas y la grácil forma de su cuello.

—¿Y bien? —preguntó, girando de un lado a otro.

—Te odio —declaré con una sonrisa.

—La verdad es que estoy increíble —dijo, admirándose a sí misma en el espejo que había sobre el lavabo.

—Estarías aún mejor con un poco de humildad.

—Lo dudo. ¿Por qué no estás vestida? —preguntó, dejando de maravillarse ante su propio reflejo para ver que seguía en bata.

—Mi *kefta* todavía no ha llegado.

—Ah, bueno, los Hacedores han estado un poco desbordados con las peticiones de la Reina. Estoy segura de que llegará. Ahora siéntate frente al espejo para que te arregle el pelo

Casi chillé de emoción, pero me las arreglé para contenerme. Esperaba que Genya se ofreciera a arreglarme el pelo, pero no quería pedírselo.

—Pensaba que estarías ayudando a la Reina —dije mientras Genya ponía a trabajar sus hábiles manos. Ella puso en blanco sus ojos color ámbar.

—Mis habilidades tienen un límite. Su alteza ha decidido que no asistirá al baile esta noche. Le duele la cabeza. ¡Ja! Fui yo quien se pasó una hora quitándole las patas de gallo.

—¿Así que no asistirá?

—¡Por supuesto que asistirá! Solo quiere que sus damas se lo supliquen para poder sentirse aún más importante. Este es el mayor evento de la temporada: no se lo perdería por nada del mundo.

El mayor evento de la temporada. Solté el aliento temblorosamente.

—¿Nerviosa? —preguntó Genya.

—Un poco. No sé por qué.

—Tal vez porque unos cuantos centenares de nobles están esperando a verte por primera vez.

—Gracias. Eso ayuda muchísimo.

—Oh, no hay de qué —replicó, dándome un fuerte tirón en el pelo—. Ya deberías estar acostumbrada a que te miren boquiabiertos.

—Pues no lo estoy.

—Bueno, si es demasiado para ti, hazme una señal y yo me levantaré de la mesa

del banquete, me subiré la falda hasta la cabeza y bailaré un poco. Así nadie te mirará.

Reí y noté que me relajaba un poco. Tras un momento, procurando que mi voz sonara casual, pregunté:

—¿Ha regresado el Oscuro?

—Oh, sí. Regresó ayer, vi su carruaje.

Mi corazón dio un vuelco. Llevaba un día entero en el palacio y no había venido a verme ni me había mandado llamar.

—Supongo que estará muy ocupado —añadió Genya.

—Por supuesto.

Tras un momento, dijo con suavidad:

—Todos lo sentimos, ¿sabes?

—¿Sentir el qué?

—La atracción. Hacia el Oscuro. Pero él no es como nosotros, Alina.

Me puse tensa, y Genya mantuvo la mirada cuidadosamente en los bucles de mi pelo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Incluso en mis propios oídos, mi voz sonaba extrañamente aguda.

—Su poder, su aspecto. Tendrías que estar loca o ciega para no haberte fijado.

No quería preguntar, pero no pude evitarlo.

—¿Alguna vez ha…? Quiero decir, ¿alguna vez habéis…?

—¡No! ¡Nunca! —dijo, y sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa—. Pero lo haría.

—¿En serio?

—¿Quién no? —Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo—. Pero nunca dejaría que mi corazón se interpusiera.

Me encogí de hombros con lo que esperaba que fuera indiferencia.

—Claro que no —dije. Genya alzó sus cejas perfectas y me tiró con fuerza del pelo—. ¡Au! ¿Vendrá David esta noche?

Ella suspiró.

—No, no le gustan las fiestas. Pero acabo de pasarme por los talleres para que pueda ver lo que va a perderse. Apenas me ha mirado.

—Eso lo dudo —repliqué para reconfortarla.

Genya colocó un último mechón de pelo en su sitio y lo fijó con una horquilla dorada.

—¡Ya está! —exclamó triunfante. Me entregó mi espejito y me giró para que pudiera ver su trabajo. Había hecho un elaborado moño con la mitad de mi pelo, y el resto caía en cascada sobre mis hombros en ondas brillantes. Sonreí y le di un abrazo rápido.

—¡Gracias! —dije—. Eres fantástica.

—Pues no me sirve de mucho —gruñó.

¿Cómo era posible que Genya se hubiera enamorado tanto de alguien tan serio, tan silencioso y tan aparentemente inconsciente de su belleza? ¿O era eso precisamente lo que había hecho que se enamorara de David?

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos, y prácticamente fui corriendo a abrirla. Me invadió el alivio cuando vi a dos sirvientas en el umbral, cada una con varias cajas. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo preocupada que estaba por la llegada de mi *kefta*. Puse la caja más grande sobre la cama y levanté la tapa.

Genya soltó un chillido, y yo me quedé mirando el contenido embelesada. Como no me moví, ella metió la mano en la caja y sacó un montón de seda negra ondeante. Las mangas y el cuello estaban delicadamente bordadas en oro y centelleaban con pequeñas cuentas de azabache.

—Negro —susurró Genya. Su color. ¿Qué significaba?—. ¡Mira! —resolló.

El cuello del traje estaba ribeteado con una cinta de terciopelo negro, y de ella colgaba un pequeño adorno dorado: el sol eclipsado, el símbolo del Oscuro.

Me mordí el labio. Esta vez, el Oscuro había decidido diferenciarme, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Sentí un pinchazo de resentimiento, pero me sentía ahogada por la emoción. ¿Había elegido esos colores para mí antes o después de la noche junto al lago? ¿Se arrepentiría de verme con ellos esta noche?

No podía pensar en eso. Salvo que quisiera ir al baile desnuda, no tenía muchas opciones. Me oculté tras el biombo y me puse la nueva *kefta*. Noté la seda fría contra mi piel mientras me abrochaba torpemente los botoncitos. Cuando salí, Genya me dedicó una enorme sonrisa.

—¡Ooh! Sabía que te sentaría bien el negro —dijo, y me cogió del brazo—. ¡Vamos!

—¡Ni siquiera me he puesto los zapatos!

—¡Tú ven!

Me arrastró por el pasillo, y después abrió una puerta de golpe, sin llamar.

Zoya gritó. Estaba de pie en medio de su habitación con una *kefta* de seda azul medianoche y un cepillo en la mano.

—¡Discúlpanos! —anunció Genya—. Pero necesitamos esta cámara. ¡Órdenes del Oscuro!

Los bonitos ojos azules de Zoya se entrecerraron peligrosamente.

—Si te crees que… —comenzó, pero entonces se fijó en mí. Se quedó boquiabierta y empalideció de repente.

—¡Fuera! —ordenó Genya.

Zoya cerró la boca y, para mi sorpresa, salió de la habitación sin decir nada más. Genya cerró la puerta tras ella.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con recelo.

—Pensé que era importante que te vieras en un espejo de verdad, y no en ese minúsculo trozo de cristal que tienes sobre el tocador. Pero, sobre todo, quería ver la

cara de esa zorra al descubrir que vistes el color del Oscuro.

No pude reprimir una sonrisa.

—Ha sido genial.

—¿A que sí? —dijo Genya, con voz soñadora.

Me giré hacia el espejo, pero Genya me agarró para sentarme en el tocador de Zoya, y comenzó a rebuscar entre sus cajones.

—¡Genya!

—Tú espera… ¡ajá! ¡Sabía que se estaba oscureciendo las pestañas! —exclamó, y sacó un frasquito de antimonio negro del cajón de Zoya—. ¿Podrías invocar un poco de luz para que pueda trabajar?

Invoqué un bonito y cálido resplandor para que Genya viera mejor y traté de ser paciente mientras ella me hacía mirar hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda y hacia la derecha.

—¡Perfecto! —dijo cuando terminó—. Oh, Alina, pareces una auténtica seductora.

—Seguro —repliqué, y le quité el espejo. Pero entonces tuve que sonreír. La chica triste, enfermiza, de mejillas hundidas y hombros huesudos había desaparecido. En su lugar había una Grisha de ojos brillantes y relucientes ondas de cabello color bronce. La seda negra se ajustaba a mi nueva forma, cambiante y deslizante como sombras cosidas. Y Genya le había hecho algo maravilloso a mis ojos para que parecieran oscuros y casi gatunos.

—¡Joyas! —gritó, y corrimos de vuelta a mi habitación, cruzándonos por el pasillo con Zoya por el pasillo, que estaba furiosa.

—¿Habéis terminado? —soltó.

—Por ahora —repliqué airadamente, y Genya resopló de forma muy poco femenina.

En las otras cajas que había sobre mi cama, encontramos unas sandalias de seda dorada, relucientes pendientes de azabache y oro, y un grueso manguito de piel. Cuando estuve lista, me examiné en el espejito que había sobre el lavabo. Me sentía exótica y misteriosa, como si llevara la ropa de otra chica, mucho más glamurosa.

Alcé la mirada y vi que Genya me observaba con expresión turbada.

—¿Qué pasa? —pregunté, repentinamente cohibida de nuevo.

—Nada —dijo con una sonrisa—. Estás preciosa. De verdad. Pero… —Su sonrisa vaciló, y estiró el brazo para levantar el pequeño adorno dorado que llevaba al cuello—. Alina, el Oscuro no se fija en la mayoría de nosotros. Somos momentos que olvidará en su larga vida. No estoy segura de que eso sea algo tan malo, pero… ten cuidado.

Me la quedé mirando, confundida.

—¿De qué?

—De los hombres poderosos.

—Genya, ¿qué pasó entre el Rey y tú? —pregunté, antes de que pudiera

acobardarme.

Ella examinó la punta de sus sandalias de raso.

—El Rey se sale con la suya con muchas sirvientas —dijo, y después se encogió de hombros—. Al menos conseguí unas cuantas joyas.

—No lo dices en serio.

—No —admitió, y jugueteó con uno de sus pendientes—. Lo peor es que todo el mundo lo sabe.

La rodeé con el brazo.

—Ellos dan igual. Tú vales más que todos ellos juntos.

Hizo una débil imitación de su sonrisa confiada.

—Ah, ya lo sé.

—El Oscuro debería haber hecho algo —dije—. Debería haberte protegido.

—Lo ha hecho, Alina, más de lo que piensas. Además, él es tan esclavo de los antojos del Rey como todos nosotros. Al menos, por ahora.

—¿Por ahora?

Me dio un rápido apretón.

—Mejor no hablemos de cosas deprimentes hoy. Vamos —dijo, y su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa deslumbrante—. ¡Me muero por un poco de champán!

Y, tras decir eso, salió con calma de la habitación. Quería saber algo más, preguntarle lo que había querido decir con lo del Oscuro. Quería darle un martillazo en la cabeza al Rey. Eché un último vistazo al espejito y me apresuré a salir al pasillo, dejando detrás mis preocupaciones y las advertencias de Genya.

Mi *kefta* negra provocó bastante revuelo en la sala abovedada, y Marie, Nadia y un grupo de otros Etherealki vestidos de seda y terciopelo azul se arremolinaron alrededor de mí y de Genya. Ella intentó escabullirse como solía hacer, pero yo le agarré el brazo con fuerza. Si llevaba el color del Oscuro, tenía intención de aprovecharme de ello completamente y llevar a mi amiga a mi lado.

—Sabes que no puedo entrar contigo en el salón de baile —me susurró al oído—. A la Reina le daría un ataque.

—Vale, pero todavía puedes ir conmigo.

Ella sonrió.

Mientras bajábamos por el camino de gravilla hasta el túnel de madera, me fijé en que Sergei y algunos otros Mortificadores nos seguían el ritmo, y me di cuenta con un sobresalto de que estaban ahí para protegernos o, probablemente, para protegerme a mí. Supuse que tenía sentido con todos los extraños que habría en los terrenos del palacio para la fiesta, pero seguía siendo desconcertante, un recordatorio de que había mucha gente en el mundo que me quería muerta.

Los terrenos que rodeaban el Gran Palacio habían sido iluminados para exhibir

unos escenarios donde había actores y pequeñas *troupes* de acróbatas actuando para los invitados que deambulaban por ahí. Unos músicos enmascarados se paseaban por los caminos. Un hombre con un mono en la espalda nos pasó de largo, y dos hombres cubiertos de la cabeza a los pies de láminas doradas pasaron montados en cebras, lanzando joyas en forma de flores a todo el que pasara. Unos coros con traje cantaban en los árboles. Un trío de bailarines pelirrojos salpicaban agua en la fuente del águila doble, llevando poco más que conchas marinas y coral, y ofrecían platos llenos de ostras a los invitados.

Acabábamos de comenzar a subir los escalones de mármol cuando un sirviente apareció con un mensaje para Genya. Ella leyó la nota y suspiró.

—El dolor de cabeza de la Reina ha desaparecido milagrosamente, y ha decidido asistir al baile después de todo.

Me dio un abrazo, prometió buscarme antes de la demostración, y se escabulló.

La primavera apenas había comenzado a manifestarse, pero era imposible decir eso en el Gran Palacio. La música flotaba por los vestíbulos de mármol. El aire estaba curiosamente cálido, y perfumado con el aroma de miles de flores blancas, cultivadas en los invernaderos Grisha. Cubrían las mesas y colgaban de las balaustradas en gruesos racimos.

Marie, Nadia y yo nos dejamos llevar entre grupos de nobles que fingían ignorarnos, pero susurraban cuando pasábamos junto a ellos con nuestra guardia Corporalki. Alcé la cabeza y hasta sonreí a uno de los jóvenes nobles que estaban de pie junto a la entrada del salón de baile. Me sorprendió ver que se ruborizaba y bajaba la mirada hasta sus zapatos. Lancé una mirada a Marie y Nadia para ver si se habían dado cuenta, pero estaban parloteando sobre algunos de los platos que se servían a los nobles durante la cena: lince estofado, melocotones salados, cisne asado con azafrán. Me alegró haber comido antes.

El salón de baile era incluso más grande y amplio que la sala del trono, iluminado por una fila tras otra de relucientes lámparas de araña, y lleno de personas que bebían y bailaban al son de la música de la orquesta, cuyos músicos enmascarados estaban sentados a lo largo de la pared más alejada. Los vestidos, las joyas, los cristales que colgaban de las arañas, incluso el suelo bajo nuestros pies parecían centellear, y me pregunté cuánto se debería al arte de los Hacedores.

Los Grisha se entremezclaban con los demás y bailaban, pero era fácil distinguirlos por sus audaces colores: púrpura, rojo y azul medianoche, reluciendo bajo las lámparas de araña como flores exóticas que hubieran brotado en algún jardín insulso.

La siguiente hora pasó volando. Me presentaron a incontables nobles y a sus mujeres, oficiales militares de alto rango, cortesanos, e incluso a algunos Grisha de familias nobles que habían sido invitados al baile. Enseguida me rendí en mi intento de recordar los nombres, y me limité a sonreír, asentir e inclinar la cabeza. Y traté de aguantarme las ganas de examinar la muchedumbre en busca de la figura vestida de

negro del Oscuro. También probé el champán por primera vez, y descubrí que me gustaba mucho más que el *kvas*.

Hubo un momento en que me encontré cara a cara con un noble de aspecto cansado que se apoyaba en un bastón.

—¡Duque Keramsov! —exclamé. Llevaba su viejo uniforme de oficial, con el ancho pecho cubierto de medallas. El anciano me miró con una chispa de interés, claramente sorprendido de que supiera su nombre—. Soy yo. ¿Alina Starkov?

—Sí… sí. ¡Por supuesto! —dijo con una débil sonrisa.

Lo miré a los ojos. No me recordaba en absoluto.

Y, ¿por qué debería hacerlo? Yo era una huérfana más, y una muy fácil de olvidar. Sin embargo, me sorprendió comprobar cuánto me dolía.

Hablé con él educadamente el tiempo necesario y después aproveché la primera oportunidad que tuve para escapar.

Me apoyé sobre una columna y le cogí otra copa de champán a un sirviente que pasaba. La sala estaba incómodamente cálida. Mientras miraba a mi alrededor, me sentí muy sola de repente. Pensé en Mal y, por primera vez desde hacía semanas, mi corazón dio ese viejo vuelco tan familiar. Deseaba que estuviera allí para ver ese sitio. Deseaba que pudiera verme con mi *kefta* de seda y oro en el pelo. Sobre todo, deseaba que estuviera allí junto a mí. Aparté el pensamiento y tomé un gran trago de champán. ¿Qué importaba que un hombre viejo y borracho no me reconociera? Me alegraba que no reconociera a la niña flacucha y miserable que había sido.

Vi que Genya se deslizaba hacia mí entre la multitud. Condes, duques y mercaderes acaudalados se giraban para mirarla mientras pasaba, pero ella los ignoró a todos. *No perdáis el tiempo*, quise decirles. *Su corazón pertenece a un Hacedor desgarbado al que no le gustan las fiestas*.

—Es la hora del espectáculo… es decir, la demostración —dijo cuando llegó hasta mí—. ¿Por qué estás aquí sola?

—Tan solo necesitaba un pequeño descanso.

—¿Demasiado champán?

—Tal vez.

—Chica tonta —dijo, entrelazando su brazo con el mío—. Nunca hay demasiado champán, aunque seguramente tu cabeza te dirá lo contrario mañana.

Me condujo entre la multitud, esquivando grácilmente a la gente que quería conocerme o que la miraba lascivamente, hasta que llegamos detrás del escenario que habían instalado a lo largo de la pared más alejada del salón de baile. Nos quedamos junto a la orquesta, y observamos a un hombre vestido con un elaborado conjunto plateado que subía al escenario para presentar a los Grisha.

La orquesta tocó un acorde dramático, y muy pronto los invitados comenzaron a jadear y aplaudir cuando los Inferni dispararon arcos de fuego por encima de la multitud y los Vendavales lanzaron remolinos de purpurina por toda la habitación. Pronto se les unió un gran grupo de Agitamareas que, con la ayuda de los Vendavales,

formaron una enorme ola que golpeó el balcón y se quedó flotando unos centímetros por encima de las cabezas de la audiencia. Vi manos que se alzaban para tocar la brillante capa de agua. Después, los Inferni alzaron los brazos y, con un silbido, la ola explotó en una masa de neblina que se arremolinaba. Oculta a un lado del escenario, me vino una inspiración repentina y envié una cascada de luz a través de la niebla, creando un arcoíris que brilló brevemente en el aire.

—Alina.

Di un salto. La luz vaciló y el arcoíris desapareció. El Oscuro estaba junto a mí y, como de costumbre, llevaba una *kefta* negra, aunque esta estaba hecha de seda cruda y terciopelo. La luz de las velas se reflejaba en su pelo oscuro. Tragué saliva y miré a mi alrededor, pero Genya había desaparecido.

—Hola —logré decir.

—¿Estás lista?

Asentí, y él me condujo hasta la base de los escalones que llevaban a la plataforma. Mientras la multitud aplaudía y los Grisha salían del escenario, Ivo me dio un golpe en el hombro.

—¡Buen toque, Alina! Ese arcoíris ha sido perfecto.

Le di las gracias y después dirigí mi atención a la multitud. De pronto me sentí nerviosa. Vi rostros expectantes y a la Reina, rodeada por sus damas, con expresión de aburrimiento. Junto a ella el Rey se balanceaba sobre su trono, claramente con unas copas de más, y el Apparat estaba a su lado. Si los príncipes reales se habían molestado en aparecer, no se veía por ningún sitio. Me sobresalté al darme cuenta de que el Apparat me estaba mirando directamente, y me apresuré a apartar la vista.

Esperamos mientras la orquesta comenzaba a tamborilear ominosamente una melodía que incrementaba de volumen, y el hombre vestido de plata subió al escenario una vez más para presentarnos.

De pronto, Iván estaba junto a nosotros diciéndole algo al oído al Oscuro.

—Llévalos a la sala de guerra —respondió él—. Estaré allí en breve.

Iván se fue como una flecha, ignorándome por completo. Cuando el Oscuro se giró hacia mí, estaba sonriendo, y sus ojos brillaban de emoción. La noticia que había recibido debía de ser buena.

Un estallido de aplausos nos indicó que era hora de subir al escenario. El Oscuro me tomó del brazo y dijo:

—Démosles lo que quieren.

Asentí, con la garganta seca mientras me guiaba por los escalones hasta el centro del escenario. Oí un entusiasmado alboroto desde la multitud, y miré sus rostros expectantes. El Oscuro me hizo un pequeño asentimiento. Sin ningún preámbulo, dio una palmada y un trueno resonó por la habitación mientras una oleada de oscuridad caía sobre la fiesta.

Esperó, dejando que la expectación de la gente creciera. Puede que al Oscuro no le gustara que los Grisha actuaran, pero desde luego sabía cómo montar un

espectáculo. Solo cuando la habitación estaba prácticamente vibrando por la tensión, se inclinó hacia mí y susurró suavemente para que solo yo lo oyera:

—Ahora.

Con el corazón retumbando, extendí el brazo con la palma hacia arriba. Inspiré profundamente e invoqué ese sentimiento de seguridad, la sensación de la luz que se abalanzaba hacia mí y a través de mí, y la concentré en mi mano. Una brillante columna de luz salió disparada de mi palma, resplandeciendo en la oscuridad del salón de baile. El público jadeó.

—¡Es cierto! —gritó alguien.

Giré la mano ligeramente, en dirección a lo que esperaba que fuera el punto exacto en el balcón que me había descrito antes David.

—Tú asegúrate de que apuntas lo bastante alto, y te encontraremos —había dicho.

Supe que lo había logrado cuando el haz de luz que surgía de mi palma salió disparado desde el balcón, haciendo zigzag por toda la habitación mientras la luz rebotaba de un gran espejo creado por los Hacedores al siguiente, hasta que el oscuro salón de baile quedó lleno de torrentes cruzados de resplandeciente luz solar. El público murmuraba, emocionado. Cerré la palma y la luz desapareció, y después, rápidamente, dejé que la luz brotara alrededor del Oscuro y de mí, envolviéndonos en una brillante esfera que nos rodeó como un halo dorado.

Él me miró y extendió la mano, enviando negros remolinos de oscuridad que ascendieron por la esfera, girando y retorciéndose. Aumenté la luz y su intensidad, sintiendo el placentero poder que me atravesaba, dejando que jugara en la punta de mis dedos mientras él enviaba negros rizos de oscuridad a través de la luz y los hacía bailar.

El público aplaudió y el Oscuro murmuró con suavidad:

—Ahora, *lúcete*.

Sonreí e hice lo me habían enseñado, abriendo ampliamente los brazos y sintiendo que mi ser entero también se abría, y después di una palmada y un fuerte retumbo sacudió el salón de baile. Una brillante luz blanca explotó entre el público con un silbido y los invitados soltaron un «¡Aaaah!» colectivo y cerraron los ojos, protegiéndoselos de la claridad con las manos.

Aguanté durante unos largos segundos y después separé las manos, dejando que la luz se desvaneciera. El público comenzó a aplaudir furiosa y salvajemente, al tiempo que zapateaban. Hicimos sendas reverencias mientras la orquesta comenzaba a tocar y los aplausos dieron paso a un parloteo emocionado. El Oscuro me llevó a un lado del escenario y susurró:

—¿Los oyes? ¿Los ves bailando y abrazándose? Ahora saben que los rumores son ciertos, que todo está a punto de cambiar.

Mi euforia decayó ligeramente y noté una sensación de inseguridad.

—Pero ¿no le estamos dando falsas esperanzas a esta gente? —pregunté.

—No, Alina. Te dije que tú eras mi respuesta, y lo eres.

—Pero después de lo que pasó junto al lago… —Me sonrojé violentamente y me apresuré a dejarlo claro—. Me refiero a cuando dijiste que no era lo bastante fuerte.

La boca del Oscuro se torció en el fantasma de una sonrisa, pero sus ojos estaban serios.

—¿De verdad pensabas que había acabado contigo?

Me invadió un estremecimiento. Él me observó, y su media sonrisa se desvaneció. Después, abruptamente, me tomó del brazo y me llevó desde el escenario hasta el público. La gente nos daba la enhorabuena, extendía los brazos para tocarnos, pero él invocó una oleada de oscuridad que se extendió entre el público y se desvaneció tan pronto hubimos pasado. Era casi como ser invisible. Podía oír fragmentos de conversación mientras nos deslizábamos entre los grupos de gente.

—No me lo creía…

—… ¡Un milagro!

—… Nunca había confiado en él, pero…

—¡Se ha acabado! ¡Se ha acabado!

Oí que la gente reía y lloraba, y esa sensación de inquietud volvió a atravesarme. Esa gente creía que yo podía salvarlos. ¿Qué dirían cuando supieran que solo servía para hacer trucos de salón? Pero esos pensamientos eran tenues. Era difícil pensar en nada que no fuera el hecho de que, tras semanas ignorándome, el Oscuro me había cogido la mano y me estaba llevando a través de una puerta estrecha y por un pasillo desierto.

Se me escapó una risa atolondrada cuando nos colamos en una habitación vacía, iluminada únicamente por la luz de la luna que entraba por la ventana. Apenas tuve tiempo de darme cuenta de que era la sala donde me habían llevado a conocer a la Reina porque, en cuanto se cerró la puerta, él comenzó a besarme y ya no pude pensar en nada más.

Me habían besado antes, errores estando borracha, torpes e incómodos. Aquello no se le parecía en absoluto. Era algo firme y poderoso, y parecía que mi cuerpo entero acabara de despertarse. Sentía el latido de mi corazón, la presión de la seda sobre mi piel, la fuerza de sus brazos a mi alrededor, una mano enterrada profundamente en mi pelo, y la otra en mi espalda, atrayéndome hacia él. Cuando sus labios se encontraron con los míos, la conexión entre nosotros se abrió y sentí que su poder me inundaba. Sentí cuánto me deseaba, pero, detrás de ese deseo, sentía algo más, algo que parecía ira.

Me aparté, sobresaltada.

—No quieres hacer esto.

—Esto es lo único que quiero hacer —gruñó, y pude oír la amargura y el deseo, entrelazados en su voz.

—Y lo odias —dije, comprendiéndolo de repente.

Él suspiró y se inclinó sobre mí, apartándome el pelo del cuello.

—Tal vez —murmuró, y sus labios rozaron mi oreja, mi garganta, mis clavículas.

Me estremecí e incliné la cabeza hacia atrás, pero tuve que preguntarlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió, todavía rozando mi piel con sus labios, deslizando los dedos por las cintas que recorrían mi escote—. Alina, ¿sabes lo que me dijo Iván antes de que subiéramos al escenario? Esta noche nos han comunicado que mis hombres han avistado la manada de Morozova. La clave para destruir la Sombra está por fin a nuestro alcance y, ahora mismo, debería estar en la sala de guerra, escuchando su informe y planeando el viaje hacia el norte. Pero no lo estoy, ¿verdad?

Mi mente se había bloqueado, rindiéndose al placer que me atravesaba y la expectación por saber dónde caería su siguiente beso.

—¿Verdad? —repitió, y me mordisqueó el cuello. Jadeé y sacudí la cabeza, incapaz de pensar. Me tenía acorralada contra la puerta, y sus labios eran firmes sobre los míos—. El problema de querer —dijo, y su boca me recorrió la mandíbula hasta quedarse sobre mis labios—, es que nos hace débiles.

Y entonces, por fin, cuando pensaba que no podría soportarlo más, me volvió a besar.

Esta vez me besó con más fuerza, debido a la ira que podía sentir todavía en su interior. No me importaba. No me importaba que me hubiera ignorado, o que me confundiera, o las vagas advertencias de Genya. Había encontrado el ciervo. Había tenido razón sobre mí. Había tenido razón en todo.

Su mano se deslizó hasta mi cadera. Sentí algo de pánico cuando me levantó la falda y sus dedos se cerraron sobre mi muslo desnudo, pero, en lugar de apartarme, me acerqué más a él.

No sé lo que hubiera pasado después, porque en ese momento oímos un gran clamor de voces desde fuera de la sala. Un grupo de gente muy ruidosa y borracha estaba corriendo por el pasillo, y alguien chocó contra la puerta, haciendo sonar el picaporte. Nos quedamos paralizados. El Oscuro puso la espalda contra la puerta para que no se abriera, y el grupo siguió avanzando, gritando y riendo.

En el silencio que prosiguió, nos quedamos mirándonos. Después suspiró y bajó la mano, dejando que la seda de mi falda volviera a caer a su sitio.

—Debería irme —murmuró—. Iván y los demás me están esperando.

Asentí con la cabeza, sin atreverme a hablar.

Él se alejó de mí. Me hice a un lado, y él abrió un poco la puerta y echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que se encontraba vacío.

—No voy a volver a la fiesta —dijo—, pero tú deberías, al menos un rato.

Volví a asentir. De pronto era fuertemente consciente del hecho de que estaba en una habitación a oscuras con alguien que era prácticamente un desconocido, y que tan solo unos momentos antes había estado a punto de subirme la falda hasta la cintura. El rostro adusto de Ana Kuya acudió a mi mente, aleccionándome sobre los estúpidos errores que cometían las campesinas, y enrojecí por la vergüenza.

El Oscuro se deslizó a través de la puerta, pero entonces se giró hacia mí.

—Alina —dijo, y pude ver que estaba luchando contra sí mismo—, ¿puedo ir a verte esta noche?

Dudé. Sabía que si decía que sí no habría vuelta atrás. Me seguía quemando la piel donde me había tocado, pero la emoción del momento estaba desvaneciéndose, y estaba recobrando parte de la sensatez. No estaba segura de lo que quería. Ya no estaba segura de nada. Esperé durante demasiado tiempo. Oímos más voces que venían de fuera. El Oscuro cerró la puerta y salió al pasillo mientras yo retrocedía hacia la oscuridad. Esperé con nerviosismo, tratando de pensar en una excusa que justificara por qué estaba escondida en una habitación vacía.

Las voces pasaron de largo y solté el aliento temblorosamente. No había tenido oportunidad de decirle al Oscuro ni que sí ni que no. ¿Iría de todos modos? ¿Quería yo que lo hiciera? Mi mente estaba zumbando. Tenía que recobrar la compostura y volver a la fiesta. Quizá el Oscuro pudiera desaparecer sin más, pero yo no podía permitirme ese lujo.

Eché un vistazo al pasillo y me apresuré a volver al salón de baile, deteniéndome para comprobar mi aspecto en uno de los espejos dorados. No estaba tan mal como había temido. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios algo amoratados, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Me alisé el pelo y la *kefta*. Justo cuando me disponía a entrar en el salón de baile, oí que una puerta se abría al otro extremo del pasillo. El Apparat se apresuró a acercarse a mí, con la túnica marrón ondeando tras él. *Por favor, ahora no.*

—¡Alina! —llamó.

—Tengo que volver al baile —repliqué alegremente, y le di la espalda.

—¡Debo hablar contigo! Las cosas están avanzando mucho más rápido de…

Volví a entrar en la fiesta con lo que esperaba que fuera una expresión serena. Casi al momento, quedé rodeada de nobles que esperaban conocerme y felicitarme por la demostración. Sergei se acercó rápidamente con mis otros guardias Mortificadores, murmurando disculpas por haberme perdido entre el gentío. Miré hacia atrás y me alivió ver que la figura harapienta del Apparat era tragada por la marea de asistentes a la fiesta.

Hice lo que pude por conversar educadamente y responder a las preguntas de los invitados. Una mujer me pidió que la bendijera con lágrimas en los ojos. Yo no tenía ni idea de qué hacer, así que le di unas palmadas en la mano, esperando que resultara reconfortante. Lo único que quería era estar sola para pensar, para aclarar el confuso lío de emociones de mi cabeza. El champán no ayudaba.

Cuando un grupo de invitados siguió su camino para ser reemplazado por otro, reconocí la cara alargada y melancólica del Corporalnik que había ido con Iván y conmigo en el carruaje del Oscuro y nos había ayudado a luchar contra los asesinos fjerdanos. Me esforcé por recordar su nombre.

Él fue a rescatarme, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Fedyor Kaminsky.

—Perdóname —me disculpé—. Ha sido una noche muy larga.

—Me lo puedo imaginar.

Espero que no, pensé con una punzada de vergüenza.

—Parece que el Oscuro tenía razón después de todo —añadió con una sonrisa.

—¿Disculpa?

—Estabas muy segura de que no había manera de que fueras una Grisha.

Le devolví la sonrisa.

—Tengo el hábito de equivocarme sin remedio.

Fedyor apenas tuvo tiempo de hablarme de su nueva misión cerca de la frontera del sur antes de que lo alejara otra oleada de invitados impacientes por tener un momento con la Invocadora del Sol. Ni siquiera le había dado las gracias por haberme protegido aquel día en el valle.

Me las arreglé para seguir hablando y sonriendo durante alrededor de una hora, pero en cuanto tuve un momento libre, le dije a mis guardias que quería marcharme y fuimos directamente hacia las puertas.

En cuanto estuve fuera, me sentí mejor. El aire nocturno estaba maravillosamente frío, y las estrellas brillaban en el cielo. Respiré profundamente. Estaba mareada y exhausta, y mis pensamientos brincaban desde la emoción hasta la ansiedad, y vuelta a empezar. Si el Oscuro iba a mi habitación, ¿qué significaría eso? La idea de ser suya me sacudió. No pensaba que estuviera enamorado de mí, y yo no tenía ni idea de lo que sentía por él, pero me deseaba, y tal vez eso fuera suficiente.

Sacudí la cabeza, tratando de hallarle sentido a todo. Los hombres del Oscuro habían encontrado al ciervo. Debería estar pensando en eso, en mi destino, en el hecho de que tendría que matar a una criatura ancestral, en el poder que me daría y la responsabilidad que eso implicaba, pero tan solo podía pensar en sus manos en mis caderas, sus labios en mi cuello, la sensación de su cuerpo esbelto y firme en la oscuridad. Volví a tomar otra profunda bocanada de aire nocturno. Lo sensato sería cerrar la puerta con llave e irme a dormir, pero no estaba segura de que quisiera ser sensata.

Cuando llegamos al Pequeño Palacio, Sergei y los otros me dejaron para regresar al baile. La sala abovedada estaba en silencio, el fuego bailoteaba en las estufas de azulejos, y las lámparas emitían un tenue resplandor dorado. Cuando estaba a punto de atravesar la puerta hacia la escalera principal, se abrieron las puertas talladas tras la mesa del Oscuro. Apresuradamente, me oculté entre las sombras. No quería que el Oscuro supiera que me había ido pronto de la fiesta, y de todos modos todavía no estaba lista para volver a verlo. Pero era solamente un grupo de soldados atravesando el vestíbulo de entrada de camino al exterior del Pequeño Palacio. Me pregunté si eran los hombres que habían ido a informar del paradero del ciervo. Cuando la luz de una de las lámparas cayó sobre el último soldado del grupo, casi se me para el corazón.

—¡Mal!

Él se giró, y pensé que me iba a disolver de felicidad al ver su familiar rostro. En algún lugar de mi mente me percaté de su expresión adusta, pero estaba perdida en la pura felicidad que sentía. Corrí a través del vestíbulo y me lancé a abrazarlo. Estuve a punto de tirarlo al suelo, pero él se estabilizó y después soltó mis brazos de alrededor de su cuello mientras miraba a los demás soldados, que se habían detenido para observarnos. Sabía que probablemente lo había avergonzado, pero me daba exactamente igual. Estaba dando saltitos sobre los talones, prácticamente bailando de felicidad.

—Continuad —les dijo—. Ya os alcanzaré.

Algunos de los soldados alzaron las cejas, pero desaparecieron por la entrada principal y nos dejaron a solas. Abrí la boca para hablar, pero no estaba muy segura de por dónde empezar, así que dije lo primero que se me ocurrió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Y yo qué sé —respondió él con un agotamiento que me sorprendió—. Tenía que informar de algo a tu amo.

—Mi… ¿qué? —Entonces lo comprendí, y sonreí ampliamente—. ¡Tú fuiste el que encontró la manada de Morozova! Debería haberlo sabido.

Él no me devolvió la sonrisa. Ni siquiera me miró a los ojos, sino que apartó la mirada y dijo:

—Debería irme.

Me lo quedé mirando, incrédula, mientras mi euforia se desvanecía. Había estado en lo cierto: ya no le importaba a Mal. Volví a sentir de golpe toda la furia y la vergüenza que había sentido durante los últimos meses.

—Lo siento —dije fríamente—. No me había dado cuenta de que estaba haciéndote perder el tiempo.

—Yo no he dicho eso.

—No, no. Lo comprendo. Ni siquiera te molestas en responderme las cartas. ¿Por qué querrías estar aquí hablando conmigo cuando tus verdaderos amigos te están esperando?

Él frunció el ceño.

—Yo no he recibido ninguna carta.

—Claro —repliqué con furia.

Él suspiró y se pasó una mano por la cara.

—Tenemos que movernos constantemente para rastrear la manada. Mi unidad ya no tiene prácticamente ningún contacto con el regimiento.

Había un gran agotamiento en su voz. Por primera vez lo miré, lo miré de verdad, y vi cuánto había cambiado. Tenía sombras bajo sus ojos azules. Lina cicatriz dentada recorría el contorno de su mandíbula sin afeitar. Seguía siendo Mal, pero había algo duro en él, algo frío y desconocido.

—¿No has recibido ninguna de mis cartas?

Él sacudió la cabeza, todavía con la misma expresión distante.

No sabía qué pensar. Mal nunca me había mentido antes, y, a pesar de la furia que sentía, no pensaba que me estuviera mintiendo. Dudé.

—Mal, yo… ¿podrías quedarte un poco más? —Oí la súplica en mi voz. La odié, pero odiaba aún más la idea de que se marchara—. No puedes ni imaginar cómo ha sido esto.

Soltó una áspera risa que pareció un ladrido.

—No tengo que imaginármelo, ya vi tu pequeña demostración en el salón de baile. Muy impactante.

—¿Me viste?

—Pues claro —replicó duramente—. ¿Sabes lo preocupado que he estado por ti? Nadie sabía lo que te había pasado, lo que te habían hecho. No había modo de ponerse en contacto contigo. Incluso se rumoreaba que te estaban torturando. Cuando el capitán necesitó hombres que informaran al Oscuro, viajé hasta aquí como un idiota solo por si tenía la oportunidad de encontrarte.

—¿En serio?

Me resultaba difícil creerlo. Ya me había hecho demasiado a la idea de que le resultaba indiferente.

—Sí —siseó—. Y aquí estás, sana y salva, bailando y coqueteando como una princesita mimada.

—No estés tan decepcionado —solté—. Estoy segura de que el Oscuro podría encontrarme un potro de tortura o algunos carbones al rojo vivo si eso te hace sentir mejor.

Mal frunció el ceño y se alejó de mí.

Unas lágrimas de frustración se acumularon en mis ojos. ¿Por qué estábamos peleando? Desesperada, extendí el brazo para colocar mi mano sobre el suyo. Sus músculos se tensaron, pero no se apartó.

—Mal, no puedo evitar que las cosas aquí sean así. Yo no he pedido nada de esto.

Él me miró y acto seguido apartó la vista. Sentí que parte de la tensión desaparecía.

—Ya sé que no —dijo finalmente.

Volví a oír ese terrible agotamiento en su voz.

—¿Qué te ha pasado, Mal? —susurré. Él no dijo nada, tan solo se quedó mirando la oscuridad del vestíbulo. Alcé la mano y la apoyé en su mejilla sin afeitar, girando su rostro hacia el mío suavemente—. Dímelo.

Cerró los ojos.

—No puedo.

Recorrí con los dedos la piel abultada de la cicatriz que tenía en la mandíbula.

—Genya podría arreglar esto. Puede…

Al momento supe que no debería haber dicho eso. Sus ojos se abrieron de golpe.

—No necesito que me arreglen —soltó.

—No quería decir que…

Me cogió la mano de la cara, la sujetó firmemente, y sus ojos azules buscaron los míos.

—¿Eres feliz aquí, Alina?

La pregunta me cogió por sorpresa.

—No… No lo sé. A veces.

—¿Eres feliz aquí *con él*?

No tenía que preguntarle a quién se refería. Abrí la boca para responder, pero no sabía qué decir.

—Llevas su símbolo —observó, echando un vistazo al pequeño adorno dorado que llevaba al cuello—. Su símbolo y su color.

—Es solo ropa.

Sus labios se torcieron en una sonrisa cínica, una sonrisa tan diferente de la que conocía y amaba que estuve a punto de estremecerme.

—Tú no crees eso.

—¿Qué diferencia supone lo que lleve?

—La ropa, las joyas, incluso tu aspecto. *Lo tienes por todas partes*.

Sus palabras me golpearon como una bofetada. En la oscuridad del pasillo, sentí un feo rubor que me cubría las mejillas. Aparté mi mano de la suya y crucé los brazos sobre mi pecho.

—No es eso —susurré, pero no le devolví la mirada. Era como si Mal pudiera ver a través de mí, como si pudiera arrancarme de la cabeza cada pensamiento febril que había tenido alguna vez sobre el Oscuro. Pero, junto a esa vergüenza, también había ira. ¿Qué importaba que lo supiera? ¿Qué derecho tenía a juzgarme? ¿A cuántas chicas había abrazado él en la oscuridad?

—He visto cómo te miraba —dijo.

—¡A mí me *gusta* cómo me mira! —respondí, casi gritando.

Él sacudió la cabeza, todavía con esa sonrisa amarga en los labios. Quería quitársela de la cara de una bofetada.

—Admítelo —se burló—. Eres de su propiedad.

—Tú también eres de su propiedad, Mal —solté—. Todos somos de su propiedad.

Eso le borró la sonrisa.

—No, no lo soy —replicó con fiereza—. Yo no. Jamás.

—Ah, ¿no? ¿No tienes que estar en ningún sitio? ¿No tienes órdenes que seguir?

Él se enderezó con expresión helada.

—Sí. Sí, las tengo.

Se giró bruscamente y salió por la puerta.

Me quedé ahí durante un momento, temblando de furia, y después corrí hasta la puerta. Bajé todos los escalones, y entonces me detuve. Las lágrimas que habían estado amenazando con derramarse finalmente lo hicieron, deslizándose por mis mejillas. Quería correr tras él, retirar lo que había dicho, rogarle que se quedara, pero me había pasado la vida corriendo tras Mal. En lugar de eso, me quedé ahí en silencio

y lo dejé marchar.

CAPÍTULO 15

asta que no estuve en mi habitación, con la puerta firmemente cerrada detrás de mí, no me dejé llevar por los sollozos. Me deslicé hasta el suelo, con la espalda pegada a la cama y los brazos alrededor de mis rodillas, tratando de recobrarme.

En esos momentos, Mal debía de estar abandonando el palacio para viajar de vuelta a Tsibeya, donde se uniría al resto de rastreadores que estaban cazando la manada de Morozova. La distancia cada vez mayor entre nosotros parecía palpable. Me sentí más lejos de él que durante los largos meses anteriores. Me froté la cicatriz de la palma con el pulgar.

—Vuelve —susurré, con el cuerpo temblando por los sollozos—. Vuelve.

Pero no lo haría. Prácticamente le había ordenado que se marchara. Sabía que probablemente no lo volvería a ver, y eso me dolía.

No sé cuánto tiempo permanecí ahí sentada en la oscuridad. En algún momento me di cuenta de que alguien estaba llamando a la puerta suavemente. Me puse recta, tratando de sofocar mi moqueo. ¿Y si era el Oscuro? No podría soportar verlo en ese momento, explicarle la razón de mis lágrimas, pero tenía que hacer algo. Me obligué a ponerme en pie y abrí la puerta.

Una mano huesuda me sujetó férreamente la muñeca.

—¿Baghra? —pregunté, tratando de ver a la mujer que había en mi puerta.

—Ven —dijo, tirándome del brazo y mirando hacia atrás.

—Déjame en paz, Baghra.

Traté de soltarme, pero la mujer era sorprendentemente fuerte.

—Ven conmigo ahora mismo, niña —escupió—. ¡Ahora!

Tal vez fuera la intensidad de su mirada o la impresión de ver miedo en sus ojos, o tal vez era tan solo que estaba acostumbrada a hacer lo que Baghra decía, pero salí de la habitación detrás de ella, cerrando la puerta después de salir, todavía sujetándome la muñeca.

—¿Qué pasa? ¿Adonde vamos?

—Silencio.

En lugar de girar a la derecha y dirigirnos hacia la escalera principal, me arrastró en dirección contraria, al otro extremo del pasillo. Presionó un panel en la pared y una puerta oculta se abrió. Me dio un empujón. No tenía ganas de pelearme con ella, así que bajé a traspiés la estrecha escalera de caracol. Cada vez que miraba hacia atrás, ella me daba otro empujoncito. Cuando llegamos al final de las escaleras, Baghra se situó frente a mí y me condujo por un estrecho pasillo con suelos descubiertos de piedra y sencillas paredes de madera. Casi parecía desnudo en comparación con el resto del Pequeño Palacio, y pensé que podría ser la zona de los sirvientes.

Baghra volvió a cogerme la muñeca y me arrastró hasta una cámara oscura y vacía. Encendió una única vela, cerró la puerta con llave y echó el pestillo, y después cruzó la habitación y se puso de puntillas para correr la cortina de la pequeña ventana del sótano. La habitación estaba escasamente amueblada con una estrecha cama, una simple silla y un lavabo.

—Toma —dijo, lanzándome un montoncito de ropa—. Ponte esto.

—Estoy demasiado cansada para lecciones, Baghra.

—Se acabaron las lecciones. Debes irte de aquí. Esta noche.

Pestañeé.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy tratando de evitar que pases el resto de tu vida como una esclava. Ahora, vístete.

—Baghra, ¿qué está pasando? ¿Por qué me has traído aquí abajo?

—No tenemos mucho tiempo. El Oscuro está cerca de encontrar la manada de Morozova. Pronto tendrá al ciervo.

—Lo sé —repliqué, pensando en Mal. Me dolía el corazón, pero al mismo tiempo no pude resistir un sentimiento de arrogancia—. Pensaba que no creías en el ciervo de Morozova.

Ella agitó el brazo como para apartar mis palabras.

—Eso es lo que le dije. Esperaba que se rindiera en la búsqueda del ciervo si pensaba que no era más que un cuento de campesinos. Pero, cuando lo tenga, nada podrá detenerlo.

Levanté las manos, exasperada.

—¿Detenerlo?

—Para que no utilice la Sombra como arma.

—Sí, claro —dije—. ¿También está pensando en construirse allí una casa de verano?

Baghra me aferró el brazo.

—¡Esto no es una broma!

Su voz tenía un matiz desesperado que me resultaba desconocido, y su agarre en

mi brazo casi dolía. ¿Qué le pasaba?

—Baghra, tal vez deberíamos ir a la enfermería…

—Ni estoy enferma ni estoy loca —escupió—. Tienes que escucharme.

—Entonces di algo que tenga sentido. ¿Cómo podría nadie utilizar la Sombra como un arma?

Ella se inclinó hacia mí, clavándome los dedos en la carne.

—Expandiéndola.

—Claro —dije lentamente, tratando de librarme de su agarre.

—La tierra cubierta por el Nocéano fue una vez verde y buena, fértil y rica. Ahora está muerta y estéril, infestada de abominaciones. El Oscuro ampliará sus límites por el norte hasta Fjerda, y por el sur hasta Shu Han. Aquellos que no se inclinen ante él verán sus reinos convertidos en desolados páramos, y a sus gentes devoradas por famélicos volcra.

La miré boquiabierta, horrorizada e impresionada por las imágenes que había evocado. Estaba claro que la anciana había perdido la cabeza.

—Baghra —dije con amabilidad—, creo que tienes algún tipo de fiebre. —*O estás completamente senil*—. Encontrar al ciervo es bueno. Significa que puedo ayudar al Oscuro a destruir la Sombra.

—¡No! —gritó, y fue casi un aullido—. Nunca ha tenido intención de destruirla. La Sombra es su creación.

Suspiré. ¿Por qué habría elegido Baghra aquella noche para perder toda noción de la realidad?

—La Sombra fue creada hace cientos de años por el Hereje Negro. El Oscuro…

—Él es el Hereje Negro —replicó ella furiosamente, con el rostro a unos pocos centímetros del mío.

—Por supuesto que sí. —Con algo de esfuerzo, me libré de sus dedos y pasé junto a ella en dirección a la puerta—. Voy a buscarte un Sanador y después volveré a la cama.

—Mírame, niña.

Respiré profundamente y me giré, a punto de perder la paciencia. Lo sentía por ella, pero ya era demasiado.

—Baghra…

Las palabras murieron en mis labios.

La oscuridad se estaba amontonando en las palmas de la mujer, y los negros remolinos de tinieblas flotaban en el aire.

—Tú no lo conoces, Alina. —Era la primera vez que utilizaba mi nombre—. Pero yo sí.

Me quedé ahí mirando las oscuras espirales que se desplegaban a su alrededor, tratando de comprender lo que estaba viendo. Buscando en las extrañas facciones de Baghra, vi que la explicación estaba claramente escrita ahí. Vi el fantasma de lo que una vez debió de haber sido una mujer hermosa, una mujer hermosa que dio a luz a

un hijo hermoso.

—Eres su madre —susurré, aturdida.

Ella asintió.

—No estoy loca. Soy la única persona que sabe lo que es realmente, lo que quiere hacer realmente. Y te digo que debes huir.

El Oscuro me aseguró que no sabía cuál era el poder de Baghra. ¿Me había mentido?

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos, tratando de encontrarle sentido a lo que me estaba diciendo la anciana.

—No es posible. El Hereje Negro vivió hace cientos de años.

—Ha servido a incontables reyes, fingido incontables muertes, aguardando pacientemente, esperándote a ti. Una vez tome control de la Sombra, nadie será capaz de enfrentarse a él.

Me recorrió un escalofrío.

—No. Me dijo que la Sombra había sido un error. Dijo que el Hereje Negro era malvado.

—La Sombra no fue ningún error —explicó ella, y bajó las manos de forma que los remolinos de oscuridad a su alrededor se desvanecieron—. El único error fueron los volcra. Él no se los esperaba, no se detuvo a pensar en lo que un poder de esa magnitud podía hacerles a unos simples hombres.

Se me revolvió el estómago.

—¿Los volcra eran hombres?

—Oh, sí. Hace generaciones. Granjeros, sus esposas, sus hijos. Le advertí de que habría un precio, pero él no me escuchó. Estaba cegado por su sed de poder. Igual que ahora.

—Te equivocas —repliqué, frotándome los brazos, tratando de librarme del frío que me estaba calando los huesos—. Estás mintiendo.

—Los volcra son lo único que ha impedido que el Oscuro utilizara la Sombra contra sus enemigos. Son su castigo, un testimonio viviente de su arrogancia. Pero tú lo cambiarás todo. Esos monstruos no toleran la luz del sol. Cuando el Oscuro haya utilizado tu poder para someter a los volcra, finalmente podrá entrar en la Sombra sin peligro. Finalmente obtendrá lo que quiere, y su poder no tendrá límites.

Sacudí la cabeza.

—Él no haría eso. Él jamás haría eso. —Recordé la noche que me había hablado junto al fuego del granero en ruinas, la vergüenza y la tristeza en su voz. *Me he pasado la vida buscando una forma de arreglar las cosas. Tú eres el primer atisbo de esperanza que he tenido en mucho tiempo*—. Dijo que quería que Ravka se recobrara. Dijo que…

—¡Basta ya de tonterías! —gruñó—. Es *viejísimo*. Ha vivido el tiempo suficiente como para aprender a mentirle a una niña solitaria e ingenua. —Caminó hacia mí, con los negros ojos ardiendo—. Piensa, Alina. Si Ravka se recobra, el Segundo

Ejército ya no será vital para su supervivencia. El Oscuro no será más que otro sirviente del Rey. ¿Es ese su futuro soñado?

Estaba comenzando a temblar.

—Por favor, para.

—Pero con la Sombra bajo su poder, extenderá la destrucción. Devastará el mundo, y jamás tendrá que volver a arrodillarse ante otro Rey.

—No.

—Y todo gracias a ti.

—¡No! —le grité—. ¡Yo no haría eso! Incluso aunque lo que dices fuera verdad, jamás lo ayudaría a algo así.

—No tendrás elección. El poder del ciervo pertenece a aquel que lo mate.

—Pero él no puede utilizar un amplificador —protesté débilmente.

—Puede utilizarte a *ti* —dijo Baghra suavemente—. El ciervo de Morozova no es un amplificador corriente. Lo cazará. Lo matará. Le quitará las astas y, cuando las coloque alrededor de tu cuello, le pertenecerás completamente. Serás la Grisha más poderosa que jamás haya existido, y todos esos nuevos poderes estarán bajo su control. Estarás atada a él para siempre, y no tendrás el poder de resistirte.

Fue la lástima en su voz lo que me desarmó. Lástima de la mujer que jamás me permitía un momento de debilidad, un momento de descanso.

Mis piernas se rindieron y me deslicé hasta el suelo. Me cubrí la cabeza con las manos, tratando de bloquear la voz de Baghra. Pero no podía evitar que las palabras del Oscuro resonaran en mi cabeza.

Todos servimos a alguien.

El Rey es un crío.

Tú y yo vamos a cambiar el mundo.

Me había mentido sobre Baghra. Me había mentido sobre el Hereje Negro. ¿Me había mentido también sobre el ciervo?

Te estoy pidiendo que confíes en mí.

Baghra le había rogado que me diera otro amplificador, pero él había insistido en que tenían que ser las astas del ciervo. Un colgante… no, un collar, de hueso. Y cuando quise saber más, me besó y yo me olvidé del ciervo, los amplificadores y todo lo demás. Recordé su rostro perfecto a la luz de las lámparas, su expresión aturdida, su pelo revuelto.

¿Había sido todo deliberado? ¿El beso junto a la orilla del lago, la sombra de dolor en su rostro aquella noche en el granero, cada gesto humano, cada confidencia susurrada, incluso lo que había pasado entre nosotros esa misma noche?

Me estremecí ante tal pensamiento. Todavía sentía su aliento cálido en mi cuello, y oía su susurro en mi oído. *El problema de querer es que nos hace débiles*.

Cuánta razón tenía. Estaba demasiado ansiosa de pertenecer a un lugar, cualquier lugar. Había estado tan deseosa de complacerlo, tan orgullosa de guardarle sus secretos, que nunca me había detenido a cuestionarme qué podría querer realmente,

cuáles podrían ser sus verdaderas intenciones. Había estado demasiado ocupada imaginándome a su lado, la salvadora de Ravka, la más valiosa, la más deseada, como una especie de reina. Se lo había puesto demasiado fácil.

Tú y yo vamos a cambiar el mundo. Espera y verás.

Ponte la ropa bonita y espera por el siguiente beso, por la siguiente palabra amable. Espera por el ciervo. Espera por el collar. Espera a convertirte en una asesina y una esclava.

Me había advertido de que la era de los Grisha estaba llegando a su fin. Debería haber sabido que jamás hubiera dejado que eso pasara.

Tomé aliento, nerviosa, y traté de controlar mi temblor. Pensé en el pobre Alexei y en todos los demás que habían sido abandonados para morir en la negra extensión de la Sombra. Pensé en la arena cenicienta que una vez había sido suave tierra marrón. Pensé en los volcra, las primeras víctimas de la codicia del Hereje Negro.

¿De verdad pensabas que había terminado contigo?

El Oscuro quería utilizarme. Quería quitarme la única cosa que de verdad me había pertenecido, el único poder que jamás había tenido.

Me puse en pie. No iba a seguir poniéndoselo fácil.

—De acuerdo —dije, cogiendo el montoncito de ropa que Baghra me había traído —. ¿Qué tengo que hacer?

CAPÍTULO 16

l alivio de Baghra fue inconfundible, pero no perdió el tiempo.

—Puedes escabullirte entre los artistas esta noche. Ir al oeste. Cuando llegues a Os Kervo, busca el Verloren. Es un barco comerciante de Kerch. Tu pasaje ya ha sido pagado.

Mis dedos se congelaron sobre los botones de mi *kefta*.

—¿Quieres que vaya al oeste de Ravka? ¿Que cruce la Sombra sola?

—Quiero que desaparezcas, niña. Ahora eres lo suficientemente fuerte como para viajar por la Sombra por tu cuenta. Debería resultarte fácil. ¿Por qué te crees que he pasado tanto tiempo entrenándote?

Otra cosa que no me había molestado en cuestionarme. El Oscuro le había dicho a Baghra que me dejara en paz. Yo pensaba que me estaba defendiendo, pero tal vez solo quería mantenerme débil.

Me quité la *kefta* y me pasé por la cabeza una áspera túnica de lana.

—Sabías lo que pretendía todo el tiempo. ¿Por qué me lo cuentas ahora? —le pregunté—. ¿Por qué esta noche?

—Nos hemos quedado sin tiempo. Realmente nunca pensé que encontraría la manada de Morozova. Son criaturas esquivas, parte de la ciencia más antigua, la creación en el corazón del mundo. Pero subestimé a sus hombres.

No, pensé mientras me ponía los bombachos y las botas de cuero, *subestimaste* a Mal. Mal, que podía cazar y rastrear como ningún otro. Mal, que podía sacar conejos de las rocas. Mal, que podía encontrar al ciervo y llevarme a mí, llevarnos a todos, a los pies del Oscuro sin tan siquiera saberlo. La mujer me pasó un grueso abrigo de viaje marrón forrado de piel, un pesado gorro también de piel, y un ancho cinturón. Mientras me lo ataba a la cintura encontré una bolsa de dinero unida a él, junto a mi cuchillo y una bolsita donde se encontraban mis guantes de cuero, con los espejos a salvo en su interior.

Me condujo a través de una puerta pequeña y me entregó una mochila de viaje de cuero que me colgué a la espalda. Señaló a través de los terrenos hacia donde las luces del Gran Palacio parpadeaban en la distancia. Oía la música que tocaban. Me sorprendió darme cuenta de que la fiesta seguía en pleno auge. Parecía que habían pasado años desde que había abandonado el salón de baile, pero no podía haber sido mucho más de una hora.

—Ve hacia el laberinto de setos y gira a la izquierda. Permanece alejada de los caminos iluminados. Algunos de los artistas ya se están marchando. Busca uno de los carromatos que se vayan. Solo los registran al entrar en palacio, así que deberías estar a salvo.

—¿Debería?

Baghra me ignoró.

—Cuando salgas de Os Alta, procura evitar las carreteras principales. —Me entregó un sobre sellado—. Eres una sirvienta ebanista de camino a Ravka Occidental para conocer a tu nuevo amo. ¿Entendido?

—Sí. —Asentí con la cabeza, y el corazón me comenzó a palpitar con fuerza en el pecho—. ¿Por qué me estás ayudando? —pregunté repentinamente—. ¿Por qué traicionarías a tu propio hijo?

Por un momento, se quedó en silencio y con la espalda recta bajo la sombra del Pequeño Palacio. Después se giró hacia mí, y yo retrocedí sobresaltada, porque lo vi, tan claramente como si hubiera estado en el borde: el abismo. Incesante, negro y ancho, el vacío infinito de una vida demasiado larga.

—Hace muchos años —dijo con suavidad—, antes de que él soñara con el Segundo Ejército, antes de que abandonara su nombre para convertirse en el Oscuro, no era más que un chico brillante y con mucho potencial. Yo le di su ambición, le di su orgullo. Cuando llegó el momento, yo debí ser quien lo detuviera. —Entonces sonrió, una pequeña sonrisa con una tristeza tan dolorosa que era difícil mirarla—. Piensas que no quiero a mi hijo, pero no es así. Precisamente porque lo quiero no voy a dejar que vaya más allá de la redención.

Echó un vistazo al Pequeño Palacio.

—Mandaré a un sirviente a tu puerta mañana por la mañana para que diga que estás enferma. Trataré de conseguirte todo el tiempo posible.

Me mordí el labio.

—Esta noche. Tendrás que mandar al sirviente esta noche. El Oscuro podría… podría ir a mi habitación.

Esperaba que Baghra volviera a reírse de mí, pero en lugar de eso sacudió la cabeza y dijo con suavidad:

—Niña estúpida.

Su desprecio hubiera sido más fácil de soportar.

Mirando los terrenos, pensé en lo que me esperaba. ¿En serio iba a hacerlo? Tuve que contener el pánico.

—Gracias, Baghra —dije, tragando saliva—. Por todo.

—Umf. Vete ya, niña. Sé rápida y ten cuidado.

Le di la espalda y salí corriendo.

Los interminables días de entrenamiento con Botkin me ayudaron a conocer bien los terrenos. Me sentí agradecida por cada hora de sudor mientras corría por el césped y entre los árboles. Baghra envió delgados remolinos negros a mi alrededor, envolviéndome en la oscuridad mientras me acercaba a la parte posterior del Gran Palacio. ¿Seguirían Marie y Nadia bailando en su interior? ¿Estaría Genya preguntándose adonde había ido? Aparté esos pensamientos de mi mente. Me asustaba pensar demasiado en lo que estaba haciendo, en todo lo que estaba dejando atrás.

Una *troupe* de actores estaba cargando un carromato con decorados y disfraces, y el conductor ya estaba tomando las riendas y gritándoles para que se apresuraran. Uno de ellos se subió a su lado, y los otros se amontonaron en un pequeño carro tirado por un poni, que salió con un tintineo de campanas. Me lancé a la parte trasera del vagón, me abrí camino entre fragmentos de escenario, y utilicé una lona de arpillera para cubrirme.

Contuve el aliento mientras bajábamos retumbando por el largo camino de gravilla y atravesábamos las puertas del palacio. Estaba segura de que en cualquier momento alguien daría la alarma y nos detendrían. Me sacarían de la parte trasera del carromato y sería un escándalo. Pero las ruedas siguieron rebotando hacia delante, y atravesamos traqueteando las calles adoquinadas de Os Alta.

Traté de recordar la ruta que había seguido con el Oscuro cuando me había llevado a través de la ciudad tantos meses antes, pero en aquel entonces había estado tan cansada y abrumada que mis recuerdos eran un borrón inútil de mansiones y calles neblinosas. No podía ver demasiado desde mi escondite, y no me atrevía a echar un vistazo. Con mi suerte, alguien estaría pasando por ahí justo en ese instante y me vería.

Mi única esperanza era distanciarme todo lo posible del palacio antes de que se percataran de mi ausencia. No sabía cuánto tiempo podría conseguirme Baghra, y deseé que el conductor del vagón fuera más rápido. Cuando cruzamos el puente y llegamos a la zona del mercado, me permití soltar un suspiro de alivio.

El aire frío se colaba por entre los listones de madera del carro, y me sentí agradecida por el grueso abrigo que me había proporcionado Baghra. Me sentía agotada e incómoda, pero principalmente tenía miedo. Estaba huyendo del hombre más poderoso de Ravka. Los Grisha, el Primer Ejército, y puede que también Mal y sus rastreadores serían enviados a buscarme. ¿Qué oportunidad tenía de llegar hasta la Sombra por mi cuenta? Y si conseguía llegar al oeste de Ravka y hasta el *Verloren*, ¿después qué? Estaría sola en una tierra extraña cuyo idioma no hablaba y donde no conocía a nadie. Las lágrimas me quemaron los ojos y me las limpié furiosamente. Si comenzaba a llorar, no creía que fuera capaz de detenerme.

Viajamos durante las primeras horas de la mañana, dejamos atrás las calles de piedra de Os Alta y llegamos al ancho camino de tierra de la Vy. El amanecer llegó y se fue. De vez en cuando me quedaba adormilada, pero mi miedo y mi incomodidad me mantuvieron despierta durante la mayor parte del camino. Cuando el sol estaba alto en el cielo y había comenzado a sudar en mi grueso abrigo, el vagón se detuvo.

Me arriesgué a echar un vistazo por un lado del carro. Estábamos detrás de algo que parecía una taberna o una posada.

Estiré las piernas. Se me habían dormido los dos pies, e hice un gesto de dolor mientras la sangre corría dolorosamente hacia los dedos de mis pies. Esperé hasta que el conductor y los otros miembros de la troupe entraron antes de salir de mi escondite.

Supuse que atraería más atención si parecía que iba a hurtadillas, así que me puse recta y rodeé el edificio rápidamente para unirme al bullicio de carros y gente en la calle principal del pueblo.

Tuve que escuchar un poco a escondidas, pero pronto me di cuenta de que estaba en Balakirev. Era un pequeño pueblo al oeste de Os Alta. Había tenido suerte; iba en la dirección correcta.

Durante el camino, conté el dinero que me había dado Baghra y traté de hacer un plan. Sabía que la forma más rápida de viajar era a caballo, pero también sabía que una chica sola con suficiente dinero como para comprar una montura atraería la atención. Lo que realmente necesitaba era robar un caballo, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, así que decidí seguir moviéndome.

De camino a las afueras del pueblo, me paré en un puesto del mercado para comprar un suministro de queso duro, pan y carne seca.

—Estás hambrienta, ¿eh? —dijo el viejo vendedor desdentado, mirándome demasiado de cerca mientras metía la comida en la mochila.

—Mi hermano lo está. Come como un cerdo —repliqué, y fingí saludar con la mano a alguien de la multitud—. ¡Ya voy! —grité, y me di prisa en alejarme. Tan solo esperaba que el hombre recordara a una chica que viajaba con su familia o, mejor aún, que no me recordara en absoluto.

Pasé la noche durmiendo en el prolijo pajar de una granja lechera justo al lado de la Vy. Suponía una gran diferencia respecto a mi hermosa cama en el Pequeño Palacio, pero estaba agradecida por el cobijo y por los sonidos de los animales a mi alrededor. Los suaves mugidos y pisadas de las vacas me hacían sentir menos sola mientras me enroscaba con la mochila y el gorro de piel a modo de almohada improvisada.

¿Y si Baghra se equivocaba? Me pregunté mientras permanecía allí tumbada. ¿Y si había mentido? ¿Y si simplemente había cometido un error? Podría volver al Pequeño Palacio. Podría dormir en mi propia cama, ir a las clases de Botkin y charlar con Genya. Era un pensamiento muy tentador. Si volvía, ¿me perdonaría el Oscuro?

¿*Perdonarme*? ¿Qué me pasaba? Él era el que quería ponerme un collar para

convertirme en su esclava, ¿y a mí me preocupaba que me perdonara? Me di la vuelta hacia el otro lado, furiosa conmigo misma.

En mi corazón, sabía que Baghra tenía razón. Recordé mis propias palabras: *Todos somos de su propiedad*. Lo había dicho enfadada, sin pensar, porque quería herir el orgullo de Mal. Pero había dicho la verdad con tanta seguridad como Baghra. Sabía que el Oscuro era implacable y peligroso, pero lo había ignorado todo, feliz al creer en mi supuesto gran destino, emocionada al pensar que yo era todo lo que él quería.

¿Por qué no admites que querías ser suya?, dijo una voz en mi cabeza. ¿Por qué no admites que parte de ti sigue queriendo?

Alejé el pensamiento. Traté de pensar en lo que me podría traer el día siguiente, en cuál sería la ruta más segura hacia el oeste. Traté de pensar en cualquier cosa salvo el color tormentoso de sus ojos.

Pasé el día y la noche siguientes viajando por la Vy, mezclándome con el tráfico que iba y venía en el camino hacia Os Alta. Pero sabía que el tiempo que me había conseguido Baghra era limitado, y las carreteras principales eran demasiado arriesgadas. Desde ese momento, me limité a los bosques y campos, utilizando sendas de cazadores y los caminos de las granjas. Iba lenta andando. Me dolían las piernas, y tenía ampollas en los pies, pero me obligué a seguir caminando hacia el oeste, siguiendo la trayectoria del sol en el cielo.

Por la noche, me bajé el gorro de piel para cubrirme las orejas y me acurruqué en mi abrigo temblando, mientras escuchaba el rugido de mi estómago y hacía mapas mentales en mi cabeza, los mapas en los que había trabajado hacía tanto tiempo en la comodidad de la Tienda de Documentos. Imaginé mi lento progreso desde Os Alta hasta Balakirev, rodeando las pequeñas aldeas de Chernitsyn, Kerskii y Polvost, y tratando de no perder la esperanza. Tenía un largo camino que recorrer hasta la Sombra, pero lo único que podía hacer era continuar moviéndome y esperar que siguiera sonriéndome la suerte.

—Sigues estando viva —me susurré a mí misma en la oscuridad—. Sigues siendo libre.

Ocasionalmente me encontraba con granjeros u otros viajeros. Llevaba los guantes y mantenía la mano sobre el cuchillo por si hubiera algún problema, pero ninguno se fijó mucho en mí. Tenía hambre constantemente. Siempre había sido una pésima cazadora, por lo que subsistía a base de las escasas provisiones que había comprado en Balakirev, de agua de los arroyos, o de algún huevo o manzana que robaba de vez en cuando de alguna granja solitaria.

No tenía ni idea de lo que me traería el futuro o lo que me esperaba al final de ese agotador viaje, y aun así, de algún modo, no me sentía abatida. Me había sentido sola durante toda mi vida, pero nunca antes lo había estado realmente, y no daba ni de

cerca tanto miedo como me había imaginado.

Sin embargo, cuando una mañana llegué a una pequeña iglesia de paredes encaladas, no pude resistirme a colarme en el interior para escuchar al sacerdote dar misa. Cuando terminó, ofreció plegarias para los asistentes: por el hijo de una mujer, que había sido herido en batalla, por un niño que estaba enfermo de fiebre, y por la salud de Alina Starkov. Me encogí.

—Que los Santos protejan a la Invocadora del Sol —entonó el sacerdote—, aquella que fue enviada para librarnos de los males de la Sombra y volver a recomponer esta nación.

Tragué con fuerza y me escabullí rápidamente de la iglesia. *Ahora rezan por ti*, pensé, desolada. *Pero, si el Oscuro consigue lo que quiere, comenzarán a odiarte*. Y tal vez deberían. ¿Acaso no estaba abandonando Ravka y a toda la gente que creía en mí? Solo mi poder podía destruir la Sombra, y estaba huyendo.

Sacudí la cabeza. No podía permitirme pensar en eso. Era una traidora y una fugitiva. En cuanto me hubiera librado del Oscuro, podría preocuparme por el futuro de Ravka.

Caminé veloz por el camino y hasta el bosque, y subí la colina mientras sonaban las campanas de la iglesia.

Imaginé el mapa en mi cabeza y me di cuenta de que pronto llegaría hasta Ryevost, y eso significaba que tenía que decidir cuál era la mejor forma de llegar hasta la Sombra. Podía seguir el camino del río o adentrarme en las Petrazoi, las montañas rocosas que se alzaban al noroeste. Por el río sería más fácil viajar, pero tendría que pasar por zonas altamente pobladas. Las montañas eran una ruta más directa, pero mucho más difícil de atravesar.

Me debatí conmigo misma hasta que llegué a la intersección de Shura, y al final elegí la ruta de las montañas. Tendría que detenerme en Ryevost antes de llegar hasta allí. Era la ciudad más grande junto al río, y sabía que estaba corriendo un riesgo, pero también sabía que no lograría atravesar las Petrazoi sin más comida y sin alguna clase de tienda o saco de dormir.

Tras tantos días por mi cuenta, el ruido y el ajetreo de las abarrotadas calles y canales de Ryevost me resultaba extraño. Mantuve la cabeza gacha y el gorro bajo, segura de que encontraría carteles con mi rostro en todas las lámparas y ventanas de las tiendas. Pero, cuanto más me adentraba en la ciudad, más comencé a relajarme. Quizás las noticias de mi desaparición no se hubieran extendido tan lejos ni tan rápido como yo había supuesto.

Se me hizo la boca agua con los olores del cordero asado y el pan fresco, y me di el capricho de una manzana mientras renovaba mis provisiones de queso duro y carne seca.

Estaba atando mi nuevo saco de dormir a la mochila de viaje y tratando de averiguar cómo iba a arrastrar todo ese peso extra por la ladera de la montaña cuando doblé una esquina y casi choco contra un grupo de soldados.

Mi corazón comenzó a galopar al ver sus largos abrigos color oliva y los rifles que llevaban a la espalda. Quería girarme sobre mis talones y salir corriendo en dirección contraria, pero mantuve la cabeza baja y me obligué a seguir caminando a un ritmo normal. Cuando pasé junto a ellos, me arriesgué a mirar. Ni siquiera se fijaron en mí. De hecho, parecían bastante distraídos. Estaban hablando y bromeando, y uno de ellos le gritaba a una chica que estaba tendiendo la ropa.

Llegué hasta una calle lateral y esperé a que el latido de mi corazón volviera a la normalidad. ¿Qué estaba pasando? Había escapado del Pequeño Palacio hacía más de una semana. Ya deberían de haber dado la alarma. Estaba convencida de que el Oscuro enviaría jinetes a cada regimiento de cada ciudad. Para entonces, cada miembro del Primer y el Segundo Ejército ya debería estar buscándome.

Mientras me dirigía hacia las afueras de Ryevost, vi a más soldados. Algunos estaban de permiso, otros estaban de servicio, pero ninguno parecía estar buscándome. No sabía qué pensar de ello. Me pregunté si tenía que agradecérselo a Baghra. Tal vez se las había arreglado para convencer al Oscuro de que había sido secuestrada o incluso asesinada por los fjerdanos. O tal vez él pensaba que ya había llegado más al oeste. Decidí no tentar a la suerte y me apresuré a salir de la ciudad.

Me llevó más de lo que había esperado, y no llegué hasta las afueras del lado occidental hasta bien caída la noche. Las calles estaban oscuras y vacías, a excepción de unas pocas tabernas con aspecto de no tener muy buena reputación y un viejo borracho que se encontraba apoyado sobre un edificio, cantando suavemente para sí mismo. Mientras me apresuraba a pasar junto a una ruidosa posada, una puerta se abrió de golpe y un hombre fornido salió a la calle en un estallido de luz y música.

Me agarró del abrigo y me abrazó.

—¡Hola, preciosa! ¿Has venido a hacerme entrar en calor? —Traté de librarme de él—. Eres fuerte para ser tan pequeña.

Podía oler el hedor de la cerveza rancia en su cálido aliento.

—Suéltame —dije en voz baja.

—No seas así, *lapushka* —canturreó—. Podríamos divertirnos tú y yo.

—¡He dicho que me sueltes! —grité, dándole un empujón en el pecho.

—Todavía no —rio él, arrastrándome hasta las sombras de un callejón junto a la taberna—. Quiero enseñarte algo.

Giré la muñeca y noté el reconfortante peso del espejo que se deslizó entre mis dedos. Extendí velozmente la mano y la luz estalló en sus ojos en un rápido destello.

Cuando la luz lo cegó, gruñó, lanzó las manos hacia arriba y me soltó. Hice lo que Botkin me había enseñado: le pegué un fuerte pisotón en el empeine y después enganché mi pierna por detrás de su tobillo. Sus piernas salieron volando y cayó al suelo con un golpe seco.

En ese momento, la puerta lateral de la taberna se abrió de golpe. Un soldado uniformado salió de ella, con una botella de *kvas* en una mano y una mujer escasamente vestida aferrada a la otra. Con una oleada de temor, vi que estaba

ataviado con el uniforme color carbón de la guardia del Oscuro. Su mirada empañada se fijó en la escena: el hombre en el suelo y yo sobre él.

—¿Qué es esto? —masculló. La mujer que llevaba al brazo soltó una risita nerviosa.

—¡Estoy ciego! —gimió el hombre del suelo—. ¡Me ha cegado!

El *oprichnik* lo miró y después me echó un vistazo. Sus ojos se encontraron con los míos, y el reconocimiento se reflejó en su rostro. Se me había acabado la suerte. Aunque nadie más me estuviera buscando, los guardias del Oscuro sí lo hacían.

—Tú… —susurró.

Salí corriendo.

Me lancé por un callejón hasta un laberinto de calles estrechas, con el corazón latiéndome frenéticamente en el pecho. En cuanto dejé atrás los últimos edificios deslucidos de Ryevost, me lancé a la carretera y me interné en la maleza. Las ramas me arañaban las mejillas y la frente mientras me adentraba dando traspiés en el bosque.

Detrás de mí se alzaron los sonidos de la persecución: hombres que se gritaban entre ellos, pesados pisotones entre los árboles. Quería correr a ciegas, pero me obligué a detenerme para escuchar.

Estaban al este de donde yo me encontraba, buscando cerca de la carretera. No sabría decir cuántos había.

Acallé mi respiración y me di cuenta de que oía agua corriendo. Debía de haber un arroyo cerca, algún afluente del río. Si lograba llegar hasta el agua podría esconder mi rastro, y les costaría mucho encontrarme en la oscuridad.

Me dirigí hacia los sonidos del arroyo, deteniéndome de vez en cuando para corregir mi trayectoria. Luché por subir una colina tan escarpada que estaba casi arrastrándome, agarrándome a las ramas y las raíces expuestas de los árboles.

—¡Ahí!

La voz sonó desde debajo de mí y, al mirar hacia atrás, vi unas luces que se movían entre los árboles hacia la base de la colina. Seguí subiendo como pude, con la tierra resbaladiza bajo mis manos, y cada aliento me quemaba los pulmones. Cuando llegué hasta la cima, me arrastré hasta el borde y miré hacia abajo. Sentí un arrebato de esperanza al ver la luz de la luna reflejándose en la superficie del arroyo.

Me deslicé por la escarpada pendiente, inclinándome hacia atrás para tratar de mantener el equilibrio y moviéndome tan rápido como me atrevía. Oía gritos y, cuando miré de nuevo hacia atrás, vi las siluetas de mis perseguidores que se recortaban contra el cielo nocturno. Habían llegado a la cima de la colina.

El pánico sacó lo mejor de mí, y comencé a correr por la pendiente, enviando una lluvia de piedrecillas repiqueteando desde la colina hasta el arroyo que había debajo. La pendiente era demasiado pronunciada: perdí apoyo y caí hacia delante, arañándome ambas manos al golpear el suelo con fuerza. No fui capaz de detener el impulso y caí rodando por la colina hasta zambullirme en el agua helada.

Por un momento pensé que se me había parado el corazón. El frío era como una mano helada e implacable que me aferraba el cuerpo mientras el agua me arrastraba. Entonces mi cabeza rompió la superficie y jadeé, tomando una bocanada de preciado aire antes de que la corriente volviera a apresarme y sumergirme. No sé cuánto me arrastró el agua, tan solo pensaba en mi próximo aliento y el creciente entumecimiento de mis miembros.

Finalmente, cuando pensaba que no lograría llegar hasta la superficie una vez más, la corriente me llevó hasta una charca de agua lenta y silenciosa. Me agarré a una roca para impulsarme hasta la parte menos profunda, me puse en pie costosamente, y mis botas resbalaron sobre las pulidas piedras del río mientras tropezaba bajo el peso de mi capa empapada.

No sé cómo lo hice, pero logré abrirme camino hasta el bosque y me cobijé bajo unos gruesos arbustos antes de permitirme derrumbarme, temblando de frío y todavía tosiendo agua.

Fue la peor noche de mi vida. Mi abrigo estaba completamente empapado. Tenía los pies entumecidos en las botas. Me sobresaltaba por cualquier sonido, convencida de que me habían encontrado. Había perdido el gorro, la mochila llena de comida y mi nuevo saco de dormir en la corriente, por lo que mi desastrosa excursión a Ryevost no había servido para nada. La bolsita de dinero había desaparecido. Al menos mi cuchillo seguía firmemente envainado junto a mi cadera.

En algún momento cerca del amanecer, me permití invocar un poco de luz para secarme las botas y calentar mis manos húmedas. Dormité y soñé con Baghra sujetando mi propio cuchillo junto a mi garganta, y su risa seca sonaba junto a mi oído.

Me desperté con el corazón latiéndome con fuerza y sonidos de movimiento entre los árboles a mi alrededor. Me había quedado dormida junto a un árbol, oculta (esperaba) entre los arbustos. Desde donde me encontraba no veía a nadie, pero podía oír voces en la distancia.

Dudé, inmóvil en mi sitio, sin saber qué hacer. Si me movía, me arriesgaba a revelar mi posición, pero si me quedaba en silencio, sería cuestión de tiempo que me encontraran.

Mi corazón comenzó a latir aún con más fuerza cuando los sonidos se aproximaron. A través de las hojas vislumbré a un soldado bajo y fornido, con barba. Llevaba un rifle en las manos, pero sabía que no me iban a matar. Era demasiado valiosa. Eso me daba ventaja si estaba dispuesta a morir.

No van a cogerme. El pensamiento me llegó con absoluta y repentina claridad. *No voy a volver*.

Giré la muñeca y un espejo se deslizó hasta mi mano izquierda. Con la otra mano saqué el cuchillo, sintiendo el peso del acero Grisha en la palma. Silenciosamente, me agaché y esperé, escuchando. Estaba asustada, pero me sorprendió descubrir que alguna parte de mí se sentía ansiosa.

Observé al soldado barbudo entre las hojas, caminando en círculos hasta que estuvo a menos de medio metro de mí. Podía ver una gota de sudor bajando por su cuello, la luz matinal que se reflejaba en el cañón de su rifle y, por un momento, pensé que me estaba mirando directamente. Alguien gritó desde la profundidad del bosque.

—¡*Nichyevo*! —le respondió el soldado gritando. Nada.

Y entonces, para mi asombro, dio media vuelta y se alejó de mí.

Me quedé quieta mientras los sonidos se desvanecían, las voces cada vez más distantes, las pisadas más débiles. ¿Era posible que tuviera tanta suerte? ¿Habrían confundido el rastro de algún animal o de otro viajero con el mío? ¿O era alguna clase de truco? Esperé, temblando, hasta que todo lo que pude oír fue la relativa tranquilidad del bosque, los ruidos de los insectos y los pájaros, el susurro del viento en los árboles.

Finalmente, volví a introducir el espejo en el guante y respiré profundamente, temblorosa. Volví a meter el cuchillo en su vaina y me levanté lentamente. Estiré el brazo para coger mi abrigo todavía empapado, que estaba en una montaña arrugada sobre el suelo, y me quedé paralizada ante el inconfundible sonido de unos suaves pasos detrás de mí.

Me giré sobre mis talones, con el corazón en la garganta, y vi una figura parcialmente oculta por las ramas, a tan solo unos metros de donde yo me encontraba. Había estado tan concentrada en el soldado barbudo que no me había dado cuenta de que había alguien detrás de mí. En un instante el cuchillo estaba de nuevo en mi mano, y tenía el espejo en alto mientras la figura emergía silenciosamente de entre los árboles. Me lo quedé mirando, segura de que tenía que ser una alucinación.

Mal.

Abrí la boca para hablar, pero él se llevó el dedo a los labios en señal de advertencia, clavando sus ojos en los míos. Esperó un momento, escuchando, y después hizo un gesto para indicarme que lo siguiera y volvió a meterse entre los árboles. Cogí mi abrigo y me apresuré a seguirlo, haciendo lo que pude por mantener el ritmo. No fue tarea fácil. Se movía silenciosamente, deslizándose como una sombra a través de las ramas, como si pudiera ver caminos invisibles a los ojos de cualquier otro.

Me llevó de vuelta hasta el arroyo, hasta una curva poco profunda que logramos cruzar con esfuerzo. Me encogí cuando el agua helada me caló nuevamente las botas. Cuando salimos al otro lado, él volvió hacia atrás para cubrir nuestro rastro.

Estaba llena de preguntas, y mi mente no dejaba de saltar de un pensamiento al siguiente. ¿Cómo me había encontrado Mal? ¿Me había estado buscando con el resto de soldados? ¿Qué significaba que me estuviera ayudando? Quería extender la mano y tocarlo para asegurarme de que era real. Quería lanzarme a sus brazos, agradecida. Quería pegarle un puñetazo en el ojo por las cosas que me había dicho aquella noche en el Pequeño Palacio.

Caminamos durante horas en completo silencio. De vez en cuando, me hacía un gesto para que me detuviera, y yo esperaba mientras él desaparecía entre la maleza para ocultar nuestro rastro. En algún momento de la tarde, comenzamos a subir un camino rocoso. No sabía dónde me había escupido el arroyo, pero estaba bastante segura de me estaba conduciendo hasta las Petrazoi.

Cada paso era una agonía. Mis botas seguían mojadas, y me salieron nuevas ampollas en los talones y los dedos. Mi horrible noche en el bosque me había dejado con un fuerte dolor de cabeza, y estaba mareada por la falta de comida, pero no me iba a quejar. Me mantuve en silencio mientras seguía subiendo la montaña, guiada por él. Después nos alejamos del camino, escarbando entre las rocas hasta que mis piernas me temblaron por la fatiga y la garganta me quemaba de sed. Cuando finalmente se detuvo, estábamos a mucha altura en la montaña, ocultos por un enorme saliente rocoso y algunos pinos ralos.

—Aquí —dijo, soltando la mochila. Bajó la montaña con paso firme, y supe que iba a tratar de cubrir el rastro de mi torpe progreso sobre las rocas.

Agradecida, me dejé caer en el suelo y cerré los ojos. Los pies me palpitaban, pero me preocupaba no poder ponerme las botas de nuevo si me las quitaba. Se me caía la cabeza, pero no podía permitirme dormir. Todavía no. Tenía mil preguntas, pero había una que no podía esperar hasta el día siguiente.

El crepúsculo estaba cayendo cuando regresó Mal, moviéndose silenciosamente por el terreno. Se sentó frente a mí y sacó una cantimplora de la mochila. Tras dar un trago, se secó la boca con la mano y me pasó el agua. Bebí con ganas.

—Para un poco —dijo—. Tiene que durarnos hasta mañana.

—Lo siento —me disculpé, y le devolví la cantimplora.

—No podemos arriesgarnos a encender un fuego —señaló, mirando la oscuridad creciente—. Tal vez mañana.

Asentí con la cabeza. Mi abrigo se había secado durante nuestra caminata por la montaña, aunque las mangas seguían un poco húmedas. Estaba destrozada, sucia y con frío. Y, sobre todo, estaba sorprendida por el milagro que tenía delante, pero eso tendría que esperar. Me aterrorizaba la respuesta, pero tenía que preguntar.

—Mal. —Esperé a que me mirara—. ¿Encontrasteis la manada? ¿Capturasteis el ciervo de Morozova?

Se dio unos golpecitos en la rodilla con la mano.

—¿Por qué es tan importante?

—Es una larga historia. Necesito saberlo, ¿tiene él al ciervo?

—No.

—Pero ¿está cerca?

Él asintió.

—Pero…

—Pero ¿qué?

Mal dudó. Con las últimas luces del atardecer, pude ver el fantasma de la sonrisa

arrogante que conocía tan bien jugando en sus labios.

—No creo que lo encuentren sin mí.

Alcé las cejas.

—¿Porque tú eres el mejor?

—No —replicó, poniéndose serio de nuevo—. Tal vez. No me malinterpretes. Son buenos rastreadores, los mejores del Primer Ejército, pero… tienes que tener intuición para rastrear a la manada. No son animales ordinarios.

Y tú no eres un rastreador ordinario, pensé, pero no lo dije. Lo observé, pensando en lo que había dicho una vez el Oscuro sobre no entender nuestros propios dones. ¿Podría ser que el talento de Mal fuera más que simplemente suerte o práctica? Desde luego, nunca le había faltado confianza, pero no creía que aquello fuera soberbia.

—Espero que tengas razón —murmuré.

—Ahora, respóndeme tú a esto —dijo, con un matiz afilado en su voz—. ¿Por qué has huido?

Por primera vez me di cuenta de que Mal no tenía ni idea de por qué había abandonado el Pequeño Palacio, por qué me estaba buscando el Oscuro. La última vez que lo había visto, prácticamente le había ordenado que se largara, y a pesar de ello él lo había dejado todo atrás para ir a por mí. Se merecía una explicación, pero no sabía por dónde empezar. Suspiré y me pasé una mano por la cara. ¿En qué lío le había metido?

—Si te dijera que estoy tratando de salvar el mundo, ¿me creerías?

Él se me quedó mirando duramente.

—Entonces, ¿esto no es una especie de pelea de enamorados tras la cual volverás corriendo a sus brazos?

—¡No! —exclamé, sorprendida—. No es… no somos… —Me quedé sin palabras, y entonces tuve que reírme—. Ojalá fuera algo parecido a eso.

Él permaneció en silencio mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo finalmente, como si hubiera tomado alguna clase de decisión. Se puso en pie, se estiró, y se colocó el rifle a la espalda. Después sacó una gruesa manta de lana de su mochila y me la lanzó—. Descansa un poco. Yo haré la primera guardia.

Me dio la espalda, mirando la luna que se alzaba sobre el valle que habíamos dejado atrás. Me aovillé sobre el duro suelo, envolviéndome firmemente con la manta para entrar en calor. A pesar de la incomodidad, tenía los párpados pesados, y sentía que el agotamiento me arrastraba.

—Mal —susurré en la noche.

—¿Qué?

—Gracias por encontrarme.

No sabía si estaba soñando, pero, en algún lugar en la oscuridad, pensé que lo oí susurrar:

—Siempre.

Dejé que el sueño me venciera.

CAPÍTULO 17

al hizo las dos guardias y me dejó dormir la noche entera. Por la mañana, me dio una tira de carne seca y dijo simplemente:

—Habla.

No sabía por dónde comenzar, así que empecé por lo peor.

—El Oscuro planea utilizar la Sombra como arma.

Él ni siquiera pestañeó.

—¿Cómo?

—Va a expandirla por Ravka y Fjerda, y cualquier otro lugar donde encuentre resistencia. Pero no puede hacerlo sin que yo mantenga a los volcra a raya. ¿Cuánto sabes del ciervo de Morozova?

—No mucho. Solo que es valioso. —Miró por encima del valle—. Y que era para ti. Se suponía que teníamos que localizar a la manada y capturar o acorralar al ciervo, pero no dañarlo.

Asentí y traté de explicar lo poquito que sabía sobre el funcionamiento de los amplificadores, cómo Iván había tenido que cazar al oso de Sherborn, y Marie había matado a la foca del norte.

—Un Grisha tiene que ganarse su amplificador —terminé—. Lo mismo se aplica al ciervo, pero realmente no era para mí.

—Caminemos —dijo Mal abruptamente—. Puedes contarme el resto mientras andamos. Quiero que nos internemos más en las montañas.

Metió la manta en su mochila e hizo lo que pudo por esconder cualquier señal de que habíamos acampado ahí.

Después me dirigió hacia arriba, por un sendero escarpado y rocoso. Su arco estaba atado a la mochila, pero mantenía el rifle preparado.

Mis pies protestaron a cada paso, pero lo seguí e hice lo que pude por contarle el resto de la historia. Le conté todo lo que me había dicho Baghra sobre los orígenes de

la Sombra, sobre el collar que el Oscuro tenía intención de crear para controlar mi poder, y, finalmente, sobre el barco que nos esperaba en Os Kervo.

—No deberías haber escuchado a Baghra —opinó cuando terminé.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté, indignada.

Se giró de pronto y estuve a punto de chocar contra él.

—¿Qué crees que pasará si llegas hasta la Sombra? ¿Si llegas hasta ese barco? ¿Crees que su poder acaba en la orilla del Mar Auténtico?

—No, pero…

—Solo es cuestión de tiempo que te atrape y te ponga ese collar.

Se giró de nuevo sobre los talones y siguió subiendo por el camino, dejándome aturdida detrás de él. Obligué a mis piernas a moverse y me apresuré a darle alcance.

Tal vez el plan de Baghra fuera imperfecto, pero ¿qué elección teníamos ninguno de nosotros? Recordé su fiero agarre, el miedo en sus ojos febriles. Realmente nunca había esperado que el Oscuro localizara a la manada de Morozova. La noche de la fiesta de invierno estaba verdaderamente aterrorizada, pero había tratado de ayudarme. Si hubiera sido tan despiadada como su hijo, podría haber evitado cualquier riesgo cortándome la garganta. *Tal vez hubiera sido lo mejor para todos*, pensé sombríamente.

Caminamos en silencio durante mucho tiempo, subiendo la montaña lentamente en zigzag. En algunos puntos, el camino era tan estrecho que no podía hacer mucho más que agarrarme a la ladera, avanzar a pasos cortos arrastrando los pies, y esperar que los Santos fueran bondadosos. Alrededor del mediodía, descendimos la primera pendiente y comenzamos a subir la segunda, que, para mi desgracia, era aún más alta y pronunciada que la primera.

Miré el camino que tenía enfrente, poniendo un pie delante del otro, tratando de librarme de mi desesperanza. Cuanto más pensaba en ello, más me preocupaba que Mal pudiera estar en lo cierto. No podía evitar la sensación de que mi huida nos había condenado a los dos. El Oscuro me necesitaba con vida, pero ¿qué le haría a Mal? Había estado tan concentrada en mi propio miedo y mi propio futuro que no me había parado a pensar en lo que había hecho Mal o por qué había decidido rendirse. Nunca podría regresar al ejército, con sus amigos, donde era un rastreador condecorado. Peor aún, era culpable de deserción, tal vez incluso de traición, y el castigo por ello era la muerte.

A la hora del crepúsculo, habíamos subido tanto que los pocos árboles ralos habían desaparecido, y en algunos lugares todavía quedaba escarcha del invierno en el suelo. Tomamos una escasa cena de queso duro y fibrosa carne de res seca. Mal seguía pensando que aún no era seguro hacer un fuego, así que nos apiñamos bajo la manta en silencio, temblando contra el viento huracanado, nuestros hombros apenas tocándose.

Casi me había quedado dormida cuando Mal dijo de pronto:

—Mañana nos dirigiremos hacia el norte.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Hacia el norte?

—A Tsibeya.

—¿Quieres ir detrás del ciervo? —pregunté, incrédula.

—Sé que puedo encontrarlo.

—¡Si es que el Oscuro no lo ha encontrado todavía!

—No —dijo, y noté que sacudía la cabeza—. Sigue ahí fuera. Puedo sentirlo.

Sus palabras me recordaron de forma espeluznante a lo que había dicho el Oscuro en el camino hacia la cabaña de Baghra. *El ciervo estaba destinado a ti, Alina. Puedo sentirlo*.

—¿Y si el Oscuro nos encuentra a nosotros primero? —pregunté.

—No puedes pasarte el resto de la vida huyendo, Alina. Has dicho que el ciervo podría hacerte poderosa. ¿Lo bastante poderosa como para luchar contra él?

—Tal vez.

—Entonces tendremos que intentarlo.

—Si nos atrapa, te matará.

—Lo sé.

—Por todos los Santos, Mal. ¿Por qué has venido a por mí? ¿En qué estabas pensando?

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo corto.

—No estaba pensando. Estábamos a medio camino de Tsibeya cuando nos dieron órdenes de dar la vuelta para cazarte a ti. Y eso fue lo que hice. Lo difícil fue alejar a los otros de ti, sobre todo después de que prácticamente anunciaras que estabas en Ryevost.

—Y ahora eres un desertor.

—Sí.

—Por mi culpa.

—Sí.

Me dolía la garganta por las lágrimas sin derramar, pero me las arreglé para que no me temblara la voz.

—No quería que nada de esto pasara.

—No me da miedo morir, Alina —dijo con esa voz fría y firme que me resultaba tan extraña—. Pero me gustaría que tuviéramos la oportunidad de luchar. Tenemos que ir a por el ciervo.

Pensé en sus palabras durante mucho rato.

—Vale —susurré finalmente.

La única respuesta fue un ronquido. Mal estaba dormido.

Mantuvo un ritmo brutal durante los siguientes días, pero mi orgullo, y tal vez mi miedo, no me permitían pedirle que fuera más lento. De vez en cuando veíamos

alguna cabra que se escabullía por la ladera sobre nosotros, y pasamos una noche acampando junto a un brillante lago azul de montaña, pero esos eran escasos descansos en la monotonía de roca plomiza y cielo sombrío.

Los adustos silencios de Mal no ayudaban. Quería saber cómo había acabado rastreando al ciervo para el Oscuro, y cómo había sido su vida los últimos cinco meses, pero mis preguntas obtuvieron concisas respuestas de una palabra, y a veces me ignoraba por completo. Cuando me sentía particularmente cansada o hambrienta, le fulminaba la espalda con la mirada, resentida, y pensaba en darle un buen porrazo en la cabeza para captar su atención. La mayor parte del tiempo, me limitaba a preocuparme. Me preocupaba que Mal se arrepintiera de su decisión de ir a por mí. Me preocupaba lo difícil que sería encontrar al ciervo en la inmensidad de Tsibeya. Pero, más que nada, me preocupaba lo que el Oscuro podría hacerle a Mal si nos capturaban.

Cuando finalmente comenzamos a descender por la parte noroeste de las Petrazoi, me entusiasmó dejar atrás las desérticas montañas y sus vientos helados. Mi corazón se aligeró mientras descendíamos por debajo de la línea de los árboles hasta llegar al acogedor bosque. Tras varios días de luchar contra el duro suelo, era un placer caminar sobre los suaves lechos de las agujas de pino, escuchar los susurros de los animales entre la maleza y respirar el aire denso por el olor de la savia.

Acampamos junto a un riachuelo borboteante y, cuando Mal comenzó a reunir ramitas para hacer una hoguera, casi me puse a cantar. Invoqué un rayo de luz pequeño y concentrado para encender el fuego, pero Mal no pareció muy impresionado. Desapareció entre los árboles y regresó con un conejo que limpiamos y asamos para la cena. Con expresión perpleja, me observó mientras engullía mi porción y después suspiraba, todavía hambrienta.

—Serías más fácil de alimentar si no te hubieras vuelto tan tragona —se quejó, terminando de comer y estirándose sobre la espalda, utilizando el brazo a modo de almohada.

Lo ignoré. Notaba calor por primera vez desde que había huido del Pequeño Palacio, y nada podía estropearme esa felicidad. Ni siquiera los ronquidos de Mal.

Necesitábamos reabastecernos de provisiones antes de dirigirnos más al norte hacia Tsibeya, pero nos costó otro día y medio encontrar un camino de caza que nos llevó hasta una de las aldeas que había en el lado noroeste de las Petrazoi. Cuanto más nos acercábamos a la civilización, más nervioso se ponía Mal. Desaparecía durante largos periodos de tiempo, explorando por delante, manteniéndonos en paralelo a la calle principal de la aldea. Durante las primeras horas de la tarde, apareció con un feo abrigo marrón y un gorro marrón de ardilla.

—¿Dónde has encontrado eso? —pregunté.

—Los cogí de una casa con la puerta abierta —dijo con aires de culpabilidad—,

aunque dejé unas monedas. Pero es inquietante… las casas están todas vacías. Ni siquiera vi a nadie en la calle.

—Tal vez sea domingo —sugerí. Había perdido la cuenta de los días desde que había dejado el Pequeño Palacio—. Podrían estar todos en la iglesia.

—Tal vez —asintió, pero parecía afligido mientras enterraba su viejo abrigo del ejército y su gorro junto a un árbol.

Estábamos a casi un kilómetro de la aldea cuando oímos los tambores. Sonaron con más fuerza mientras nos acercábamos lentamente a la calle, y pronto oímos las campanas y los violines, los aplausos y los vítores. Mal trepó por un árbol para ver mejor, y cuando salió, parte de la preocupación había desaparecido de su rostro.

—Hay gente por todas partes. Debe de haber cientos por la calle, y he visto el carro *dom*.

—¡Es la semana de la mantequilla! —exclamé.

La semana antes del ayuno de primavera, cada noble se paseaba entre su gente en un carro *dom*, un carro cargado de dulces, quesos y panes horneados. El desfile iría desde la iglesia de la aldea hasta la propiedad del noble, donde las habitaciones públicas se abrirían para los campesinos y sirvientes, a quienes se les daba té y *blini* para comer. Las chicas locales llevaban *sarafan* de color rojo y flores en el pelo para celebrar la llegada de la primavera.

La semana de la mantequilla había sido la mejor época en el orfanato, pues las clases eran más cortas para que pudiéramos limpiar la casa y ayudar a hornear. El Duque Keramsov siempre programaba su regreso desde Os Alta para coincidir con ella. Todos nos montábamos en el carro *dom* y nos deteníamos en cada granja para beber *kvas* y dar pasteles y dulces. Sentados junto al Duque, saludando a los aldeanos que nos vitoreaban, casi nos sentíamos como si también fuéramos nobles.

—¿Podemos ir a mirar, Mal? —pregunté ansiosamente.

Él frunció el ceño, y supe que su cautela estaba luchando contra algunos de nuestros recuerdos más felices de Keramzin. Después, una sonrisita apareció en sus labios.

—De acuerdo. Hay suficiente gente como para que podamos pasar desapercibidos.

Nos unimos a la multitud que desfilaba por la calle, deslizándonos entre los violinistas y los tamborileros, las niñas pequeñas que sostenían ramas con brillantes lazos rojos. Mientras atravesábamos la calle principal de la aldea, los tenderos permanecían en sus puertas haciendo sonar las campanas y dando palmadas con los músicos. Mal se detuvo para comprar pieles y abastecernos de provisiones, pero, cuando lo vi meter una cuña de queso curado en la mochila, le saqué la lengua. No veía la hora de perder el queso de vista para siempre.

Antes de que Mal pudiera decirme que no, me apresuré a mezclarme entre la multitud, serpenteando entre la gente que seguía el carro *dom*, donde un hombre de mejillas rojas estaba ahí sentado con una botella de *kvas* en su mano rechoncha,

balanceándose de un lado a otro, cantando y lanzando pan a los campesinos que se arremolinaban alrededor del carro. Estiré el brazo y cogí un bollito caliente.

—¡Para ti, guapa! —gritó el hombre, a punto de caerse.

El bollito dulce olía divinamente. Le di las gracias al hombre y volví junto a Mal brincando y sintiéndome muy satisfecha conmigo misma.

Él me agarró el brazo y me llevó por un camino embarrado entre dos casas.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—No me ha visto nadie. Pensó que no era más que otra campesina.

—No podemos correr riesgos así.

—Entonces, ¿no quieres un bocado?

Él dudó.

—Yo no he dicho eso.

—Te iba a dar un bocado, pero ya que no lo quieres, me lo tendré que comer entero yo sola.

Mal fue a coger el bollito, pero yo bailoteé para alejarme, fintando a izquierda y derecha para esquivar sus manos. Podía ver su sorpresa, y me encantaba. Ya no era la misma chica torpe que recordaba.

—Eres una niñata —refunfuñó, y volvió a atacar.

—Ah, pero soy una niñata con un bollito.

No sé quién de los dos lo oyó primero, pero ambos nos pusimos rectos, repentinamente conscientes de que teníamos compañía. Dos hombres nos habían seguido por el vacío callejón. Antes de que Mal pudiera siquiera girarse, uno de los hombres le había puesto en la garganta un cuchillo de aspecto sucio, y el otro me había tapado la boca con una mano maloliente.

—Silencio —gruñó el hombre con el cuchillo—, u os rajaré la garganta a los dos.

Tenía el pelo grasiento y una cara cómicamente alargada.

Miré la hoja junto al cuello de Mal y asentí ligeramente. La mano del otro hombre me destapó la boca, pero siguió agarrándome firmemente el brazo.

—Dinero —dijo Caralarga.

—¿Nos estáis robando? —solté.

—Eso es —siseó el hombre que me sujetaba, zarandeándome.

No pude evitarlo. Estaba tan aliviada y sorprendida de que no nos estuvieran capturando que se me escapó una risita.

Los ladrones y Mal me miraron como si estuviera loca.

—Un poco tonta, ¿no? —preguntó el hombre que me sujetaba.

—Sí —dijo Mal, mirándome con unos ojos que decían claramente que me callara—. Un poco.

—Dinero —dijo Caralarga—. Ahora.

Mal rebuscó en su abrigo y sacó su bolsita de dinero. Se la entregó a Caralarga, que gruñó y frunció el ceño por lo poco que pesaba.

—¿Eso es todo? ¿Qué hay en la mochila?

—No mucho, solo unas pieles y comida —respondió Mal.

—Enséñamelo.

Lentamente, Mal se quitó la mochila y la abrió, mostrándoles el contenido a los ladrones. Su rifle, envuelto en una manta de lana, era claramente visible en la parte superior.

—Ah —dijo Caralarga—. Ese sí que es un buen rifle. ¿Verdad, Lev?

El hombre que me sujetaba mantuvo una gruesa mano firmemente alrededor de mi muñeca y pescó el rifle con la otra.

—Muy bueno —gruñó—. Y la mochila parece militar.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Y qué? —preguntó Caralarga.

—Que Rikov dice que un soldado de la avanzadilla de Chernast ha desaparecido. Se cuenta que fue hacia el sur y jamás volvió. Puede que hayamos capturado a un desertor.

Caralarga estudió a Mal, intrigado, y supe que ya estaba pensando en la recompensa que le aguardaba. No tenía ni idea.

—¿Qué dices tú, chico? No estarás huyendo, ¿verdad?

—La mochila es de mi hermano —replicó Mal con ligereza.

—Tal vez. Y tal vez dejemos que el capitán de Chernast le eche un vistazo a ella y a ti.

Mal se encogió de hombros.

—Vale. Me alegrará decirle que habéis intentado robarnos.

A Lev no pareció gustarle aquella idea.

—Mejor cojamos el dinero y larguémonos.

—Nah —dijo Caralarga, todavía mirando a Mal con los ojos entrecerrados—. O es un desertor o se la ha quitado a algún otro soldado. De cualquier modo, el capitán nos pagará bien por contárselo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Lev, zarandeándome otra vez.

—No puede tramar nada bueno si está viajando con este. Puede que ella también haya huido. Y, si no, nos servirá para divertirnos un poco. ¿Verdad, preciosa?

—No la toquéis —escupió Mal, dando un paso hacia delante.

Con un rápido movimiento, Caralarga golpeó a Mal en la cabeza con el mango de su cuchillo. Él tropezó y cayó sobre una rodilla, y de su frente comenzó a manar sangre.

—¡No! —grité. El hombre que me sujetó me tapó la boca con la mano, soltándome el brazo. Eso era todo lo que necesitaba. Giré la muñeca y el espejo se deslizó entre mis dedos.

Caralarga observó a Mal desde arriba, con el cuchillo en la mano.

—Puede que para la recompensa dé igual vivo o muerto.

Se abalanzó sobre él. Yo giré el espejo y lancé un centelleante rayo de luz a sus ojos. Él dudó, levantando la mano para bloquear el resplandor. Mal aprovechó la

oportunidad, saltó a sus pies y sujetó a Caralarga, estampándolo con fuerza contra la pared. Lev aflojó su agarre sobre mí para levantar el rifle de Mal, pero yo giré y levanté el espejo, cegándolo.

—¿Qué co…? —gruñó, entornando los ojos. Antes de que pudiera recuperarse, le clavé la rodilla en la entrepierna. Mientras él se doblaba, puse las manos en la parte trasera de su cabeza y levanté la rodilla con fuerza. Se oyó un asqueroso crujido, y retrocedí mientras él caía al suelo aferrándose la nariz, con la sangre cayendo a chorro entre sus dedos.

—¡Lo he conseguido! —exclamé. Oh, si Botkin me hubiera visto.

—¡Vamos! —dijo Mal, desviando mi atención de mi propio regocijo. Me giré y vi que Caralarga estaba inconsciente en el suelo.

Mal recuperó su mochila y corrió hasta el otro extremo del callejón, lejos del ruido del desfile. Lev estaba gimiendo, pero seguía sujetando el rifle. Le di una buena patada en el estómago y salí corriendo tras Mal.

Pasamos como un rayo junto a tiendas y casas vacías hasta volver a la calle principal embarrada, y después nos metimos en el bosque, entre la seguridad de los árboles. Mal iba a un ritmo furioso, y nos guio a través de un pequeño arroyo y después por encima de una cresta, avanzando más y más durante lo que parecieron kilómetros. Personalmente no creía que los ladrones estuvieran en condiciones de perseguirnos, pero estaba demasiado sin aliento como para decir nada. Finalmente, Mal redujo la velocidad y se detuvo, doblándose sobre sí mismo y apoyando las manos sobre las rodillas, respirando entrecortadamente. Yo caí al suelo, con el corazón palpitándome con fuerza contra las costillas, y me desplomé sobre mi espalda. Me quedé ahí tumbada mientras la sangre me rugía en las orejas, bebiendo la luz del atardecer que se colaba entre las copas de los árboles, tratando de recuperar el aliento. Cuando sentí que podía hablar, me incorporé un poco sobre los hombros y pregunté:

—¿Estás bien?

Él se tocó la herida de la cabeza con cuidado. Había dejado de sangrar, pero hizo una mueca de dolor. Sí

—¿Crees que dirán algo?

—Claro que sí. Intentarán conseguir alguna moneda a cambio de información.

—Por todos los Santos.

—No hay nada que podamos hacer al respecto —dijo, y después, para mi sorpresa, sonrió—. ¿Dónde has aprendido a pelear así?

—Entrenamiento Grisha —suspiré teatralmente—. Los ancestrales secretos del rodillazo en la entrepierna.

—Mientras funcione…

Me reí.

—Eso es lo que siempre decía Botkin. «Nada espectacular, solo hacer sufrir» —dije, imitando el fuerte acento del mercenario.

—Un tipo listo.

—El Oscuro piensa que los Grisha no deben depender solo de sus poderes para defenderse.

Me arrepentí al momento de haberlo dicho, y la sonrisa de Mal desapareció.

—Otro tipo listo —dijo fríamente, mirando los árboles—. Sabrá que no has ido directamente hacia la Sombra —continuó tras un minuto—. Sabrá que estamos cazando al ciervo. —Se sentó pesadamente a mi lado, con expresión adusta. Teníamos muy pocas ventajas en nuestra lucha, y acabábamos de perder una de ellas —. No debería haberte llevado a la aldea —añadió sombríamente.

Le di un golpecito en el hombro.

—No podíamos saber que alguien iba a tratar de robarnos. O sea, ¿cómo es posible tener tan mala suerte?

—Fue un riesgo estúpido. Debería haber sido más sensato.

Cogió una ramita del suelo y la lanzó a lo lejos, enfadado.

—Sigo teniendo el bollito —dije débilmente, sacándome del bolsillo el bulto aplastado y cubierto de pelusas. Lo habían horneado con forma de pájaro, para celebrar las bandadas de la primavera, pero parecía más bien un calcetín enrollado.

Mal dejó caer la cabeza y se la cubrió con las manos, descansando los codos sobre las rodillas. Sus hombros comenzaron a temblar, y por un terrible momento pensé que estaba llorando, pero después me di cuenta de que se estaba riendo en silencio. Su cuerpo entero se movía, respirando con dificultad, y le empezaron a caer lágrimas de los ojos.

—Espero que ese bollito esté de muerte —resolló.

Me lo quedé mirando durante un segundo, temerosa de que se hubiera vuelto completamente loco, y después yo también comencé a reír. Me cubrí la boca con la mano para acallar el sonido, pero eso me hizo reír con más fuerza. Era como si todo el miedo y la tensión de los últimos días me hubieran superado.

—¡Shhhh! —dijo Mal exageradamente, llevándose un dedo a los labios, y yo volví a derrumbarme en una nueva oleada de risas—. Creo que le has roto la nariz a ese tío —resopló.

—Eso no es bueno. No soy buena.

—No, no lo eres —asintió él, y comenzamos a reír de nuevo.

—¿Recuerdas cuando el hijo de ese granjero te rompió la nariz en Keramzin? —resollé entre carcajadas—. No se lo dijiste a nadie y llenaste de sangre el mantel favorito de Ana Kuya.

—Te lo estás inventando.

—¡No es verdad!

—¡Sí lo es! Rompes narices y cuentas mentiras.

Reímos hasta que nos quedamos sin respiración, hasta que nos dolió el costado y la cabeza nos daba vueltas. No podía recordar la última vez que me había reído así.

Nos comimos el bollito. Estaba cubierto de azúcar y sabía igual que los bollitos

dulces que habíamos disfrutado de niños.

—Ese bollito estaba buenísimo —dijo Mal cuando terminamos, y volvimos a reír a carcajadas.

Finalmente, suspiró, se puso en pie y me ofreció una mano para ayudarme a levantarme.

Caminamos hasta el anochecer y acampamos junto a una cabaña en ruinas. Con lo cerca que habíamos estado Mal no quiso arriesgarse a hacer un fuego esa noche, así que comimos de las provisiones que habíamos comprado en la aldea. Mientras mordisqueábamos carne seca y ese miserable queso, él me preguntó sobre Botkin y los otros profesores del Pequeño Palacio. No me había dado cuenta de lo mucho que había deseado compartir mis historias con él hasta que comencé a hablar. No se reía con tanta facilidad como antes, pero, cuando lo hacía, perdía parte de esa sombría frialdad y se parecía un poco más al Mal que yo conocía. Me daba esperanzas de que tal vez no lo hubiera perdido para siempre.

Cuando llegó la hora de ir a dormir, Mal recorrió el perímetro del campamento, asegurándose de que estuviéramos a salvo, mientras yo volvía a guardar la comida. Había mucho espacio libre después de haber perdido su rifle y la manta de lana. Me sentía agradecida de seguir teniendo el arco.

Me puse el gorro de piel de ardilla bajo la cabeza y le dejé la mochila a Mal para que la utilizara como almohada. Después me ajusté bien el abrigo y me cubrí con las nuevas pieles. Comenzaba a cabecear cuando oí que Mal regresaba y se tumbaba a mi lado, presionando su espalda contra la mía reconfortantemente.

Mientras me dejaba llevar por el sueño, sentí como si aún pudiera saborear el azúcar del bollito en mi lengua, sentir el placer de la risa recorriéndome. Nos habían robado. Casi nos habían matado. El hombre más poderoso de Ravka nos perseguía. Pero volvíamos a ser amigos, y el sueño llegó mucho más fácilmente de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

En algún momento de la noche, desperté por los ronquidos de Mal. Le di un golpe en la espalda con el codo. Él se dio la vuelta, murmuró algo en sueños y me pasó el brazo por encima. Un minuto más tarde comenzó a roncar de nuevo, pero esa vez no lo desperté.

CAPÍTULO 18

eguíamos viendo nuevos brotes de hierba e incluso algunas flores silvestres, pero había menos señales de la primavera a medida que nos dirigíamos hacia el norte en dirección a Tsibeya y los salvajes páramos donde Mal creía que encontraríamos al ciervo. Los densos pinos dieron paso a ralos bosques de abedules, y después a enormes extensiones de pastizales.

Aunque Mal se arrepentía de nuestro viaje a la aldea, pronto tuvo que admitir que había sido una necesidad. Las noches se volvieron más frías conforme viajábamos hacia el norte, y las hogueras no eran una opción cuanto más nos acercábamos a la avanzadilla de Chernast. Tampoco queríamos perder tiempo cazando o buscando comida cada día, así que dependíamos de nuestras provisiones y las observamos menguar nerviosamente.

Algo parecía haberse relajado entre nosotros, y en lugar del frío silencio de las Petrazoi, hablábamos mientras seguíamos caminando. Él sentía curiosidad por la vida en el Pequeño Palacio, las extrañas costumbres de la corte, e incluso la teoría Grisha.

No le sorprendió en absoluto oír el desprecio con que la mayoría de los Grisha hablaban del Rey. Aparentemente, los rastreadores habían estado refunfuñando cada vez más entre ellos sobre la incompetencia del Rey.

—Los fjerdanos tienen un rifle de retrocarga que puede disparar veintiocho veces por minuto, y nuestros soldados también deberían tenerlos. Si el Rey se molestara en interesarse por el Primer Ejército, no dependeríamos tanto de los Grisha. Pero eso no va a pasar —añadió. Después, murmuró—: Todos sabemos quién dirige el país.

Yo no dije nada. Procuraba hablar sobre el Oscuro lo menos posible.

Cuando le pregunté por el tiempo que había pasado rastreando al ciervo, siempre parecía encontrar una forma de que la conversación volviera a mí. Yo no lo presioné. Sabía que la unidad de Mal había cruzado la frontera hasta Fjerda. Sospechaba que habían tenido que salir luchando y ahí era donde se había hecho la cicatriz de la

mandíbula, pero él se negó a decir nada más.

Mientras caminábamos a través de un grupo de sauces secos, con la escarcha crujiendo bajo nuestras botas, Mal señaló un nido de gavilanes, y de pronto deseé que pudiéramos seguir caminando eternamente. Por mucho que quisiera una comida caliente y una cama cálida, tenía miedo de lo que nos traería el final de nuestro viaje. ¿Qué pasaba si encontraba al ciervo y me llevaba sus astas? ¿Cómo me cambiaría un amplificador tan poderoso? ¿Sería suficiente como para librarnos del Oscuro? Ojalá pudiéramos seguir así, caminando juntos, durmiendo acurrucados bajo las estrellas. Quizás esas vacías llanuras y esos tranquilos bosquecillos nos guarecerían como lo habían hecho con la manada de Morozova y nos mantendrían a salvo de los hombres que nos buscaban.

Eran pensamientos absurdos. Tsibeya era un lugar inhóspito, un mundo salvaje y vacío de implacables inviernos y extenuantes veranos. Y nosotros no éramos extrañas y ancestrales criaturas que vagaban por la tierra durante el crepúsculo. Tan solo éramos Mal y Alina, y no podíamos llevar la delantera a nuestros perseguidores eternamente. Un oscuro pensamiento que había revoloteado por mi cabeza durante días por fin tomó forma. Suspiré, sabiendo que había postergado la conversación con Mal sobre ese problema durante demasiado tiempo. Era una irresponsabilidad, y con todo lo que nos habíamos arriesgado los dos, no podía permitir que continuara así.

Esa noche Mal estaba casi dormido, respirando profunda y regularmente, cuando reuní el coraje para hablar.

—Mal —comencé. Él se despertó al momento, y la tensión inundó su cuerpo mientras se sentaba y cogía su cuchillo—. No —dije, poniendo una mano sobre su brazo—. Todo va bien. Pero necesito hablar contigo.

—¿Ahora? —gruñó, tumbándose de nuevo y volviendo a rodearme con el brazo.

Suspiré. Quería quedarme ahí tumbada en la oscuridad, escuchando el susurro del viento sobre la hierba, abrigada y con cierta sensación de seguridad, por ilusoria que fuera. Pero sabía que no podía.

—Necesito que hagas algo por mí.

Él resopló.

—¿Algo aparte de desertar del ejército, escalar montañas y congelarme el culo en el suelo frío cada noche?

—Sí.

—Uhm —gruñó sin comprometerse, y su respiración volvió al ritmo profundo y regular del sueño.

—Mal —dije claramente—, si no lo logramos… si nos atrapan antes de que encontremos al ciervo, no puedes dejar que me lleve.

Se quedó completamente quieto. Hasta podía escuchar el latido de su corazón. Permaneció en silencio durante tanto tiempo que comencé a pensar que se había vuelto a dormir.

Después dijo:

—No puedes pedirme eso.

—Tengo que hacerlo.

Se sentó, alejándose de mí, y se pasó una mano por la cara. Yo también me senté, ajustándome más las pieles a los hombros, y lo observé a la luz de la luna.

—No.

—No puedes decir que no, Mal.

—Tú me has pedido algo, y yo he respondido. No.

Se puso en pie y se alejó unos pasos.

—Si me pone ese collar, ya sabes lo que significará, cuánta gente morirá por mi culpa. No puedo dejar que eso pase. No puedo ser responsable de algo así.

—No.

—Tenías que saber que esto era una posibilidad cuando nos dirigimos hacia el norte, Mal.

Se giró, volvió a zancadas y se agachó frente a mí para mirarme directamente a los ojos.

—No voy a matarte, Alina.

—Tal vez tengas que hacerlo.

—No —repitió, sacudiendo la cabeza y desviando la mirada de mí—. No, no, no.

Le cogí la cara con las manos frías y le giré la cabeza hasta que tuvo que encontrarse con mi mirada.

—Sí.

—No puedo, Alina. *No puedo*.

—Mal, esa noche en el Pequeño Palacio dijiste que yo era propiedad del Oscuro.

Él hizo una mueca.

—Estaba enfadado. No quería decir que…

—Si consigue ese collar, seré realmente de su propiedad. Por completo. Y me convertirá en un monstruo. Por favor, Mal. Necesito saber que no dejarás que me pase eso.

—¿Cómo puedes pedirme que…?

—¿A quién más podría pedírselo?

Él me miró, con el rostro lleno de desesperación, furia y algo más que no era capaz de definir. Finalmente, asintió una vez.

—Prométemelo, Mal. —Su boca se cerró en una línea seria, y un músculo se movió en su mandíbula. Odiaba hacerle eso, pero tenía que asegurarme—. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo con voz ronca.

Solté un largo suspiro, sintiendo el alivio que me inundaba. Me incliné hacia delante, apoyé mi frente contra la suya y cerré los ojos.

—Gracias.

Nos quedamos así durante un buen rato, y después él se inclinó hacia atrás. Cuando abrí los ojos, me estaba mirando. Su cara estaba a unos centímetros de la

mía, lo suficientemente cerca como para sentir su cálido aliento. Quité las manos de sus mejillas sin afeitar, repentinamente consciente de lo cerca que estábamos. Él se me quedó mirando por un momento y después se levantó abruptamente y caminó hacia la oscuridad.

Me quedé despierta durante mucho tiempo, sintiéndome helada y triste, escrutando la noche. Sabía que estaba ahí, caminando en silencio sobre la hierba fresca, llevando el peso de la carga que le había dado. Lo sentía por él, pero me alegraba de haberlo hecho. Esperé a que regresara, pero finalmente me quedé dormida, sola bajo las estrellas.

Pasamos los siguientes días en las zonas que rodeaban Chernast, explorando kilómetros de terreno en busca de señales de la manada de Morozova, acercándonos al puesto de avanzada tanto como nos atrevíamos. Con cada día que pasaba, el humor de Mal empeoraba. Dormía intranquilo y apenas comía. A veces, me despertaba y lo encontraba dando vueltas en sueños, murmurando bajo las pieles: «¿Dónde estás? ¿Dónde estás?».

Vio señales de otra gente (ramas rotas, rocas removidas, huellas que me resultaban invisibles hasta que él las señalaba), pero ninguna del ciervo.

Entonces, una mañana, me zarandeó para despertarme antes del amanecer.

—Levántate —dijo—. Están cerca, puedo sentirlo.

Me estaba quitando las pieles de encima para meterlas en la mochila.

—¡Eh! —me quejé, apenas despierta, tratando de volver a taparme sin éxito—. ¿Y el desayuno?

Él me lanzó una galleta.

—Come mientras caminas. Hoy quiero ir por los caminos occidentales. Tengo un presentimiento.

—Pero ayer pensabas que deberíamos ir hacia el este.

—Eso fue ayer —replicó él, colocándose la mochila sobre los hombros e internándose a zancadas en la hierba alta—. En marcha. Debemos encontrar al ciervo para no tener que cortarte la cabeza.

—Yo no he dicho que tuvieras que cortarme la cabeza —refunfuñé, frotándome los ojos por el sueño y siguiéndolo renqueante.

—Entonces, ¿debería clavarte una espada? ¿Llamar a un pelotón de fusilamiento?

—Estaba pensando en algo más sutil, un poco de veneno, quizás.

—Has dicho que tenía que matarte, pero no dijiste cómo.

Le saqué la lengua aunque estaba de espaldas, pero me alegraba verlo con tanta energía, y supuse que era bueno que bromeara sobre el tema. Al menos, esperaba que estuviera bromeando.

Los caminos occidentales nos llevaron por bosquecillos de alerces y prados llenos de adelfillas y líquenes rojos. Mal avanzaba con decisión, y su paso era tan ligero

como siempre.

El aire estaba frío y húmedo, y algunas veces lo vi mirar con nerviosismo el cielo nublado, pero siguió caminando. Ya avanzada la tarde, llegamos hasta una colina baja que se inclinaba suavemente sobre una ancha meseta cubierta de hierba pálida. Mal caminó por la cima, primero hacia el oeste, después hacia el este. Nos hizo bajar, subir y bajar otra vez, hasta que pensé que iba a ponerme a gritar. Finalmente, nos llevó hasta el lateral a sotavento de un gran grupo de rocas, se quitó la mochila y dijo:

—Aquí.

Extendí una piel sobre el frío suelo y me senté a esperar, observando a Mal pasearse con inquietud de un lado a otro. Finalmente, se sentó junto a mí, con los ojos fijos en la meseta y una mano descansando con ligereza en su arco. Sabía que los estaba imaginando ahí, imaginando que la manada emergía desde el horizonte, con los cuerpos blancos brillando a la luz del crepúsculo, con su aliento formando hilillos. Tal vez estaba intentando que aparecieran mediante su fuerza de voluntad. Aquel parecía el lugar apropiado para un ciervo: fresco por la nueva hierba y moteado de pequeños lagos azules que brillaban como monedas bajo el sol del atardecer.

El sol se fundió en el horizonte y la meseta se volvió añil a la luz del crepúsculo. Esperamos, escuchando el sonido de nuestra propia respiración y el viento que gemía sobre la inmensidad de Tsibeya. Pero, mientras las luces se desvanecían, la meseta permaneció vacía.

La luna se alzó, cubierta por las nubes. Mal no se movió. Estaba sentado, tan quieto como una estatua, mirando la extensión de la meseta, y sus ojos azules estaban distantes. Saqué la otra piel de la mochila y la envolví alrededor de sus hombros y los míos. Allí, en la roca a sotavento, estábamos a salvo de la peor parte del viento, pero no era un gran refugio.

Entonces, Mal suspiró y echó un vistazo al cielo nocturno.

—Va a nevar. Deberíamos haber ido al bosque, pero pensé que… —Sacudió la cabeza—. Estaba muy seguro.

—No pasa nada —dije, apoyando la cabeza sobre su hombro—. Tal vez mañana.

—Las provisiones no nos van a durar eternamente, y cada día que pasemos aquí es una posibilidad más de que nos atrapen.

—Mañana —repetí.

—Por lo que sabemos, él ya puede haber encontrado la manada. Habrá matado al ciervo y ahora estarán todos dándonos caza.

—Yo no lo creo.

Mal no dijo nada. Subí las pieles e hice que de mi mano brotara una pequeña luz.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo frío.

—No es seguro —replicó, levantando las pieles para ocultar la luz que brillaba cálida y dorada en su cara.

—No hemos visto un alma desde hace más de una semana. Y permanecer ocultos

no nos servirá de mucho si morimos congelados.

Frunció el ceño, pero después estiró la mano y dejó que sus dedos jugaran con la luz.

—Esto está muy bien.

—Gracias —dije sonriendo.

—Mikhael está muerto.

La luz chisporroteó en mi mano.

—Está muerto. Lo mataron en Fjerda. A Dubrov también.

Me quedé paralizada por la impresión. Nunca me habían caído bien Mikhael ni Dubrov, pero eso ya no importaba.

—No me di cuenta de… —Dudé—. ¿Cómo sucedió?

Por un momento, pensé que no contestaría, e incluso que tal vez no tenía que haberlo preguntado. Se quedó mirando la luz que seguía brillando en mi mano. Sus pensamientos se encontraban ya muy lejos.

—Estábamos muy al norte, cerca de la zona de permafrost, muy pasado el puesto de avanzada de Chernast —dijo quedamente—. Habíamos perseguido al ciervo casi hasta llegar a Fjerda. Al capitán se le ocurrió la idea de que algunos debíamos cruzar la frontera disfrazados de fjerdanos para seguir rastreando a la manada. Fue estúpido, de hecho, fue ridículo. Incluso si nos las arreglábamos para cruzar la frontera del país sin que nos descubrieran, ¿qué se suponía que teníamos que hacer si encontrábamos a la manada? Teníamos órdenes de no matar al ciervo, así que tendríamos que capturarlo y después llevarlo de algún modo hasta la frontera con Ravka. Era una locura. —Yo asentí. Sí que era una locura—. Así que esa noche, Mikhael, Dubrov y yo nos reímos sobre el tema, hablando de que era una misión suicida y de que el capitán era un completo idiota, y brindamos por los pobres cabrones a los que les endosaran el trabajo. Y, a la mañana siguiente, me presenté voluntario.

—¿Por qué? —pregunté sobresaltada.

Mal se quedó en silencio de nuevo.

—Me salvaste la vida en la Sombra, Alina —dijo finalmente.

—Y tú me salvaste la mía —contraataqué, sin saber muy bien qué tenía que ver nada de aquello con una misión suicida en Fjerda. Pero Mal no pareció haberme oído.

—Me salvaste la vida, y después, en la tienda Grisha, no hice nada cuando se te llevaron. No hice nada. Me quedé ahí y dejé que te llevaran.

—¿Qué ibas a hacer, Mal?

—Algo. Cualquier cosa.

—Mal…

Él se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—Sé que no tiene sentido, pero es como me sentía. No podía comer. No podía dormir. Te veía alejándote todo el tiempo, te veía desaparecer.

Pensé en todas las noches que había permanecido despierta en el Pequeño Palacio, recordando mi último vistazo al rostro de Mal desapareciendo entre la

multitud mientras los guardias del Oscuro me conducían lejos de allí, preguntándome si volvería a verlo. Lo había echado muchísimo de menos, pero realmente nunca había creído que él me estuviera echando de menos tanto como yo.

—Sabía que estábamos dando caza al ciervo para el Oscuro —continuó Mal—. Pensé… Tenía la impresión de que, si encontraba a la manada, podría ayudarte. Podría ayudar a arreglar las cosas. —Me miró, y entre nosotros se posó la certeza de lo equivocadísimo que había estado—. Mikhael no sabía nada de eso, pero era mi amigo, así que él también se ofreció voluntario como un imbécil. Y después, por supuesto, Dubrov tuvo que apuntarse. Les dije que no lo hicieran, pero Mikhael se rio y dijo que no iba a permitir que me llevara toda la gloria.

—¿Qué sucedió?

—Fuimos nueve los que cruzamos la frontera, seis soldados y tres rastreadores. Regresamos dos.

Sus palabras permanecieron flotando en el aire, frías y fatídicas. Siete hombres habían muerto en la búsqueda del ciervo. Y, ¿cuántos más de los que no sabía nada? Pero, mientras lo pensaba, una idea alarmante se me pasó por la mente: ¿cuántas vidas podría salvar el poder del ciervo? Mal y yo éramos refugiados, nacidos de las guerras que habían arrasado las fronteras de Ravka desde hacía demasiado tiempo. ¿Y si el Oscuro y el terrible poder de la Sombra podían ponerle fin a todo eso? ¿Acabar con los enemigos de Ravka y mantenernos a salvo para siempre?

No solo con los enemigos de Ravka, me recordé. Con cualquiera que se enfrente al Oscuro, con cualquiera que se atreva a resistirse a él. El Oscuro convertiría el mundo en un erial antes de ceder una pizca de poder.

Mal se frotó su cansada cara con una mano.

—En cualquier caso, no sirvió de nada. La manada regresó a Ravka cuando cambió el tiempo. Podríamos haber esperado a que el ciervo volviera a nosotros.

Miré a Mal, a sus ojos distantes y su firme mandíbula, cruzada por la cicatriz. No se parecía en nada al chico que había conocido. Había estado tratando de ayudarme al ir tras el ciervo. Eso significaba que yo era parcialmente responsable de su cambio, y me destrozaba el corazón pensar en ello.

—Lo siento, Mal. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, Alina. Yo tomé mis propias decisiones. Pero mis amigos murieron por culpa de esas decisiones.

Quería lanzarle los brazos por encima y abrazarlo fuerte. Pero no podía, no con ese nuevo Mal. Tal vez tampoco con el viejo, me admití a mí misma. Ya no éramos niños. Lo cómodo que había sido estar cerca era cosa del pasado. Puse la mano sobre su brazo.

—Si no es mi culpa, entonces tampoco es la tuya, Mal. Mikhael y Dubrov también tomaron sus propias decisiones. Mikhael quería ser un buen amigo para ti. Y, por lo que sabes, puede que él tuviera sus propias razones para querer rastrear al ciervo. No era un niño, y no querría que lo recordaran como uno.

Mal no me miró, pero tras un momento colocó su mano sobre la mía. Seguíamos así sentados cuando los primeros copos de nieve comenzaron a caer.

CAPÍTULO 19

i luz nos mantuvo calientes durante la noche en la roca a sotavento. A veces me quedaba adormilada, y Mal tenía que darme un codazo para que me despertara y pudiera invocar el sol en la oscura extensión salpicada de estrellas de Tsibeya para que nos calentara bajo las pieles.

Cuando salimos a la mañana siguiente, el sol relucía sobre un mundo cubierto de blanco. Tan al norte, la nieve era común bien avanzada la primavera, pero era difícil no pensar que aquel tiempo formaba parte de nuestra mala suerte. Mal echó un vistazo a la prístina extensión del prado y sacudió la cabeza con fastidio. No tenía que preguntarle lo que pensaba. Si la manada había estado cerca, cualquier señal que hubieran dejado estaría cubierta por la nieve. Pero nosotros dejaríamos suficientes señales como para que cualquiera las siguiera.

Sin decir palabra, nos quitamos las pieles y las guardamos. Mal ató el arco a su mochila y comenzamos la caminata por la meseta. Íbamos despacio. Mal hacía lo que podía por ocultar nuestro rastro, pero estaba claro que teníamos graves problemas.

Sabía que Mal se culpaba por no haber sido capaz de encontrar al ciervo, pero no se me ocurrió cómo solucionarlo. De algún modo, Tsibeya parecía más grande que el día anterior. O tal vez era simplemente que yo me sentía más pequeña.

Finalmente, la pradera dio paso a unos bosquecillos de abedules plateados y densos grupos de pinos, con las ramas llenas de nieve. Mal aflojó el ritmo. Parecía exhausto, y tenía sombras oscuras bajo los ojos azules. Impulsivamente, deslicé mi mano enguantada con la suya. Pensaba que la retiraría, pero en lugar de eso me apretó los dedos. Seguimos caminando así, mano con mano hasta bien avanzada la tarde. Las ramas de los pinos formaban un toldo sobre nosotros mientras nos internábamos más en el oscuro corazón del bosque.

Alrededor de la puesta de sol, salimos de los árboles a un pequeño claro donde la nieve se apilaba en perfectas y pesadas montañitas que centelleaban bajo la débil luz.

Nos internamos en la quietud, y la nieve amortiguó nuestras pisadas. Era tarde. Sabía que deberíamos estar acampando, buscando refugio. Sin embargo, nos quedamos allí en silencio, con las manos unidas, observando cómo el día desaparecía.

—¿Alina? —dijo quedamente—. Lo siento. Lo que dije esa noche en el Pequeño Palacio.

Lo miré sorprendida. De algún modo, parecía que aquello había pasado hacía muchísimo tiempo.

—Yo también lo siento.

—Y también siento todo lo demás.

Le apreté la mano.

—Ya sabía que no teníamos muchas posibilidades de encontrar al ciervo.

—No —replicó, desviando la mirada—. No, no me refiero a eso. Yo… Cuando vine a por ti, pensaba que lo hacía porque me habías salvado la vida, porque te debía algo.

Mi corazón dio un vuelco. La idea de que Mal hubiera ido detrás de mí para pagar alguna clase de deuda imaginaria era más dolorosa de lo que había esperado.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé qué pensar. Solo sé que todo es diferente.

Mi corazón dio otro vuelco desagradable.

—Lo sé —susurré.

—¿Lo sabes? Aquella noche en el palacio, cuando te vi en el escenario con él, parecías muy contenta. Como si tu lugar estuviera a su lado. No puedo sacarme esa imagen de la cabeza.

—Estaba contenta —admití—. En aquel momento, estaba contenta. Yo no soy como tú, Mal. Realmente, nunca encajé del mismo modo que tú. Nunca encajé en ningún sitio.

—Encajabas conmigo —dijo en voz baja.

—No, Mal. Realmente no. No durante mucho tiempo.

Entonces me miró, y sus ojos eran de un azul profundo a la luz del crepúsculo.

—¿Me echabas de menos, Alina? ¿Me echabas de menos cuando no estabas?

—Cada día —respondí con honestidad.

—Yo te echaba de menos cada hora. Y, ¿sabes qué fue lo peor? Me pilló completamente por sorpresa. A veces me descubría buscándote, sin ninguna razón, solo por hábito, porque había visto algo que quería contarte, o porque quería oír tu voz. Y entonces me daba cuenta de que ya no estabas ahí, y cada vez, *absolutamente cada vez*, era como quedarme sin aliento. He arriesgado mi vida por ti. He recorrido a pie media Ravka por ti, y lo haría otra vez, y otra, y otra, solo para estar contigo, solo para morirme de hambre contigo, y congelarme contigo, y oírte quejarte del queso cada día. Así que no me digas que no encajas conmigo —añadió fieramente. Estaba muy cerca, y de pronto el corazón comenzó a latirme con fuerza en el pecho—. Siento que me costara tanto tiempo verte, Alina. Pero ahora te veo.

Bajó la cabeza, y sentí sus labios en los míos. El mundo pareció quedarse en silencio, y solo fui consciente de la sensación de su mano sobre la mía mientras me hacía acercarme más a él. Y luego de la cálida presión de su boca.

Pensaba que me había dado por vencida con Mal. Pensaba que el amor que había sentido por él era cosa del pasado, de la chica tonta y solitaria que no quería volver a ser. Había tratado de enterrar a esa chica y el amor que sentía, al igual que había tratado de enterrar mi poder. Pero no volvería a cometer el mismo error. Lo que fuera aquello que ardía entre nosotros era igual de resplandeciente, igual de innegable. En el momento en que nuestros labios se encontraron, supe con una certeza pura y penetrante que hubiera esperado por él eternamente.

Se alejó de mí, y yo abrí los ojos. Alzó una mano enguantada para ponerla en mi cara, y su mirada buscó la mía. Entonces, por el rabillo del ojo, capté un movimiento.

—Mal —susurré suavemente, mirando por encima de su hombro—, mira.

Varios cuerpos blancos salieron de entre los árboles, doblando los gráciles cuellos para mordisquear la hierba que había al borde del claro nevado. En medio de la manada de Morozova se alzaba un enorme ciervo blanco. Nos miró con grandes ojos oscuros, y sus astas plateadas centellearon en la penumbra.

En un rápido movimiento, Mal cogió el arco del lateral de su mochila.

—Yo lo abatiré, Alina. Tú tendrás que matarlo.

—Espera —susurré, colocando una mano sobre su brazo.

El ciervo caminó lentamente hacia delante y se detuvo a tan solo unos metros de nosotros. Pude ver su costado que subía y bajaba, sus narinas ensanchándose, la niebla que formaba su aliento en el aire frío.

Nos observó con ojos oscuros y húmedos. Caminé hacia él.

—¡Alina! —susurró Mal.

El ciervo no se movió cuando llegué a su lado, ni siquiera cuando extendí el brazo para colocar la mano sobre su cálido hocico. Movió las orejas ligeramente, y su piel brilló pálida en la oscuridad creciente. Pensé en todo lo que habíamos sacrificado Mal y yo, los riesgos que habíamos corrido. Pensé en las semanas que habíamos pasado rastreando a la manada, las noches frías, los miserables días de caminata incesante, y me alegré por todo ello. Me alegré de estar allí y viva en esa fría noche. Me alegré de que Mal estuviera junto a mí. Miré a los ojos oscuros del ciervo y noté la sensación de la tierra bajo sus firmes pezuñas, el olor del pino en sus narinas, el poderoso latido de su corazón. Supe que no podía ser yo quien acabara con su vida.

—Alina —murmuró Mal con urgencia—, no tenemos mucho tiempo. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Sacudí la cabeza. No podía apartar la mirada de los ojos oscuros del ciervo.

—No, Mal. Encontraremos otra forma.

Se oyó un sonido como de un suave silbido en el aire seguido de un golpe sordo cuando la flecha encontró su blanco. El ciervo bramó y se levantó sobre sus patas traseras, con una flecha saliéndole del pecho, y después se desplomó sobre sus patas

delanteras. Me tambaleé hacia atrás mientras el resto de la manada salía huyendo, dispersándose por el bosque. Mal apareció junto a mí en un momento, con el arco preparado, mientras el claro se llenaba de *oprichniki* vestidos de color carbón y Grisha con capas azules y rojas.

—Deberías haberlo escuchado, Alina. —La voz salió de entre las sombras, clara y fría, y el Oscuro entró en el claro con una sonrisa lúgubre en los labios y su kefta negra flotando tras él como un rastro de ébano.

El ciervo había caído sobre un costado y yacía en la nieve, respirando con pesadez, con los ojos negros muy abiertos y llenos de pánico.

Sentí a Mal moverse antes de verlo. Giró el arco hacia el ciervo y disparó, pero un Vendaval vestido de azul dio un paso adelante y trazó un arco en el aire. La flecha viró hacia la izquierda y cayó inofensivamente sobre la nieve.

Mal fue a coger otra flecha, y en ese momento el Oscuro lanzó la mano hacia delante, lanzando un negro remolino de oscuridad hacia nosotros. Alcé las manos y la luz brotó de mis dedos, diluyendo la oscuridad fácilmente.

Pero solo había sido una distracción. El Oscuro se giró hacia el ciervo, alzando el brazo en un gesto que conocía demasiado bien.

—¡No! —grité y, sin pensar, me lancé delante del ciervo. Cerré los ojos, lista para sentir cómo el Corte me desgarraba por la mitad, pero el Oscuro debió de haberse movido en el último memento. El árbol que había junto a mí quedó desgarrado con un sonoro crujido, y unos zarcillos de oscuridad brotaron de la herida. Me había perdonado la vida, pero también había perdonado la del ciervo.

Todo humor había desaparecido del rostro del Oscuro cuando dio una palmada y una enorme pared de ondeante oscuridad salió disparada hacia delante, engulléndonos junto al ciervo. No tuve que pensar. La luz brotó en una esfera reluciente y palpitante, rodeándonos a Mal y a mí, manteniendo la oscuridad a raya y cegando a nuestros atacantes. Por un momento, estuvimos en punto muerto. Ellos no podían vernos, y nosotros no podíamos verlos a ellos. La oscuridad se arremolinó alrededor de la burbuja de luz, luchando por entrar.

—Impresionante —dijo el Oscuro, y su voz nos llegaba como si estuviera muy lejos—. Baghra te enseñó demasiado bien. Pero no eres lo bastante fuerte para esto, Alina.

Sabía que estaba tratando de distraerme, y lo ignoré.

—¡Tú! ¡Rastreador! ¿Tan preparado estás para morir por ella? —continuó. La expresión de Mal no cambió. Permaneció con el arco listo y la flecha preparada, girando en un círculo lento, buscando la voz del Oscuro—. Hemos presenciado una escena muy conmovedora —se burló él—. ¿Se lo has contado, Alina? ¿Sabe el chico lo deseosa que estabas de entregarte a mí? ¿Le has contado lo que te enseñé en la oscuridad?

Una oleada de vergüenza me sacudió y la brillante luz tembló. El Oscuro rio.

Miré a Mal. Tenía la mandíbula apretada, e irradiaba la misma ira helada que

había visto la noche de la fiesta de invierno. Sentí que mi control sobre la luz fallaba, y me esforcé por recuperarlo. La esfera centelleó con un nuevo resplandor, pero ya sentía que estaba rozando los límites de lo que era capaz de hacer. La oscuridad comenzó a colarse por los bordes de la burbuja como si fuera tinta. Sabía lo que debía hacerse. El Oscuro tenía razón; no era lo bastante fuerte. Y no tendríamos otra oportunidad.

—Hazlo, Mal —susurré—. Sabes lo que tiene que pasar.

Mal me miró, y el pánico brilló en sus ojos. Sacudió la cabeza. La oscuridad cargó contra la burbuja, y yo me tambaleé ligeramente.

—¡Rápido, Mal! Antes de que sea demasiado tarde.

En un veloz movimiento, Mal soltó el arco y cogió su cuchillo.

—¡Hazlo, Mal! ¡Hazlo ya!

Su mano estaba temblando, y yo sentí que mi propia fuerza flaqueaba.

—No puedo —susurró miserablemente—. No puedo.

Soltó el cuchillo, que cayó silenciosamente sobre la nieve. La oscuridad nos engulló.

Mal desapareció. El claro desapareció. Había caído en la sofocante oscuridad. Oí que Mal gritaba y me moví en dirección a su voz, pero, de pronto, unos fuertes brazos me sujetaron por ambos lados. Pataleé y forcejeé furiosamente.

La oscuridad se desvaneció, y así de rápido vi que todo había acabado.

Dos de los guardias del Oscuro me habían apresado, mientras que Mal forcejeaba con otros dos.

—Quédate quieto o te mataré aquí mismo —le gruñó Iván.

—¡Déjalo en paz! —grité.

—Shhhhh. —El Oscuro caminó hacia mí, con un dedo en los labios, que estaban curvados en una sonrisa burlona—. Silencio, o dejaré que Iván lo mate. Lentamente.

Las lágrimas se derramaron por mis mejillas, congelándose por el frío aire nocturno.

—Antorchas —dijo. Oí el sonido de los pedernales y dos antorchas estallaron en llamas, iluminando el claro, a los soldados y al ciervo, que yacía resollando en el suelo. El Oscuro se sacó del cinturón un pesado cuchillo, y la luz del fuego se reflejó en el acero Grisha—. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

Avanzó a zancadas y sin dudar le cortó la garganta al ciervo.

La sangre manó a borbotones sobre la nieve, formando un charco alrededor del cuerpo del animal. Lo observé mientras la vida abandonaba sus ojos oscuros, y un sollozo estalló en mi pecho.

—Coge sus astas —dijo el Oscuro a uno de los *oprichnik*. Corta un pedazo de cada una.

El *oprichnik* avanzó y se inclinó sobre el cuerpo del ciervo, con una hoja serrada en la mano.

Aparté la mirada, con el estómago revuelto mientras escuchaba un sonido de

sierra que llenaba la quietud del claro. Permanecimos en silencio, con el aliento formando hililllos de vaho en el aire helado, mientras el sonido siguió y siguió. Incluso cuando se detuvo, todavía podía sentirlo vibrando en mi mandíbula apretada.

El *oprichnik* cruzó el claro y le entregó los dos trozos de asta al Oscuro. Eran casi iguales, y los dos terminaban en puntas dobles de aproximadamente el mismo tamaño. El Oscuro sujetó los trozos en las manos, recorriendo el hueso áspero y plateado con el pulgar. Después hizo un gesto, y me sorprendió ver a David salir de entre las sombras con su *kefta* púrpura.

Por supuesto. El Oscuro querría que su mejor hacedor le fabricara el collar. David no me devolvió la mirada. Me pregunté si Genya sabría dónde se encontraba y lo que estaba haciendo. Tal vez se sintiera orgullosa. Tal vez ella también pensaba que yo era una traidora.

—David —dije con suavidad—, no lo hagas.

Él me echó un vistazo y se apresuró a apartar la mirada.

—David entiende el futuro —explicó el Oscuro, con un deje de amenaza en su voz—. Y es lo bastante listo como para no luchar contra él.

David se acercó a mí y se colocó tras mi hombro derecho. El Oscuro me estudió a la luz de la antorcha. Por un momento, todo fue silencio. El crepúsculo había desaparecido y la luna se había alzado, llena y brillante. El claro parecía estar sumido en la calma.

—Abre tu abrigo —ordenó el Oscuro. Yo no me moví. El Oscuro le lanzó una mirada a Iván y asintió con la cabeza. Mal gritó y se aferró el pecho mientras se desplomaba en el suelo.

—¡No! —grité. Traté de correr junto a Mal, pero los guardias que tenía a cada lado me sujetaron los brazos con fuerza—. Por favor —le supliqué al Oscuro—. ¡Haz que pare!

El Oscuro volvió a asentir, y los gritos de Mal cesaron. Se quedó tirado en la nieve, respirando con fuerza, con la mirada fija en la mueca arrogante de Iván y los ojos llenos de odio.

El Oscuro me observó, expectante, con el rostro impasible. Casi parecía estar aburrido. Me sacudí a los *oprichniki* de encima. Con manos temblorosas, me limpié las lágrimas de los ojos y me desabotoné el abrigo, dejando que se deslizara por encima de mis hombros. Era consciente del frío que se filtraba por mi túnica de lana, de los ojos curiosos de los soldados y los Grisha. Mi mundo se había estrechado hasta convertirse en trozos de hueso curvo en las manos del Oscuro, y sentí una oleada de terror.

—Apártate el pelo —murmuró. Me quité el pelo del cuello con ambas manos.

El Oscuro avanzó hacia mí y apartó también la tela de mi túnica. Cuando las puntas de sus dedos me rozaron la piel, me encogí. Un destello de furia cruzó su rostro.

Colocó los trozos curvos de asta alrededor de mi garganta, uno a cada lado,

dejándolos descansar sobre mis clavículas con infinito cuidado. Hizo un asentimiento en dirección a David, y sentí que el Hacedor tomaba las astas. Imaginé mentalmente a David de pie tras de mí, con la misma expresión de concentración que había visto aquel primer día en los talleres del Pequeño Palacio. Vi que los trozos de hueso se movían y se fusionaban. Sin cierre, sin bisagra. Llevaría el collar eternamente.

—Ya está —susurró David. Soltó el collar, y sentí que su peso se asentaba en mi cuello. Apreté los puños, expectante.

No sucedió nada. Sentí una imprudente oleada de esperanza. ¿Y si el Oscuro se había equivocado? ¿Y si el collar no hacía nada en absoluto?

Entonces el Oscuro cerró los dedos en mi hombro y una orden silenciosa reverberó en mi interior: Luz. Sentí como si una mano invisible se me metiera en el pecho.

La luz dorada estalló a través de mí, inundando el claro. Vi que el Oscuro entrecerraba los ojos por la claridad, con las facciones iluminadas de triunfo y exultación.

No, pensé, tratando de proteger la luz, enviarla lejos. Pero, tan pronto como se formó la idea de resistirme, esa mano invisible la apartó como si nada.

Otra orden resonó a través de mí: *Más*. Un nuevo arrebato de poder rugió por mi cuerpo, más salvaje y fuerte que nada que hubiera sentido jamás. No tenía fin. El control que había aprendido y la comprensión que había adquirido se derrumbaron frente a él. Las casas que había construido, frágiles e imperfectas, quedaron convertidas en astillas por la marea del poder del ciervo. La luz explotó desde mi interior en una oleada reluciente tras otra, arrasando el cielo nocturno en un torrente fulgurante. No sentí ni la euforia ni el júbilo que me había acostumbrado a experimentar cuando utilizaba mi poder. Ya no era mío, y me estaba ahogando, indefensa, atrapada en ese agarre horrible e invisible.

El Oscuro me mantuvo ahí, probando mis nuevos límites, durante no sabría decir cuánto tiempo. Al fin sentí que la mano invisible me soltaba.

La oscuridad volvió a caer en el claro. Tomé aliento, cansada, tratando de recobrarme, de recuperarme. La parpadeante luz de las antorchas iluminaba las expresiones de asombro de los guardias y de los Grisha, e incluso de Mal, todavía tirado en el suelo, con rostro abatido y los ojos llenos de arrepentimiento.

Cuando volví a mirar al Oscuro, él me estaba observando de cerca, con los ojos entrecerrados. Apartó la mirada de mí hacia Mal, y después se giró hacia sus hombres.

—Encadenadlo.

Abrí la boca para protestar, pero una mirada de Mal me hizo cerrarla.

—Acamparemos esta noche y partiremos hacia la Sombra al amanecer —continuó el Oscuro—. Enviad un mensaje al Apparat para que esté preparado. —Se volvió hacia mí—. Si intentas hacerte daño, el rastreador sufrirá las consecuencias.

—¿Qué pasa con el ciervo? —preguntó Iván.

—Quemadlo.

Uno de los Etherealki levantó su mano hacia una antorcha, y la llama salió disparada en un amplio arco para rodear el cuerpo sin vida del ciervo. Mientras nos conducían fuera del claro, el único sonido era el de nuestras propias pisadas y el crepitar de las llamas a nuestras espaldas. No se oía ningún susurro desde los árboles, ni el zumbido de ningún insecto o el chillido de ningún pájaro. El bosque se mantuvo silencioso en su aflicción.

CAPÍTULO 20

aminamos en silencio durante más de una hora. Me quedé mirando mis pies, aturdida, observando mis botas moverse a través de la nieve, pensando en el ciervo y el precio de mi debilidad. Finalmente, vi la luz de un fuego que parpadeaba a través de los árboles, y emergimos en un claro donde había un pequeño campamento alrededor de un fuego rugiente. Me fijé en que había varias tiendas pequeñas y un grupo de caballos atados entre los árboles. Dos *oprichniki* estaban cenando sentados junto al fuego.

Unos guardias llevaron a Mal hasta una de las tiendas, lo empujaron al interior y entraron tras él. Traté de captar su mirada, pero desapareció demasiado rápido.

Iván me arrastró a través del campamento hasta otra tienda y me dio un empujón. Dentro, vi varios sacos de dormir extendidos. Me empujó hacia delante e hizo una señal hacia el poste que había en el centro de la tienda.

—Siéntate —ordenó. Me senté de espaldas al poste, e Iván me ató a él, amarrando mis manos tras mi espalda e inmovilizando mis tobillos—. ¿Cómoda?

—Sabes lo que planea hacer, Iván.

—Planea traernos la paz.

—¿A qué precio? —pregunté con desesperación—. Sabes que esto es una locura.

—¿Sabías que tuve dos hermanos? —preguntó abruptamente. La familiar arrogancia había desaparecido de su hermoso rostro—. Por supuesto que no. No nacieron Grisha. Eran soldados, y ambos murieron luchando en las guerras del Rey. Al igual que mi padre. Al igual que mi tío.

—Lo siento.

—Sí, todo el mundo lo siente. El Rey lo siente. La Reina lo siente. Yo lo siento. Pero solo el Oscuro va a hacer algo al respecto.

—No tiene por qué ser así, Iván. Mi poder puede utilizarse para destruir la Sombra.

Él sacudió la cabeza.

—El Oscuro sabe lo que tiene que hacer.

—¡Nunca se detendrá! Ya lo sabes. No cuando haya probado esa clase de poder. Yo soy quien lleva el collar ahora. Pero, con el tiempo, seréis todos vosotros. Y no habrá nada ni nadie que sea lo bastante fuerte como para interponerse en su camino.

Un músculo se movió en la mandíbula de Iván.

—Sigue hablando de traición y te amordazaré —advirtió y, sin más palabra, salió a zancadas de la tienda.

Un rato después entraron un Invocador y un Mortificador. No los reconocí a ninguno de los dos. Evitando mi mirada, se envolvieron en sus pieles y soplaron la lámpara.

Me quedé sentada y despierta en la oscuridad, observando la parpadeante luz del fuego jugar sobre las paredes de lona de la tienda. Sentía el peso del collar contra mi cuello, y mis manos atadas me picaban por las ganas de arañarlo. Pensé en Mal, a tan solo unos metros de distancia, en otra tienda.

Yo había causado aquello. Si hubiera tomado la vida del ciervo, su poder hubiera sido mío. Había sabido lo que podría costamos mi misericordia. Mi libertad. La vida de Mal. Las vidas de incontables personas. Y, aun así, había sido demasiado débil como para hacer lo que tenía que hacer.

Aquella noche soñé con el ciervo. Vi al Oscuro rajándole la garganta una y otra vez. Vi la vida desaparecer de sus ojos oscuros. Pero, al bajar la mirada, era mi sangre la que se derramaba, roja sobre la nieve.

Con un jadeo, me desperté entre los sonidos del campamento cobrando vida a mi alrededor. La entrada de la tienda se abrió y apareció una Mortificadora. Cortó mis ataduras y me obligó a levantarme. Mi cuerpo rechinó en señal de protesta, rígido de haber pasado la noche sentada en esa posición.

La Mortificadora me condujo hacia donde los caballos ya estaban ensillados y el Oscuro permanecía hablando en voz baja con Iván y los otros Grisha. Miré a mi alrededor en busca de Mal y sentí un repentino ramalazo de pánico al no poder encontrarlo, pero entonces vi que un *oprichnik* lo sacaba de la otra tienda.

—¿Qué hacemos con él? —le preguntó el guardia aIván.

—Deja que el traidor vaya a pie —respondió él—. Y cuando esté demasiado cansado, que lo arrastren los caballos.

Abrí la boca para protestar, pero el Oscuro habló antes de que pudiera decir una palabra.

—No —dijo, montando grácilmente en su caballo—. Lo quiero vivo cuando lleguemos a la Sombra.

El guardia se encogió de hombros y ayudó a Mal a montar a su caballo. Después ató sus manos encadenadas al pomo de montura. Sentí una oleada de alivio seguida de un agudo pinchazo de miedo. ¿Pensaba el Oscuro someter a juicio a Mal? ¿O tenía en mente algo mucho peor para él? *Sigue vivo*, me dije, *y eso significa que sigue*

habiendo una posibilidad de salvarlo.

—Monta con ella —le ordenó el Oscuro a Iván—. Asegúrate de que no haga nada estúpido.

No me dirigió ni una mirada más antes de darle una patada a su caballo para que trotara.

Montamos durante horas por el bosque, más allá de la meseta donde Mal y yo habíamos esperado por la manada. Vi las rocas donde habíamos pasado la noche, y me pregunté si la luz que nos había mantenido con vida durante la tormenta de nieve había sido precisamente lo que había conducido al Oscuro hacia nosotros.

Sabía que nos estaba llevando de vuelta a Kribirsk, pero odiaba pensar en lo que me estaría esperando allí. ¿A quién decidiría atacar primero el Oscuro? ¿Enviaría una flota de esquifes de arena al norte, hacia Fjerda? ¿O tenía intención de ir hacia el sur para llevar la Sombra hasta Shu Han? ¿Qué muertes estarían en mis manos?

Nos llevó otra noche y otro día de viaje alcanzar las anchas carreteras que nos llevarían hacia el sur, hasta la Vy. En una intersección nos encontramos con enormes contingentes de hombres armados, la mayoría de ellos ataviados con el gris de los *oprichniki*. Nos trajeron nuevos caballos y el carruaje del Oscuro. Iván me dejó sobre los cojines de terciopelo sin mucha ceremonia, y entró en el interior detrás de mí. Después, con un chasquido de las riendas, estuvimos en movimiento de nuevo.

Iván insistió en que mantuviéramos las cortinas bajadas, pero eché un vistazo al exterior y vi que estábamos flanqueados por jinetes fuertemente armados. Era difícil no recordar el primer viaje que había hecho con Iván en el mismo vehículo.

Los soldados acamparon por la noche, pero a mí se me mantuvo aislada, confinada en el carruaje del Oscuro. Iván me trajo las comidas, claramente fastidiado por tener que hacer de niñera. Se negaba a hablarme mientras viajábamos, y me amenazó con ralentizar mi pulso lo suficiente como para dejarme inconsciente si insistía en preguntar sobre Mal. Pero yo preguntaba cada día de todos modos, y mantuve los ojos fijos en la pequeña grieta de la ventana visible entre la cortina y el carruaje, esperando captar un vistazo de él.

Dormí mal. Cada noche soñaba con el claro nevado y los ojos oscuros del ciervo, mirándome en silencio. Era un recuerdo nocturno de mi error y del dolor que había cosechado mi misericordia. El ciervo había muerto de todos modos, y ahora Mal y yo estábamos condenados. Cada mañana despertaba con un nuevo sentimiento de culpa y vergüenza, pero también con la frustrante sensación de que me estaba olvidando de algo, de algún mensaje que había estado claro y obvio en el sueño, pero permanecía planeando justo al otro lado de mi entendimiento cuando despertaba.

No volví a ver al Oscuro hasta que alcanzamos la periferia de Kribirsk, cuando la puerta del carruaje se abrió de repente y se deslizó al asiento que tenía enfrente. Iván desapareció sin decir palabra.

—¿Dónde está Mal? —pregunté en cuanto se cerró la puerta.

Los dedos de su mano enguantada se tensaron, pero cuando habló su voz era tan

fría y suave como siempre.

—Estamos entrando en Kribirsk —dijo—. Cuando nos saluden los demás Grisha, no dirás ni una palabra sobre tu pequeña excursión.

Me quedé boquiabierta.

—¿No lo saben?

—Lo único que saben es que has estado recluida, preparándote para tu cruce por la Sombra con oraciones y descanso.

Se me escapó un seco ladrido de risa.

—Desde luego, parece que haya descansado bien.

—Diré que has estado ayunando.

—Por eso es por lo que ninguno de los soldados de Ryevost me estaba buscando —dije, comprendiéndolo—. No se lo dijiste al Rey.

—Si se hubieran filtrado las noticias de tu desaparición, los asesinos fjerdanos te hubieran cazado y asesinado en cuestión de días.

—Y tú serías el responsable de haber perdido a la única Invocadora del Sol del reino.

El Oscuro me estudió durante un largo momento.

—¿Qué clase de vida crees que podrías tener con él, Alina? Es un *otkazat'sya*. No puede aspirar a entender tu poder y, si lo hiciera, te temería. No hay vidas corrientes para la gente como tú y como yo.

—Yo no soy como tú en absoluto —repliqué rotundamente.

Sus labios se curvaron en una sonrisa tensa y amarga.

—Por supuesto que no —dijo cortésmente. Después dio un golpe en el techo del carruaje, que se detuvo—. Cuando lleguemos, saludarás, declararás que estás exhausta y te retirarás a tu tienda. Y si tratas de hacer algo imprudente, torturaré al rastreador hasta que me suplique que le quite la vida.

Y desapareció.

Seguí sola durante el resto del camino hasta Kribirsk, procurando dejar de temblar. *Mal está vivo*, me dije. *Eso es todo lo que importa*. Pero se me ocurrió otro pensamiento. *Tal vez el Oscuro está dejando que creas que sigue con vida para mantenerte a raya*. Me rodeé con los brazos, rogando que no fuera cierto.

Abrí las cortinas mientras íbamos por Kribirsk, y sentí un pinchazo de tristeza al recordar cuando había estado caminando por esa misma carretera hacía tantos meses. Casi había sido arrollada por el mismo carruaje en que me encontraba. Mal me había salvado, y Zoya lo había mirado desde la ventana del carruaje de los Invocadores. Yo había deseado ser como ella, una chica hermosa con una *kefta* azul.

Cuando finalmente nos detuvimos junto a la inmensa tienda de tela negra, una multitud de Grisha se arremolinaron junto al carruaje. Marie, Ivo y Sergei se apresuraron a acercarse para saludarme. Me sorprendió lo bien que me sentaba verlos de nuevo.

Cuando me vieron, su emoción se desvaneció, reemplazada por la preocupación.

Habían esperado a una triunfante Invocadora del Sol con el mayor amplificador jamás conocido, radiante de poder y del favor del Oscuro. En su lugar vieron a una chica pálida y cansada, rota por la tristeza.

—¿Estás bien? —susurró Marie cuando me abrazó.

—Sí —le prometí—. Solo estoy agotada por el viaje.

Hice lo que pude por sonreír convincentemente para tranquilizarlos. Traté de fingir entusiasmo cuando se maravillaron ante el collar de Morozova y lo tocaron.

El Oscuro nunca se alejaba demasiado, con una advertencia en los ojos, y yo seguí avanzando entre el gentío, sonriendo hasta que me dolieron las mejillas.

Mientras atravesábamos el pabellón Grisha, vi a Zoya con expresión taciturna sobre una pila de cojines. Observó codiciosamente mi collar mientras pasaba junto a ella. *Te lo daría encantada*, pensé amargamente, y aligeré el paso.

Iván me condujo a una tienda privada cerca de los aposentos del Oscuro. Me esperaba ropa nueva sobre mi cama de campamento, junto a una bañera de agua caliente y mi *kefta* azul. Solo habían pasado unas semanas, pero me resultó extraño volver a llevar los colores de los Invocadores.

Los guardias del Oscuro se encontraban estacionados por todo el perímetro de mi tienda, solo que yo sabía que estaban ahí para vigilarme aparte de para protegerme. La tienda estaba lujosamente decorada con montañas de pieles, una mesa pintada y sillas, y un espejo de los Hacedores, claro como el agua y con incrustaciones de oro. Lo hubiera cambiado todo en un momento por temblar junto a Mal sobre una manta andrajosa.

No tuve ninguna visita, y pasé los días caminado de un lado a otro sin nada que hacer salvo preocuparme e imaginar lo peor. No sabía por qué el Oscuro estaba esperando para entrar en la Sombra o qué podría estar planeando, y mis guardias desde luego no estaban interesados en hablar de ello.

La cuarta noche, cuando la solapa de mi tienda se abrió, casi me caí de la cama. Ahí estaba Genya, con la bandeja de mi cena e imposiblemente hermosa. Me senté, sin saber qué decir. Ella entró, soltó la bandeja y se quedó cerca de la mesa.

—No debería estar *aquí* —dijo.

—Probablemente no —admití—. No sé si puedo tener invitados.

—No, me refería a que no debería estar aquí. Está increíblemente sucio.

Me reí, alegrándome mucho de repente por verla. Ella sonrió ligeramente y se sentó grácilmente en el borde de la silla pintada.

—Dicen que has estado recluida, preparándote para tu prueba —dijo. Examiné su rostro, tratando de averiguar cuánto sabía.

—No tuve oportunidad de despedirme antes de… irme —respondí con cuidado.

—Si lo hubieras hecho, te habría detenido.

Así que sabía que había huido.

—¿Cómo está Baghra?

—Nadie la ha visto desde que te marchaste. Parece que ella también se ha

recluido.

Me estremecí. Esperaba que Baghra hubiera escapado, pero sabía que era poco probable. ¿Qué precio exigiría el Oscuro por su traición?

Me mordí el labio, dudando, y después decidí aprovechar la que podría ser mi única oportunidad.

—Genya, si pudiera hacerle llegar un mensaje al Rey. Estoy segura de que no sabe lo que el Oscuro está planeando. Él…

—Alina —interrumpió Genya—, el Rey está enfermo. El Apparat es quien está reinando en su lugar.

El corazón me dio un vuelco. Recordé lo que me había dicho el Oscuro el día que conocí al Apparat: *Resulta de utilidad*.

Y aun así, el sacerdote no había hablado solo de derrocar Reyes, sino también Oscuros. ¿Había estado tratando de advertirme? Si hubiera tenido menos miedo… Si hubiera estado más dispuesta a escuchar… Más remordimientos que añadir a mi larga lista. No sabía si el Apparat era realmente leal al Oscuro o si estaba jugando a algo más profundo. Y ya no había forma de descubrirlo.

La esperanza de que el Rey pudiera tener el deseo o la voluntad de oponerse al Oscuro había sido exigua, pero me había dado algo a lo que aferrarme durante los últimos días. Pero esa esperanza ya no existía.

—¿Qué hay de la Reina? —pregunté con débil optimismo.

Una fiera sonrisita curvó los labios de Genya.

—La Reina está confinada en sus aposentos. Por su propia seguridad, por supuesto. Ya sabes, el contagio.

Ahí fue cuando me di cuenta de lo que estaba llevando Genya. Había estado tan sorprendida de verla, tan ensimismada en mis propios pensamientos, que no me había fijado realmente. Genya iba de rojo. El rojo de los Corporalki. Sus puños estaban bordados de azul, una combinación que nunca antes había visto. Un escalofrío me recorrió la columna. ¿Qué papel había jugado Genya en la repentina enfermedad del rey? ¿A cambio de qué llevaba los colores completos de un Grisha?

—Ya veo —dije en voz baja.

—Traté de advertirte —respondió ella con tristeza.

—Y, ¿sabes lo que planea hacer el Oscuro?

—Hay rumores —dijo con incomodidad.

—Son todos ciertos.

—Entonces tiene que hacerse.

Me la quedé mirando. Tras un momento, bajó la mirada hasta su regazo. Sus dedos plegaban y desplegaban el tejido de su kefta.

—David se siente fatal —susurró—. Cree que ha destruido toda Ravka.

—No es su culpa —repliqué con una risa vacía—. Todos hemos contribuido a traer el fin del mundo.

Ella alzó la mirada bruscamente.

—No crees eso en serio.

Llevaba la angustia escrita en la cara. ¿Era eso también una advertencia?

Pensé en Mal y en las amenazas del Oscuro.

—No —dije con voz hueca—. Claro que no.

Sabía que no me creía, pero desarrugó el ceño y me dirigió su sonrisa suave y hermosa. Parecía el icono pintado de una Santa, con el pelo como un halo de cobre bruñido. Se puso en pie y, mientras caminaba junto a ella hasta la solapa de la tienda, los ojos oscuros del ciervo se alzaron amenazadores en mi mente, los ojos que veía cada noche en mis sueños.

—Por si sirve de algo —añadí—, dile a David que lo perdono. —*Y a ti también te perdono*, añadí silenciosamente. Lo pensaba de veras. Sabía lo que era querer encajar en algún sitio.

—Lo haré —prometió en voz baja. Se giró y desapareció en la noche, pero no antes de ver que sus preciosos ojos estaban llenos de lágrimas.

CAPÍTULO 21

icoteé de mi cena y después volví a tumbarme en la cama, dando vueltas a las cosas que había dicho Genya. Ella había pasado casi toda su vida enclaustrada en Os Alta, con una existencia que se debatía entre el mundo de los Grisha y las intrigas de la corte. El Oscuro la había puesto en esa posición por su propio beneficio, y ahora la había sacado de allí. Ya no tendría que inclinarse ante los antojos del Rey y la Reina, ni llevar los colores de los sirvientes. Pero David sentía remordimientos. Y, si él los sentía, puede que otros también lo hicieran. Tal vez habría más cuando el Oscuro desatara el poder de la Sombra. Aunque, para entonces, puede que fuera demasiado tarde.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Iván a la entrada de mi tienda.

—Arriba —ordenó—. Quiere verte.

Se me retorció el estómago por los nervios, pero me levanté y lo seguí. En cuanto salimos de la tienda, fuimos flanqueados por guardias que nos escoltaron el corto trayecto hasta los aposentos del Oscuro.

Cuando vieron a Iván, los *oprichniki* de la entrada se apartaron a un lado. Iván asintió en dirección a la tienda.

—Entra —dijo con una sonrisita de suficiencia. Quería quitarle a golpes esa mirada de sabelotodo de la cara desesperadamente. En su lugar, levanté la barbilla y me alejé de él a zancadas.

Las pesadas sedas se cerraron detrás de mí, y di unos pocos pasos hacia delante y después me detuve para situarme. La tienda era grande y estaba iluminada por lámparas que brillaban débilmente. El suelo estaba cubierto de alfombras y pieles, y en el centro ardía un fuego que chisporroteaba en una gran bandeja plateada. Muy por encima, una abertura en el techo de la tienda dejaba escapar el humo y mostraba un pedazo de cielo nocturno.

El Oscuro estaba sentado en una gran butaca, con las largas piernas extendidas frente a él, mirando el fuego, con una copa en la mano y una botella de *kvas* en la mesa junto a él.

Sin mirarme, hizo un gesto en dirección a la silla que tenía enfrente. Caminé hasta el fuego, pero no me senté. Él me echó una mirada de débil exasperación y después volvió a mirar las llamas.

—Siéntate, Alina.

Me posé en el borde de la silla, observándolo cautelosamente.

—Habla —ordenó. Comenzaba a sentirme como un perro.

—No tengo nada que decir.

—Creo que tienes mucho que decir.

—Si te digo que pares, no lo harás. Si te digo que estás loco, no me creerás. ¿Por qué debería molestarme?

—Tal vez porque quieres que el chico siga vivo.

Me quedé completamente sin aliento y tuve que reprimir un sollozo. Mal estaba vivo. Puede que el Oscuro estuviera mintiendo, pero no lo creía. Amaba el poder, y la vida de Mal le daba poder sobre mí.

—Dime lo que tengo que decir para salvarlo —susurré, inclinándome hacia delante—. Dímelo, y lo diré.

—Es un traidor y un desertor.

—Es el mejor rastreador que tienes y tendrás jamás.

—Posiblemente —replicó él, encogiéndose de hombros con indiferencia. Pero yo ya lo conocía mejor, y vi el parpadeo de codicia en sus ojos mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para vaciar su copa de *kvas*. Sabía que le costaba pensar en destruir algo que podía obtener y utilizar. Aproveché esa pequeña ventaja.

—Podrías exiliarlo, enviarlo al norte al permafrost hasta que lo necesites.

—¿Dejarías que pasara el resto de su vida en un campo de trabajo o en prisión?

Tragué saliva.

—Sí.

—Crees que encontrarás una forma de salvarlo, ¿verdad? —preguntó con voz desconcertada—. Crees que, si está vivo, de algún modo encontrarás la forma. —Sacudió la cabeza y soltó una corta risa—. Te he dado un poder que jamás podrías soñar, y no puedes esperar para huir y mantener la casa de tu rastreador.

Sabía que debía permanecer en silencio, ser diplomática, pero no pude evitarlo.

—No me has dado nada. Me has convertido en una esclava.

—Esa no fue jamás mi intención, Alina. —Se pasó una mano por la mandíbula, con expresión fatigada, frustrada, humana. Pero ¿cuánto era real y cuánto era fingido? —. No podía correr riesgos. No con el poder del ciervo, no con el futuro de Ravka pendiendo de un hilo.

—No finjas que esto es por el bienestar de Ravka. Me has mentido. Me has estado mintiendo desde que te conocí.

Sus largos dedos se tensaron alrededor de la copa.

—¿Te merecías mi confianza? —preguntó y, por una vez, su voz no era del todo firme y fría—. Baghra te susurra unas acusaciones al oído, y tú te vas. ¿Te paraste a pensar en lo que significaría para mí y para toda Ravka si desaparecías?

—No me dejaste otra opción.

—Por supuesto que tenías opciones. Y elegiste dar la espalda a tu país, a todo lo que eres.

—Eso no es justo.

—¡Justicia! —se rio él—. Y todavía habla de justicia. ¿Qué tiene que ver la justicia con nada de esto? La gente maldice mi nombre y reza por ti, pero eres tú la que los abandona. Yo soy el que les dará poder sobre sus enemigos. Yo soy el que los librará de la tiranía del Rey.

—Y les darás tu tiranía en su lugar.

—Alguien tiene que reinar, Alina. Alguien tiene que acabar con esto. Créeme, desearía que hubiera otra forma.

Sonaba muy sincero, muy razonable, no tanto una criatura de ambición implacable como un hombre que creía que estaba haciendo lo correcto para su gente. A pesar de todo lo que había hecho y lo que pretendía hacer, casi le creí. Casi.

Sacudí una sola vez la cabeza. Él se desplomó sobre su butaca.

—De acuerdo —replicó, encogiéndose con agotamiento—. Conviérteme en tu villano. —Dejó la copa vacía sobre la mesa y se puso en pie—. Ven aquí.

El miedo me atravesó, pero me obligué a levantarme y acercarme a él. Me estudió a la luz del fuego. Estiró el brazo y tocó el collar de Morozova, recorriendo con sus largos dedos el áspero hueso, y después levantó la mano para acunarme la cara con ella.

Sentí un ramalazo de repulsión, pero también sentí su fuerza firme y embriagadora. Odiaba que siguiera teniendo aquel efecto en mí.

—Me has traicionado —dijo con suavidad.

Quería reírme. ¿Qué yo lo había traicionado a él? Me había utilizado, me había seducido, incluso me había esclavizado, ¿y yo era la traidora? Pero pensé en Mal y me tragué mi furia y mi orgullo.

—Sí. Lo siento.

Él se rio.

—No lo sientes en absoluto. Tan solo piensas en ese chico y en su miserable vida.

No dije nada.

—Dímelo —continuó, apretando la punta de los dedos dolorosamente contra mi piel. A la luz del fuego, su mirada era inconmensurablemente sombría—. Dime cuánto lo amas. Suplícame por su vida.

—Por favor —susurré, luchando contra las lágrimas que se acumulaban en mis ojos—. Por favor, perdónale la vida.

—¿Por qué?

—Porque el collar no te dará lo que quieres —dije temerariamente. Solo tenía una cosa con la que negociar y era algo muy pequeño, pero seguí presionando—. No tengo más opción que servirte, pero si Mal sufre algún daño jamás te lo perdonaré. Lucharé contra ti de cada forma que pueda. Pasaré cada minuto buscando una forma de acabar con mi vida, y finalmente acabaré consiguiéndolo. Pero, si le muestras misericordia, si lo dejas vivir, te serviré gustosamente. Me pasaré el resto de mis días probando mi gratitud.

Casi me atraganté con la última palabra.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, con una sonrisita escéptica en los labios. Después la sonrisa desapareció, reemplazada por algo que no reconocí, algo que casi parecía anhelo.

—Misericordia. —Pronunció la palabra como si estuviera saboreando algo desconocido—. Podría ser misericordioso.

Levantó la otra mano hasta mi cara y me besó con suavidad, con gentileza, y yo lo dejé a pesar de que todo mi ser se rebelaba. Lo odiaba. Lo temía. Pero seguía sintiendo el extraño tirón de su poder, y no podía detener la hambrienta respuesta de mi propio corazón traicionero.

Él se apartó y me miró. Después, con los ojos todavía clavados en los míos, llamó a Iván.

—Llévala a las celdas —ordenó cuando Iván apareció en la entrada de la tienda —. Deja que vea a su rastreador.

Una chispa de esperanza se encendió en mi corazón.

—Sí, Alina —dijo, acariciándome la mejilla—. Puedo ser misericordioso. —Se inclinó hacia delante, me acercó a él, y sus labios rozaron mi oreja—. Mañana entraremos en la Sombra —susurró, y su voz era como una caricia—. Y, cuando lo hagamos, alimentaré a los volcra con tu amigo, y tú lo observarás morir.

—¡No! —grité, retrocediendo horrorizada. Traté de librarme de él, pero me sujetaba férreamente, y sus dedos se clavaban en mi cráneo—. Has dicho que…

—Podréis despediros esta noche. Esa es toda la misericordia que se merecen los traidores.

Algo se liberó dentro de mí. Arremetí contra él, arañándolo, gritando de odio. Iván apareció junto a mí en un instante y me sujetó con fuerza mientras yo me retorcía en sus brazos.

—¡Asesino! —exclamé—. ¡Monstruo!

—Todo eso.

—Te odio —escupí. Él se encogió de hombros.

—Te cansarás de odiarme muy pronto. Te cansarás de todo. —Después sonrió, y detrás de sus ojos vi el mismo abismo profundo y sombrío que había visto en la antigua mirada de Baghra—. Llevarás el collar durante el resto de tu larga, larga vida, Alina. Enfréntate a mí mientras puedas. Descubrirás que tengo mucha más práctica con la eternidad.

Agitó la mano con desdén, e Iván me sacó de la tienda y me condujo por el camino, todavía retorciéndome. Se me escapó un sollozo de la garganta. Las lágrimas que había luchado por contener durante mi conversación con el Oscuro se derramaron sin control por mis mejillas.

—Para —susurró Iván con furia—. Te verá alguien.

—Me da igual.

El Oscuro iba a matar a Mal de todos modos. ¿Qué diferencia suponía que alguien viera mi tristeza? La realidad de la muerte de Mal y la crueldad del Oscuro me estaban mirando a los ojos, y vi la horrible y cruel silueta de las cosas que estaban por llegar.

Iván me metió en mi tienda y me zarandeó bruscamente.

—¿Quieres ver al rastreador o no? No voy a llevar a una niña llorando por el campamento.

Me apreté las manos contra los ojos y reprimí mis sollozos.

—Mejor —dijo—. Ponte esto —añadió, y me dio una larga capa marrón. Me la puso sobre la *kefta*, y él subió la gran capucha—. Mantén la cabeza baja y permanece en silencio, o te juro que te traeré de vuelta hasta aquí y te despedirás de él en la Sombra. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza.

Seguimos un camino a oscuras que rodeaba el perímetro del campamento. Mis guardias mantuvieron la distancia, caminando muy por delante y muy por detrás de nosotros, y enseguida me di cuenta de que Iván no quería que nadie me reconociera ni supiera que estaba visitando la prisión.

Mientras caminábamos entre las barracas y las tiendas, pude sentir una extraña tensión que crepitaba por el campamento. Los soldados junto a los que pasábamos parecían nerviosos, y algunos miraron a Iván con evidente hostilidad. Me preguntaba qué pensaría el Primer Ejército del repentino ascenso al poder del Apparat.

La cárcel estaba situada en el lado más apartado del campamento. Era un edificio viejo, claramente de un tiempo anterior a las barracas que lo rodeaban. Unos guardias aburridos flanqueaban la entrada.

—¿Un nuevo prisionero? —le preguntó a Iván uno de ellos.

—Un visitante.

—¿Desde cuándo escoltas a los visitantes a las celdas?

—Desde hoy —replicó Iván, con un matiz peligroso en la voz.

Los guardias intercambiaron una mirada nerviosa y se hicieron a un lado.

—No tienes que ponerte nervioso, desangrador.

Iván me condujo por un pasillo con celdas a cada lado, casi todas vacías. Vi a algunos hombres harapientos y a un borracho que roncaba sonoramente en el suelo de su celda. Al final del pasillo, Iván abrió el cerrojo de una puerta y descendimos por unas escaleras desvencijadas hasta una habitación oscura y sin ventanas, iluminada por una lámpara a punto de extinguirse. En la penumbra, distinguí los gruesos

barrotes de hierro de la única celda de la habitación y, desplomado en la pared más lejana, a su único prisionero.

—¿Mal? —susurré.

En unos segundos se puso en pie y nos aferramos el uno al otro a través de los barrotes de hierro, con las manos firmemente agarradas. No podía detener los sollozos que me sacudían.

—Shhh. No pasa nada, Alina. No pasa nada.

—Tienes esta noche —dijo Iván, y desapareció por las escaleras. Cuando oímos cerrarse la puerta de entrada, Mal se giró hacia mí.

Sus ojos recorrieron mi cara.

—No puedo creer que te haya dejado venir.

Nuevas lágrimas se derramaron por mis mejillas.

—Mal, me ha dejado venir porque…

—¿Cuándo? —preguntó con voz ronca.

—Mañana. En la Sombra.

Tragó saliva y pude ver que estaba forcejeando con la idea, pero lo único que dijo fue:

—Está bien.

Produje un sonido que era mitad risa, mitad sollozo.

—Solo tú podrías contemplar una muerte inminente y decir que está bien.

Él me sonrió y me apartó el pelo de la cara llena de lágrimas.

—¿Qué tal «oh, no»?

—Mal, si hubiera sido más fuerte…

—Si yo hubiera sido más fuerte, te habría clavado un cuchillo en el corazón.

—Ojalá lo hubieras hecho —murmuré.

—Bueno, pues no lo hice.

Bajé la mirada hasta nuestras manos entrelazadas.

—Mal, lo que dijo el Oscuro en el claro sobre… sobre él y yo. Yo no… Yo nunca…

—No importa.

Levanté la mirada hacia él.

—¿No importa?

—No —dijo, con demasiada intensidad.

—Me parece que no te creo.

—Puede que yo tampoco lo crea todavía, no por completo, pero es la verdad. —Apretó mis manos con más fuerza, sujetándolas cerca de su corazón—. No me importa si has bailado desnuda sobre el tejado del Pequeño Palacio con él. Te quiero, Alina, incluso a la parte de ti que lo quería a él.

Deseaba negarlo, borrarlo, pero no podía. Otro sollozo me sacudió.

—Odio haber pensado… haber…

—¿Me culpas por cada error que he cometido? ¿Por cada chica con la que he

estado? ¿Por cada estupidez que he dicho? Porque si nos ponemos a contabilizar estupideces, ya sabes quién va a salir ganando.

—No, no te culpo. —Me las arreglé para sonreír un poco—. No demasiado.

Él sonrió, y mi corazón dio un vuelco como siempre hacía.

—Encontraremos la forma de volver a estar juntos, Alina. Eso es todo lo que importa.

Me besó a través de los barrotes, y el frío hierro me presionó la mejilla cuando sus labios se encontraron con los míos.

Permanecimos juntos esa última noche. Hablamos del orfanato, del enfadado tono áspero de la voz de Ana Kuya, del sabor del licor de cereza robado, el olor de la hierba recién segada de nuestro prado, cómo habíamos sufrido el calor del verano y buscando el reconfortante frescor de los suelos de mármol de la sala de música, el viaje que habíamos hecho juntos de camino al servicio militar, el violín suli que habíamos oído durante nuestra primera noche lejos del único hogar que ninguno de los dos podía recordar.

Le conté la historia del día que había estado arreglando cerámica con una de las doncellas en la cocina de Keramzin, esperando a que regresara de uno de los viajes para cazar que lo alejaban de la casa cada vez más frecuentemente. Tenía quince años, y estaba junto a la encimera, tratando de pegar en vano los trozos dentados de una taza azul. Cuando lo vi cruzar los campos, corrí hasta la puerta y lo saludé con el brazo. Él me vio y echó a correr.

Crucé el patio hasta él lentamente, observándolo acercarse, desconcertada por la forma en que el corazón me latía en el pecho. Después él me había levantado para hacerme girar en círculo, y yo me había aferrado a él, respirando su olor dulce y familiar, conmocionada por lo mucho que lo había extrañado. Era vagamente consciente de que seguía teniendo un pedazo de taza azul en la mano, clavándose en mi palma, pero no quería soltarme.

Cuando finalmente me dejó en el suelo y fue hasta la cocina para buscar su almuerzo, yo me había quedado allí, con la palma goteando sangre y la cabeza todavía dando vueltas, sabiendo que todo había cambiado.

Ana Kuya me había regañado por manchar de sangre el suelo limpio de la cocina. Me había vendado la mano y me había dicho que sanaría. Pero yo sabía que seguiría doliendo.

En el silencio salpicado de crujidos de la celda, Mal besó la cicatriz de mi palma, la herida que me había hecho hacía tanto tiempo con el borde de esa taza rota, algo tan frágil que no tenía arreglo posible.

Nos quedamos dormidos en el suelo, con las mejillas apretadas a través de las barras, las manos firmemente sujetas. Yo no quería dormir. Quería saborear cada último momento con él. Pero debí de haberme adormilado, porque volví a soñar con el ciervo. Esa vez, Mal estaba junto a mí en el claro, y era su sangre la que se derramaba sobre la nieve.

Lo siguiente que supe fue que estaba despertando por el sonido de la puerta que se abría sobre nosotros y las pisadas de Iván en las escaleras.

Mal me había hecho prometer que no lloraría. Había dicho que solo se lo pondría más difícil, así que me tragué mis lágrimas. Lo besé una última vez y dejé que Iván me sacara de allí.

CAPÍTULO 22

l amanecer se cernía sobre Kribirsk mientras Iván me llevaba de vuelta a mi tienda. Me senté en la cama y me quedé mirando la habitación sin verla realmente. Sentía los miembros extrañamente pesados, y tenía la mente en blanco. Seguía allí sentada cuando Genya llegó.

Me ayudó a lavarme la cara y a ponerme la kefta negra que había llevado durante la fiesta de invierno. Bajé la mirada hasta la seda y pensé en hacerla trizas, pero por algún motivo no era capaz de moverme. Mis manos permanecieron inmóviles a cada lado.

Genya me condujo hasta la silla pintada. Me senté y me quedé quieta mientras ella me arreglaba el pelo, apilándolo sobre mi cabeza en bucles y rizos que aseguraba con broches dorados, para exhibir mejor el collar de Morozova.

Cuando hubo terminado, presionó su mejilla contra la mía y me llevó hasta Iván, colocando mi mano sobre su brazo como si fuera una novia. No dijimos ni una palabra.

Iván me condujo hasta la tienda de los Grisha, donde ocupé mi lugar junto al Oscuro. Sabía que mis amigos me estaban observando, susurrando, preguntándose qué iba mal. Probablemente pensaban que estaba nerviosa por entrar en la Sombra. Se equivocaban. No estaba nerviosa ni asustada. Ya no estaba de ningún modo.

Los Grisha nos siguieron en una procesión ordenada todo el camino hasta los puertos secos. Allí, solo unos pocos elegidos tuvieron permitido embarcar en el esquife de arena. Era más grande que ninguno que hubiera visto antes, y estaba equipado con tres enormes velas adornadas con el símbolo del Oscuro. Examiné la multitud de soldados y Grisha sobre el esquife. Sabía que Mal debía de estar a bordo en algún sitio, pero no podía verlo.

El Oscuro y yo fuimos escoltados hasta la parte frontal del esquife, donde me presentaron a un grupo de hombres elaboradamente vestidos, con barbas rubias y

penetrantes ojos azules. Me di cuenta con un sobresalto de que se trataba de embajadores fjerdanos. Junto a ellos, vestidos de seda carmesí, había una delegación proveniente de Shu Han y, a su lado, un grupo de comerciantes de Kerch vestidos con abrigos cortos que tenían unas curiosas mangas con cascabeles. Un enviado del Rey se encontraba junto a ellos con un traje militar completo. Su banda de un azul pálido llevaba un águila doble dorada, y tenía expresión adusta en su semblante curtido.

Los examiné con curiosidad. Esa debía de ser la razón por la que el Oscuro había retrasado nuestro viaje hasta la Sombra. Necesitaba tiempo para congregar la audiencia adecuada, los testigos que darían fe del nuevo poder que había encontrado. Pero ¿hasta dónde tenía intención de llegar? Un presentimiento se agitó en mi interior, perturbando el agradable entumecimiento que me había tenido atrapada toda la mañana.

El esquife se estremeció y comenzó a deslizarse sobre la hierba hasta la inquietante niebla negra de la Sombra. Tres Invocadores alzaron sus brazos y las grandes velas dieron un chasquido hacia delante, hinchándose con el viento.

La primera vez que entré en la Sombra tuve miedo de la oscuridad y mi propia muerte. Ahora, la oscuridad no significaba nada para mí, y sabía que pronto la muerte comenzaría a parecer un regalo. Siempre había sabido que tendría que regresar al Nocéano, pero, al rememorar el pasado, me di cuenta de que alguna parte de mí lo había estado esperando. Le había dado la bienvenida a la oportunidad de probarme y (me avergonzó pensarlo) de complacer al Oscuro. Había soñado con ese momento, de pie junto a él. Había querido creer en el destino que él me había preparado, que la huérfana a la que nadie quería iba a cambiar el mundo y sería adorada por ello.

El Oscuro miró hacia delante, irradiando confianza y seguridad. El sol parpadeó y comenzó a desaparecer de la vista. Un momento después, estábamos sumidos en la oscuridad.

Fuimos a la deriva por las tinieblas durante un rato, mientras los Vendavales Grisha empujaban los esquifes hacia delante sobre la arena.

Entonces sonó la voz del Oscuro.

—Fuego.

Enormes llamaradas surgieron de los Inferni que había a cada lado del esquife, iluminando brevemente el cielo oscuro. Los embajadores e incluso los guardias a mi alrededor se revolvieron con nerviosismo. El Oscuro estaba anunciando nuestra ubicación, convocando a los volcra directamente hasta nosotros.

No tardaron mucho en contestar, y un temblor me recorrió la columna cuando oí el batido distante de las alas coriáceas. Sentí que el miedo se extendía entre los pasajeros del esquife y oí que los fjerdanos comenzaron a rezar en su lengua cantarina. En el resplandor del fuego Grisha, vi las tenues siluetas de los cuerpos oscuros que volaban hacia nosotros. Los chillidos de los volcra rasgaron el aire.

Los guardias cogieron sus rifles. Alguien comenzó a llorar. Pero, aun así, el Oscuro esperó a que los volcra se acercaran más.

Baghra me había asegurado que los volcra habían sido una vez hombres y mujeres, víctimas del poder antinatural que había desatado la codicia del Oscuro. Puede que no fuera más que mi mente jugándome una mala pasada, pero pensé que oí en sus gritos algo no solo terrible, sino también humano.

Cuando estuvieron casi sobre nosotros, el Oscuro me agarró el brazo y dijo simplemente:

—Ahora.

La mano invisible tomó posesión del poder en mi interior, y sentí que se estiraba, extendiéndose por la oscuridad de la Sombra, en busca de la luz. Acudió a mí con una velocidad y una furia que casi me tira al suelo, rompiéndose sobre mí en un torrente resplandeciente y cálido.

La Sombra quedó iluminada, brillando como si fuera el mediodía, como si su impenetrable oscuridad jamás hubiera existido. Vi una amplia extensión de arena pálida, armatostes de lo que parecían barcos naufragados salpicando el paisaje muerto y, por encima de todo, una bandada de volcra sobrevolándonos. Gritaron aterrorizados, y sus cuerpos grises y retorcidos resultaban aún más horribles en la brillante luz. *Esta es la verdad sobre él*, pensé mientras bizqueaba ante la luz cegadora. *Los semejantes se atraen*. Aquella era su alma hecha carne, la verdad sobre él al descubierto bajo el sol abrasador, esquilada del misterio y la sombra. Aquella era la verdad tras su hermoso rostro y los poderes milagrosos, la verdad sobre el espacio muerto y vacío entre las estrellas, un erial habitado por monstruos asustados.

Haz un camino. No estaba segura de si había hablado o si solo estaba pensando la orden que reverberó a través de mí. Indefensa, dejé que la Sombra se cerrara a nuestro alrededor mientras concentraba la luz, formando un canal a través del cual podría pasar el esquife, flanqueado a ambos lados por paredes de ondeante oscuridad. Los volcra volaron hacia la oscuridad, y los oí chillar de rabia y confusión como si se encontraran detrás de una cortina impenetrable.

Avanzamos velozmente sobre las arenas incoloras, y la luz del sol se extendía en olas relucientes ante nosotros. A lo lejos vi un destello de verde, y me di cuenta de que estaba viendo el otro lado de la Sombra. Estábamos mirando Ravka Occidental, y, mientras nos acercábamos, vi su pradera, sus puertos secos, la ciudad de Novokribirsk refugiada tras ellos. Las torres de Os Kervo relucían en la distancia. Era mi imaginación, ¿o podía oler la penetrante sal del Mar Auténtico en el aire?

La gente salía en masa de la ciudad y se arremolinaba en los puertos secos, señalando la luz que había dividido la Sombra frente a ellos. Vi niños jugando en la hierba. Podía oír a los estibadores llamándose entre ellos.

A una señal del Oscuro, el esquife se ralentizó, y él levantó los brazos. Sentí un pinchazo de terror cuando comprendí lo que estaba a punto de suceder.

—¡Son tu propia gente! —grité con desesperación.

Él me ignoró y dio una palmada que sonó como un trueno.

Todo pareció pasar con lentitud. La oscuridad ondeó desde sus manos. Cuando se

unió a la oscuridad de la Sombra, un sonido retumbante se alzó desde las arenas muertas. Las negras paredes del camino que había creado latieron y crecieron. *Es como si estuviera respirando*, pensé aterrorizada.

El retumbo se convirtió en un rugido. La Sombra se sacudió y tembló a nuestro alrededor, y después estalló hacia delante en un terrible torrente.

Se oyó un gemido asustado desde la multitud del muelle cuando la oscuridad se abalanzó sobre ellos. Corrieron, y vi su miedo y oí sus gritos mientras el negro tejido de la Sombra se estrellaba sobre los puertos y la ciudad como una enorme ola. La oscuridad los envolvió, y los volcra se abalanzaron sobre sus nuevas presas. Una mujer que llevaba a un niño pequeño tropezó tratando de dejar atrás la avariciosa oscuridad, pero ésta también se la tragó.

Busqué en mi interior desesperadamente, tratando de expandir la luz, de ahuyentar a los volcra, de ofrecer alguna clase de protección. Pero no podía hacer nada. Mi poder se deslizó fuera de mi alcance, conducido por esa mano invisible y burlona. Deseé tener un cuchillo para clavarlo en el corazón del Oscuro, o en mi propio corazón, cualquier cosa que hiciera que aquello terminase.

El Oscuro se giró para mirar a los embajadores y al enviado del Rey. Sus rostros eran máscaras idénticas de terror y conmoción. Lo que vio en ellos debió de satisfacerlo, porque separó las manos y la oscuridad dejó de avanzar. El rugido se desvaneció.

Oía los gritos angustiados de aquellos perdidos en la oscuridad, los chillidos de los volcra, los sonidos de los rifles. El puerto había desaparecido. La ciudad de Novokribirsk había desaparecido. Estábamos contemplando la nueva extensión de la Sombra.

El mensaje estaba claro: ese día había sido Ravka Occidental. Al día siguiente, el Oscuro podía, con la misma facilidad, empujar la Sombra al norte hasta Fjerda, o al sur hasta Shu Han. Devoraría países enteros y enviaría a los enemigos del Oscuro al mar. ¿Cuántas muertes acababa de ayudar a provocar? ¿De cuántas más sería responsable?

Cierra el camino, ordenó el Oscuro. No tenía otra opción salvo obedecer. Atraje la luz hasta que se quedó descansando alrededor del esquife como una cúpula reluciente.

—¿Qué has hecho? —susurró el enviado con voz temblorosa.

El Oscuro se giró hacia él.

—¿Quieres ver más?

—Se suponía que tenías que detener esta abominación, ¡no aumentarla! ¡Has masacrado ravkanos! ¡El Rey no tolerará…!

—El Rey hará lo que yo le diga, o extenderé la Sombra hasta los mismísimos muros de Os Alta.

El enviado balbuceó y abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido. El Oscuro se giró hacia los embajadores.

—Creo que ahora me entendéis. No hay ravkanos ni fjerdanos, ni gente de Kerch ni de Shu Han. Ya no hay más fronteras, y no habrá más guerras. De ahora en adelante, solo existe la tierra en el interior de la Sombra y en el exterior, y habrá paz.

—Paz según tus términos —dijo con enfado uno de los Shu Han.

—No lo toleraré —bramó un fjerdano.

El Oscuro les echó una ojeada y replicó muy calmado:

—Paz según mis términos. Si no, vuestras preciosas montañas y vuestra preciosa tundra dejada de la mano de los Santos simplemente dejarán de existir.

Con aplastante certeza, comprendí que cada palabra iba en serio. Los embajadores podían esperar que fuera una amenaza vacía, creer que su hambre tenía límites, pero muy pronto lo descubrirían. El Oscuro no dudaría. No se sentiría afligido. Su oscuridad consumiría el mundo, y él no vacilaría.

El Oscuro dio la espalda a sus rostros enfadados y conmocionados y se dirigió a los Grisha y a los soldados del esquife.

—Contad lo que habéis presenciado hoy. Contad a todo el mundo que los días de miedo e incertidumbre han terminado. Los días de lucha inacabable han terminado. Contad que habéis presenciado el comienzo de una nueva era.

La multitud comenzó a vitorear. Vi algunos soldados murmurando entre ellos, e incluso algunos de los Grisha parecían desconcertados. Pero la mayoría de sus rostros estaban entusiasmados, triunfantes, resplandecientes.

Están hambrientos de todo esto, comprendí. Incluso después de haber contemplado lo que era capaz de hacer, incluso después de haber visto a su propia gente morir. El Oscuro no solo estaba ofreciéndoles el final de una guerra, sino el final de una debilidad. Después de todos esos largos años de terror y sufrimiento, les daría algo que había parecido permanentemente fuera de su alcance: la victoria. Y, a pesar de su miedo, lo querían por ello.

El Oscuro le hizo una señal a Iván, que permanecía de pie junto a él, esperando órdenes.

—Tráeme al prisionero.

Levanté la mirada bruscamente, y el miedo volvió a sacudirme cuando Mal fue conducido a través de la multitud hasta la barandilla, con las manos atadas.

—Regresaremos a Ravka —dijo el Oscuro—, pero el traidor se queda.

Antes de que pudiera saber lo que estaba pasando, Iván empujó a Mal por el borde del esquife. Los volcra chillaron y batieron las alas. Corrí hasta la barandilla. Mal estaba tirado de lado en la arena, todavía dentro del círculo protector de mi luz. Escupió arena y se puso en pie con ayuda de sus manos atadas.

—¡Mal! —grité. Sin pensar, me giré hacia Iván y le di un fuerte puñetazo en la mandíbula. Él tropezó contra la barandilla, aturdido, y después se lanzó sobre mí. *Bien*, pensé mientras me agarraba. *Lánzame a mí también*.

—Para —ordenó el Oscuro con voz gélida. Iván frunció el ceño, con la cara roja de vergüenza e ira. Relajó su agarre, pero no me soltó.

Pude ver la confusión de la gente en el esquife. No sabían a qué se debía ese espectáculo, por qué el Oscuro se estaba tomando molestias con un desertor, ni por qué su Grisha más valiosa acababa de golpear a su segundo al mando.

Retírala. La orden resonó a través de mí y lo miré aterrorizada.

—¡No! —dije. Pero no pude detenerla; la cúpula de luz comenzó a contraerse. Mal me miró mientras el círculo se encogía más cerca del esquife, y, si Iván no me hubiera estado sujetando, la mirada de arrepentimiento y amor en sus ojos azules me habría hecho caer de rodillas. Luché con todo lo que tenía dentro, cada gramo de fuerza que poseía, con todo lo que Baghra me había enseñado, pero nada sirvió para contrarrestar el poder que tenía el Oscuro sobre mí. La luz se acercó más al esquife.

Me agarré a la barandilla y grité de rabia, de tristeza, y las lágrimas se derramaron por mis mejillas. Mal estaba ahora en el borde del círculo de luz. Podía ver las siluetas de los volcra en la turbulenta oscuridad, sentir el batir de sus alas. Podría haber corrido, podría haber llorado, podría haberse aferrado a los laterales del esquife hasta que la oscuridad lo atrapara, pero no hizo nada de eso. Permaneció impávido frente a la creciente oscuridad.

Solo yo tenía el poder de salvarlo… y era incapaz de usarlo. Durante mi siguiente aliento la oscuridad se lo tragó. Lo oí gritar. El recuerdo del ciervo apareció ante mí, tan vivido que durante un momento pude ver el claro nevado, la imagen de él superpuesta sobre el desértico paisaje de la Sombra. Olí los pinos, sentí el aire frío contra mis mejillas. Recordé los ojos oscuros y líquidos del ciervo, el hililllo que formaba su aliento en la noche fría, el momento en que supe que no podría quitarle la vida. Y, finalmente, comprendí por qué el ciervo había acudido a mí en sueños cada noche.

Pensaba que el ciervo me estaba persiguiendo, como un recordatorio de mi error y del precio que pagaría por mi debilidad. Pero me equivocaba.

El ciervo me había estado mostrando mi fuerza: no solo el precio de la misericordia, sino el poder que me otorgaba. Y la misericordia era algo que el Oscuro jamás comprendería.

Le había perdonado la vida al ciervo. El poder de esa vida me pertenecía a mí tanto como le pertenecía al hombre que se la había arrebatado.

Jadeé cuando el entendimiento me inundó, y sentí que ese agarre invisible flaqueaba. Mi poder volvió a deslizarse hasta mis manos. Volvía a estar en la cabaña de Baghra, llamando a la luz por primera vez, sintiéndola correr hacia mí, tomando posesión de lo que era mío por derecho. Para eso había nacido. No dejaría que nada me volviera a separar de ella jamás.

La luz explotó desde mi interior, pura e inquebrantable, inundando la oscuridad donde Mal había estado tan solo unos momentos antes. El volcra que lo había atrapado chilló y lo soltó. Mal cayó de rodillas, con la sangre manando de sus heridas mientras mi luz lo envolvía y empujaba al volcra de vuelta a las tinieblas.

El Oscuro pareció momentáneamente confuso. Entrecerró los ojos y sentí que

volvía a agarrarme con esa mano invisible. Me la sacudí de encima. No era nada. Él no era nada.

—¿Qué es esto? —siseó. Alzó las manos y unas madejas de oscuridad se desenrollaron hacia mí, pero con un giro de mi muñeca ardieron y se disolvieron como niebla.

El Oscuro avanzó hacia mí, con sus hermosas facciones contraídas por la furia. Mi mente trabajaba frenéticamente. Sabía que le hubiera gustado matarme ahí mismo, pero no podía, no con los volcra rodeando la luz que solo yo podía proporcionar.

—¡Sujetadla! —gritó a los guardias que nos rodeaban. Iván estiró el brazo.

Sentí el peso del collar sobre mi cuello, el ritmo constante del ancestral corazón del ciervo latiendo a la par con el mío. Mi poder se alzó dentro de mí, sólido y certero, una espada en mi mano.

Levanté la mano y ataqué. Con un crujido ensordecedor, uno de los mástiles del esquife se partió en dos. La gente gritó, aterrorizada, y se dispersó cuando el mástil roto cayó sobre la cubierta. La gruesa madera resplandecía con luz ardiente. El rostro del Oscuro estaba conmocionado.

—¡El Corte! —jadeó Iván, dando un paso hacia atrás.

—No os mováis —advertí.

—No eres una asesina —dijo el Oscuro.

—Creo que los ravkanos que te he ayudado a matar no estarían de acuerdo.

El pánico se extendía por el esquife. Los *oprichniki* parecían recelosos, pero se estaban dispersando para rodearme de todos modos.

—¡Habéis visto lo que le hizo a esa gente! —grité a los guardias y a los Grisha a mi alrededor—. ¿Es ese el futuro que queréis? ¿Un mundo de oscuridad? ¿Un mundo reconstruido a su propia imagen? —Vi su confusión, su furia y su miedo—. ¡No es demasiado tarde para detenerlo! Ayudadme —supliqué—. Por favor, ayudadme.

Pero nadie se movió. Tanto los soldados como los Grisha permanecieron paralizados en la cubierta. Estaban todos demasiado asustados, asustados de él y asustados de un mundo sin su protección.

Los *oprichniki* se aproximaron. Tenía que tomar una decisión. Mal y yo no tendríamos otra oportunidad.

Que así sea, pensé.

Miré hacia atrás, esperando que Mal lo comprendiera, y después me lancé hacia el lateral del esquife.

—¡No dejéis que alcance la barandilla! —gritó el Oscuro.

Los guardias se abalanzaron sobre mí. Y yo apagué la luz.

Quedamos inmersos en la oscuridad. La gente gimió y, sobre nosotros, oí los chillidos de los volcra. Mis manos extendidas dieron con la barandilla. Me metí por debajo y me arrojé a la arena; después, me puse en pie y corrí a ciegas hacia Mal, lanzando luz por encima de mí en forma de arco.

Detrás de mí oí los sonidos de la matanza en el esquife mientras los volcra

atacaban y las llamaradas de fuego Grisha explotaban en la oscuridad. Pero no podía pararme a pensar en la gente que había dejado allí.

Mi arco de luz iluminó a Mal, agazapado en la arena. El volcra que se cernía sobre él chilló y volvió hacia la oscuridad. Corrí hacia él y lo ayudé a levantarse.

Una bala rebotó contra la arena cerca de nosotros y volví a cubrirnos de oscuridad.

—¡No disparéis! —oí que gritaba el Oscuro por encima del caos del esquife—. ¡La necesitamos con vida!

Lancé otro arco de luz, dispersando a los volcra que revoloteaban sobre nosotros.

—¡No puedes huir de mí, Alina! —gritó el Oscuro.

No podía dejar que viniera tras nosotros. No podía correr el riesgo de que pudiera sobrevivir. Pero odiaba lo que tenía que hacer. El resto de personas del esquife no me habían ayudado, pero ¿se merecían que los abandonara con los volcra?

—¡No puedes dejarnos aquí para morir, Alina! —gritó el Oscuro—. Si das ese paso, ya sabes a dónde te conducirá.

Sentí una risa histérica que borboteaba en mi interior. Lo sabía. Sabía que me haría parecerme más a él.

—Una vez me rogaste clemencia —gritó sobre la muerta extensión de la Sombra, sobre los chillidos hambrientos de los horrores que él había creado—. ¿Es esta tu idea de la misericordia?

Otra bala golpeó la arena a solo unos centímetros de nosotros.

Sí, pensé mientras el poder se acumulaba en mi interior, *es la misericordia que tú me has enseñado*.

Levanté la mano y la bajé en un arco centelleante, cortando a través del aire. Un crujido que sacudió la tierra reverberó por la Sombra cuando el esquife se partió por la mitad. El aire se llenó de gritos y los volcra chillaron frenéticos.

Cogí el brazo de Mal y alcé una cúpula de luz a nuestro alrededor. Corrimos, tropezando en la oscuridad, y pronto los sonidos de la batalla se desvanecieron cuando dejamos atrás a los monstruos.

Salimos de la Sombra en algún lugar al sur de Novokribirsk y dimos nuestros primeros pasos en Ravka Occidental. El sol de la tarde brillaba y la hierba de la pradera era verde y dulce, pero no nos detuvimos para disfrutar nada de eso. Estábamos cansados, hambrientos y heridos, pero nuestros enemigos no descansarían, y nosotros tampoco podíamos.

Caminamos hasta que encontramos cobijo en un huerto y nos escondimos ahí hasta que oscureció, temerosos de que alguien nos viera y nos recordara. El aire era pesado por el olor de las flores de manzana, pero la fruta estaba demasiado verde y pequeña como para comerla.

Había un cubo lleno de fétida agua de lluvia debajo de nuestro árbol, y lo

utilizamos para lavar las peores manchas de la camisa ensangrentada de Mal. Él intentó no doblarse de dolor al sacarse por la cabeza la tela destrozada, pero no había forma de ocultar las profundas heridas que las garras de los volcra habían dejado en la suave piel de su espalda y sus hombros.

Cuando llegó la noche, comenzamos nuestro viaje hacia la costa. Me preocupó momentáneamente que pudiéramos estar perdidos, pero Mal supo encontrar el camino a pesar de hallarse en tierra desconocida.

Poco antes del amanecer, subimos por una colina y nos encontramos con la amplia extensión de la Bahía Alkhem y las relucientes luces de Os Kervo bajo nosotros. Sabíamos que debíamos apartarnos de la carretera. Pronto estaría llena de comerciantes y viajeros, que con toda probabilidad se fijarían en un rastreador herido y una chica con *kefta* negra. Pero no pudimos resistirnos a echar nuestro primer vistazo al Mar Auténtico.

El sol se alzaba sobre nuestras espaldas, y la luz rosada se reflejaba en las delgadas torres para teñir de dorado las aguas de la bahía. Vi la extensión del puerto, los grandes barcos que oscilaban en el muelle. Y, más allá, azul, azul y más azul. El mar parecía continuar eternamente, hasta un horizonte imposiblemente distante. Había visto multitud de mapas. Sabía que más allá había tierra en algún sitio, tras largas semanas de viaje y kilómetros de océano, pero aun así tenía la mareante sensación de que nos encontrábamos en el borde del mundo. Una brisa nos alcanzó desde el agua, llevándonos el olor de la sal y la humedad, los débiles chillidos de las gaviotas.

—Hay demasiada —dije finalmente. Mal asintió. Después se giró hacia mí y sonrió.

—Es un buen lugar para escondernos.

Estiró el brazo y pasó la mano por mi pelo. Me quitó uno de los broches de oro del pelo enredado. Sentí que uno de los mechones quedaba libre y se deslizaba por mi cuello.

—Para comprar ropa —añadió, metiéndose el broche en el bolsillo.

Un día antes, Genya me había puesto esos broches de oro en el pelo. Jamás la volvería a ver, jamás volvería a ver a nadie. El corazón me dio un vuelco. No sabía si Genya había sido realmente mi amiga, pero la echaría de menos igualmente.

Mal me dejó esperando algo alejada de la carretera, oculta entre un grupo de árboles. Habíamos acordado que sería más seguro que él entrara en Os Kervo solo, pero era difícil verlo marchar. Me había dicho que descansara, pero, en cuanto se fue, no fui capaz de conciliar el sueño. Todavía sentía el poder que bombeaba por mi cuerpo, el eco de lo que había hecho en la Sombra. Mi mano fue hasta el collar que llevaba al cuello. Nunca había sentido nada parecido, y una parte de mí quería volver a sentirlo.

¿*Qué hay de la gente que has dejado ahí*?, dijo una voz en mi cabeza que quería ignorar desesperadamente. Embajadores, soldados, Grisha. Prácticamente los había

condenado a todos, y ni siquiera podía estar segura de que el Oscuro estuviera muerto. ¿Lo habrían destrozado los volcra? ¿Los hombres y mujeres perdidos del valle Tula se habrían vengado por fin del Hereje Negro? ¿O estaba persiguiéndome en ese preciso momento por la muerta extensión del Nocéano, listo para ajustarme las cuentas?

Me estremecí y me quedé caminando de un lado a otro, sobresaltándome con cada sonido.

Hacia el final de la tarde, estaba convencida de que Mal había sido identificado y capturado. Cuando oí pasos y vi su familiar silueta emerger de entre los árboles, estuve a punto de sollozar de alivio.

—¿Algún problema? —pregunté temblorosa, tratando de ocultar mis nervios.

—Ninguno —replicó—. Nunca había visto una ciudad tan llena de gente. Nadie me miró dos veces.

Llevaba puestos una camisa nueva y un abrigo que no era de su talla, y en los brazos tenía ropa para mí: un vestido que parecía un saco de un rojo tan desteñido que casi parecía naranja, y un abrigo rugoso color mostaza. Me los entregó, y después se giró con mucho tacto para dejar que me cambiara.

Forcejeé con los botoncitos negros de la *kefta*. Parecía que hubiera cientos. Cuando finalmente la seda se deslizó por mi espalda y cayó a mis pies, sentí que me quitaba un enorme peso de encima. El aire frío de la primavera me pellizcaba la piel desnuda y, por primera vez, me atreví a tener la esperanza de que realmente pudiéramos ser libres. Aplasté ese pensamiento. Hasta que no supiera que el Oscuro estaba muerto, jamás respiraría tranquila.

Me puse el áspero vestido de lana y el abrigo amarillo.

—¿Compraste a propósito la ropa más fea que pudiste encontrar?

Mal se giró para mirarme y no pudo reprimir una sonrisa.

—Compré la primera ropa que pude encontrar —dijo. Después, su sonrisa se desvaneció. Me tocó la mejilla ligeramente, y cuando volvió a hablar su voz sonó grave y cruda—. No quiero volver a verte de negro jamás.

Le mantuve la mirada.

—Jamás —susurré.

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una larga bufanda roja. Me envolvió el cuello con ella cuidadosamente, ocultando el collar de Morozova.

—Así —dijo, volviendo a sonreír—. Perfecto.

—¿Qué voy a hacer cuando llegue el verano? —me reí.

—Para entonces habremos encontrado el modo de librarnos de él.

—¡No! —repliqué bruscamente, sorprendida por cuánto me molestaba la idea. Mal retrocedió, desprevenido—. No podemos librarnos de él —expliqué—. Es la única posibilidad de librar a Ravka de la Sombra.

Era la verdad… aunque no toda. Sí que necesitábamos el collar. Era un seguro contra la fuerza del Oscuro, y una promesa de que algún día regresaríamos a Ravka y

buscaríamos el modo de arreglar las cosas. Pero lo que no podía contarle a Mal era que el collar me pertenecía, que ahora sentía el poder del ciervo como una parte de mí, y no estaba segura de que quisiera dejarlo marchar.

Mal me examinó con el ceño fruncido. Pensé en las advertencias del Oscuro, en la mirada sombría que había visto en su rostro y en el de Baghra.

—Alina…

Procuré esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Nos libraremos de él —prometí—. Tan pronto como podamos.

Pasaron unos segundos.

—De acuerdo —dijo finamente, pero seguía teniendo expresión recelosa. Después empujó la *kefta* arrugada con la punta de su bota—. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Bajé la mirada hasta la pila de seda andrajosa y sentí una oleada de furia y vergüenza.

—Quemarlo —dije. Y eso hicimos.

Mientras las llamas consumían la seda, Mal me quitó el resto de broches dorados, uno por uno, hasta que el pelo me cayó por los hombros. Con suavidad, apartó mi cabello a un lado y me besó el cuello, justo encima del collar. Cuando llegaron las lágrimas, me acercó a él y me abrazó hasta que no quedó nada excepto cenizas.

Después

l chico y la chica están junto a la barandilla del barco, un barco auténtico que navega y se mece sobre las agitadas aguas del Mar Auténtico.

—¡*Goed morgen, fentomen*! —les grita un marinero de cubierta que pasa a su lado con los brazos llenos de cuerdas.

Todos los miembros de la tripulación los llaman *fentomen*. Es la palabra kerch para «fantasmas».

Cuando la chica le pregunta por qué al intendente, este se ríe y dice que es porque son muy pálidos y por el modo en que permanecen en silencio junto a la barandilla del barco, mirando el mar durante horas, como si nunca antes hubieran visto el agua. Ella sonríe y no le dice la verdad: que deben mantener los ojos en el horizonte. Están vigilando por si ven un navío de velas negras.

El *Verloren* de Baghra se había ido hacía mucho, por lo que se habían ocultado en los barrios pobres de Os Kervo hasta que el chico pudo utilizar los broches de oro para reservar billetes para otro barco. La ciudad estaba alborotada por el horror de lo que había sucedido en Novokribirsk. Algunos culpaban al Oscuro. Otros culpaban a los Shu Han o a los fjerdanos. Unos pocos incluso aseguraban que se trataba del pertinente trabajo de los Santos enfurecidos.

Comenzaron a llegarles rumores de extraños sucesos que tenían lugar en Ravka. Oyeron que el Apparat había desaparecido, que las tropas extranjeras se aglomeraban en las fronteras, que el Primer y el Segundo Ejército amenazaban con entrar en guerra entre ellos, que la Invocadora del Sol había muerto. Esperaron por si recibían noticias de la muerte del Oscuro en la Sombra, pero jamás llegaron.

De noche, el chico y la chica se enroscan juntos en las tripas del barco. Él la abraza fuerte cuando ella se despierta de otra pesadilla, con los dientes castañeteando y las orejas pitando por los gritos aterrorizados de los hombres y mujeres que había dejado atrás en el esquife roto. Sus miembros tiemblan al recordar el poder.

—No pasa nada —susurra él en la oscuridad—. No pasa nada

Ella quiere creerlo, pero tiene miedo de cerrar los ojos.

El viento chirría en las velas. La nave susurra a su alrededor. Vuelven a estar solos, como lo estaban cuando eran jóvenes, escondiéndose de los otros niños, del genio de Ana Kuya, de las cosas que parecían moverse y deslizarse en la oscuridad.

Vuelven a ser huérfanos, sin ningún hogar verdadero que no sea el regazo del otro y la vida que puedan construir juntos al otro lado del océano.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi agente y defensora, Joanna Stampfel-Volpe. Me siento afortunada cada día por tenerla a mi lado, al igual que al maravilloso equipo de Nancy Coffey Literary: Nancy, Sara Kendall, Kathleen Ortiz, Jacqueline Murphy y Pouya Shahbazian.

A mi editora intuitiva y de vista aguda, Noa Wheeler, que creyó en esta historia y sabía exactamente cómo mejorarla. Muchas gracias a las extraordinarias personas de Holt Children’s y Macmillan: Laura Godwin, Jean Feiwel, Rich Deas y April Ward en diseño, y Karen Frangipane, Kathryn Bhirud y Lizzy Masón en marketing y publicidad. También me gustaría dar las gracias a Dan Farley y Joy Dallanegra-Sanger. *Sombra y hueso* no podría haber encontrado un hogar mejor.

A mis generosos lectores, Michelle Chihara y Josh Kamensky, que me prestaron sus brillantes cerebros y me animaron con su entusiasmo y su paciencia incesante. Gracias también a mi hermano Shem, por sus dibujos y sus abrazos a distancias a Miriam «Sis» Pastan, Heather Joy Kamensky, Peter Bibring, Tracey Taylor, los *Apocalipsis* (especialmente Lynne Kelly, Gretchen McNeil y Sarah J. Maas, que escribió mi primera reseña), mi compañera de WOART Leslie Blanco, y Dan Moulder, que se perdió en el río.

Culpo a Gamynne Guillote por fomentar mi megalomanía y estimular mi amor por los villanos, a Josh Minuto por meterme en la fantasía épica y hacerme creer en los héroes, y a Rachel Tejada por demasiadas películas nocturnas. A Hedwig Aerts, mi compañera reina pirata, por aguantar las largas horas de tecleo en la madrugada. A Erdene Ukhaasai, por traducir diligentemente ruso y mongol para mí a través de Facebook. A Morgan Fahey, por proveerme de cócteles, conversación y deliciosa ficción. A Dan Braun y Michael Pessah por mantener el ritmo.

Muchos libros me inspiraron para crear Ravka y darle vida, entre los que se encuentran *El baile de Natacha: Una historia cultural Rusa*, de Orlando Figes; *Land of the Firebird: The Beauty of Old Russia*, de Suzanne Massie; y *Russian Folk Belief*, de Linda J. Ivánits.

Y, finalmente, muchísimas gracias a mi familia: a mi madre, Judy, cuya fe jamás flaqueó, y quien fue la primera de la cola para pedir su *kefta*; a mi padre, Harve, que era mi roca y a quien echo de menos cada día; y a mi abuelo Mel Seder, que me enseñó a amar la poesía, a buscar la aventura y a pegar un buen puñetazo.



LEIGH BARDUGO nació en 1932 en Jerusalem, creció en Los Ángeles y se graduó en la Universidad de Yale. Siente una especial debilidad por el glamour, los gules y los disfraces, a la que da rienda suelta en su otra vida como maquilladora en Hollywood, además, de vez en cuando, se la puede oír cantando con su banda, *Captain Automatic*.